

Bajo la sombra de su corazón



Paola Olvera

Bajo la sombra de su corazón

Paola Olvera

Primera edición: 2021

Diseño de portada: Paola Olvera

Edición y maquetación: Paola Olvera

Contacto: viajeraenlaluna@gmail.com

Twitter e Instagram: [@pa0lvera](https://twitter.com/pa0lvera)

Queda prohibida la copia y/o reproducción total o parcial del contenido de esta obra protegida por los derechos de autor y/o propiedad intelectual sin previa autorización por escrito de su autora.

2021 Paola Olvera

Todos los derechos reservados.

¡Gracias por adquirir mi EBOOK!

Bienvenid@ a la maravillosa historia de Ana...

*Dedicada a quienes buscan esa armonía entre lo que siente su corazón
y el revoloteo de las mariposas que viven en el estómago.*

Índice

PRÓLOGO

¡Feliz cumpleaños Ana!

Entre besos y mariposas

De viaje por el sur

Sin respuestas

Viaje a las estrellas

Decir adiós

Sin rumbo

Coincidencias

Nada es coincidencia

Cruzando la línea

De luces y sombras

PRÓLOGO

Desde los espacios más íntimos que fui encontrando en casa y en los que me escondí para poder escribir (porque no me resultó nada sencillo hallar uno en el que pudiera hacerlo con tranquilidad y sin interrupciones) comencé a construir la historia de Ana, buscando desde el primer momento, desde la primera palabra, que su historia pudiera convertirse en una metáfora de tu vida o incluso, de la mía.

Fue durante un sinfín de instantes llenos de inspiración que terminaban en intentos frustrados por la interrupción causada por el timbre de casa, el teléfono, mis perros, o la visita de mis papás que pude, después de varios meses, concluir esta historia y hoy, deseo la disfrutes tanto como yo lo hice, escondiéndome en los rincones para poder contarte que:

“Bajo la sombra de su corazón” es la historia de Ana, una adolescente en busca del amor y la inigualable experiencia del primer beso. Mientras estudia la preparatoria, Ana no imagina que esa etapa será una de las más importantes y significativas de su vida. Al inicio del curso, conoce a Melissa, amiga incondicional que la acompaña durante su inesperado encuentro con Pablo, a quien Ana, inexperta y con su particular forma de ver el mundo, le abre su corazón para embarcarse en la ilusión de eso que todos vivimos: el primer amor.

Conforme el tiempo transcurre, ese maravilloso experimento, representa para ella un largo, confuso y divertido camino en el que sus sentimientos y emociones comenzarán a generar en ella un sinfín de dudas, Ana se ha enamorado de nuevo por primera vez. Esto la llevará a cuestionarse sobre lo ~~complicado~~ ecléctico que puede llegar a ser el amor.

El tiempo sigue su curso y ella no logra dar respuesta a los cuestionamientos que la han invadido desde la adolescencia, se ha convertido en una profesionista que vive diariamente en medio de intentos y tropiezos en los que lo único cierto es, que no ha logrado dejar atrás su pasado.

Con toda esa vorágine de pensamientos, sentimientos y emociones, continúa circulando por la vida, aunque Ana vive llena de dudas y recuerdos de los que quiere deshacerse, se enreda en líos amorosos que al final, no resultan del todo catastróficos. En su afán de darle un sentido a su

vida, decide tomar un nuevo rumbo en el que el destino pone frente a ella a quien la ~~obligará~~ llevará a encontrar la respuesta a ese montón de preguntas que durante años la han atormentado.

En un beso, sabrás todo lo que he callado.

Pablo Neruda

¡Feliz cumpleaños Ana!

En algún lugar de la provincia mexicana...

Son las 5:57 de la mañana y ya abrí los ojos, ¡caray! ¿No que con la edad se hace el sueño más pesado? Siempre despierto a la misma hora, claro, excepto cuando me desvelo hasta la madrugada y me voy a dormir casi cuando está por salir el sol. Cosa que suele ser una costumbre en mí, siempre he sido nocturna, creo que por la noche es cuando mejor fluyen mis ideas.

Mis mañanas de lunes a viernes son un ritual sagrado, como un acto protocolario que no sufre modificación alguna. Todo comienza cuando despierto, me levanto y voy corriendo hacia el patio trasero para saludar a Mila, una preciosa gran danés que llegó a mi vida y se ha convertido en mi compañera de batallas y mejor amiga. Aún recuerdo ese viernes por la tarde, Sofía y yo decidimos caminar un poco al de salir del trabajo, nos dirigíamos hacia el centro comercial y al pasar por una veterinaria, la pequeña e inquieta cachorrita atrajo mi atención, así que me detuve y muy atenta la observé jugar a través del cristal, algo en ese animalito me hizo entrar al establecimiento y de un brinco llegué a su jaula para hacer los más típicos y ridículos sonidos que atrajeran su atención, lo logré, moviendo el cachito de rabo que tiene se acercó a mi mano, la acaricié a través de los pequeños barrotes y justo en ese momento nos volvimos inseparables. El chico que atendía me sonrió al ver mi acto triunfal y sacó a Mila de la jaula para que pudiera verla mejor, la abracé y ella enterró sus pequeñas garritas en mis hombros, desde ese momento se ganó mi corazón y yo el suyo. Sofía enternecida por lo que estaba presenciando, sin dudarlo comenzó el trámite para llevar a la hermosa perrita a casa.

Desde cachorra, a Mila le gusta echarse al costado de mi cama, así que, cada mañana cuando entra a casa, aterriza en el mismo lugar y se duerme mientras yo me doy un baño para ir a trabajar. Una vez vestida y peinada, le doy de comer, me lavo las manos y voy corriendo a la cocina a preparar el desayuno (esa parte del ritual varía cada día), abro el refrigerador y con lo que ahí encuentro invento una nueva receta, casi siempre logro un platillo diferente, me siento y enciendo la televisión para ver el noticiero matutino mientras desayuno a toda prisa.

Siempre he sido muy adaptable y fácil de entretener, así que me distraigo hasta con los comerciales, razón por la cual todas las mañanas se me hace tarde, de repente reacciono y ya estoy retrasada para irme a la oficina; me levanto exaltada y corro a lavarme los dientes; enciendo el auto y mientras se calienta (porque me dijo mi papá que nunca se conduce un auto sin calentar el motor) me dibujo una cara presentable (sin excesos de maquillaje, solo lo necesario para no parecer ratón recién nacido), guardo el kit acostumbrado de artículos innecesarios en mi bolso, salgo como relámpago y le aviento besos a Mila desde la ventanilla del auto.

Así transcurren mis mañanas de lunes a viernes, afortunadamente hoy es sábado y no tengo que hacer todo ese ritual para ir a trabajar. Como cada día, bajé por Mila y volví a recostarme, me sentía nostálgica, quizá porque le había dado una vuelta más al sol, para ser exacta: la número 31. Confieso que ya se me nota un poco la vueltecita, pero es demasiado pronto para preocuparme por uno que otro pliegue en mi cara, esos a los que llaman arrugas. La verdad es que yo aún no me animo a comprar esas cremas carísimas que prometen un efecto lifting y le borran a uno los años. ¿Para qué?, no tengo tantos y no necesito borrarlos, siempre he pensado que solo quien no ha sido capaz de responsabilizarse de sus actos y sus palabras no es feliz y, por lo tanto, desea borrarlos; además, esos menesteres de untar crema para las arrugas son para personas de 60 vueltas al sol en adelante, a mí me faltan 29 para comenzar a pensar en ello (espero).

Era una linda mañana y no porque fuera mi cumpleaños, el cielo estaba despejado y entraba la luz del sol por el cubo de la escalera; asomé la nariz por la ventana y la calle estaba vacía. No quise romper esa tranquilidad que observaba, volví a la cama y encendí el televisor esperando encontrar una buena película matutina, de esas viejitas que me gusta ver; recorrí tres veces los canales y nada me convenció. Lo apagué y me levanté, me puse el primer pants que encontré y recurrí a los beneficios que ofrece usar lentes oscuros y gorra; tomé mi mochila, algunas monedas, un libro, el celular, las llaves, dos botellas con agua, bolsitas para desechos orgánicos caninos, la correa de Mila y me fui con ella a dar un paseo a nuestro lugar favorito: un parque que se encuentra cerca de casa y por el que me gusta caminar hasta llegar a un pequeño lago que tiene banquitas alrededor. Ese lugar me agrada porque hay suficiente espacio para que Mila corra y juegue; ya hasta se ha familiarizado con algunos niños que van frecuentemente al parque y en cuanto la ven, se acercan a acariciarla o a jugar con ella.

Caminamos y jugamos un buen rato, a Mila le gusta correr en busca de cualquier objeto que pueda lanzarse, desde una pelota, un palo o una cuerda anudada. Se lo lanzo y lo trae de vuelta en el hocico, ese es su juego favorito y no tiene fin; casi siempre soy yo la que termina exhausta y pide tregua. Esta vez no fue la excepción, así que ya un poco cansadas de tanto juego, nos sentamos en el pasto, Mila se echó a mi lado, ambas bebimos un poco de agua y nos quedamos ahí las dos tranquilas.

Eran casi las nueve de la mañana, el parque seguía en calma y la zona del lago estaba prácticamente vacía; algunas personas hacían ejercicio, otras paseaban con sus mascotas y dos jardineros daban mantenimiento a los espacios cortando las ramas de los arbustos. Yo me sentía feliz de estar ahí con Mila, la acariciaba mientras disfrutaba del olor a hierba recién cortada, de la vista del lago y de todos los discretos sonidos que nos envolvían, sentía calma y paz, definitivamente estaba melancólica y pensé: ¡El silencio es maravilloso! Pero no siempre lo asumí de esa manera, no sé si llegué a ser fan del silencio por casualidad, porque ya tenía 31 o porque me vi obligada a dejar de escuchar mis interminables dudas y mi agitado entorno para escucharme a mí misma; ese grato silencio me hizo comenzar a recordar, ahí tirada en el pasto, todo lo que he vivido durante estos 31 años, la verdad es que soy muy feliz y afortunadamente siempre he tenido más cosas por las cuales dar gracias, que peticiones qué lanzar al universo.

Mis papás se casaron jóvenes, mi mamá tenía 20 y mi papá 26. Supongo que en sus tiempos casi todos los matrimonios eran jóvenes y se aventuraban a formar una familia sin el menor temor. Mis papás tuvieron una linda y divertida luna de miel de dos años y después llegué yo a sus vidas. Cuando recién cumplí los 3 años, recibí el regalo más maravilloso de la vida (y de mis papás): nació mi hermana Marina (Mar le digo yo) ella ahora tiene 28. Después de que Mar llenara mi vida de felicidad, llegó mi cómplice: Hugo mi hermano menor, él nació dos años después de Mar y entonces fuimos 3 pequeños delincuentes contra mis papás y el mundo.

Recuerdo que éramos una familia muy tradicional, mi papá siempre ha sido un hombre de carácter fuerte y determinado, pero con una eterna alma de niño; creo que aún no ha crecido, siempre es muy ocurrente. Con todo y sus locuras, trabaja con mucha seriedad y compromiso en un banco. Mi mamá, siempre ha sido una mujer dulce y alcahueta, nos consiente cuando puede; ella se autotitula ama de casa con actividad comercial, eso quiere decir que nos cuida (porque para ella seguimos siendo pequeños) y es el pilar de nuestro hogar, pero también tiene otra ocupación: vende todo lo habido y por haber, desde cosas por catálogo hasta la bisutería que ella misma hace; siempre he pensado que es tan buena para las ventas y las negociaciones que podría vender piedras.

Cuando éramos niños, mis hermanos y yo solíamos ser muy traviesos y ruidosos, mis padres batallaban mucho con nosotros para ponernos en paz. No importaba la diferencia en las edades, entre los tres podíamos simular la invasión de un ejército y arrasábamos con todo.

De los tres, Mar es la más tranquila, desde bebé fue muy quieta, Hugo y yo éramos tremendos y más si estábamos juntos, todo se nos ocurría, desde travesuras y excursiones, hasta reparaciones (descomposturas) de todos los objetos que encontrábamos en casa. A él y a mí nos gustaba hacer minuciosas inspecciones a los juguetes y a todo lo que pudiera desarmarse. Mar a veces se unía a nosotros y otras (por no decir que la mayoría de ellas), iba con el chisme a mi mamá y le contaba todo lo que Hugo y yo planeábamos hacer o lo que estábamos haciendo, entonces ella llegaba y daba por terminados los experimentos y las aventuras.

Un día desarmé un teléfono, todo porque me sorprendía la idea de que a través de él se pudiera conversar con otra persona a la distancia. Lo analicé a fondo, vi sus componentes y volví a armarlo. Después, para comprobar que aún funcionaba, decidí llamar al abuelo que vivía en Ciudad de México y por tres horas estuve platicando con él y con toda la familia. Mis padres habían ido al supermercado, cuando llegaron, mi papá me escuchó hablando y se acercó a la sala, cuando se percató de la dulce llamada de larga distancia (que en esos tiempos eran muy costosas), me plantó unas nalgadas que por semanas me recordaron que el teléfono ya estaba inventado y que por el momento no podía hacerle ninguna mejora.

Mar era una niña creativa, le gustaban las manualidades, sobre todo hacer vestidos para sus muñecas, cualquier pedazo de trapo o ropa vieja le servía para jugar a ser diseñadora de modas, cortaba los calcetines agujerados y los convertía en elegantes vestidos de noche, ella podía pasar horas frente a sus muñecas, peinándolas o dándoles clases sobre diversos temas. Era una niña tranquila, pero de carácter fuerte (como papá), siempre ha sido segura de sí misma y de las decisiones que toma.

Hugo era diferente, como agridulce, a veces muy tierno y a veces muy seco; desde pequeño supimos que él era muy inteligente, hasta ahora, su mente nunca deja de trabajar, siempre busca qué construir. Recuerdo que hacía desde un cohete con cerillos y papel aluminio hasta un robot con las

chácharas que mi papá almacenaba en su cuartito de herramientas; como siempre construía o inventaba algo, decíamos que de grande sería científico. Hugo tiene una gran capacidad, recuerdo que de niños él podía pasar la escuela de noche, todo se le daba. En cambio, Mar y yo fuimos esclavas de los libros y cuadernos sobre todo en temporada de exámenes.

Conforme fuimos creciendo, la diferente personalidad de cada uno, complicó un poco nuestra convivencia, sobre todo en la adolescencia. La diferencia de edades comenzaba a notarse y el rol de cada uno cambiaba constantemente, a veces Mar se comportaba de forma más madura y parecía la hermana mayor y yo la menor; otras, cuando Hugo pasó a la adolescencia, era regañón y asumía el papel del celoso hermano mayor, era como un guardaespaldas, nos quitaba de encima hasta a las moscas. Eso sí, siempre unidos, juntos en buenas, malas y peores.

Debo reconocer que mis hermanos crecieron y se aventuraron a experimentar muchas cosas antes que yo. A pesar de ser la mayor, me costaba trabajo abrirme con las personas e incluso, buscar experiencias nuevas, era más insegura y temerosa que ellos cuando de aprender de la vida se trataba. En la escuela fui bastante inquieta, hacía muchas travesuras que me ayudaron a tener la complicidad de mis compañeros, algunos de ellos, entre travesura y travesura dejaron de ser cómplices y se convirtieron en entrañables amigos. Por el contrario, para mis hermanos era sencillo hacer amistad con todo el mundo, niños y niñas por igual llegaban a la casa por ellos para ir a dar la vuelta o para salir a jugar.

Cuando de conseguir un permiso con mis papás se trataba, era una batalla triunfal, íbamos con mi papá y nos decía que fuéramos a ver qué nos decía mamá, llegábamos con mamá y la historia se volvía a repetir hasta que ambos autorizaban o hasta que mis hermanos y yo decíamos que los dos estaban finalmente de acuerdo, era más sencillo que pasar horas de un lado al otro. Una vez conseguido el permiso, mi papá fijaba la hora a la que teníamos que volver, nuestra tolerancia era de 5 minutos después de la hora dada, de no ser así, ya sabíamos que íbamos a permanecer en casa sin permiso alguno por los siguientes 15 días. A mí me daba miedo llegar tarde, así que siempre llegaba 5 minutos antes para no errar; mis hermanos por el contrario preferían siempre decir:

—Lo bailado ya nadie nos lo quita—

Así que ahí fue cuando aprendí de ellos que es mejor pedir perdón que pedir permiso. Ser la mayor no estaba funcionando muy bien. Los 3 estudiábamos en el mismo colegio de monjas, Hugo el kínder, Mar la primaria y yo, la secundaria. Cuando Hugo terminó el kínder, mis papás decidieron que no continuaría la primaria ahí porque era bastante travieso y las monjitas lo traían entre ceja y ceja, así que para asegurar que no lo corrieran en cualquier momento, lo cambiaron a otra escuela, católica también, no sé por qué mis papás preferían escuelas religiosas. Lo cierto es que Hugo se tranquilizó con el cambio de escuela y ya no fue tan irreverente y travieso.

Mar y yo continuamos en el mismo colegio, ella estudiaba la secundaria, y yo comencé la preparatoria, el cubículo de la prefecta que estaba a mitad del pasillo era lo único que separaba nuestros salones, así que las dos siempre estábamos atentas a lo que cada una hacía porque cualquier cosa servía de apoyo (o amenaza) para determinar quién haría la limpieza, creo que le llaman: negociación por chantaje.

Cuando entré a la preparatoria comenzó a despertarse mi yo rebelde, quizá porque continué estudiando en el mismo colegio y como mis compañeros ya estaban cansados de las monjitas, huyeron a otras escuelas, a excepción de una amiga con quien había estudiado desde la primaria, así que yo entré a la prepa viendo caras nuevas, personas a las que debía conocer y con quienes comenzaría de cero, eso me dio cierto tipo de seguridad.

Había pasado poco tiempo después de que comenzaron las clases y Mar tenía un gran círculo de amigos, a cada rato pedía permiso y sus amigas siempre abogaban por ella, se la pasaba “haciendo tareas” en la casa de alguien más. A mí me bastaba con ir al colegio a entrenar atletismo y voleibol, era lo único que hacía fuera de casa, recuerdo que correr se había convertido en mi pasatiempo favorito, además mis amigos y amigas estaban conmigo en ambos equipos y no necesitábamos más que el entrenamiento para vernos y platicar, aunque de vez en cuando, nos escapábamos a algún lugar. Esto, hasta el momento me bastaba, los conocía muy bien a todos y para mí eran las personas más geniales del mundo, todos nos llevábamos bien, desde la chava más aplicada, hasta el chico más rudo que había en mi salón. Debo reconocer que mi etapa en la preparatoria es una historia digna

de una película o de un libro, aprendí y descubrí muchas cosas de las que ignoraba su existencia.

Entre besos y mariposas

Como cada tarde, me preparé para ir a entrenar al colegio; aprovechando que estaba por dejar la adolescencia y me estaba convirtiendo en un cuasi adulto, convencí a mi papá de que me prestara su vieja motoneta. Vivir en una ciudad tan pequeña y tranquila de provincia tiene sus ventajas, es sencillo transitar por ella en cualquier medio de transporte, hasta caminando, todo queda cerca. La gente decía que vivíamos en un pueblo bicicletero disfrazado de ciudad colonial, escuchar eso me daba mucha risa, pero creo que tenían razón.

Yo era la más feliz cuando mi papá me prestaba su moto, me encantaba sentir el viento en la cara, pero odiaba tener que ponerme el casco de protección, al principio detesté tener que conducir por entrecalles y nunca por las avenidas principales. Después entendí que mi papá era muy osado y me prestaba la moto confiado en que yo no haría ninguna tontería, finalmente, yo era menor de edad y no contaba con una licencia que avalara mi capacidad y experiencia para conducir vehículo alguno, así que yo, me las arreglaba para esquivar a los policías de tránsito. Eso terminó gustándome, siempre ser una fugitiva en moto, transitar por las calles angostas y sin tráfico me hacía sentir segura. La vieja motoneta era para mí una aventura cada que la manejaba, sonaba como avispa, hacía un ruido muy peculiar, como si trajera todo un panal volando detrás de mí, por donde pasaba la gente volteaba, no sé si por el ruido o porque con ese casco azul que me ponía parecía la hormiga atómica.

Poco a poco se fue volviendo costumbre que me dejaran usar la motoneta, debo reconocer que trataba de ser responsable y nunca me arriesgué de más, bueno, solo aquel día en que rompí los jarrones de mi mamá porque quise meter la moto a la cochera sin bajarme, me sentí una profesional y di un acelerón para agarrar vuelo en la subidita de la entrada, las llantas resbalaron en el mosaico y derrapé, fui directita a estrellarme en unos jarrones que mi papá acababa de regalarle a mi mamá. Quedé tirada entre los pedazos con la moto encima. Esa fue la única vez que terminé con la

pierna morada del porrazo que me acomodé con la moto y los benditos jarrones. Aprendí la lección y nunca más volví a meter la moto a la cochera a punta de acelerones, llegaba, la apagaba, abría la puerta y con cuidado la metía.

Con el paso de los días, mis viajes en moto se volvieron aún más divertidos, antes de irme al colegio a entrenar, pasaba por Melissa, mi mejor amiga. Con ella lo compartía todo, desde la banca en la escuela, los trabajos, tareas y entrenamientos de voleibol, hasta esas tardes llenas canciones y películas cuando no teníamos que ir a entrenar. Recuerdo cuando la conocí, el primer día en la prepa; llegué al salón y me paré en la puerta para elegir el lugar en el que me sentaría, aún no terminaba de observar el salón cuando la prefecta tocó mi hombro y me mostró una lista que indicaba el lugar en el que debía sentarme, era justo al lado de Melissa. Me acerqué a ella y la saludé presentándome con algo de pena, acomodé mi mochila, me senté y justo en ese momento, la directora entró al salón, nos dio la bienvenida al colegio oficializando el inicio del ciclo escolar. En ese preciso momento comenzó la etapa de mi vida que la cambiaría por completo y para siempre; nuevos conocimientos, experiencias, y un sinfín de inolvidables momentos, pláticas, bromas y una linda amistad.

Ese primer día de clases Melissa y yo hablamos poco, creo que fue normal porque no nos conocíamos, sin embargo, yo me había sentido cómoda a su lado, la primera impresión que tuve de ella fue buena. Conforme fueron pasando los días y las semanas, Melissa y yo nos fuimos conociendo hasta volvernos las mejores amigas.

Uno de los primeros hallazgos sobre Melissa fue que vivía a sólo unas cuadras de mi casa, por lo tanto, resultó aún más sencillo pasar todo el tiempo juntas para hacer la tarea, estudiar, ver películas o disfrutar de las vacaciones y los días sin clase. Como ya teníamos más confianza una en la otra y habíamos coincidido en el equipo de voli, pensé que ir con ella por la ciudad en la motoneta sería aún más divertido que viajar sola, así que decidí ofrecerle mi servicio de transporte. Melissa aceptó, pero le aterraba subirse a la avispa, así que cuando pasaba por ella le cedía el casco ya que con cualquier movimiento que hacía en el manubrio, ella gritaba y se ponía tiesa, inmóvil, como si en una vuelta fuera a salir disparada del asiento, eso

sí, prefería aguantarse el miedo e irse conmigo que tomar el transporte para ir a entrenar al colegio.

Cada año se realizaba en el instituto la Jornada Deportiva de Zonas, una competencia entre todas las escuelas privadas y públicas de nivel preparatoria de la ciudad. Los equipos eran agrupados de acuerdo a la zona escolar a la que cada uno pertenecía. Era la primera vez que yo iba a participar en algo así, estaba emocionada y nerviosa a la vez, no era lo mismo competir contra mis compañeros del colegio, que hacerlo contra los mejores de otras escuelas.

La sede de las competencias sería una escuela pública que tenía la fama de ser el refugio de estudiantes rebeldes rechazados por otras escuelas, ir ahí nos asustaba un poco a todos, además, solo teníamos 30 días para prepararnos y quedar en los mejores lugares para no hacer el ridículo, ya bastante teníamos mis compañeros y yo con las burlas, mi escuela también tenía fama, se decía que mi colegio era la incubadora de las futuras monjas y padrecitos de la ciudad, eso sin contar que el uniforme poco nos ayudaba, las mujeres usábamos una falda muy larga, (mínimo cuatro dedos debajo de la rodilla) y los hombres debían llevar una ridícula corbata de moñito.

Mi equipo de voli era muy bueno, nos conocíamos bien y sabíamos el potencial que tenía cada integrante; el de atletismo era excelente en relevos, pero en las pruebas individuales no estábamos tan seguros. Había que competir en 100, 200 y 400 metros planos, salto de longitud y salto de altura. Mi especialidad eran los 100 y 200 metros planos, era muy veloz pero no tenía la suficiente resistencia para mantener esa velocidad en una distancia mayor.

Me preocupaba participar en los 2 deportes, si las fechas de las competencias coincidían, iba a tener que elegir uno, ambos eran mi pasión, aunque el atletismo tenía lo suyo y era un poco más especial para mí. Durante los días siguientes los entrenadores nos compartieron las fechas de cada una de las competencias y supe que podía participar en ambas sin problema, estuve feliz por ello. Aunque creo que en una situación extrema hubiera elegido el atletismo, correr era lo mejor de mi vida.

El día de la inauguración de la Jornada Deportiva de Zonas, la directora nos dio la instrucción de llegar primero al colegio, ya que todos los participantes nos trasladaríamos en el autobús de la escuela para llegar juntos y evitar el retraso de los alumnos (debíamos poner en alto el nombre del colegio y cuidar su honra), además en el reglamento de la competencia estaba estipulado que el alumno o equipo que no estuviera presente a tiempo sería descalificado. El trayecto hacia la inauguración fue más que aburrido, con la directora como copiloto del chofer no pudimos hacer gran cosa, recuerdo que nos ponía a cantar las canciones de las misas, eso era toda una tradición en las escuelas católicas de la ciudad, ni cómo evitar cantar, estábamos todos custodiados por la directora, que en el colegio se le llamaba madre superiora. Era una monjita de corta estatura y algo robusta, siempre parecía estar enojada, tenía mal carácter y no era muy amigable; cuando le llamaba la atención a alguien, maestro o alumno, sonaba con ímpetu unas castañuelas que se enroscaba en los dedos de la mano izquierda. El solo hecho de escuchar el choque de las tablitas daba escalofrío, nunca supe cómo lo lograba, lo intenté varias veces en casa con unas castañuelas que tenía mi papá y jamás pude.

Al llegar a la escuela donde se desarrollarían las competencias todos bajamos del autobús en silencio, nos agrupamos con el equipo al que pertenecíamos y tomamos posición en el lugar que nos habían asignado según nuestra zona. Los participantes de las escuelas parecíamos mini pelotones de soldaditos, todos formados y uniformados, desorientados e inseguros, nos veíamos las caras unos a otros como tratando de encontrar a alguien conocido, pero era en vano, al menos yo no logré ubicar a nadie. Melissa y yo estábamos felices, esa era nuestra primera competencia y, además, habíamos entrenado muy duro.

Antes de que comenzara el evento de inauguración, un chico muy simpático se acercó y me saludó de una manera muy familiar, como si me conociera. Me preguntó mi nombre y cuando intenté responder, pude sentir que mi cara se quemaba, estaba roja, me moría de la pena y me sudaban las manos, creo que con la voz temblorosa le dije:

– Ana, mi nombre es Ana –

Al terminar de decirle mi nombre pude ver como el chico sonreía como si quisiera evitar soltar la carcajada; me extendió su mano y dijo:

– Ana, soy Pablo –

En ese momento volví a sentir de nuevo que mi cara estaba en llamas, no sabía qué hacer y solo veía cómo Melissa y mis compañeros observaban atentos el bochornoso momento de la presentación. La voz de Pablo era muy bonita, fuerte y gruesa, definitivamente acababa de conocer al chico más lindo de toda la competencia. Para romper el silencio que había quedado en nuestra pequeña conversación, Pablo se despidió diciendo que solo quería presentarse y desearme suerte, yo agradecí el gesto y le dije que le también le deseaba suerte, se dio la vuelta y volvió al sitio donde estaban los equipos de su escuela.

Pablo me había parecido guapo, me había gustado la forma en la que cruzamos esas pocas palabras; Melissa no paraba de reír, cuando reaccioné, me di cuenta de que la competencia había tenido un excelente inicio, por lo menos ya conocía a alguien más: a Pablo, aunque estaba un poco desilusionada, solo nos habíamos saludado y con la pena que me había dado, ni siquiera le pregunté en qué escuela estudiaba o algo que me diera una pista de dónde encontrarlo. Ese día, entre la asoleada de la ceremonia de inauguración y el comienzo de las competencias, llegué a casa exhausta, solo quería tirarme en la cama. Aunque cansada, estaba feliz porque mi equipo de voleibol había pasado a la siguiente ronda y a pesar del momento bochornoso, conocí a Pablo.

Dormí profundamente, a la mañana siguiente desperté y me levanté con mucho entusiasmo, iba a competir en atletismo y tenía la ilusión de volverlo a ver. Ya lista para irme, tomé mi mochila y guardé lo necesario, debía llegar al colegio a tiempo porque nuevamente nos iban a trasladar en el autobús de la escuela, así de aburridos serían los trayectos hasta el final de las competencias, ya me había hecho a la idea. Caminé a casa de Melissa y tomamos el transporte para llegar a tiempo al colegio, de seguro estaría la madre superiora sonando las castañuelas a la entrada.

Llegando al colegio subimos al autobús, Melissa notó mi inquietud por llegar, se reía y me daba palmadas en la espalda; eso me gustaba de mi

amiga, había tanta complicidad que en pocos meses logramos conocernos muy bien, la mayoría de las ocasiones ni siquiera teníamos que preguntarnos qué nos ocurría, ambas lo intuíamos. Esta vez no fue diferente, Melissa sabía que Pablo me había inquietado.

Llegamos a la escuela de rebeldes y me separé del grupo para tomar el lugar que me correspondía, inspeccioné cada rincón cual escáner de última generación, pero no tuve suerte, él no apareció por ahí. Me concentré en la competencia y cuando mi entrenador lo indicó, comencé a realizar el calentamiento, Melissa se acercó y me deseó suerte, nos dimos un abrazo y continué preparándome, tenía que ser veloz, solo tendría 100 metros para acelerar al máximo y llegar primero que todas, era mi oportunidad para demostrarme a mí misma que tantas tardes dedicadas a entrenar habían valido la pena.

Llevaba aproximadamente 15 minutos calentando y haciendo estiramientos, de pronto escuché una voz en las bocinas del patio invitando a las participantes de las pruebas de atletismo a que acudieran a la pista porque la competencia daría inicio. Mientras caminaba, sentía cómo los nervios recorrían mi cuerpo alojándose en mi estómago, tenía la sensación de estar montada en una montaña rusa, cerré los ojos y respiré profundo, tenía que ganar.

Me paré en el carril número 7, revisé las agujetas de mis tenis, di un par de saltos para aflojar el cuerpo y tomé posición al ritmo de: “en sus marcas”, agaché la cabeza y me enfoqué en la pista para escuchar: “listos” y en cuanto escuché el disparo de salva que indicaba el “fuera” me impulsé con toda mi fuerza para salir a la mayor velocidad posible. A lo lejos escuchaba la voz de Melissa y mis compañeros que me alentaban a llegar en primer lugar, mis piernas reaccionaron tal y como esperé, me llevaron por la pista a toda velocidad, justo antes de la meta, impulsé mi cuerpo hacia adelante y logré llegar primero que las demás competidoras, estaba feliz y orgullosa de lo que había logrado; aunque eso no era para estar dando brincos, esa era apenas la primera eliminatoria; había clasificado con un tiempo que si bien no fue el perfecto, me mantenía dentro de la competencia.

Cuando las pruebas terminaron, Melissa y yo caminamos hacia casa, para mí el día había sido bueno, aunque hubiese querido que fuera perfecto, no

había podido ver a Pablo. Melissa con su eterna intuición lo había percibido, entre nosotras había suficiente confianza así que sin el más mínimo recato me preguntó por qué no estaba feliz si la competencia había estado de lo mejor, yo sacudí los hombros y seguí en silencio, confiaba en ella como en nadie, pero algo me impidió decirle que lamentaba no haberme encontrado con el chico que había conocido el día anterior. Llegamos a su casa y al despedirnos, Melissa se limitó a decirme que faltaban más días a la competencia, que si era mi destino lo volvería a ver. La abracé muy fuerte y me fui sonriendo a casa, me pareció increíble que mi amiga me conociera tan bien.

Al llegar a casa, me di un baño y me tiré en la cama a escuchar música, era viernes y el comienzo del fin de semana pintaba aburrido: estaba en casa, encerrada en mi cuarto y batallando con lo que me había provocado la aparición de Pablo. No entendía muy bien por qué me había inquietado tanto. Cantaba melancólicamente mis canciones favoritas cuando el teléfono interrumpió mi meditabundo momento, era Melissa preguntando si quería ir al cine con ella. Pedí permiso a mis papás y al instante le devolví la llamada para decirle que sí iría. Cuando salía con mis amigos usaba el transporte o me tocaba caminar, no tenía permitido usar la moto más que para ir a los entrenamientos, así que tomé mi inseparable chamarra de mezclilla y caminé hasta casa de Melissa.

Eran las cuatro de la tarde, la película empezaba a las 4:35, teníamos 20 minutos para llegar y 10 para comprar el combo de palomitas y refresco que nos recetábamos cada ida al cine, no sé si es manía, pero hasta ahora, no puedo ir al cine a ver una película sin comer palomitas, son dos acciones completamente dependientes una de la otra, las veces que he entrado a la sala sin palomitas salgo con un vacío que no llenó la película, supongo que es el espacio destinado a las palomitas.

Llegamos y nos formamos para comprar los boletos, fuimos a ver la película “Sensatez y Sentimientos” siempre he sido fan de las películas de Kate Winslet, así que sin duda sería una linda tarde de cine. Ya con los boletos en mano, nos formamos en la dulcería para comprar las palomitas y el refresco. Melissa y yo lloramos como Magdalenas en algunas partes de la película, cuando salimos, las lágrimas fueron de risa al vernos con los ojos

hinchados y rojos por nuestro dramatismo y sensibilidad. Fuimos a sentarnos a la fuente de la plaza para comer las palomitas que habían quedado; entre la plática y las risas, perdimos la noción del tiempo, eso siempre me ocurría con Melissa, el tiempo pasaba desapercibido junto a ella, debíamos regresar a casa antes de que castigaran a alguna de las dos. Caminamos de vuelta a nuestras casas sin distraernos, nos despedimos después de haber compartido una muy divertida tarde.

Ese fin de semana Melissa iría a visitar a sus abuelos que vivían cerca del Estado de México, yo me quedaría en casa con mi familia desempolvando los juegos de mesa que teníamos, no puedo quejarme, era divertido jugar con mis hermanos y mis papás. ¡Qué tiempos! No había celulares inteligentes, las llamadas eran por teléfono convencional, tampoco existían las plataformas para ver series y películas, ahora todo es tecnología. Aún recuerdo los candados que mi papá le ponía al teléfono de disco que estaba en la sala para evitar que mi hermana y yo hiciéramos llamadas en exceso, comenzaba eso del Internet y llegaba el recibo telefónico carísimo cuando nos conectábamos, la línea de teléfono siempre estaba ocupada y eso enojaba bastante a mi papá.

Sobreviví a ese fin de semana, ya era lunes y estaba entusiasmada de volver a la jornada deportiva, esa era la última semana de competencias y mi oportunidad de ganar en todo sentido, en atletismo, en el voleibol y con Pablo, que, por alguna extraña razón, estaba otra vez dando vueltas en mi cabeza. Llegué al colegio y como cada día, nos trasladamos en el autobús a las competencias. En el trayecto Melissa me relató su fin de semana en casa de sus abuelos que vivían en un pueblito a dos horas y media de la ciudad y me dijo que la próxima vez que los visitara tendría que ir con ella a conocerlos.

Bajamos del autobús, nos reunimos en el mismo lugar que desde el primer día nos habían asignado, el entrenador nos indicaba las estrategias que debíamos emplear en el partido de voleibol. Escuchaba atenta y de pronto sentí una mano en el hombro, la sensación en el estómago me indicó que era Pablo el que se acercaba a saludarme, casi salto de la emoción, mi pobre corazón latía más rápido que al final de una competencia de atletismo, eso

sin contar que me sudaban las manos de nervios, el color rojo de nuevo se extendía por mis mejillas y llegaba hasta las orejas.

Él se había acercado a felicitarme porque gané en la competencia del día anterior, yo contuve la respiración y pregunté con falsa indiferencia:

– ¡Ah! ¿Me viste? –

En mi interior brincaba como cabra: ¡Me había visto competir desde el tercer piso de su escuela! ¡Él estudiaba ahí! No podía creer que ese niño tan educado formaba parte de los alumnos que tenían fama de delincuentes; me explicó que había tenido examen y no le habían permitido bajar a las competencias, así que las observó desde el pasillo, fuera de su salón. Esa semana estuvo llena de emociones, mi equipo de voleibol ganó el primer lugar de las Jornadas Deportivas de Zona con excelentes marcadores; en atletismo llegué hasta semifinales, perdí por fracciones de segundo... ¡Ni modo!, la lección fue que debo entrenar más duro.

La mayor emoción: ¡Pablo estuvo en todas las competencias en las que participé! Él jugaba fútbol y su equipo también ganó el primer lugar. Aunque tenía la pinta de ser un chico tímido, el último día de competencias se ofreció a acompañarme a casa, durante el camino, platicamos de todo y de nada, él tenía 17 años, estaba por terminar la prepa y yo apenas iba a cumplir 15. Esa plática, fue la clásica conversación que suele darse entre dos adolescentes a los que les comienza a despertar la hormona, al menos en mí comenzaba a hacerse presente y había momentos en los que sentía un leve cosquilleo en el estómago cuando Pablo se acercaba a mí.

Cuando llegamos a mi casa, Pablo muy inteligente me preguntó si podía llamarme alguna vez, como estaba emocionada le dije que sí, sin percatarme de que lo segundo sería darle mi número de teléfono. Así fue, no tardó en pedírmelo, recité de memoria mi número de teléfono y él se despidió dándome un beso en la mejilla. Yo sentí de nuevo ese sonrojo característico en mí y tartamudeando le dije adiós. Abrí la puerta sin saber cómo le atiné al meter la llave, entré a casa corriendo y fui directa a mi recámara para aventarme sobre la cama con todo y mi cara de idiota, ¡Un chico me había dado un beso en la mejilla!

Necesitaba urgentemente contar lo sucedido a Melissa, así que más tardé en pensarlo cuando ya estábamos al teléfono, yo le narraba todo lo que había acontecido con Pablo. Melissa se reía y me decía que le alegraba escucharme feliz. Ella ya había comenzado a experimentar en ese tema, hacía un par de semanas se había hecho novia de Gerardo, un chico de la escuela que estaba en el equipo varonil de voli y entrenaba con nosotras.

Conforme los días transcurrían la confianza entre Pablo y yo crecía, habíamos salido a diferentes lugares: al parque, al cine, a sus partidos de fútbol, a mis entrenamientos y varias veces terminamos sentados en la banqueta, fuera de mi casa; nos llamábamos a menudo y mi papá enfurecía porque siempre estaba pegada al teléfono con él o con Melissa.

Después de dos semanas yo estaba impaciente por ser novia de Pablo, un día al salir del colegio él me esperaba para llevarme a casa. Al verme salir corrió a saludarme y tomó mi mochila para cargarla en su hombro, platicamos todo el camino hacia mi casa, antes de irse, me dio un pequeño trozo de papel, estaba muy arrugado, me dijo que no lo leyera hasta que estuviera sola en mi habitación. Nos despedimos y subí corriendo la escalera, lo único que quería era descubrir lo que decía ese trozo de hoja de cuaderno, que a leguas se notaba lo había arrancado apresurado, no podía esperar más para ver lo que en él me había escrito, lo abrí y leí:

— ¿Quieres ser mi novia? —

Debajo de la pregunta había dos recuadros dibujados a prisa, se notaba el zigzag del lápiz con el que lo escribió, uno para elegir SÍ y otro para optar por el NO. Mi corazón latía y perfectamente sabía la respuesta, abrí mi mochila y sin pensarlo, saqué un lapicero y marqué desesperadamente la casilla que respondía con un SÍ. Tomé el papel, lo doblé de nuevo y después no supe qué hacer, me pregunté si debía ir a su casa a entregar la respuesta o sólo tenía que esperar a que él llamara. ¿Pablo regresaría por la respuesta después de comer? Siempre he sido impaciente, así que en lugar de bajar a comer le dije a mi mamá que tenía mucha tarea y que iría a hacer un trabajo a casa de Melissa, me quité el uniforme y salí corriendo a consultar a mi mejor consejera.

Cuando llegué a casa de Melissa ella estaba despidiéndose de Gerardo, no sé por qué, pero él no me caía muy bien, me parecía un poco arrogante y creído, era entre rubio y pelirrojo, tenía muchísimas pecas en las mejillas, no era mal parecido, pero había algo en él que no me gustaba. Esperé a que terminaran sus arrumacos y cuando por fin se despidieron corrí a abrazar a Melissa, ella estaba sorprendida de verme en su casa, acabábamos de vernos en la escuela, me preguntó si pasaba algo y yo le mostré el papelito que me había dado Pablo, al verlo, Melissa no paró de reír y se burló de la forma en la que Pablo me había pedido que fuera su novia.

Le pregunté qué debía hacer, necesitaba que Pablo supiera que sí quería ser su novia; Melissa me dijo que me tranquilizara, que ya tenía la propuesta que tanto había esperado, que ahora diera tiempo a que él buscara la respuesta. Me invitó a comer y me dijo que no fuera tan ansiosa, entramos a su casa y mientras comimos me relajé un poco, recogimos los platos, los lavamos y nos pusimos a hacer la tarea, aunque yo no podía concentrarme por estar pensando en Pablo.

Más tarde regresé a casa, al llegar mi mamá me dijo que Pablo me había ido a buscar hacía unos 30 minutos, nunca me había arrepentido tanto de haber salido como ese día. La noticia me aceleró otra vez y llamé a Melissa, le conté lo ocurrido y ella no paraba de reír, me enojé porque yo sentí que no me entendía ni escuchaba por estarse riendo de mi desgracia, me dijo nuevamente que me tranquilizara y que mañana sería otro día, que finalmente ya era novia de Pablo, aunque no oficialmente. Yo no pude dormir esa noche, estaba llena de emoción y quería que amaneciera en ese momento para irme a la escuela, no podía esperar más para darle el sí.

A la mañana siguiente me alisté para ir al colegio, siempre salía corriendo porque se me hacía tarde por cualquier cosa, ese día era tanta mi emoción que salí a tiempo. Al abrir la puerta lo primero que vi fue a Pablo, estaba esperándome. Le sonreí y no pude contener mi emoción, corrí a abrazarlo, saqué del bolsillo del suéter el papelito con la propuesta y lo puse en su mano, de nuevo esas cosquillas en el estómago me traicionaron y antes de que él pudiera abrirlo le dije que sí quería ser su novia. Él sonrió y me dio un fuerte abrazo, como siempre, puso mi mochila en su hombro y esta vez tomó mi mano para caminar juntos al colegio. Durante el camino ninguno

de los dos dijo nada, creo que ambos no cabíamos de la emoción, llegamos a la escuela y nos despedimos con un beso en la mejilla, quedamos de vernos por la tarde.

Al llegar al salón, mi cara de tonta salió a relucir, Melissa de inmediato supo que algo había sucedido y preguntó si todo estaba bien, me senté y antes de que entrara el profesor de química, le conté como fue que le di el sí a Pablo; Melissa continuó riéndose de mí, imaginándome en esos aprietos y me dijo que le alegraba saber que era novia del chico rebelde. Me propuso que un día saliéramos juntas con los novios para que ellos también se volvieran amigos. Mi felicidad creció, en ese momento imaginé lo lindo que sería eso.

Todo estaba perfecto, sin embargo, me faltaba decírselo a mis papás. Eso representaba un reto para mí, era la primera vez que les iba a decir que tenía novio, aunque creo que con tantas visitas y llamadas de Pablo podían suponerlo. Decidí que se los diría cuando saliera del colegio, la hora de la comida sería el momento perfecto, de paso estarían mis hermanos y así mataba 4 pájaros de un tiro, además tenía entrenamiento y les daría tiempo de digerirlo mientras yo no estaba. Todo el día estuve distraída pensando en Pablo y dándole vueltas a la forma en la que se lo diría a mi familia, hablar nunca ha sido sencillo para mí, cuando quiero decir algo, termino dándole mil vueltas a las cosas antes de ir al grano.

Después del colegio llegué a casa y me fui directa a mi habitación para cambiarme el uniforme, tenía entrenamiento y no sabía si habría juicio en mi contra cuando les contara que ya tenía novio, así que decidí dejar todo listo por si tenía que salir corriendo. Esperamos a que llegara papá y mi mamá nos llamó a la mesa para comer, nos sentamos los 5 y como siempre empezaron las típicas preguntas:

– ¿Cómo les fue? ¿Qué tal su día? Bla, bla, bla. –

Cuando llegó mi turno de responder sin más ni más les dije:

– Ya tengo novio y se llama Pablo. –

Mis hermanos aplaudieron y comenzaron a hacer burla de la noticia, mis papás voltearon a verse uno al otro sin decir nada. Mi papá pidió silencio y me comenzó a hacer preguntas sobre Pablo: su edad, dónde estudiaba, dónde vivía, sobre su familia y todo aquello que en el momento se le ocurría. La edad no le hizo mucha gracia, él tenía 17 y yo 15, yo iba comenzando la preparatoria y él estaba por terminarla, yo estudiaba en una escuela de monjas y él en la que tenía fama de ser reformatorio de pequeños delincuentes, mi papá encontró muchas inconveniencias en pocos minutos, con pocas palabras.

Por un momento pensé que se había molestado con la noticia, después de sus comentarios sobre la edad, me dijo que no iba a impedirme que viviera lo que tenía que vivir, me pidió que no perdiera de vista la educación y los valores que había aprendido en casa, enfatizó en que tuviera la confianza de platicar con ellos cualquier cosa que me inquietara; mi mamá sonrió y dijo que su hija mayor estaba creciendo muy rápido, entre las risas y burlas de mis hermanos terminamos de comer en santa paz para que yo pudiera ir a mi entrenamiento.

Llegué volando a casa de Melissa, ya era tarde así que toqué el timbre y salí, como de costumbre me quité el casco azul para que lo utilizara ella, se subió a la moto y nos fuimos platicando hasta el colegio, aproveché el camino para contarle lo que había sucedido en casa a la hora de la comida. Mientras entrenábamos llegó Pablo y se sentó a esperarme en las escaleras que dirigen al patio principal, ahí estaban las canchas, Melissa y yo volteamos a vernos y nos reímos, había olvidado decirle que Pablo iría por mí.

Cuando terminamos de entrenar, Melissa se acercó a saludar a Pablo, se despidió de mí y me dijo que más tarde me llamaría, le di un abrazo y me fui con Pablo a tomar un capuchino frappé a una pequeña cafetería que estaba cerca del colegio. Era el primer día que andaba de novia y también la primera vez que no avisaba en casa que llegaría tarde, me esperaba mi primera regañada al llegar, además había roto otra regla: andaba en la moto. Mi papá no pasó por alto lo sucedido y me llamó la atención, la verdad se portó muy bien conmigo, sé que merecía que me castigara sin moto y no lo

hizo, también sé que si vuelve a ocurrir entonces no se apiadará de mí, con él no hay segundas y mucho menos terceras oportunidades.

Después del merecido y suave regaño subí a mi habitación, desde las escaleras pude ver a mi hermana muy sorprendida, había escuchado la conversación con mi papá, me sonrió y levantó el pulgar como felicitándome por mi primer acto de rebeldía en años, después soltó una carcajada y nos abrazamos. Antes de irnos a dormir me dijo que Melissa había llamado y con todo el dolor de mi corazón tuve que aguantarme las ganas de contarle que me habían regañado, en ese momento y bajo esas circunstancias, lo mejor era dejar la conversación para el día siguiente, ya era tarde y no quería que nuevamente me llamaran la atención por estar hablando por teléfono a esas horas. A la mañana siguiente, a pesar de que era sábado desperté muy temprano y me fui a casa de Melissa, tenía que platicarle lo sucedido la noche anterior.

Conforme pasaron los días mi rutina fue cambiando, pasaba más tiempo con Pablo y menos con Melissa y mis amigos. A pesar de que nos veíamos en la escuela y en los entrenamientos yo sentía que nos estábamos distanciando. Varias veces salimos los 4: Melissa, Gerardo, Pablo y yo, era divertido ir juntos al cine, al café y a caminar por el centro de la ciudad. Pablo era muy tierno conmigo, siempre tenía un detalle para mí y me sentía bien con él, pero había algo extraño, no nos habíamos besado aún; no sé si él era muy tímido o era yo quien ponía una barrera cuando se me acercaba demasiado, a veces me percataba de lo primero y muchas más ocasiones, de lo segundo.

Me gustaba cuando me abrazaba y me miraba a los ojos, yo sentía dolor de estómago porque cuando hacía eso creía que nuestro primer beso en la boca estaba cerca, eso me ponía muy nerviosa, yo jamás había besado a nadie y tenía miedo de hacer el ridículo, de paralizarme y no saber qué hacer, a la vez pensaba:

– ¿Quién aprende a besar sin dar un beso? –

A pesar de todo, yo anhelaba mi primer beso.

Pablo y yo llevábamos un mes de novios, a mis papás les caía muy bien y ya no tenía que verlo en la entrada de casa, me habían dado permiso de invitarlo a pasar y podíamos estar en la sala o en la cocina; a mi hermano Hugo le gustaba cuando nos visitaba porque pasaban horas jugando videojuegos y Mar se divertía haciéndole bromas o burlándose de nosotros cuando me tomaba la mano y mi cara cambiaba a color rojo porque estaban mis papás cerca.

Todo marchaba bien en mi vida, tenía un novio muy lindo, y el primer semestre de prepa iba con buenas notas, ya venían las vacaciones y en casa todo estaba excelente. Sin embargo, había algo que no me gustaba tanto, extrañaba a Melissa y esas tardes en las que platicábamos de todo y se nos iba el tiempo riéndonos y analizando el mundo. Conversábamos en la escuela y nos contábamos lo que hacíamos, cuando en clases surgían trabajos en equipo no dudábamos en hacerlos juntas, seguíamos siendo las mejores amigas, pero algo había cambiado y yo sentía que ya no era lo mismo.

A Pablo le faltaban pocos meses para terminar la preparatoria e ir a la universidad. Me tenía bastante sorprendida, estudiaba en una prepa que tenía mala fama y en realidad era un chico muy educado, inteligente y dedicado. Ya me había dicho que quería estudiar Negocios Internacionales, aunque aún no sabía en qué universidad, tampoco sabía si se quedaría en la ciudad, pues tenía familia en otros lugares de provincia e incluso en el extranjero. Eso le daba la posibilidad de irse a estudiar otra ciudad o a otro país. Yo empezaba la preparatoria, así que aún tenía tiempo de decidir qué quería estudiar, sobre todo porque aún no lo tenía muy claro, solo sabía que nada relacionado con medicina, salud y esas cosas.

Terminar el semestre significaba que las vacaciones se aproximaban, Pablo me había dicho que ese fin de semana se iría con sus papás a visitar a sus tíos que vivían en Querétaro, aprovecharía el viaje para visitar universidades, así que nos quedaban pocos meses juntos antes de que muy probablemente, partiera de la ciudad. Esos días anteriores al fin de semana, los estiramos al máximo, yo llegaba siempre al límite de la hora en la que debía estar en casa, varias ocasiones estuve a punto de llegar tarde porque perdía la noción del tiempo. Disfrutaba mucho de su compañía, con Pablo

era muy fácil hablar sobre nuestros sueños y expectativas, sin dejar de lado lo cotidiano de nuestras vidas; también bromeábamos y paseábamos en diferentes lugares. Éramos felices incluso cuando sólo nos sentamos en la banqueta a tomar el fresco y no hacíamos nada más que estar juntos.

El viernes, antes de que él viajara con sus tíos, fuimos al cine. Esa ida al cine fue un caos, primero: no nos poníamos de acuerdo sobre qué película íbamos a ver, él quería entrar a ver “Día de la Independencia” y yo quería ver una en la que la protagonista era Meg Ryan, no recuerdo el nombre de la película. El punto es que Pablo decía que a esa no nos iban a dejar entrar y que además la proyectarían más tarde. Todas las razones y opciones nos llevaron a terminar viendo la de Will Smith, debo reconocer que la película me gustó, aunque por un momento le perdí el hilo a la película; ese día y esa película jamás los olvidaré, fue en esa sala de cine, viendo “Día de la independencia” en donde tuve la experiencia de mi primer beso.

Veía la película con atención mientras comía mis palomitas, una tras otra; Pablo me tenía abrazada y mientras yo comía él tomaba una. Recuerdo haber visto que Will Smith encendió un puro y se preparó para disparar el misil de la nave extraterrestre. Estaba muy atenta a la película y de pronto sentí la mano de Pablo en mi cara, yo contuve la respiración, perfectamente supe en el momento hacia dónde se dirigía todo eso. Me giró hacia él y me plantó tremendo beso. Todo mi cuerpo tembló al mismo tiempo, las palomitas que me había comido revolotearon juntas en mi estómago, yo traté de seguir el ritmo de sus labios con los míos, no quería que se diera cuenta de que no sabía besar, tampoco quería que los demás escucharan el beso, no sabía si debía cerrar los ojos o dejarlos abiertos pues la sala estaba oscura; era demasiada adrenalina junta y no podía pensar, la saliva tenía un sabor mezclado de palomitas con refresco, no sabía si era la mía o era la suya pero el beso me sabía agridulce. Creo que en algún momento del beso intentó tocar mi lengua con su lengua y entonces yo me alejé, ahí terminó nuestro primer beso, no supe qué hacer y me acomodé de frente a la pantalla para continuar viendo la película. Con el rabo del ojo revisé a mis costados para constatar que nadie nos había visto y retomé el ritmo con las palomitas. Él me abrazó y acarició mi cabello, no supe cuánto tiempo pasó, pero cuando reaccioné, Will Smith ya estaba en tierra abrazando también a su chica, me había perdido el momento más emocionante de la película para

vivir el más emocionante de mi vida, aunque aún no lograba decidir si el beso de Pablo me había gustado o no.

Terminó la película y salimos de la sala, yo aún seguía nerviosa y no podía hablar, no sabía qué decir, por lo tanto, me mantuve en silencio. Afortunadamente, Pablo lo rompió y me preguntó si estaba bien, me abrazó y yo le respondí que sí, nos tomamos de la mano y caminamos un poco por la plaza comercial. Yo continuaba sin saber qué había sentido, lo único que seguía presente era ese sabor agridulce, necesitaba experimentar un segundo beso. En el primero me había agarrado desprevenida, entonces me relajé y retomamos la plática mientras me acompañaba a casa. Una vez cerca de casa, le pedí que parara un momento, me puse frente a él y traté de hacer lo mismo que él había hecho, tomé su cara entre mis manos, me paré de puntillas y le di un beso muy similar al que él me había robado en el cine.

La sensación no fue muy diferente, su saliva, la mía o la de los dos, continuaba con un sabor raro, esta vez ya no me sudaron las manos y tampoco sentí que las tripas se me hacían nudo en el estómago. Al finalizar mi heroico beso lo abracé para despedirme, debía entrar a casa, y honestamente, quería dejar ir de una vez por todas ese incómodo momento.

Nunca antes me había acercado a platicar con mi mamá sobre novios, besos y esas cosas, ese día necesitaba hacerlo. Poco entendía por qué no me había emocionado con mi primer beso y tampoco con el segundo, tenía miedo de que cada beso que repartiera o recibiera a lo largo de mi vida fuera así, plano y sin significado alguno, sin emoción, no entendía por qué no había sentido las mariposas de las que tanto hablan, conmigo no habían estado presentes.

Tenía muchas dudas, me sentía extraña, así que fui con mi mamá, le pregunté si podíamos conversar un momento, supongo que mi petición acompañada de la cara que tenía, la alertó y ella sabía que algo me sucedía. Bromeando me tomó suavemente de la oreja para relajar un poco mi tensión y nos dirigimos directo a mi habitación. Ya a solas, me preguntó si todo estaba bien, yo le respondí que sí pero que me sentía un poco confundida respecto a algo que me había sucedido. Estuve más de 15 minutos dándole vueltas a las cosas para poder decirle que Pablo me había besado, me daba

pena hablar con mi mamá de esas cosas, nuestras conversaciones habían sido diferentes y nunca sobre este tema. Cuando por fin logré decírselo, mi mamá sonrió y me miró con mucha ternura, entonces comenzó la ronda de las mil y una preguntas:

– ¿Te dio el beso en la boca? –

– ¿Tú querías besarlo? –

– ¿Te gustó? –

– ¿Te besó en público? –

– ¿En serio es tu primer beso? –

– ¿Qué sentiste? –

– ¿Cuánto llevan de novios? –

Lanzando una tras otra sin permitirme responder una sola.

Le pedí un poco de calma a mi mamá y le conté con detalle lo que había sucedido en la sala de cine, ahora la ronda de diez mil preguntas la tenía yo en mi cabeza, quería que me respondiera todo en ese momento. Lo primero que hice fue pedirle a mi mamá que me contara sobre su primer beso, quería saber si ella había sentido lo mismo que yo. Mi mamá comenzó a relatarme cuando la besaron por primera vez, ella tenía 16 años y no había sido mi papá. Mientras me contaba, pude ver que para ella sí había sido especial, se lo dio el niño que tanto le gustaba, incluso cuando me lo contó, fue como si hubiera revivido aquel momento. Obviamente está enamorada de papá, pero esa primera experiencia para ella fue linda. Después me contó sobre su primer beso con mi papá y me dijo que había sido mucho más lindo, cuando terminó de contarme con detalle, supe que conmigo el universo había fallado, yo no había sentido lo mismo que mi mamá.

Le pregunté por qué me sentía así, necesitaba saber por qué aquel momento en el cine no había sido tan mágico como lo había imaginado, mi mamá me dijo que quizá el momento no había sido el indicado, me abrazó

nuevamente y me dijo que durmiera, que consultara con la almohada todo aquello que me inquietaba, que probablemente podría encontrar al menos una respuesta. Le agradecí haberme escuchado y le di un abrazo, si bien el beso con Pablo no había sido lo mejor, platicar con mi mamá había significado algo nuevo pero increíble, me había hecho sentir bien.

Me fui a dormir pensando que, aunque era lindo lo que compartía con Pablo, algo le había faltado a mi primer beso, en particular, algo me había faltado a mí. En ese momento no pensé en que era apenas una adolescente y que aún tenía mucho por aprender y vivir. Yo solo anhelaba sentir la magia del primer beso. Lo cierto es, que estaba comenzando a experimentar por primera vez muchas cosas; creo que mi mamá tuvo razón cuando me dijo que, en esa etapa, la misión es madurar. También me advirtió que eso duele, en eso último: tenía mucha razón, yo no había sentido esa emoción que todo el mundo decía sentir en su primer beso, eso me hizo sentir mal, dejé de dar vuelta a las cosas y decidí que lo mejor era dormir, tal vez había creado demasiadas expectativas alrededor de ese momento. Pablo se iría de viaje y yo tendría un par de días para pensar y seguirle dando vueltas a lo sucedido como era mi costumbre, abracé mi almohada y cerré mis ojos, mañana, sería otro día.

De viaje por el sur

Después de la plática con mi mamá y las mil preguntas que me surgieron, pensé que ir a platicar con Melissa sería lo mejor que podía hacer, ella siempre me entendía y tal vez podría ayudarme a encontrar las respuestas que tanto buscaba; ya sin las emociones a flor de piel me fui a su casa. Ella tampoco vería a Gerardo, él y su familia viven en el mismo pueblo que los abuelos de Melissa, únicamente permanecía en la ciudad los días de escuela y regresaba a casa casi todos los fines de semana. Estaba impaciente por verla, teníamos varios días sin platicar y ni siquiera sabía de mi primer beso con Pablo, así que nos esperaba una larga y tendida plática sobre besos, saliva, nervios y todo eso que había experimentado.

Melissa y yo estábamos contentas de vernos, comenzamos el fin de semana yendo a la plaza por el acostumbrado capuchino frappé que tanto nos gustaba. Mientras caminamos, le conté a Melissa cómo había sucedido mi

primer beso, igual que siempre, ella reía y sacudía la cabeza incrédula de mis reacciones; para ella, como para mi mamá, el primer beso había sido lindo, yo no entendía cómo el mío había sucedido así. Mi amiga trató de explicarme que tal vez debía besar a otros chicos hasta encontrar al adecuado, sin embargo, a mi realmente me estresaba pensar en eso, por el momento no quería más intercambio de saliva, primero tenía que encontrar la respuesta a mi pregunta: ¿Me había gustado mi beso?

Después de tomar el frapuchino, regresamos a casa de Melissa, sus papás me invitaron a comer y los míos me dieron permiso de pasar la tarde en su casa. Mientras comíamos, hablaron sobre un viaje que planeaban hacer por el sur de la república durante las próximas vacaciones. Eso sonaba emocionante, lo harían en auto y harían varias escalas en ciudades y pueblos con la finalidad de conocer los mejores atractivos turísticos de cada lugar. Entre la plática y los planes, los papás de Melissa me preguntaron qué haría durante estas vacaciones, yo les expliqué que como mi papá trabajaba en un banco, no podíamos salir en esas fechas porque los clientes lo buscaban constantemente. Después de escuchar mi respuesta, no dudaron en extenderme la invitación para ir con ellos, yo me emocioné ya que jamás había ido a ningún lugar de los que mencionaron. Faltaban un par de meses para el viaje, tiempo suficiente para convencer a mis papás, no sabía si me iban a dejar salir de casa por tantos días y tan lejos, sin embargo, la mamá de Melissa me dio esperanza al decirme que más adelante hablaría con mis papás para comentarles sobre la invitación que me habían hecho. Debo reconocer que, aunque aún no tenía el permiso, yo ya me veía de viaje con Meli y su familia, iba a ser genial poder vacacionar con mi mejor amiga y conocer esos lugares que sonaban maravillosos, tendríamos tiempo de sobra para estar juntas.

Por el momento, teníamos todo un fin de semana para compartir, no había horarios, tareas, entrenamientos y tampoco novios. Así que con la emoción temprana de un viaje que podía o no ser, nos fuimos al cuarto de Melissa para hacer el itinerario de ese par de días. Nos tiramos de panza en su cama y comenzamos a planear: una ida al cine, otra a la plaza, al parque, al lago, e incluso, ese fin de semana tendríamos nuestro maratón nocturno de películas.

No sabíamos a ciencia cierta si nuestro itinerario iba a poder ser llevado a cabo, lo importante era que ya lo teníamos. Para comenzar, me invitó a pasar con ella ese fin de semana, yo sin tener aún el consentimiento de mis padres, acepté y me fui a arreglar mi mochila con todo lo necesario. Una vez listo mi pequeño equipaje, corrí a buscar a mi mamá para preguntarle si podía quedarme con Melissa el fin de semana. Nunca había dormido fuera de casa, así que mi mamá se sorprendió un poco y dudosa llamó a mi papá para consultarlo, a tirones y jalones me dieron permiso, eso sí, mi mamá llamó a la mamá de Melissa para corroborar que mi presencia había sido requerida, una vez cumplidos los protocolos, ella misma me llevó y agradeció la posada que me darían ese fin de semana.

Comenzamos la tarde como era nuestra costumbre, acostadas en la cama escuchando música y platicando de tonterías. Casi para anochecer, salimos a comprar golosinas para iniciar nuestro maratón de cine en casa, nos encaminamos a la tiendita que está cerca de su casa y nos armamos con todo tipo de comida chatarra, suficiente para aguantar la noche.

Preparamos las palomitas en el microondas, servimos un par de vasos con refresco y subimos a nuestra mini sala de cine. Antes de poner la videocasetera, Melissa me dijo que nos pusiéramos la pijama, que así estaríamos más cómodas, sobre todo, si nos quedábamos dormidas. Me agaché a buscar mi mochila y cuando levanté la mirada lo primero que vi fue la espalda desnuda de Melissa a contra luz, ella estaba parada de frente a la ventana, quitándose la playera azul marino que vestía, la poca luz que entraba por la ventana me permitió ver el tono dorado de su piel y una pronunciada curva que se le hacía al final de la espalda. Desvié la mirada, no supe por qué me había quedado atenta mirándola mientras se quitaba la ropa. Me dispuse a hacer lo mismo, dándole la espalda y tratando de hacerlo rápido, ella continuó quitándose los jeans y poniéndose el resto de la pijama. Tan pronto nos cambiamos, Melissa sacó del librero del pasillo la colección de películas y elegimos 3, colocamos las palomitas al centro de la cama, y comenzamos nuestro maratón.

La primera película la vimos hasta el fin, en cuanto terminó pusimos la segunda y continuamos con el desfile de golosinas y refresco, ya casi para finalizar la película, noté que Melissa se había quedado dormida, tenía la

bolsa de gomitas entre las manos y unos ligeros bigotes de azúcar en los labios. Me levanté y paré la película, apagué el televisor y la videocasetera, recogí las golosinas y con mucho cuidado para no despertarla, retiré la bolsa de sus manos. Melissa abrió los ojos y me dirigió una mirada de borrego a medio morir, preguntó qué pasaba y le dije que se había quedado dormida. Se levantó medio sonámbula y le dije que tenía bigotes de azúcar, sonrió adormilada y fue a lavarse los dientes. Después continúe yo con el desfile para hacer lo mismo e irnos a dormir, ambas estábamos que nos caíamos de sueño. En lo que fui al baño para lavarme los dientes y la cara, Melissa ya estaba profundamente dormida, así que con delicadeza levanté las cobijas y me introduje lentamente a la cama tratando de no despertarla. Me acomodé sobre mi costado derecho y cerré los ojos, al principio no podía dormir, sentía una extraña inquietud, esa era la primera vez que dormía con alguien fuera de casa, jamás había compartido la cama más que con mis hermanos, finalmente el sueño me venció y no supe en qué momento me quedé dormida.

Por la madrugada, Melissa comenzó a dar vueltas en la cama, giraba a la derecha, luego a la izquierda, estiraba las piernas, las encogía y entre tanto movimiento, rozó su pierna con la mía y me despertó, le pregunté si estaba bien y me dijo que no podía dormir. Se disculpó por haberme despertado y volvió a darme las buenas noches. Algo había ocurrido, podía escuchar claramente su respiración, estaba como agitada, yo tampoco pude volver a dormir, no sé por qué extraña razón, me quedé pensando en ese pequeño roce. Supongo que después de algún tiempo nos volvimos a quedar dormidas. Ya por la mañana Melissa jaló con fuerza las cobijas y sus gritos interrumpieron mi sueño:

– ¡Levántate floja! –

Yo no podía abrir los ojos, así que ella brincó sobre mí y comenzó a hacerme cosquillas para que yo me levantara de una vez por todas. Después de muchos intentos, logré levantarme, me sentía cansada, como si no hubiera dormido, tal vez fue así. Esa noche fue extraña, nunca despierto por la madrugada y en esta ocasión, mi sueño había sido interrumpido sin razón alguna. No di más importancia, me levanté y bajamos a desayunar, teníamos todo un itinerario que cumplir. Si bien no pudimos seguir nuestras

actividades al pie de la letra, hicimos casi todo lo que nos propusimos, visita a la plaza, palomitas y cine, frapuchinos y más frapuchinos.

Las semanas en el colegio continuaron su marcha, nosotras seguimos con nuestra rutina, a excepción de los fines de semana, por algún tiempo no volvimos a dormir juntas. Algo había sucedido entre Melissa y yo desde esa noche, no sé si era mi imaginación o se sentía cierta tensión entre nosotras, constantemente nos sobresaltaba estar demasiado cerca una de la otra o rozar alguna parte de nuestro cuerpo. Aunque nunca peleábamos o discutíamos, las cosas cambiaron de un día para otro, por ejemplo, dejamos de salir en pareja con Pablo y Gerardo, hasta creo que nos molestaba un poco cuando alguna de las dos hablaba del respectivo novio. Lo mismo sucedía cuando un compañero o compañera se nos acercaba demasiado, era como si ambas estuviéramos defendiendo el territorio.

Conforme pasaron los días, nos fuimos acercando más una a la otra, siempre había un pretexto para propiciar el roce de nuestras manos, los abrazos eran cada vez más frecuentes y efusivos, como si buscáramos tener más contacto físico entre nosotras. De la nada comenzamos a escribirnos cartas para recordarnos que éramos las mejores amigas y que nos teníamos un cariño sin igual, Melissa me provocaba sensaciones extrañas.

Así pasaron alrededor de 3 semanas, hasta que un día, Melissa me confesó que se sentía incómoda cuando yo platicaba con Sara, una de nuestras compañeras que era mi amiga, dijo que no entendía por qué le molestaba tanto verme con ella. Cabe mencionar que ellas no se caían bien, lo más extraño, es que el sentimiento era mutuo, yo también sentía como un jaloncito en el corazón cuando ella estaba con alguien más.

No sé bien cómo iban las cosas entre Melissa y Gerardo, en lo que a mí con Pablo respecta, yo seguía esperando a que llegaran las mariposas a causar estragos en todo mi ser, pero lejos de eso, me sentía cada vez más distante de él. Pablo continuaba lindo y tierno conmigo, yo, por el contrario, seguía teniendo la impresión de que nos faltaba algo. Deseaba con todo el corazón poder sentir esas descargas eléctricas que decían que se sentían cuando estabas cerquita de tu novio. De algo estaba segura, me sentía feliz al lado de Pablo, pero no había tales mariposas rondándome.

Se acercaban las vacaciones tan ansiadas por mí, yo había hecho un par de comentarios en casa, pero no había obtenido respuesta sobre el permiso de viajar al sur con Melissa y sus papás. A un par de semanas de las vacaciones, la mamá de Melissa me preguntó si ya estaba lista, le dije que aún no lo había hablado bien con mis papás y ella me dijo que fuera intentándolo que ella también tenía que hablar con ellos. En los siguientes días, la mamá de Melissa visitó a mis papás, y fue una sabia decisión, aunque no fue sencillo, terminaron dándome permiso para viajar con Melissa, la salida era dentro de 5 días, así que tenía el tiempo exacto para preparar mis cosas. Antes de irnos le hablé a Pablo sobre el viaje, él no le dio mucha importancia al asunto, ya que él estaba ocupado planeando sus vacaciones para continuar su búsqueda de universidades.

Por fin llegó el tan ansiado día del viaje que comenzaba partiendo hacia Ciudad de México, los papás de Meli tenían planeado salir por la madrugada para llegar a desayunar, así que mis papás me llevaron a casa de Melissa a eso de las 4 de la mañana, me despedí de ellos y me hicieron prometer que me portaría bien, que no haría nada que ellos no me permitieran y que colaboraría con la familia de Melissa en todo, me abrazaron y se despidieron, yo ya estaba ansiosa de emprender el viaje.

Los papás de Melissa ya tenían todo listo, el equipaje estaba en el auto y guardaron mi maleta en el espacio que habían dejado libre en la cajuela, dieron una cobija a Melissa y otra a mí, nos subimos al auto y partimos con la emoción de saber que pasaríamos juntas todas las vacaciones. A las 4:30 de la mañana ya estábamos en carretera hacia Ciudad de México, al poco tiempo de comenzar el viaje, Melissa y yo nos quedamos profundamente dormidas.

Pasaban de las 8 de la mañana y Melissa me despertó, habíamos llegado a la primera parada, desayuno en la Marquesa. Bajamos del auto y el delicioso olor de la comida nos despertó el apetito; sopa de médula, quesadillas de champiñones, rajas, pollo, carne, chicharrón; mixiotes, barbacoa y una variedad de platillos típicos del lugar. Después de desayunar, continuamos el camino hacia Ciudad de México, ahí nos quedaríamos una noche en casa de la tía de Melissa, quien ya nos tenía preparada una sorpresa, una emocionante visita a un parque de diversiones, así, mientras nosotras

paseábamos, sus papás descansaban para continuar el viaje a la mañana siguiente.

Esa tarde, Meli y yo nos divertimos mucho, tanto, que el cansancio del viaje y la desmañanada se nos olvidó. Con las sacudidas en la montaña rusa, gritos en la casa del terror y la sensación de vacío en la panza que nos provocaban las subidas y bajadas de los juegos mecánicos. Al medio día, hicimos una pausa y la tía de Meli nos llevó a comer pizza, una hora antes de terminar la visita al parque de diversiones, nos subimos a los juegos acuáticos y apenas tuvimos tiempo de secarnos para regresar. Llegamos con la pila en la reserva, nos mandaron a bañar y caímos redonditas, al día siguiente Puebla nos esperaba.

Nuevamente a las 6 de la mañana ya estábamos listos para partir. Meli y yo, como ya lo estábamos haciendo costumbre, nos dormimos todo el camino, debajo de nuestra cobija, la punta de nuestros dedos comenzó a hacer contacto durante el viaje. Por fin llegamos y nos despertaron para ir a desayunar, esta vez los papás de Meli nos llevaron a probar las chalupas y las cemitas en un pintoresco restaurante del centro de Puebla, después fuimos a visitar la Catedral y comimos los tradicionales dulces de camote, ahí, en un mercadito cercano, pude ver los bellos objetos de talavera que fabrican. Melissa y yo escuchamos que en Puebla había un safari en el que hacían divertidos recorridos para ver animales, pero sus papás nos dijeron que no podíamos quedarnos, faltaba mucho camino por recorrer, así que las jirafas y los changos tuvieron que quedarse con las ganas de vernos. Al mediodía y después de conocer un poco de Puebla, nos dirigimos de nuevo por la carretera hacia Veracruz.

Meli y yo cantábamos las canciones que sus papás ponían, entre música y pequeños momentos de silencio cruzábamos miradas extrañas que a veces eran intensas, otras tiernas y algunas evasivas. Era maravilloso poder admirar el paisaje y la carretera, tanta tranquilidad me hacía pensar en mi desorden de ideas y sentimientos, sobre todo, cuando me acordaba de Pablo, a él le quedaba muy poco en la ciudad, sólo debía presentar sus exámenes finales y después tendría en puerta un boleto a la universidad. Hasta el momento, saber que podía partir no me había inquietado mucho,

tenía claro que él debía seguir con sus planes, respecto a los míos, estaba sucediendo algo que poco entendía y que no tenía previsto.

Iban a ser las 3 de la tarde y por la carretera comenzaron a asomarse las palmeras, nos encontrábamos cerca de la playa de Boca del Río, Melissa estaba desesperada por bajar del auto y pisar la arena, estábamos acaloradas y hambrientas. El papá de Melissa preguntó a unas personas dónde podíamos comer y visitar una playa bonita, la recomendación fue visitar Playa Boca del Río, ahí comimos un enorme y delicioso pescado a la veracruzana, que, a partir de hoy, forma parte de mis platillos favoritos, nunca lo había probado y me encantó.

Después de comer, Melissa y yo fuimos a sentarnos a la orilla del mar para jugar con el agua que nos mojaba los pies al romper las olas, mientras, la arena cubría momentáneamente las intenciones que en nuestras manos nacían. Ahí, a la orilla de esa bonita playa, seguí dando vueltas a mi dilema: el beso con Pablo. Intentaba entender lo que sentía, pero los acercamientos con Melissa me confundían aún más, sobre todo, cuando me percaté de que ese color dorado de la arena mojada, se asemejaba al tono de su piel. ¿Por qué llegó a mí el recuerdo de esa piel que descubrí aquella noche a contra luz? La tarde comenzaba a esconder el sol, el cielo lucía entre rosado y naranja, yo no perdía detalle de nada, quería guardar cada lugar y cada experiencia en el mejor rincón de mi mente y de mi corazón.

Regresamos a la palapa donde los papás de Meli platicaban, su papá estaba cansado, así que nos dijo que pasaríamos la noche ahí porque nos esperaba un largo camino de más de 6 horas para llegar a Tabasco, pero antes iríamos a probar el tan codiciado café veracruzano que sirven los lecheros en el famoso Gran Café de la Parroquia. Es impresionante la precisión que tienen para servirlo sin derramar una sola gota, por las caras que hicieron al probarlo, creo que quedaron encantados con su sabor. Ya por la noche, fuimos a un hotel muy sencillo pero hermoso y nuevamente dormimos temprano para retomar el viaje al día siguiente.

A las 6 de la mañana ya estábamos los 4 listos para partir hacia Tabasco, los papás de Melissa tenían planeado llegar al Parque Museo La Venta. Nos explicaron que ahí se exhibían esculturas de la Cultura Olmeca y que también había animales de la región como el impresionante jaguar y los

lagartos. Lo que no nos dijeron es que en el parque también habitaban grandes colonias de hormigas; mientras hicimos el recorrido, algunas nos visitaron desde los pies hasta la cabeza provocándonos una comezón desesperante, eso no restó nada a lo maravilloso que encontramos el lugar y la experiencia de ver a tantos animalitos tan de cerca; mucho menos a la inquietante sensación que me provocó Melissa cuando me pidió que le pusiera un poco de protector solar en la espalda, en ese momento me perdí en su dorada y tersa piel.

El clima de Tabasco me gustó, aunque no pudimos ir a conocer sus playas, disfrutamos la corta estancia al máximo. Después de la visita al parque, los papás de Melissa nos preguntaron si queríamos quedarnos en Tabasco o continuábamos hacia Chiapas que era nuestro destino final, nosotras lo que queríamos era seguir en la aventura, así que dejamos que ellos tomaran la decisión y el papá de Meli prefirió continuar el viaje, así que retomamos el camino hacia Palenque.

Llegamos de noche, particularmente ese día, el viaje estuvo cansado por la cantidad de horas en carretera y el recorrido en el Parque. Los papás de Meli buscaron nuevamente un lugar en dónde hospedarnos, dejamos el equipaje y salimos en busca de algo para cenar. Llegamos a un restaurante de comida típica y nos ofrecieron un caldo raro de caracoles, yo la verdad no me animé a probarlo, Melissa y yo optamos por lo sencillo, unos tamales de carne con verduras que estaban riquísimos, para finalizar, de postre comimos un plátano con queso. Teníamos la barriga llenísima, así que fuimos a caminar un poco por esa pequeña ciudad en donde la cultura Maya se hacía presente a cada paso, cuando el papá de Meli me escuchó mencionarlo, me dijo que entonces me maravillaría cuando fuéramos a visitar la zona arqueológica de Palenque, yo pregunté por qué y él se limitó a responder que al llegar a aquel lugar se respondería en automático mi pregunta.

Caminamos de regreso hacia el hotel y nos fuimos a dormir, esta vez no dormimos todos en la misma habitación, el hotel solo tenía disponible una mini suite con dos habitaciones, así que fue una noche larga, a pesar de estar cansadas por el viaje y el paseo en el parque, Melissa y yo no paramos de platicar. Meli me preguntó si extrañaba a mi familia, claro que les echaba

de menos, pero entre tantas emociones y los lugares que estaba conociendo, no había tenido tiempo de pensar en ello. Hasta ese momento sólo podía pensar en que vacacionaba con mi mejor amiga y en que estaba maravillada de los lugares que hasta el momento había conocido, sobre todo, porque eran lugares en los que nunca imaginé estar. Así continuamos platicando de todo y de nada, una idea nos llevaba a otra hasta que Pablo se hizo presente, Melissa sin advertir me preguntó si lo extrañaba, en ese momento me cayó el veinte de que extrañaba todo menos a Pablo, no sé si era negación o me estaba engañando sola, el hecho es que yo me sentía confundida, también me sentía mal porque no entendía lo que sentía por él y lo que me estaba sucediendo con Melissa.

Eso sólo lo pensé, después de que Melissa lanzó la pregunta nos invadió un incómodo silencio en el que no supe qué o cómo responder, ambas nos miramos una a la otra, en ese extraño cruce de miradas pude sentir nuevamente la tensión que ella provocaba en mi cuerpo y que poco entendía. Melissa rompió el silencio tratando de convencerme de que me había puesto muy nerviosa en mi primer beso y, en ese momento, yo también traté de convencerme de lo mismo hasta que el papá de Meli tocó la puerta que conectaba las habitaciones para pedirnos que dejáramos la plática para otro momento porque había solicitado los servicios de un guía turístico que nos llevaría a recorrer la zona arqueológica de Palenque y debíamos estar listos muy temprano. Melissa y yo reímos y continuamos platicando en voz baja, el cruce extraño de miradas no cesó y ambas coincidimos que era maravilloso estar ahí, juntas, conociendo y conociéndonos, compartiendo y fabricando momentos que podríamos recordar cuando estuviéramos viejitas, Melissa y yo nos prometimos ser amigas toda la vida. No recuerdo lo último de la conversación, creo que el sueño nos venció.

A la mañana siguiente, nos alistamos y bajamos a desayunar para después encontramos con el guía, cuando lo conocí me cayó muy bien, era un chico simpático, delgado, morenito y sonriente, llevaba un sombrero de palma en la mano y un paliacate que salía de la bolsa trasera de su pantalón, se llamaba Manuel Tondopo. Después de presentarse, nos invitó a subir a la camioneta en la que nos trasladaríamos con un grupo de personas que

también acudirían al tour, nos obsequiaron una botella de agua y un tríptico que contenía información del lugar.

Durante el trayecto hacia la zona arqueológica me mantuve en silencio, no hacía más que admirar la belleza de ese lugar. Ya casi para llegar, pude ver a la distancia, los picos de las pirámides de piedra blanca y mi silencio agudizó retumbando en mi interior, el chofer detuvo la camioneta y en cuanto bajamos para ingresar, enmudecí. Sentí como se enchinó todo mi cuerpo, el papá de Meli tenía razón, era el lugar más hermoso e imponente que había visto, en ese momento decidí que procuraría viajar toda mi vida para conocer lugares majestuosos como ése. Manuel Tondopo comenzó el recorrido explicando que nos encontrábamos en la zona arqueológica de Palenque, sitio prehispánico de los más importantes referentes de la cultura Maya. Iniciamos el tour en el Templo de las Inscripciones, subimos las pequeñas escalinatas con mucho cuidado y desde ahí observamos otras pequeñas construcciones a su alrededor, yo aún no podía creer que estuviera sobre una edificación Maya, las había visto en mis libros y en la televisión, pero estar ahí era otra cosa, era imponente, era como sentir la presencia del espíritu de los dioses Mayas que dieron origen a esa cultura.

Después nos llevaron al Palacio, el guía explicó que en ese lugar habitaba el Gobernante Maya y su familia; mis ojos continuaban incrédulos ante la majestuosidad de las ruinas acompañadas de un cielo azul y los árboles que se mecían al compás del viento. Recorrimos y observamos detenidamente todo el lugar, desde el sitio en el que realizaban el tradicional juego de pelota maya hasta la tumba de Pakal, que fue mi lugar favorito. Desde el acceso se sentía una energía extraña que se acentuaba conforme bajábamos las estrechas escaleras que conducían a la lápida. Yo continuaba maravillada, ver caer el sol entre las grandes obras Mayas acompañada de mi mejor amiga, me hizo la más feliz, me sentí agradecida por tener la oportunidad de conocer la parte sur de México.

Terminamos nuestro recorrido y paramos a comer en unos puestitos que estaban en los alrededores, la comida fue indescriptible, no sé si mi corazón estaba emocionado y contagió a mi sentido del gusto, pero ese día mis cinco sentidos quedaron extasiados de todas y cada una de las maravillas ahí presentes. Subimos nuevamente a la camioneta y regresamos al hotel;

llegué con la piel enrojecida y ardiendo, el sol también había disfrutado conmigo; nos dimos un baño y pedí a Melissa que me pusiera un poco de gel que tuve que comprar en la farmacia para relajar el ardor que me provocaron las quemaduras del sol. Melissa tomó el gel y me pidió que me recostara en la cama, lentamente bajó los tirantes de mi blusa y comenzó a frotarlo para mitigar el ardor, cuando sentí su mano sobre mi piel algo me recorrió desde los pies hasta la cabeza, yo di rápidamente la vuelta y le dije a Melissa que con eso bastaba, me incorporé y bajamos a cenar al restaurante del hotel. Ambas estuvimos dispersas y calladas durante la cena, terminamos y nos fuimos directas a dormir, no hubo plática alguna como solíamos hacerlo. Nos esperaba una nueva experiencia, la siguiente parada: San Cristóbal de las Casas.

Desperté muy temprano, por primera vez antes que Meli. Debo reconocer que soy más dormilona que ella, así que aproveché y la desperté con un chorrito de agua en la cara, ella siempre me hace cosquillas en los pies y termino casi debajo de la cama, no hay nada peor que eso, las cosquillas en los pies deberían ser consideradas tortura. Después de la pequeña guerra de almohadas, nos alistamos para salir, como de costumbre, los papás de Meli estaban apurándonos porque se hacía tarde. Ya con maletas en mano, nos subimos al auto, el papá de Meli revisó su mapa y, ¡sorpresa! Nos dirigíamos a las famosísimas Cascadas de Agua Azul, estaban de camino a San Cristóbal de las Casas, así que sería nuestra primera parada de este recorrido.

La carretera hacia las cascadas es bellísima, aunque me dio miedo. Es angosta, con muchas curvas y por ser tan temprano, llena de niebla. Así como lucía la carretera, me sentía por dentro, danzando entre nubes, caminando al borde de un abismo y no sabía bien qué era lo que me sucedía cuando estaba cerca de Melissa, no entendía por qué había tanta tensión entre nosotras y a la vez me provocaba un sentimiento que cada vez podía controlar menos. Traté de no pensar más, me enfoqué en el camino, a la orilla podía observarse la selva y a muchas personas ofreciendo artesanías y muñequitos hechos a mano: el personaje del subcomandante Marcos y la Ramona. Recuerdo que en aquellos tiempos estaban muy de moda, salían en las noticias a cada rato y Chiapas estaba en el ojo del huracán porque se había incendiado la selva. Todo eso me hacía pensar en lo pequeños que

somos, un día veía las noticias por televisión y al siguiente me encontraba en el lugar de la nota. No todo era tan malo como se veía en el noticiero, yo seguía asombrada de la indescriptible belleza del sur.

Las Cascadas de Agua Azul me hicieron sentir que el cielo se conectaba con la tierra, era el agua más azul que jamás había visto. Las nubes se reflejaban como espejo y parecía que caminaba entre ellas; el sonido de la caída del agua era más que relajante, caminar entre las rocas y el agua fue una experiencia divertida y refrescante, eso sí, hacía un calor endemoniado. Había algunas personas aventureras que ascendían y descendían por las cascadas, una parte de mí quería estar trepada en las rocas, escalando como ellos y otra me decía que era mejor caminar entre nubes, aunque terminó siendo igual de riesgoso; había una cascada de la cual emanaba agua de manantial, una persona del lugar nos dijo que podíamos probarla, que valía la pena porque era agua fresca y deliciosa, la recomendación era subir con cuidado por las rocas hasta llegar a la cima para tomar un poco de agua en nuestra botella, solo una por persona. Melissa y yo decidimos que no nos iríamos del lugar sin probarla, así que con precaución comenzamos a escalar la cascada para llenar nuestras botellas, Meli iba por delante, trepaba como chango y lo hacía ver muy fácil. Ella se había quitado los tenis porque dijo que sin ellos sería más fácil, yo, recordando que mis pies son más sensibles que nada, decidí trepar sin quitármelos y eso tuvo consecuencias, resbalé casi al llegar y terminé con el trasero empapado, un montón de espectadores se divirtieron con mi atropellado descenso, ni modo, el sol se iba a encargar de secar todo lo que me había mojado. Por cierto, sí llegué y pude llenar mi botella, el agua efectivamente sabía diferente, no cabe duda que la naturaleza nos regala cosas que no valoramos, hasta hoy no he probado agua más rica y fresca que la de ese manantial.

Después de haber protagonizado semejante espectáculo, continuamos el recorrido por las cascadas y finalmente mi trasero se secó, regresamos al auto y continuamos nuestro viaje hacia San Cristóbal de las Casas. Llegamos casi al anochecer, ahí me encontré con una de las iglesias más bonitas que jamás había visto, ¡su catedral es preciosa! Admiramos y recorrimos la plaza principal buscando un lugar para comer, andábamos con el estómago vacío que luego comenzó a llenarse con el simple olor de la maravillosa gastronomía del lugar. Encontramos un restaurant bar al que

Meli y yo podíamos entrar sin problema, en el lugar, un grupo de músicos amenizaba y la gente bailaba, todos estaban contentos. Esa noche cenamos tamales chiapanecos, nunca ha sido mi fuerte la comida agri dulce, pero debo reconocer que estaban buenísimos, hasta ese momento llevaba récord en momentos inolvidables, mis vacaciones estaban resultando de lo mejor. Ya con la cena en el estómago, nos dirigimos a un hotel que recomendaron a los papás de Meli, el lugar me pareció extraño y aunque al principio sentí incertidumbre, terminó siendo toda una experiencia.

El hotel no era como los que había visitado anteriormente, aquí había chozas de lujo, blancas con techos de paja, estaban muy bien localizadas en medio de un extenso jardín comunicado a través de largos pasillos adornados con piedra blanca. La nuestra era prácticamente la unión de dos chozas, una grande que contaba con sala, baño y un extenso dormitorio con una enorme cama y otra pequeña a la que se accedía a través de una puerta que las comunicaba. En esa había un par de hamacas planas que pendían de los muros como si fueran camas flotantes y el baño. Dejamos a los papás de Meli en la habitación más grande y nosotras optamos por ir a experimentar en las hamacas, nos despedimos y les dimos las buenas noches. Al entrar a nuestra pequeña choza nos sentimos maravilladas de tener nuestro propio espacio, la habitación era bastante amplia y nada pretenciosa; sobre cada hamaca había un cojín alargado y una delgada sábana blanca. Meli eligió la del lado derecho, sin pensarlo corrió y se subió a ella, comenzó a columpiarse y me invitó a compartir su espacio. Me coloqué a su lado y las dos recostadas aventábamos los pies para no dejar de mecernos, con el vaivén de la hamaca comenzó el vaivén de mi corazón, de nuevo estaba sintiendo esa sensación que me causaba estar tan cerca y a solas con Meli. Podía percibir en ella la misma tensión que yo sentía, la única diferencia es que cada día que pasaba la controlaba menos. Pensé en bajarme de ahí, pero Melissa me detuvo y me pidió que esa noche me quedara ahí con ella, la tomé de la mano y le pregunté si estaba segura de ello, me sonrió y me dijo que era una tonta, que no lo hubiera pedido si no lo quisiera. Nos quitamos el pantalón y nos quedamos solo con la camiseta, extendimos la sábana y continuamos meciendo nuestros corazones sin saber exactamente qué era lo que nos sucedía.

A la mañana siguiente despertamos juntas, aún tomadas de la mano. Nos levantamos y dejamos todo listo para continuar el viaje, esta vez no supe cuál sería nuestro próximo destino. Antes de partir, fuimos a conocer el mercado del centro, un lugar hermoso y lleno de colores, sabores, olores y un montón de personas felices. Desayunamos y lo recorrimos de principio a fin, ahí me encontré con una de mis debilidades: el tamarindo. Compré una especie de tabique hecho con pulpa, me dijeron que lo usan para cocinar, hacer postres y agua, yo la verdad me lo comí así tal cual, arrancándole de pedacito en pedacito hasta que se terminó. Recuerdo que también quise comprar una carrillera de cuetes, pero los papás de Meli me lo impidieron porque no podíamos viajar con pólvora en el auto, había muchísimas cosas curiosas y todo quería comprarme, pero aún faltaban muchos días y mis recursos no eran tan grandes como mis antojos. Salimos del mercado y regresamos caminando al hotel para recoger el equipaje y continuar con el viaje, hasta el momento nada se sabía de la siguiente parada, a mí me daba pena preguntar así que me limité a disfrutar lo que el destino y los papás de Meli deparaban.

La carretera continuó como desde el inicio, angosta y llena de curvas; así me hacía sentir Meli cada vez que su mano rozaba la mía, también había muchas carretas y personas, en ese trayecto pude ver una parte de la selva que se quemó, me sentí triste al verla. En este recorrido observé a algunos militares, las personas que transitaban a las orillas de la carretera parecían tranquilas, sin embargo, había unas cuantas que usaban un paliacate tapando su cara o un pasamontañas, no entendía muy bien hasta que los papás de Meli nos narraron un poco de la historia del movimiento que se originó en ese lugar, el EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional), me pareció de lo más interesante así que decidí que al llegar a casa me pondría a investigar sobre el tema. Después de casi un par de horas, llegamos a un camino lleno de piedritas blancas, lisas y resbalosas, aún no sabía a dónde habíamos llegado hasta que una persona se acercó y nos dijo que hasta ahí llegaba el auto, nos estacionamos y bajamos para dirigirnos a las Lagunas de Montebello, ¡otra maravilla!

Ya en el lugar nos explicaron que la piedra blanca y resbalosa se llama piedra caliza, y también que el actor Lorenzo Lamas grabó un comercial sobre una balsa en la Isla de la Tortuga. Una vez más encontré relación

entre el lugar y lo que sentía, algo muy fuerte me hacía resbalar hacia Melissa. No pudimos bajar a donde estaba el agua, así que desde lo alto admiramos la variedad de colores de la laguna, ahí se forman muchos cenotes que desde donde estábamos parecían formar un cuadro divino.

Era el medio día y los papás de Melissa nos dijeron que continuaríamos hacia Tuxtla Gutiérrez, estaba muy cerca de donde estábamos, hasta el momento todo lo que ellos habían planeado para el viaje había sido espectacular. Meli y yo nos habíamos divertido bastante, aprendíamos sobre el sur de nuestro país, su cultura, gastronomía, geografía y su gente; también estábamos experimentando sensaciones extrañas que poco entendíamos y que terminábamos por evadir. Llegamos a nuestro destino: Chiapa de Corzo, ahí la mamá de Meli visitaría a una vieja amiga a la que conoció cuando era estudiante, nos contó su historia y al instante Melissa y yo supimos que nosotras también lograríamos conservar nuestra amistad toda la vida, tal cual lo habían hecho ellas.

El papá de Meli comentó que una visita obligada en ese lugar era El Cañón del Sumidero, así que nos dirigimos hacia allá. Jamás imaginé que me divertiría tanto ahí, al llegar, subimos a las lanchas que realizan el recorrido por todo el cañón, conocimos las cascadas, vimos cocodrilos, diversas aves y el trayecto en la lancha: ¡fue emocionante! La pequeña embarcación brincaba con las olas que se formaban con el paso de otras lanchas que transitaban en sentido contrario, era divertido escuchar los gritos de la mamá de Meli al brincar y tambalearnos. Todo esperaba menos lo que me iba a suceder en la cueva del silencio, ahí volví a ser la protagonista de tremendo ridículo: un ataque de risa provocado por nervios. Resulta que en esa cueva todo está oscuro, lo único que se ve es un ligero rayo de luz que proviene de lo profundo, es como un pequeño agujero en el fondo del cañón por donde se cuela la luz del sol. Al ser un lugar oscuro, los murciélagos se alojan dentro de esa cueva y emiten sonidos que me pusieron ansiosa hasta provocarme carcajadas, las personas que iban con nosotros en la lancha, al principio me callaban haciendo: shhh, shhh... al final, como no me pude contener, terminamos todos riendo a carcajadas por nada.

Aunque pasé un momento bochornoso, fue divertido escuchar el contagio de risas que había provocado. Todos regresamos al embarcadero contentos,

gracias a mi vergonzoso momento, conocí a todas las personas que hicieron el recorrido con nosotros, incluido un grupo de turistas italianos que, aunque no entendían qué pasaba, rieron como locos en la cueva del silencio. Ese día descubrí algo nuevo, no me gustaba la oscuridad y me ponía muy nerviosa, también aprendí que, si comparto mis momentos difíciles con más personas y una buena actitud, como en la cueva, sé que terminarán siendo más llevaderos.

Después de tanta emoción en el Cañón del Sumidero, nos dirigimos a la casa de la amiga de la mamá de Meli, que ya nos esperaba con la mesa puesta. Comimos cochito, que es un platillo típico de Chiapas, especialmente preparado en Chiapa de Corzo. La amiga de la mamá de Meli cocinaba muy rico, nos explicó que la base de ese platillo es el chile ancho, el chile guajillo, especias y carne de puerco; también nos dio a probar una bebida tradicional de Chiapas llamada Pozol, cuando lo probé resultó refrescante, aunque de sabor extraño, así que pregunté de qué se trataba el rico pero raro sabor. La señora Cristina, amiga de la mamá de Meli, me explicó que se elaboraba a base de maíz y cacao, que era una creación de los indígenas mayas y que para ellos era casi un pecado que quienes visitaban Chiapas no la probaran, también me dijo que había diferentes tipos de pozol, uno con cacao que era de color café y otro blanco, que se preparaba con chile y sal. Terminamos de comer y la señora Cristina y su esposo nos llevaron a dar un paseo por el centro, quedé admirada con Chiapa de Corzo, es un pueblo hermoso, lleno de colores y cultura.

El día terminó en una cenaduría en la que probamos platillos típicos del lugar, los tamales son un platillo constante, los encontré en todos los lugares visitados y Chiapa de Corzo no fue excepción, estaban buenísimos. Durante la cena, nos propusieron visitar Boca del Cielo, una playa que está a poco más de dos horas, dijeron que valía mucho la pena conocer, los papás de Meli aceptaron encantados y ya estaba el plan del día siguiente, eso sí, nuevamente tendríamos que levantarnos temprano para aprovechar el día y volver al atardecer. Volvimos a la casa de la señora Cristina, que por cierto era muy bonita, tenía una sola planta en la que había varias habitaciones con ventiladores por todas partes, grandes ventanas de madera con protecciones y mosquiteros y un jardín en la parte de atrás con un techo de palma en el que de nuevo se hacían presentes las hamacas, además de una

pila de mediano tamaño para refrescarse, algo así como una alberca. Meli y yo nos fuimos a recostar a las hamacas mientras sus papás y los anfitriones tomaban cerveza y platicaban.

Estábamos felices de estar juntas y poder compartir unas vacaciones inolvidables. Mientras nos mecíamos como niñas en las hamacas, la conversación se dirigió hacia Pablo y Gerardo; una parte de mi pensaba en el momento de volver y enfrentarlo, la otra quería quedarse para siempre en Chiapas, ese lugar se robó mi corazón. Esa noche, conversando con mi amiga, le conté que era probable que no volviera a ver a Pablo y que, aunque seguía pensando que algo nos faltaba, le había tomado mucho cariño, finalmente él era mi primer novio. Le conté que siempre era atento y detallista pero que su beso seguía sin gustarme. Meli por su parte, estaba a gusto con Gerardo, pero me confesó que se sentía aburrida, que había días en los que parecía que la magia se había terminado porque Gerardo siempre le platicaba lo mismo y los días que compartía con él, le parecían todos iguales. Una batallaba con la indiferencia y la otra con la monotonía. También me confesó que antes de salir de vacaciones, Gerardo había estado muy ocupado y que se la había pasado haciendo tareas con una compañera de su salón, eso a ella no la hacía sentir muy bien y menos cuando la confundió y la llamó por su nombre. En ese momento no éramos más que un par de adolescentes meciendo los corazones en las hamacas, tratando de entender lo que sentíamos y lo que estábamos viviendo. Los moscos parecían plaga, aunque las hamacas eran cómodas y la plática era amena, nos corrieron a punta de piquetes y zumbidos. Entramos a la casa y después de un día ajetreado, fuimos a dormir para levantarnos temprano, Boca del Cielo nos esperaba.

Nunca imaginé que ese lugar le hacía honor a su nombre, después de un viaje de casi 3 horas, llegamos a una hermosa playa; la arena era muy oscura, casi de color negro; el agua era cristalina y estaba en calma, como si estuviera frente a la alberca más grande del mundo. Ahí estuvimos metidas jugando y chapoteando por un largo tiempo hasta que vimos a un grupo de personas subirse a la famosa banana, todos brincaban y gritaban mientras los jalaba una lancha. Como era de esperarse, nosotras nos emocionamos al verlos y pedimos permiso a los papás de Meli para subirnos, nos acompañaron y firmaron un tipo de autorización que era requisito, nos

colocamos los chalecos salvavidas y nos montamos sobre el inflable esperando a que nos llevaran a dar el paseo. Fue muy divertido porque en todo momento pensábamos que íbamos a caer, y así fue, ya casi para terminar el recorrido la lancha giró haciendo que la banana se volteara, fue muy divertido vernos tratando de flotar cual náufragos hasta que nos dimos cuenta que la profundidad de la playa era tan pequeña que permitía que pusiéramos los pies para salir caminando.

Empapadas y felices de habernos subido a la banana, regresamos a la palapa, nos sentamos a la orilla del mar para secarnos al sol, mientras bebíamos agua de coco. Ahí juntas, calladas y dispersas, nos limitamos a observar el bello paisaje y a escuchar cómo rompían las olas en nuestros pies. Una vez secas, comimos pescado y otros mariscos que, como toda la comida en Chiapas, estuvieron deliciosos. Después de comer, caminamos a lo largo de la playa buscando piedras y conchitas, reunimos bastantes y las guardamos como recuerdo de nuestro viaje. El día se estaba terminando y teníamos que volver a Chiapa de Corzo, nos quedaban dos días más y después venía el amargo regreso a casa.

El viaje fue de nunca parar, íbamos de un lugar a otro en cuestión de horas, yo estaba un poco cansada y no se diga el papá de Meli que había manejado todos esos días. Al día siguiente únicamente recorrimos el pueblo, visitamos la fuente colonial y algunas iglesias que estaban cerca, todos necesitábamos reponer energía para el regreso. El papá de Meli nos advirtió que, durante el regreso, no habría paradas más que para comer y otras escalas necesarias, nos esperaban horas y horas de camino. Esa fue nuestra última noche en Chiapas, al día siguiente muy temprano, tomamos el camino a casa. A esas alturas ya quería ver a mi familia, abrazarlos y contarles mi travesía por el sur. El regreso fue pesado, más de 12 horas en carretera para llegar de nuevo a Ciudad de México y otras horas más de Ciudad de México a casa.

Ese viaje con Meli fue el primero que hice con alguien más que no fuera mi familia, también había sido el más largo y lo más lejos que había llegado. Me enamoré de Chiapas, su gente, su comida, sus lugares, su clima, sus colores... podría mencionar mil cosas que me gustaron, sin duda alguna había sido el mejor viaje de mi vida. No solo porque conocí lugares y

costumbres diferentes, también porque conocí más a Meli y a su familia; compartimos día y noche, en ese viaje ambas supimos que nuestra amistad sería para toda la vida. Aprendí que un viaje no lo emprendes con cualquier persona, seleccionas a alguien especial y con quien puedes compartir el camino, aprendí que la vida es un viaje y que debemos elegir bien con quien viajamos y a dónde viajamos; un camino equivocado puede llevarnos a un lugar en el que no queremos, no podemos o no debemos estar.

Sin respuestas

A l fin en casa. Tenía solo una semana para reponerme del maravilloso viaje de mi vida y después volvería al colegio. En cuanto llegué, pasé más de dos horas hablando sin parar, contando a mis papás y a mis hermanos la aventura de mi súper viaje por el sur, fue tanta mi emoción, que mis papás estaban felices de escuchar mi relato y saber que la había pasado muy bien. Se sentían en deuda con los papás de Meli, así que, en agradecimiento, los invitaron a cenar a casa la noche siguiente.

Durante el viaje me había olvidado un poco de Pablo, así que, al volver, sentí que debía mostrarle un poco de interés. Lo llamé para decirle que estaba en casa, le pregunté cómo estaba y le recordé que teníamos pendiente una conversación sobre universidades. No estaba segura de qué más debía, podía y, sobre todo, quería decir, me arriesgué diciendo que lo había echado de menos. Después me fui a descansar a mi habitación, en todo el día no me levanté de la cama, estaba realmente agotada.

Al día siguiente me levanté más repuesta del viaje, tuve que poner en orden mi habitación, me había ausentado varios días y la dejé como zona de guerra. Después de comer ayudé a mi mamá a preparar la cena, antes de que llegaran los invitados me bañé y me arreglé. Me emocionaba saber que ahora Melissa compartiría un poco con mi familia, yo había tenido la oportunidad de convivir con la suya y quería que ella viviera lo mismo. La cena sería un buen comienzo, mi mejor amiga ahora era mi inseparable. Pablo por su parte aún no daba señales, después de la llamada no supe de él.

Meli y su familia llegaron a las 7 de la tarde, mi papá preparó unas bebidas y los cuatro se sentaron a platicar en la sala antes de la cena. Meli y yo

jugamos varias retas de videojuegos con mis hermanos hasta que nos llamaron a la mesa. Durante la cena, la plática fue variada, mis papás y los de Meli hablaban de sus empleos, del gobierno, de lo mal que estaban las cosas en el país, del viaje, las costumbres del sur, de la carretera, un poco de esto y otro poco de aquello. Mientras cenábamos tocaron el timbre, no esperábamos más invitados y menos a las 9 de la noche, mi papá atendió a la puerta y ¡sorpresa!, Pablo estaba a la vista. Lo invitó a pasar y se integró con nosotros en la mesa, no sin antes llamar a su mamá para avisar que tardaría un poco más porque cenaría con nosotros.

En plena cena, Pablo nos contó que había visitado varias universidades, nos preguntó a Meli y a mí cómo había estado el viaje y sin esperarlo, en ese momento tenía a las personas más importantes de mi vida reunidas en el mismo lugar, aunque yo sentía cierta incomodidad y no soportaba la mirada de Melissa, era intensa, como si saliera fuego de sus pupilas.

Pablo cenó un poco apresurado, al terminar dijo que debía volver a casa, lo acompañé a la puerta y antes de despedirlo nos dimos un fuerte abrazo con un beso pequeñito en la boca, ese no me supo tan mal, además, sí lo extrañaba y me había dado gusto verlo. Nos despedimos y quedamos de vernos al día siguiente, había mucho que contar. Entré de nuevo a casa y la plática en la mesa seguía, al parecer les gustó conversar pues el tiempo se fue como el agua, de pronto ya era la una de la mañana; Meli y sus papás agradecieron la invitación y felicitaron a mi mamá por la cena, la verdad se lució, es verdad que me encantaron todos los platillos que probé en Chiapas, pero mi mamá también tiene lo suyo, la cena estuvo fenomenal. Después de despedirlos, recogimos entre todos la mesa, lavamos los platos y pusimos en orden el comedor y la cocina para irnos a dormir, ya en la cama y a punto de dormir, vino a mi memoria la mirada de Melissa durante la cena, no podía quitarme de la cabeza esos ojos intensos.

Desperté muy temprano, había quedado de verme con Pablo y quería estar lista cuando él llegara, siempre he sido muy tardada para arreglarme, en casa mis papás y mis hermanos se molestan conmigo cuando vamos a salir pues no hay ocasión en la que no salga al último y termino retrasando la salida a todos. Al llegar Pablo por mí, volvió a saludarme con otro besito tierno en la boca, tomó mi mano y me dijo que iríamos a pasar la mañana al

zoológico. Lo recorrimos de principio a fin sin dejar un rincón sin visitar, estuvimos observando a todos los animales y platicándonos lo que habíamos hecho en nuestras vacaciones, durante la caminata me fue imposible no pensar en Melissa, ahí estaba ella otra vez, haciéndose presente cuando no debía.

Respecto al tema de la universidad, Pablo me dijo que tenía varias opciones, aún no se decidía por ninguna, me describió las que visitó y lo que más le gustó de cada una, después hizo una pausa y sin dar vueltas al asunto como yo suelo hacerlo, me dijo que se había postulado para una beca en el extranjero y que aún no obtenía respuesta de la universidad qué más le convencía de todas, la de Chicago. En ese momento, nuestra plática me llenó de más dudas y de mucha incertidumbre, Chicago estaba muy lejos y Melissa cada vez más cerca. Después de quedarme en silencio por un momento, y aunque una parte de mí no quería que se fuera, le dije que deseaba que la respuesta fuera favorable y le pedí que no se olvidara de mí porque nos separarían cientos de kilómetros, Pablo sonrió y me dijo que jamás lo haría. Dejé de lado mis pensamientos abrumadores, futuristas y fatalistas, estaba siendo una linda mañana entre animales, algodones de azúcar, raspados y mucho sol.

Cuando regresé a casa, de nuevo fui a buscar el sabio consejo de mi mamá, le platiqué que era probable que Pablo fuera a estudiar a Chicago y traté de explicarle lo que eso me hacía sentir. Mi mamá me escuchó muy atenta y cuando terminé de hablar, me dijo que no sufriera por adelantado, que tuviera en cuenta que Pablo estaba entrando a una nueva etapa, una en la que sin duda alguna habría cambios, tanto en su vida como en su forma de ser. Que la distancia y las nuevas experiencias en un lugar completamente diferente, serían todo un reto para ambos y que sólo podríamos superarlo si el cariño que nos teníamos era fuerte y auténtico, me dijo que cuando dos personas estaban destinadas a estar juntas, no había distancia que alcanzara para separarlas. Concluyó la plática sugiriéndome que disfrutara cada momento que tenía en mi presente, que no me estresara pensando en lo que podría pasar porque eso era incierto, que no perdiera de vista que yo también me dirigía hacia esa etapa puesto que en su momento también tendría que vivirla con todo lo que eso implicara.

Faltaban pocos meses para que Pablo iniciara la universidad, así que seguí el consejo de mi mamá y dejé de darle vueltas a las cosas en mi cabeza, pensé en el reciente viaje que había hecho al sur y lo comparé con lo que en ese momento estaba viviendo. Antes de comenzar el viaje, lo único que tenía claro era mi destino: el sur, pero el camino era incierto y desconocido, no sabía las maravillas con las que me iba a encontrar. Concluí que disfruté el viaje porque me dejé sorprender en todo momento; así que eso era lo mejor que podía hacer respecto a Pablo, disfrutar, vivir y dejarme sorprender, a final de cuentas mi camino también era incierto y lo peor, ni siquiera tenía claro mi destino.

Esa semana vi muy poco a Meli, Pablo estaba próximo a terminar la preparatoria y lo más seguro era que se fuera muy lejos de aquí, así que intenté disfrutar cada momento con él. Todo me tenía confundida, una parte de mí prefirió tomar distancia con Melissa, finalmente ella también seguía con Gerardo, yo tenía mucho en qué pensar, quería aclarar mis ideas sobre lo que sucedió y lo que no sucedió en esas vacaciones juntas. Eso sí, en la primera oportunidad que tuve, la llamé para contarle sobre Pablo y la Universidad de Chicago. Melissa como siempre moría de risa y preguntó si yo también me mudaría con él, me sugirió tener lista la visa y el pasaporte si no quería cruzar la frontera como ilegal con tal de no dejar ir al amor de mi vida, me dijo que me creía capaz de todo. A veces mi amiga era muy irónica, yo muchas veces pensaba que se burlaba de mí, pero esa era su particular forma de estar conmigo en las buenas y en las malas. Después de su sarcasmo, me dijo que las cosas no estaban bien con Gerardo, que mientras nosotras paseábamos por Chiapas, él había regresado a la ciudad y se había visto con esa compañera que tanto la incomodaba. Quizá Melissa estaba celosa y enojada, no era normal tanta seriedad en sus palabras, yo le dije que hablara con Gerardo o que de plano se animara a cruzar la frontera conmigo (tenía que devolver la broma), nos reímos y le recordé que Gerardo también era mayor que ella y que como Pablo, pronto dejaría el colegio para ir a la universidad.

Me resultó curioso que ambas estuviéramos en la misma situación, mi mamá había estado escuchando mi conversación con Melissa y como siempre, sabiamente me dijo que esa era la consecuencia de salir con chicos mayores que nosotras, tal vez no eran muchos años de diferencia, pero sin

duda la universidad y la preparatoria eran etapas muy diferentes. Honestamente no pensamos en ello cuando decidimos ser novias de Pablo y Gerardo ¿Quién iba a hacerlo a esa edad?

Nosotras apenas íbamos a terminar el primer semestre de preparatoria, nos faltaba un largo camino antes de poder ir a la universidad, así que me robé el consejo de mamá y se lo regalé a Melissa, tenemos que estudiar, vivir, disfrutar y dejar de preocuparnos por lo incierto, le dije. Dejamos el drama atrás y mantuvimos la calma con nuestros respectivos novios pre universitarios y fugitivos. Los días transcurrieron y yo sentía que se iban muy rápido; un día al salir de la escuela, Pablo llegó con una carta de la Universidad de Chicago que le notificaba que había sido aceptado y que además había obtenido una beca deportiva, eso significaba que Pablo no tendría que tomar una decisión, la tenía entre sus manos.

Debo confesar que ese día sentí por primera vez en mi vida una inmensa tristeza mezclada con felicidad, cuando me dio la noticia no pude contenerme y todo el camino a mi casa estuve llorando sin poder decir una palabra, Pablo se esforzaba por hacerme reír, me decía que parara de llorar, que nada cambiaría, que me escribiría y que vendría muy seguido a ver a sus papás. Que además viviría con sus tíos y que eso no sería sencillo, su tío es militar en Chicago y por lo tanto era un poco estricto. Lo abracé fuerte y confié en sus palabras, estaba feliz porque sabía que era lo que él quería. Los días restantes los disfruté lo más que pude y traté de no pensar en que Pablo pronto se iría. Cuando hablaba con Melissa toda la tristeza se borraba, Gerardo y ella tenían muchos problemas, se la pasaban peleando porque él ya no iba tan seguido a verla y ella se había dado cuenta de que Gerardo a veces se veía con la otra chica.

Al paso de unos días me preocupé por ella, Melissa siempre fue muy práctica, no daba muchas vueltas a las cosas, durante tres días la llamé sin que ella contestara el teléfono, sabía que lo que estaba pasando, para nada era bueno; cuando por fin respondió, fue para decirme que había terminado con Gerardo. No se necesitaba mucha ciencia para saber que la causa fue la otra chica, ese fin de semana en el que no me respondió, estuvo enojada y encerrada en casa. Con Meli las cosas son calmadas, aunque es práctica y nada dramática, también es muy necia y reservada, la conocía y sabía que

necesitaba espacio para después poder hablar y expresar sus sentimientos, ella no era como yo que hablaba hasta por los codos. Respeté su silencio y cuando ella estuvo lista, después de la escuela, platicamos al respecto y pude saber lo mucho que le había dolido la actitud de Gerardo.

Yo estaba bien con Pablo, traté de tomar las cosas de la mejor forma posible; por más doloroso que fuera, no podía hacer nada para impedir que se fuera, no sabía cómo, no tenía el valor de pedirle que cambiara sus planes, al mismo tiempo me confundía esa sensación de que faltaba algo, sumado a todo lo que había ocurrido con Melissa, no sabía qué pasaba, sólo que estaba comenzando a perder el control de mí misma.

Todo esto de las vacaciones, universidades y la escuela, me habían distraído de las mil preguntas que rondaban en mi cabeza antes de hacer el viaje al sur, pero ello no significaba que ya no estuvieran ahí, solo había ignorado el zumbido de los signos de interrogación golpeando contra mi cabeza, ya era tiempo de resolverlas. Estar con Pablo me hacía sentir bien, aunque éramos muy diferentes y nuestros gustos no siempre coincidían, siempre disfrutábamos los momentos juntos y nunca nos faltaba de qué hablar. Eso me llevó a pensar que tenía que hablar menos y besar más, Pablo era un caballero y nunca intentó hacer algo que yo no quisiera, creo que se daba cuenta de que cuando nos besábamos me sentía un poco incómoda. Por otro lado, estaba Melissa, cada roce, cada mirada y la intensidad con la que vivíamos nuestra amistad comenzaba a confundirme. Mi mamá siempre decía que, en una relación de pareja o amistad, todo debe ser recíproco, compartido; entonces más confuso fue todo, con Melissa sentía esa reciprocidad. Por el contrario, con Pablo sentía que no era así, por lo tanto, pensé que sería bueno tomar la iniciativa y besarlo; así lo hice, una tarde sentados en la banqueta, sin previo aviso, lo besé. La saliva no sabía a palomitas ni a refresco, no tenía sabor, creo que el beso fue el que no me supo a nada; Pablo sorprendido me abrazó y me dijo:

— ¡Vaya sorpresa! ¿Te sientes bien? —

Nos reímos y al instante me dijo que pensaba que no quería besarlo, yo no pude responder, realmente me había incomodado el comentario porque quizá sabía que era verdad: no me gustaba besarlo. Él lo tomó con calma y me pidió que siempre le dijera lo que quería y lo que no quería, lo que me

gustaba y lo que no me gustaba, que de esa manera podríamos entendernos y mantener lo bonito que teníamos. Me sentí mal, no entendía por qué si lo quería tanto y él a mí, no podía expresarlo con un beso, o... sí podía, pero no me agradaba del todo.

Los días transcurrieron hasta que llegó el momento de la despedida, yo los viví tranquila, unos los compartía con Pablo y otros pocos los disfrutaba con Meli, nuestra amistad se había estrechado durante las últimas vacaciones. Compartir con Meli me ayudaba a aceptar que en los próximos días dejaría de ver a Pablo. Aunque me aterraba despedirme de él, estaba consciente de que era algo que no podía evitar, para aminorar los efectos de la despedida, nos escribimos cartitas tiernas frecuentemente, eso sí, me percaté de que en nada se comparaban con las que aún continuaba intercambiando con Melissa, a pesar de que en ellas no se hablaba de amor y esas cosas, había algo medio implícito. Pablo y yo acordamos escribirnos para practicar y que eso se volviera un hábito cuando él estuviera en Chicago. Yo me mentalizaba cada día en que era uno menos para la despedida, pero no contaba con que la partida de Pablo se adelantaría, tenía una entrevista en la Universidad de Chicago, aunque ya había sido aceptado, iba a exponer ante el consejo académico, las razones por las cuales quería pertenecer a esa casa de estudios, además de presentarse a una práctica de fútbol por aquello de la beca deportiva.

“No hay plazo que no se cumpla, ni fecha que no se llegue” (no sé quién dijo eso, pero me quedaba perfecto), se celebraba la graduación de Pablo y me había pedido que asistiera, era un momento especial para él y yo estaba encantada de poder estar a su lado, pedí permiso a mis papás y ese día falté al colegio, quería estar en la ceremonia de principio a fin. Ahí pude ver como Pablo dejaba atrás la adolescencia para convertirse en un universitario en Chicago, al mismo tiempo pensé que yo no estaba exenta de ello y que en poco más de un par de años me estaría enfrentando a la misma realidad, aunque no sabía bien si también me iría a vivir lejos de casa. Eso no estaba en mis planes, ni siquiera lo había considerado.

Yo esperaba que la graduación comenzara con una original sesión de fotos para el anuario, como en las películas, pero no fue así, después de la ceremonia, fuimos a un pequeño salón de fiestas en el que todos celebraron

con su familia, pasadas las 11 de la noche me llevaron a casa. No cabe duda que yo seguía siendo una inocente adolescente influenciada por las historias de Hollywood. Obvio eso no se lo comenté a Pablo, eso solo estuvo en mi cabeza y ahí lo mantuve, no quería quedar como una tonta y menos ahora que se marchaba. Antes de que yo bajara del auto, los papás de Pablo me preguntaron si quería acompañarlos al aeropuerto para despedirlo, en dos días volaría a Chicago. Yo no supe qué responder, todo estaba sucediendo demasiado rápido, les dije que pediría permiso en casa y que le avisaría a Pablo, nos despedimos y quedamos de vernos a la mañana siguiente, todo el día sería para nosotros, era nuestro último día juntos.

Bajé del auto como espíritu sin rumbo y entré a casa, no sé si me sentía decepcionada porque quería un baile de graduación de película o era mi escape de la realidad: Pablo estaba a un paso de irse muy lejos de mí y yo aún no entendía mi manera de quererlo. Avisé a mis papás que estaba en casa y entré directa a mi habitación, quería estar sola y escuchar música, no tenía nada que decir, no quería hablar, no quería pensar, no quería sentir. Escuchar música era lo único que quería hacer en ese momento, le escribí una carta a Pablo agradeciendo todo lo que hasta hoy habíamos compartido y después me quedé dormida. Sin pijama puesta, vestida tal cual me fui a la graduación; no sabía mucho del amor y era una adolescente, pero creo que a cualquier edad se siente igual despedirse de alguien a quien quieres mucho y que significa tanto para ti.

No recuerdo que soñé esa noche, cuando desperté, estaba enredada en el cable de los audífonos que se habían desconectado de la grabadora mientras yo di vueltas y vueltas en la cama. Me deshice del nudo y rápidamente me metí a bañar, era mi último día con Pablo antes de acompañarlo al aeropuerto para verlo partir hacia su nueva vida. Habíamos quedado de vernos en la puerta de mi escuela, sería la última vez que Pablo pasaría por mí al colegio, queríamos recordarlo todo y una forma de hacerlo, era vivirlo por última vez. Después fuimos a todos los lugares de la ciudad que nos gustaban y en donde habíamos pasado los momentos más lindos, eso sí, evitamos el cine. El café, la plaza comercial, el parque y cada una de sus fuentes; el centro y al finalizar el día, terminamos sentados afuera de mi casa, en la banqueta que desgastamos de tantas tardes compartidas; una parte de mí sabía que esa iba a ser la última vez que estaría ahí con él, con

el niño que daba besos sabor a palomitas y refresco y al mismo tiempo con el hombre que no sabía si volvería a ver.

A la mañana siguiente los papás de Pablo pasaron por mí muy temprano, nos dirigimos al aeropuerto y ahí esperamos un par de horas después de que Pablo documentó su vuelo. Dimos un paseo por la sala y en el rincón más solitario, nos dimos nuestro último beso antes de que él tuviera que pasar a la sala de abordar, ese último beso no fue diferente a los demás, a pesar de que era el último sólo me supo a despedida. Se acercó a sus papás y ellos lo despidieron contentos, su hijo era ya prácticamente un universitario, le dijeron que irían a visitarlo en un par de semanas; después nosotros nos abrazamos y sin besos ni palabras, intercambiamos las cartas que nos habíamos escrito. Tomó su mochila y dio la vuelta para abordar el vuelo que cambiaría nuestras vidas por completo. Ese día terminó así, con una despedida, no recuerdo qué más hice cuando llegué a casa, sólo sé que me dediqué a llorar su partida.

Yo estaba a punto de comenzar el segundo semestre de preparatoria y mi vida seguía igual, pero sin Pablo; retomé mis recorridos en la avispa para ir a los entrenamientos de voli y atletismo con Melissa, a toda costa trataba de ocuparme de mi vida para no extrañarlo. Los primeros días sin Pablo fueron difíciles, yo no quería perder detalle de lo que iba a contarle en mi próxima carta, así que compré un cuaderno especialmente para escribirle lo más importante y significativo de mis días, ahí describía cómo era mi vida y me preocupaba por contarle todo de la forma más detallada posible; cuando llenaba 3 o 4 cuartillas, iba al correo a depositar la carta, en los siguientes días, encontraba en el buzón de casa la respuesta de Pablo con la misma dinámica, él también me escribía detalladamente cómo era vivir y estudiar en Chicago; las cartas eran melosas y descriptivas, por el momento nos habíamos mantenido unidos a pesar de la distancia.

Como mi colegio era católico, las monjitas acostumbraban ir cada año a una peregrinación a la Basílica de Guadalupe en Ciudad de México, yo nunca había tenido interés en ir, a pesar de que después de la misa llevaban a los alumnos a dar un paseo por parques de diversiones y museos. Como Melissa no había estudiado ahí la secundaria, para ella era la primera oportunidad de ir, así que me pidió que fuéramos. Mi hermana Mar ya había

ido y me había contado que, aunque la misa era un poco aburrida y el recinto se llenaba de gente, los recorridos por parques y museos se ponía interesante, lo consulté con mis papás y me dijeron que recientemente me había ido de vacaciones con Melissa por casi dos semanas, que había sido suficiente. Me pareció válido el argumento y no insistí, pero lo iba a intentar de nuevo.

Después de una semana, en el colegio solicitaron la confirmación para el viaje, así que de nuevo fui a tratar de convencer a mis papás, les dije que mi hermana ya había ido y que yo quería conocer la Basílica. Creo que di en el punto débil de mi papá y me dijo que estaba bien, que tenía el permiso de ir a la peregrinación pero que por el resto del año no habría más permisos.

En la siguiente carta que le escribí a Pablo, le conté mi experiencia en la peregrinación, en el museo y en el parque de diversiones, le narré detalladamente todo, desde que subí al autobús hasta que volvimos y cómo me divertí. Le pregunté cómo iba su vida de universitario y cuándo vendría. Como de costumbre, fui al correo y le envié la carta sin importar que aún no había obtenido respuesta a la carta anterior. Pablo llevaba un mes sin escribir, yo llegaba del colegio directa a revisar el buzón y no había ninguna carta para mí.

Al cabo de un par de meses sin obtener respuesta, decidí escribirle de nuevo. Esta vez sin relatar nada en especial, solo escribí:

– ¿Aún hay vida en tu planeta? –

– P.D. Mi buzón sigue vacío. –

Al día siguiente fui al correo y le envié ese par de líneas que para nada eran una carta, estaba segura de que los entrenamientos y sus nuevas actividades lo mantenían bastante ocupado, yo continué confiando en nuestra promesa: la distancia no haría de las suyas. En ocasiones me encontraba a los papás de Pablo cuando acompañaba a mi mamá al supermercado, ellos decían que

estaba feliz y nos contaban a mi mamá y a mí lo mismo que él había escrito en sus cartas. Hoy los vi de nuevo, estaban en la plaza comercial y coincidimos en la cafetería a la que iba con Meli, pregunté por Pablo y me dijeron que estaba muy bien, que continuaba entrenando fútbol y con un montón de tarea y trabajos de la escuela. A mí me dio pena decirles que tenía más de dos meses sin responder mis cartas, así que confirmé mi teoría: la escuela lo tenía realmente ocupado.

Debo confesar que, aunque me parecía raro que no me escribiera, había comenzado a no extrañarlo tanto, quizá me había acostumbrado a estar sin él y también a Melissa, quien por cierto me dijo que no sabía cómo podía mantener mi relación con Pablo a distancia, todo iba bien hasta que me preguntó:

– ¿Qué compartes con él además de palabras escritas en hojas de papel? –

Esa pregunta retumbó en todo mi ser, tal vez Meli tenía razón, ya no había besos ni abrazos, no había sonrisas ni tomadas de mano, es más, ya no había cartas. Ese día mi frapuchino favorito me supo diferente, amargo, sin sabor, era una bebida fría y congelada como mi relación con Pablo. Después de esa conversación con Meli, decidí que no escribiría una carta más hasta que Pablo se hiciera presente, al llegar a casa guardé mi cuaderno para evitar la tentación y aunque durante los primeros días me resultó difícil no escribir lo que había hecho, después, sin darme cuenta, había perdido (como Pablo) la costumbre de contarle mi vida a ese ahora solitario, vacío y olvidado cuaderno. Había días en los que llegaba del colegio a casa corriendo a revisar el buzón y, otros en los que me olvidaba de ello, seguí con mi vida, ya no pensaba tanto en él y en las posibles causas de su ausencia como solía hacerlo; una parte de mí se volvió como Melissa, práctica y cero melodramática, pero cuando mi verdadero yo salía, terminaba sintiéndome triste y decepcionada.

Melissa y mis amigos del colegio hacían muy llevaderos mis días, poco a poco y sin darme cuenta, dejé de extrañar a aquel niño que se había marchado a la Universidad de Chicago, me dediqué por completo a la escuela y a la vida propia de una adolescente preparatoriana. Esos dos meses de ausencia de Pablo, con Meli se tornaron extraños, íbamos juntas de un lado a otro y sin excepción, todos los trabajos en quipo de la escuela

los hacía con ella. Cuando se trataba de trabajos laboriosos, me quedaba a dormir en casa de Meli o ella en la mía, dormir juntas se estaba haciendo costumbre, cada noche a su lado parecía volverse más corta.

Se acercaba el fin de semana, me iba a quedar a dormir casa de Meli porque mis padres irían a visitar a mis abuelos y yo no podía ir con ellos, el profesor de física nos había dejado de tarea elaborar una maqueta que sería nuestra calificación final del semestre. Aunque teníamos algunas semanas para hacerlo, decidimos que lo mejor era aprovechar el fin de semana porque venían los exámenes finales. El viernes, mis papás y mis hermanos pasaron por nosotras a la salida del colegio para llevarnos a casa de Meli, traían en el auto mi maleta para el fin de semana. Me despedí de ellos y les dije que saludaran a mis abuelos, les desee un buen viaje y entramos a casa de Meli a dejar mis cosas para después comer. Su mamá nos llevó a comprar las cosas que necesitábamos para nuestro trabajo y cuando regresamos nos tiramos en la habitación de Meli a ver películas, era nuestro pasatiempo favorito así que esa tarde no íbamos a trabajar, teníamos todo el fin de semana para hacerlo, aunque no tuviéramos idea de qué hacer sabíamos que estaría listo, nunca habíamos fallado.

Vimos 2 películas seguidas con palomitas incluidas, apagamos el televisor, y nos pusimos pijama, como siempre, a oscuras y una a espaldas de la otra. Yo le decía a Melissa que me sentía mal porque Pablo no había respondido mis cartas y juntas buscábamos una explicación para ello, teniendo como resultado un millón de posibilidades, pensar en cada una de ellas me hacía sentir peor, de cualquier manera, Pablo había faltado a su promesa y yo me sentí triste por ello. Melissa se levantó y me abrazó muy fuerte, me dijo que no pensara en eso yo incliné mi cabeza y me recosté en su hombro pensando que tenía razón, Meli me decía que no le gustaba verme triste, que le dijera qué podía hacer para que me sintiera mejor. Respondí que estaba bien, que me conocía y me había puesto un poco sentimental, me senté en la cama y le di las gracias por estar siempre conmigo, especialmente en ese momento. Ella se puso frente a mí y me dijo que le alegraba que estuviéramos juntas, nos abrazamos de nuevo y fue como si algo invadiera el ambiente de la habitación de Meli, lo único que podía escuchar era el silencio de la noche, casi podía sentir los latidos de su corazón, continuábamos abrazadas y ella me presionó fuerte hacia su pecho, yo

acaricié sutilmente su espalda y solté despacio el aire que había estado conteniendo, por momentos sentí que se me cortaba la respiración. Poco a poco, como si no quisiéramos hacerlo, nos soltamos, fuimos alejándonos pretendiendo que nada de eso estaba sucediendo, pude sentir de nuevo la tensión que se había estacionado en nuestros cuerpos cuando estábamos tan cerca. Pretendía dejar ir ese tormentoso y extraño abrazo, pero quedamos de frente, una buscando la mirada de la otra, nuestro aliento parecía uno solo, recuerdo que cerré los ojos y de nuevo sentí la misma descarga que me habían provocado sus dedos cuando me puso gel en la espalda porque había terminado ardida de tanto sol, la diferencia es que ahora no me tocaba, al menos no con las manos, eso lo había provocado su mirada.

Respiré lo más profundo que pude, contuve el aire por unos segundos sin saber que lo que estaba conteniendo eran mis ganas de respirar su aliento. Ella no dejaba de mirarme fijamente a los ojos, yo no pude continuar sosteniendo su mirada y la desvié hacia la ventana, ahí estaba la luna pendiente de lo que ambas comenzábamos a sentir. Me recuperé del golpe de esos ojos intensos y casi sin voz le di las buenas noches, me apoyé sobre mi lado derecho y apreté con todas mis fuerzas la almohada.

¿Qué estaba pasando? ¿Por qué con sólo mirarme me provocaba esas descargas eléctricas que un beso de Pablo no pudo? No podía recuperarme de lo que me había hecho sentir, cerré los ojos y sólo quería dormir profundamente. Melissa hizo lo mismo al ver que yo me había quedado paralizada, se volteó al lado contrario y yo aún no podía moverme. Estoy segura de que ambas estábamos sintiendo lo mismo, que las dos podíamos escuchar la respiración de la otra, habíamos creado una especie de campo magnético que atraía hacia su centro todo lo que encontraba a su paso, a nosotras.

No sé cuánto tiempo había transcurrido, ninguna de las dos lograba dormir, yo trataba de no moverme para que Melissa no se percatara de que aún estaba despierta, trataba de entender lo que sucedía y lo que sentía, todo al mismo tiempo, de pronto Melissa dio la vuelta y su respiración movía una parte de mis cabellos. Eso aceleró mi pulso y me hizo preguntarme si debía de una vez por todas dar la vuelta y respirar su aliento. El corazón me decía que sí, la cabeza me repetía una y otra vez que no, que me quedara quieta,

inmóvil. Era la primera vez que perdía la noción del tiempo, sentía ansiedad y algo muy intenso que crecía dentro de mí me impulsaba a nuevamente buscar su mirada y no rendirme hasta encontrarla, al mismo tiempo tenía miedo de perderme en ella.

Hacia un momento nuestros labios se habían estado buscando y estuvieron a punto de encontrarse, no sabía si iba a poder continuar controlándome ¡Sentía tantas cosas al mismo tiempo! Nadie me había hecho sentir lo que ella, tenía que averiguarlo. Llevábamos varios meses con ese vaivén de descargas, de sentimientos extraños, de provocaciones y con los cinco sentidos reprimidos. Perdí el control sobre mí de la misma forma en la que Melissa también perdió el control de sí misma, giramos sincronizadamente nuestros cuerpos, de manera simultánea nuestras miradas se cruzaron y estando una frente a la otra, nuestro aliento se volvió uno solo, como si cantáramos una canción de amor al unísono perdiéndonos en un tierno beso. Mi mente se quedó en blanco y las mariposas extraviadas me encontraron. Estaba fuera de mí, sentí cómo poco a poco me perdía en sus labios, mi cuerpo temblaba a unos milímetros del suyo, no tengo idea de cuánto tiempo pasé perdida en ese beso, mi corazón latía muy rápido y no entendía lo que sentía, pero se sentía bien.

Cuando nuestro beso llegó a su fin, supe que ése había sido mi primer beso, ninguna entendió lo que ahí acababa de suceder; nos abrazamos sin decir una sola palabra, no había ni una sola idea clara de cómo habíamos llegado hasta ahí, lo único que pude sentir fue que ese beso había sido mi tan soñado primer beso. Mientras Melissa me abrazaba, no tenía claro si debía hablar, no sabía si había besado a mi mejor amiga o... ella me había besado a mí. Trataba de recordar cómo había iniciado la cosa y lo que recordaba una y otra vez era ese campo magnético que nos llevó a las dos a su centro, nada más de lo que había pasado antes lo tuve claro.

Pasaron algunos minutos, no tengo idea de cuántos o si habían sido horas, ninguna de las dos pronunciaba una sola palabra después de ese maravilloso beso, tenía miedo de arruinar el silencio y hacer del momento algo incómodo, en ese momento tuve miedo de perderla, de haberme equivocado, pero no podía quedarme así; con mi voz entrecortada y temerosa, casi digna de una cobarde, pregunté a Melissa si estaba bien, ella

respondió tan solo un sí. Yo quería hacer algo para romper ese silencio incómodo y nada se me ocurría, estaba como perdida en el tiempo y el espacio, me había perdido en Melissa, en quien se suponía era mi mejor amiga; me levanté y me acerqué lentamente a Meli, le dije al oído que si quería platicar de lo que había pasado, tomó mi mano y nos sentamos frente a su ventana, el cuarto estaba oscuro pero podía ver cómo brillaban sus ojos, de nuevo estábamos frente a frente intentando hablar y ninguna de las dos decíamos una palabra, el silencio se resolvió con otro beso, igual o mejor que el primero, al paso de unos segundos y aún con nuestros labios juntos, Meli me dijo en voz baja, casi imperceptible:

– ¡Te Quiero! –

De nuevo volví a sentir esa linda sensación que me invadió todo el cuerpo al inicio de nuestro primer beso y algo mágico me sucedía: ¡Mis mariposas seguían ahí, eran completa y totalmente más! esta vez no podía quedarme callada pero tampoco quería arruinar el momento, le dije a Meli que yo también la quería. Ahí sentadas frente a la ventana, a un costado de su cama, nos tomamos la mano y no dijimos más, en ese momento me di cuenta de que no había sentido aquel vacío que quedaba cada que Pablo me besaba; no tuve esa sensación de que faltaba “algo”, el beso con Meli había sido un perfecto primer beso que al mismo tiempo desataba en mí cientos de preguntas que no me podía responder, lo cierto es que pude encontrar la respuesta de una: el primer beso sí era lo que decían, las mariposas existían... ése había sido mi primer beso.

Esa noche casi no dormimos, intentamos hacerlo, pero las emociones no nos dejaban, ambas despertábamos a cada rato y solucionábamos el insomnio y aquel silencio momentáneo con uno, otro, otro y otro beso más. Esa noche las palabras no cabían entre nosotras, después de todo, creo que ninguna hubiese encontrado aquellas que eran precisas para explicar lo que ahí había sucedido, lo que estaba sucediendo, teníamos despierta el alma y el corazón. Mientras intentaba dormir un montón de preguntas me invadieron, llegaron una tras otra: ¿Era homosexual? ¿Me gustaban las chicas? ¿Había sido un error besar a Melissa? ¿Qué iban a decir mis papás? Yo creo que ambas teníamos las mismas preguntas. Algo sí tenía claro,

ninguna de las dos sabía o podía recordar quién besó a quien, yo solo estaba segura de una cosa: esto había comenzado meses atrás. No supe a qué hora nos quedamos dormidas.

Desperté porque la mamá de Meli nos llamaba a desayunar, al abrir los ojos no podía creer lo que veía, estábamos abrazadas, no sé cuánto tiempo, pero dormimos abrazadas. Esa linda sensación que me había invadido desde mi primer beso seguía ahí, continuaba retumbando en todo mi ser y no sabía cómo controlar lo que sentía, necesitaba hacerlo para poder salir de la habitación después de lo que había sucedido. Me aterrorizaba la idea de que los papás de Meli se hubieran percatado de algo; la desperté y le dije que su mamá nos esperaba para desayunar, teníamos que bajar, pero antes de hacerlo, nos prometimos jamás hablar del tema con alguien más, ése sería nuestro secreto. Nos besamos de nuevo y antes de salir de la habitación nos tomamos de la mano, así descendimos hasta la mitad de las escaleras, antes de que sus papás pudieran vernos, nos soltamos y terminamos desayunando con una cómplice sonrisa.

Después de sobrevivir al desayuno, subimos a tender la cama y a vestarnos para comenzar a trabajar, en ese momento la mejor idea que pudimos haber tenido fue comenzar nuestro proyecto para distraer la mente, ambas estábamos inquietas e impacientes, lo que menos queríamos era que alguien se diera cuenta de lo que había pasado. No sé si frente a los demás íbamos a poder lograrlo, con la familia, en la escuela y en la calle, nuestra mirada ya no era la misma, nos veíamos de otra manera, ella se reflejaba en mis ojos y yo en los suyos.

Ése sábado estuvimos muy ocupadas con la maqueta, creo que la emoción de la noche anterior detonó nuestra creatividad y logramos terminar nuestro proyecto por la tarde. Aunque estábamos concentradas en el trabajo, Melissa y yo sabíamos que lo que menos necesitábamos era estar a solas, creo que teníamos miedo de que los besos volvieran a desatarse a diestra y siniestra, así que optamos por ir al cine, para las dos sería difícil que pasara algo con tanta gente alrededor. Así como podía sentir que algo extraño pasaba entre nosotras, también podía percibir nuestro miedo, las dos estábamos experimentando sentimientos y sensaciones desconocidas que nos atraían a las dos.

En la sala de cine no dejaba de sentirse ese algo que volaba en el ambiente, ahora nuestro ambiente, nos había perseguido hasta el cine desde su habitación, yo continuaba sintiéndome extraña y con mis mariposas en el estómago, era tan claro lo que entre nosotras estaba surgiendo, que durante la película no hablamos, raro porque siempre comentábamos en voz baja las escenas, como si nosotras fuéramos las directoras. Aunque no dijimos una sola palabra, yo veía de reojo a Meli, no podía dejar de hacerlo y pude percatarme de que ella hacía lo mismo. Cuando salimos de la sala de cine los papás de Meli ya nos esperaban, era de noche y no querían que regresáramos a casa solas.

Al llegar a su casa, de nuevo me sentí nerviosa, estaríamos otra vez solas en su habitación, me pregunté mil veces si la noche anterior se volvería a repetir o, si había sido algo ocasional, incluso un sueño. Ya en su habitación, yo sentía pena de quitarme la ropa para ponerme la pijama, jamás me había sentido avergonzada con Meli, viajé por dos semanas con ella y hoy no podía quitarme ni los zapatos. Tomé la pijama y con la excusa de ir al baño me fui a cambiar, me lavé los dientes y regresé a la habitación como si nada. Supuse que tal vez ella también había sentido pena conmigo pues cuando entré, ella ya se había cambiado y estaba metida entre las cobijas. Pusimos una película y mientras la veíamos sin hablar, yo pensaba en Pablo, me preguntaba si lo había traicionado al besarme con Melissa, aunque la noche anterior me había dado cuenta de que con Pablo todo había sido diferente, no quería convertirme en alguien que no era, no sabía quién era y por qué había ocurrido tal cosa.

Continuamos viendo la película y a la mitad Meli ya se había dormido, una parte de mí sintió alivio y me dispuse a hacer lo mismo, apagué el televisor y le dije al oído:

— Buenas noches —

Mientras intentaba dormir, sentía que Melissa era un imán que me atraía, no sabía si sentir alivio al verla dormir o quería más de los besos que nos dimos la noche anterior, mi dilema y el sueño me vencieron y terminé dormida al lado de quien se supone es mi amiga. Sé que las dos estábamos confundidas por lo que había sucedido, así que dormimos toda la noche sin despertar, dormimos como si tuviéramos la conciencia tranquila, como dice

mi mamá. A la mañana siguiente despertamos y ambas nos tratamos con normalidad, como siempre se comportaban el par de amigas que iban juntas a todos lados, desayunamos y revisamos una vez más el trabajo que habíamos hecho, no podía haber errores porque se trataba de la calificación final, nos arreglamos y salimos a pasear y a comer con sus papás, ellos acostumbraban salir los domingos en familia.

Ya por la tarde, casi noche, mis papás llamaron a los de Melissa para decirles que habían llegado a casa, bajarían el equipaje del auto y después pasarían por mí. Agradecí a los papás de Meli haberme dado asilo en su casa ese fin de semana y le pedí a Meli que me acompañara a su habitación para arreglar mis cosas. Mientras ordenaba mi pequeña maleta pensaba si debía decir algo, yo no quería perder la amistad de Meli y no estaba segura de si ese beso iba a arruinar la amistad que habíamos construido, no quería perderla, la quería en mi vida de la manera que fuera, solo no quería perderla. Terminé de arreglar mi maleta y me cercioré de que no estaban cerca sus papás, la tomé de la mano y le dije que era y que siempre iba a ser mi mejor amiga, que la quería mucho y que jamás la lastimaría, ella me abrazó y repitió las mismas palabras, no quería perderme. Nuestra breve conversación me dio paz, nada debía cambiar entre ella y yo, nuestra amistad era demasiado buena como para perderla. Tocarón el timbre, eran mis papás; de nueva cuenta me despedí de Meli y di las gracias a sus papás, tomé mi maleta y regresé a casa con todo y mariposas en la panza.

Tenía miedo de que las cosas con Meli cambiaran, de llegar el lunes a la escuela y encontrarme con una Melissa completamente diferente, pensé que lo mejor sería actuar normal y olvidarme de lo que había sucedido en su habitación. Así lo hice, el siguiente lunes, llegué al salón y la saludé como de costumbre, ella hizo lo mismo y en el transcurso del día nada cambió. Los días siguientes todo continuó igual, íbamos a entrenar, al cine, a la plaza, a caminar, yo iba a su casa, ella a la mía y me sentía feliz al ver que nuestra amistad estaba intacta. Lo que sí tuve muy presente fue que, desde nuestro beso, jamás pude volver a ver a Melissa como antes, como amiga, ahora ella me inspiraba algo más, algo que jamás nadie me había inspirado, sentía algo que nunca antes había sentido; aún palpitaba en mí lo que ella me hizo sentir aquella noche; cuando estábamos juntas se formaba un

campo magnético que nos atraía, todos los días me preguntaba si Meli sentía lo mismo.

Estábamos a punto de terminar el semestre, desde hacía meses me había olvidado por completo de Pablo, y él también se había olvidado de mí, ninguno de los dos volvió a escribir. Una parte de mí pensó que estábamos en igualdad de condiciones, ambos desaparecimos de la vida del otro, pero yo, yo tenía una nube de preguntas sobre mi cabeza, desde el beso con Meli, sólo podía pensar en ella, trataba de entender lo que sucedía, estaba agobiada y no quería perderme más en mis dudas.

A veces creía que lo mejor era platicar con mi mamá sobre lo sucedido con Meli, ella siempre me comprendía y tenía las palabras precisas para hacerme sentir bien, pero recordaba la promesa que le había hecho a mi amiga y no podía fallarle, además, no sabía cómo iba a reaccionar mi mamá, es más, no sabía lo que yo sentía y lo que yo quería. Eso sin mencionar que yo continuaba buscando respuestas respecto a Melissa, el tema del beso no volvió a tocarse entre nosotras, llegué a pensar que había sido algo que solo sucedió esa noche y que para Meli no tuvo importancia, ella no había mostrado algo más que amistad hasta el momento.

Una tarde, llegando del colegio, encontré en mi habitación una carta de Pablo, mi mamá la había dejado sobre mi cama. Llevaba meses sin revisar el buzón y ahora tenía en mis manos lo que tanto había pedido, saber de Pablo. La abrí y era muy breve, en ella solo se disculpaba por no haber escrito en tanto tiempo, me dijo que se encontraba muy ocupado y que no quería que pensara que se había olvidado de mí. En la carta decía que llegaría en las próximas semanas, vendría a pasar las vacaciones con sus papás. Cuando terminé de leer la carta me di cuenta de que no había sentido nada al leerla, quizá un poco de coraje por su breve y tardía respuesta. Definitivamente necesitaba el consejo de mi mamá, salí corriendo de mi habitación para consultarla y le dije que era urgente que me dijera qué debía hacer, ella perfectamente sabía que el tema era Pablo y que todo se debía a la carta que había recibido. Mi mamá fue directa al grano y me preguntó que si lo que quería era que ella me dijera qué hacer respecto a mi novio adolescente, me reí ante el poder vidente de mi mamá y le dije que eso era correcto, me dijo que empezara por decirle qué sentía por él.

Yo me limité a hablar sobre los meses que Pablo se había desaparecido y las cartas que le envié y que nunca tuvieron respuesta, le dije a mi mamá que estaba enojada y que no sabía si quería verlo cuando viniera a pasar las vacaciones con sus papás. Mi mamá después de escuchar mi drama, me dijo que hiciera lo que mi corazón me indicara, que sería menos probable que me equivocara si hacía lo que sentía, me dijo que equilibrara mis pensamientos con lo que sentía mi corazón y que seguro sabría qué hacer. Esa fue otra noche de insomnio, le daba vueltas a todo, empezando por la aparición de Pablo y terminando con el beso de Melissa, al final terminé convencida de que tal vez estaba haciendo una tormenta en un vaso de agua, de lo único de lo que estaba convencida en aquel momento era de que ya no sentía lo mismo por aquel niño que había conocido en una competencia.

Al día siguiente lo primero que hice al llegar al colegio fue mostrarle la carta a Meli, al leerla soltó una risita rara y la dejó caer sobre mi banca diciendo:

— ¡Ahí tienes la respuesta que tanto esperabas! —

En ese momento no supe cómo interpretar su reacción, su tono de voz había cambiado. Ahí estaba nuevamente esa muestra de celos implícita en su reacción. Nos sentamos porque el maestro comenzaba la clase y teníamos que exponer el trabajo que hicimos aquel fin de semana en su casa; le pregunté escribiendo en la parte trasera de su cuaderno:

— ¿Estás enojada? —

Me respondió que no y puso una carita feliz. Pusimos atención a la clase y obtuvimos un 10, nuestro trabajo fue el mejor de la clase. Durante el día estuvo seria y casi no hablamos, yo no sabía a qué atribuir su molestia, quizá era porque estábamos en exámenes finales, por la carta o porque Pablo vendría y yo iba a verlo. Cuando salimos del colegio le pedí que regresáramos caminando a casa, en el camino traté de suavizar las cosas para poder preguntarle qué era lo que le molestaba, pregunté qué le pasaba y sin titubeos le dije que la había sentido distante, que nunca habíamos sido así, ella me tomó del hombro y me dijo que tenía razón, que la disculpara por su mal carácter, que no había dormido bien por estar estudiando para los

exámenes. Después de escucharla me sentí mejor, aunque no le creí del todo, caminamos hasta su casa y después me fui a la mía, teníamos un montón de tarea y dos exámenes para los cuales estudiar.

Por fin era jueves, ese día teníamos los últimos dos exámenes del curso, un día más y el semestre habría terminado. Esa semana en particular había estado intensa, llena de tareas, trabajos y exámenes. Mis compañeros y yo estábamos en el salón aprovechando los últimos minutos que teníamos para repasar antes del examen, Meli y yo nos preguntábamos una a la otra los conceptos que venían en el examen y pensábamos en lo que podría haber incluido el maestro y que no habíamos estudiado. La hora de la verdad llegó, teníamos examen de química, esa materia no se me daba muy bien, así que me senté y traté de estar lo más concentrada posible para no reprobarlo, eso significaría estar castigada todas las vacaciones.

Terminé el examen, lo entregué y regresé a sentarme a mi banca, de reojo revisaba las respuestas de Meli y trataba de recordar las mías para cerciorarme de que ambas habíamos respondido correctamente. Mis compañeros se fueron levantando poco a poco a entregar su examen al maestro y cuando se agotó el tiempo él pasó a recogerlos a cada lugar. Tendríamos 15 minutos de descanso antes de comenzar el siguiente, esa materia era la peor que podía existir, un examen de teoría y otro práctico.

Salimos del salón para descansar un poco antes de iniciar el segundo y la chica que atendía la puerta del colegio subió a decirme que me buscaba alguien, Meli y yo bajamos a ver de quién se trataba. Al llegar a la recepción vi a un chico altísimo y con cuerpo atlético, no sabía de quién se trataba hasta que al escuchar nuestros pasos volteó, era Pablo con una rosa roja en las manos. Al vernos nos sonreímos y nos abrazamos, Melissa dio la vuelta y se fue; la chica de la puerta me dijo que tenía 5 minutos porque no estaban permitidas las visitas y que además tenía examen. Pablo le contó que venía a verme desde Chicago y por eso lo dejaron pasar. Recibí la rosa y nos despedimos con un beso en la mejilla, me dijo que más tarde pasaría a visitarme a mi casa, agradecí el detalle y subí corriendo por las escaleras para llegar a tiempo al examen, mi corazón latía a mil por hora sin saber qué lo provocaba, el examen, Melissa, Pablo o todo.

Al llegar al salón Melissa no dijo una sola palabra, yo tampoco, se veía molesta y yo me sentía incómoda. Como no podíamos hablar porque el maestro nos podía retirar el examen, le di una palmada en la espalda y le deseé suerte. Ella ni siquiera volteó a verme. El maestro nos pidió que al finalizar nos retiráramos del salón, en temporada de exámenes finales asistíamos al examen y después podíamos retirarnos del colegio. Lo mío, lo mío, nunca fue la química, así que en esta ocasión Melissa terminó antes que yo, lo entregó, tomó sus cosas y salió del salón. Yo estaba atorada con una fórmula, cada letra que colocaba en ella me hacía dudar si estaba bien o me había equivocado, cuando por fin logré terminar, revisé una vez más mis respuestas y lo entregué, tomé mi mochila y salí corriendo para buscar a Meli, ella no estaba, la busqué por todos lados y no la encontré, la chica de la puerta me dijo que se había ido hacía varios minutos. Por su forma de reaccionar, intuí que estaba enojada porque Pablo había llegado, y también sabía que, en días anteriores cuando le mostré la carta, también se había molestado. Esta vez no podría utilizar la excusa de los exámenes, ya los habíamos tenido todos, ese arrebató me indicó que Meli estaba celosa. Una parte de mí se sintió bien al saberlo, eso quería decir que, aunque a veces no entendía su vaivén, tal vez ella sentía lo mismo por mí.

Me fui directa a casa, quería cambiarme el uniforme para ir a buscarla antes de ver a Pablo, ya no necesitaba respuestas, por primera vez en muchos meses lo único que quería era hacer preguntas, tenía muchas para Meli y otras tantas que yo misma debía hacerme. Llegué de prisa, puse la rosa en el florero que mi mamá tenía sobre la mesa, me quité el uniforme y le dije a mi mamá que tenía que ir a buscar a Melissa con la excusa de que se había llevado uno de mis cuadernos. No solía mentirle a mi mamá, pero no podía detenerme a explicarle lo sucedido por obvias razones. Cuando mi mamá vio la rosa sobre la mesa detuvo mi impetuosa salida y me preguntó quién me la había obsequiado, le dije que había sido Pablo, que me había ido a buscar al colegio, mi mamá se emocionó como si hubiera sido ella la que recibió la flor, me dijo que ya podía ser feliz, me reí y le dije que lo estaba, no quería tardarme más y tampoco sacarla del error en el que estaba, en ese momento efectivamente era la más feliz pero no porque Pablo había vuelto, estaba feliz porque la reacción de Melissa indicaba que sentía algo por mí.

Después del cuestionamiento salí corriendo a buscar a Meli, toqué el timbre y nadie me abrió la puerta. Regresé corriendo a casa para llamarla, nadie contestó. Mi corazón se detuvo un momento, no quería estar distanciada de Meli, no ahora que sabía que efectivamente éramos imanes que se atraían inevitablemente. Estuve tratando de adivinar lo que Pablo iba a decirme y pensando en las posibles respuestas que yo podría dar, mi corazón iba a reventar, eran demasiadas emociones para un solo día y aunque antes no había sabido qué hacer y no entendía lo que sentía ahora lo tenía más claro, ya no sentía lo mismo por Pablo. Aunque aún no sabía lo que quería, sabía perfectamente lo que no quería, sin embargo, había una pregunta a la que no lograba dar respuesta, ¿Qué era lo que sentía por Melissa? era algo muy fuerte e intenso, no entendía la forma en la que había comenzado a quererla, no tenía idea de cómo o por qué ese sentimiento me perseguía a donde iba y lo peor, no sabía cómo expresarlo, cómo procesarlo. Tenía miedo de todo, miedo de ella, de mí, de mi familia, de su familia, de nuestros amigos y del mundo entero.

Llegué a casa y nos sentamos a comer todos a la mesa, yo seguía pensando en todo y en nada, no lograba poner en orden mis ideas y creo que fue muy notorio, todos me preguntaron si estaba bien. Como siempre mi hermana Mar se burlaba y decía que estaba enamorada y que ya se había enterado de que Pablo me había llevado una flor al colegio, continuó bromeando durante toda la comida con que de seguro había venido a comprometerse conmigo. Después de comer, esperaba con ansias a que sonara el timbre, quería terminar cuanto antes con Pablo, no quería seguir lastimando a Melissa, aunque aún no lo confirmaba, estaba segura de que ella la estaba pasando muy mal.

Siempre que tenía un mal día me encerraba en mi habitación y me tiraba en la alfombra a escuchar música, ese día hice lo mismo, me sentía ansiosa, acelerada, como si tuviera que luchar yo sola contra mundo entero. Puse música y contemplé el techo cerca de una hora hasta que mi mamá casi tira la puerta para decirme que Pablo me esperaba en la sala. De un brinco me levanté y bajé a recibir a Pablo, teníamos mucho de qué platicar y no sabía por dónde iba a comenzar, ni siquiera sabía cómo decirle que ya no quería ser su novia.

Bajé por las escaleras hacia la sala, esta vez no corrí como solía hacerlo cuando él llegaba, lo hice tranquila y segura de cada escalón que pisaba, hice una pausa al final de la escalera y me le quedé viendo, como intentando encontrar en ese momento las palabras precisas, él se acercó y de nuevo me dio un abrazo, al mismo tiempo que me decía que teníamos mucho que contarnos. Yo le respondí que eso era muy cierto, pero que no quería quedarme en casa, no quería que escucharan nuestra conversación. Lo invité a sentarnos en nuestra eterna banqueta y dijo que por él estaba bien, me tomó de la mano y salimos.

Comencé la conversación preguntándole cómo había estado su viaje, no necesité más para que él se soltara hablando y me narrara cada uno de sus días en Chicago. Había partes de la conversación en las que me perdía, trataba de escuchar atenta lo que me decía, pero de repente me encontraba pensando en Melissa, no podía concentrarme en Pablo porque ella aparecía en mi cabeza y nada o poco me importaba lo que Pablo me estaba diciendo. De cualquier modo, no me dijo nada diferente a lo que me escribió en las pocas cartas que envió, entrenamientos, fútbol, laboratorios, trabajos, mucho viento y siempre ocupado con cosas de la universidad. Cuando terminó de contarme sobre su vida en Chicago y el viaje a casa, le pregunté por qué había dejado de escribir. Él se quedó callado por un momento y después sólo dijo:

– ¡Discúlpame, fui un tonto! –

Tal vez si lo hubiera visto unos meses antes, me hubiera enojado su respuesta, pero no fue así, aunque era una adolescente, sabía que lo más lógico era que él había conocido a alguien, no me equivoqué. Después de escuchar su breve respuesta, le dije que había pasado muchos días esperando la respuesta a mis cartas, él me interrumpió y sin pensarlo mucho me dijo que había conocido a alguien, que no lo había hecho con la intención de lastimarme y que tampoco esperaba que eso sucediera porque él me quería. Trató de explicarme que todo lo había tomado por sorpresa, que la convivencia diaria y los trabajos de la escuela los habían acercado, se trataba de una compañera de la universidad, Raquel. Cuando escuché eso, no podía decirle nada, a mí me había pasado exactamente lo mismo, pero con una chica, con mi mejor amiga; supongo que, como yo, Pablo tenía

cierto sentimiento de culpa, me pidió perdón por haberse ausentado sin explicación alguna y me dijo que necesitaba ser honesto conmigo porque yo había sido alguien muy importante y especial en su vida, que siempre lo sería y que no quería que dejáramos de frecuentarnos, me ofreció su amistad y yo la acepté.

Al final, nos prometimos ser amigos siempre, así como cuando prometimos que estaríamos juntos toda la vida, esta vez lo veía más viable, prefería ser su amiga que ser su novia. No tuve que buscar las palabras precisas para terminar con él, Pablo ya lo había hecho desde que dejó de responder mis cartas y comenzó a salir con la otra chica, no me excuso, pero él falló primero que yo. Por otro lado, aceptar su amistad me resultó lo mejor, no quería y no podía sacarlo de mi vida así sin más; él también había representado muchas cosas para mí, como yo para él, Pablo era importante y especial, fue mi primer novio, mi primer intento de beso, mi primer despedida y también, mi primera decepción. Aunque en su momento me dolió su ausencia, estábamos a mano, también había llegado alguien a mi vida que me había hecho sentir algo muy especial y diferente a lo que había sentido con él.

Pablo dijo que estaría todas las vacaciones en la ciudad, pero que iría a visitar a algunos de sus tíos y a la playa con su familia, eso a mí no me inquietó, él estaba fuera de mi vida desde hacía varios meses y creo que lo mejor era que por el momento no nos viéramos más. Le dije que no se preocupara, que estaba bien y que cuando se fuera me avisara para ir a despedirme, nos abrazamos y me pidió perdón nuevamente, yo le dije que le deseaba lo mejor y que me había dado gusto verlo.

De todas las noches de mi vida hasta el momento acumuladas, había dos que especialmente no podía olvidar, la primera: aquella en la que experimenté con Meli el beso más increíble del mundo y, la segunda: esta noche, la noche en la que pude cerrar un lindo ciclo de mi vida ganando un amigo a pesar de haber perdido un novio. Supe que desde ese momento mi vida había cambiado, ahora tenía que poner en orden lo que sentía, lo que quería, lo que pensaba y lo que deseaba, tenía que saber quién era yo y hacia dónde quería ir.

Querido Pablo:

Amar no es mirarse el uno al otro; es mirar juntos en la misma dirección.

- Antoine de Saint-Exupéry -

Viaje a las estrellas

Había pasado una semana desde la última vez que vi a Melissa, ella continuó sin responder mis llamadas. Yo me había prometido que esta vez haría las cosas bien, quería hablar con ella y contarle sin rodeos lo que había pasado con Pablo, pero lo haría en persona, frente a frente, no por teléfono. Hacerlo de otra manera significaba para mí minimizar lo que sentía por ella y lo que nos estaba sucediendo, quería demostrar a Melissa lo mucho que me importaba, no me iba a dar por vencida. Seguí insistiendo y durante esa semana fui todos los días a buscarla a su casa, la llamé no sé cuántas veces, todo lo intenté una y otra vez a pesar de que ella seguía sin querer hablar conmigo. Estaba segura de que Meli pensaba que estaría aún con Pablo y que había estado pasando las tardes con él, conocía a mi amiga y también estaba descubriendo su lado caprichoso y berrinchudo, con todo y eso para mí valía la pena, valía la vida y cualquier cosa que tuviera que hacer.

De sábado a sábado, había estado intentando hablar con Meli, eran vacaciones y tenía todo el tiempo del mundo para insistir. Ese sábado por la mañana tuve claro lo que debía hacer, sabía que sus papás iban al mercado y al súper a comprar lo que necesitaban para la semana, Meli odiaba ir y se quedaba en casa. Decidí ir y esperar a que salieran sus papás, me verían y como no sabían lo que estaba sucediendo me dejarían pasar a ver a la niña berrinches. Llegué y me senté fuera de su casa, en cuanto vi que se abría la puerta de la cochera me acerqué y los saludé, bajaron la ventanilla del auto y me dijeron que les daba gusto verme, que tenía tiempo desaparecida, yo les dije que había tenido cosas que hacer en casa; como lo había esperado,

me invitaron a pasar diciendo que Melissa estaba su habitación. Se fueron a hacer sus compras y yo entré tratando de no hacer ruido, subí despacio las escaleras y ahí estaba, sabía que la iba encontrar en su cama viendo una película.

Melissa se asustó al verme, casi grita, yo me reí a carcajadas al ver su expresión y ella también terminó riéndose, después recordó que estaba enojada y me preguntó qué hacía ahí. Le dije que había ido a verla porque la extrañaba horrores, me quité los tenis y di un salto a su cama para acomodarme junto a ella. Al principio estaba seria y no quería hablar, entonces le dije que esta vez yo tenía mucho que decirle, que tan solo escuchara, empecé recordándole ese día en el que se escapó al salir del examen y me había abandonado en el colegio, como siempre, se excusó diciendo que tenía que llegar rápido a casa porque saldría con sus papás, le dije que eso lo entendía, pero que no aceptaba que no me hubiera avisado.

Después, comencé a explicarle que Pablo había ido a mi casa y que habíamos platicado sobre todo lo ocurrido, antes de que pudiera continuar me interrumpió abruptamente:

– ¡No le habrás contado sobre...! –

Yo no la dejé terminar y le respondí:

– ¡Tonta, por supuesto que no! Sé cumplir una promesa –

Le pedí que me dejara continuar, me aventé todo el rollo de la universidad, el fútbol y las tareas, cuando llegué a la parte en la que Pablo me había confesado que salía con otra chica su carita cambió. Yo quería repetir cada uno de los besos de la otra noche, pero mi valentía no llegaba a tanto, así que me acurruqué a su lado y le dije nuevamente que la extrañaba, que no volviera a salir abruptamente de mi vida. Me picó las costillas y me dijo que jamás me libraría de ella, estaba feliz de volver a ver a mi amiga. Ese día no hablamos de nada más, creo que había sido suficiente la historia del chico de Chicago que abandona a su novia por otra novia. Vimos la película y regresé a casa feliz de haber recuperado a Meli, pero inquieta porque el campo magnético era cada vez más fuerte y no sabía si podía continuar resistiendo.

Como habían pasado muchos días sin que pudiera ver Meli, pregunté a mis papás si podía invitarla a comer al día siguiente, en mi casa, como en la de ella, los domingos eran completamente familiares así que antes de meter la pata lo consulté. Me dijeron que no había problema, mi papá tenía la intención de llevarnos a conocer un pueblito, particularmente, le habían recomendado un restaurante al aire libre que estaba a la orilla de un lago y era un excelente lugar para pasar el domingo en familia. Yo feliz con la idea, llamé a Meli y la invité a ir con nosotros. Sus papás le dieron permiso, por lo tanto, a la mañana siguiente, pasamos por ella a eso de las 8 y nos fuimos de aventura con mi familia. Salir con mi papá era toda una odisea, si no nos perdíamos, terminábamos haciendo cosas inusuales en el lugar que se le ocurría; era divertido pasear en familia, mi papá siempre tenía un as bajo la manga con el que nos sorprendía y hacía que viviéramos en cada salida toda una aventura.

Pasamos un domingo muy divertido, después de un camino de brechas y baches llegamos al pintoresco pueblito que tenía un lago en el que se comía carne y conejo asado, jugamos con la pelota, las raquetas y hasta caminamos descalzos y con los pantalones arremangados por la orilla del lago. Cuando veníamos de regreso, Meli hizo algo que me sorprendió, se recargó en mi hombro y ahí, cerquita de mi corazón, se durmió todo el camino. Yo me sentía flotando y no necesitaba más, podía percibir su olor, escuchar su respiración y sentir como me atraía; la carretera, la noche, la luna y las estrellas acompañaron mis pensamientos, me preguntaba si estaba deseando a la persona incorrecta, si ese lazo tan profundo que se había formado entre nosotras estaba bien. Todo el camino deseé que Meli no despertara hasta que llegáramos, no quería que se apartara de mí.

Todo iba bien en el viaje hasta que nos encontramos con un fuerte accidente en la carretera, había una larga fila de autos detenidos debido a un choque en el que varios vehículos quedaron destrozados obstruyendo el camino. Todos los conductores tenían encendidas las intermitentes del auto, entre las lucecitas parpadeantes se veía a lo lejos la torreta de lo que parecía ser una patrulla y una ambulancia. Meli despertó al sentir que mi papá había detenido el auto, al instante preguntó qué pasaba; estuvimos varados alrededor de dos horas, creo que había varios heridos y fue complicado abrir paso a las patrullas y ambulancias; eso sin contar que no lograban

quitar todos los autos, la carretera era pequeña por lo que no había espacio para que la grúa entrara y se llevara los fierros retorcidos.

Al ver que se hacía más tarde y no podíamos continuar el viaje, mi papá tomó el celular del trabajo, ese teléfono que más que celular parecía un tabique negro, en seguida le pidió a Meli que llamara a su casa para avisar que estábamos detenidos por el accidente, le dijo que consideraba que lo mejor era que se quedara en casa porque no sabíamos cuánto tiempo iba a tomar llegar a la ciudad. Lamenté el accidente y al mismo tiempo agradecí al universo que conspirara a mi favor, esa sería la primera vez que Meli se quedaría a dormir en mi casa después de lo que entre nosotras había pasado. Llamamos a sus papás y mi mamá se encargó de explicar a la mamá de Melissa lo que estaba sucediendo, le dijo que no se preocupara, que estábamos bien, que regresaríamos despacio y con cuidado, que le daba mucha pena no poder regresar a su hija a tiempo. Cuando colgó era un hecho, Meli se iba a quedar a dormir en casa.

Después de la larga espera sin podernos mover, lograron habilitar uno de los carriles de la carretera, con mucha precaución y a muy baja velocidad continuamos el camino a casa, todos estábamos desconcertados, había sido un accidente muy aparatoso y queríamos llegar sanos y salvos. Mi papá puso música para aminorar la tensión que nos había causado el incidente y jugamos lo de siempre, contar en serie sin mencionar determinado número que se le ocurría en el momento. Eso hizo que el regreso fuera más ameno y se nos pasara la impresión de ver tantos fierros regados en la carretera. Para cerrar el viaje con algo más alegre, mis papás nos llevaron a cenar tacos al pastor y terminamos el día de la mejor manera.

Cuando llegamos a casa todos estábamos rendidos y nos fuimos a dormir, lo primero que hice fue buscar una pijama para Meli, seguro le iba a quedar, tal vez un poquito larga, pero le iba a quedar. Yo era más alta que ella y nuestra complexión era muy parecida así que no había problema con prestarle ropa, pijamas y lo que necesitara. Mientras ella se ponía la pijama, fui con mi mamá y le pregunté si tenía por ahí algún cepillo de dientes guardado para dárselo a Melissa, se lo llevé, nos lavamos los dientes y después de un largo, divertido y accidentado día nos fuimos a dormir. A Meli y a mí, eso de dormir temprano no se nos daba, hasta la fecha, sigo

siendo un ente nocturno; yo no tenía televisor en mi recámara, pero podíamos escuchar música o platicar así que como siempre, terminamos platicando sobre todo lo que había ocurrido en el día porque si poníamos música mi mamá no tardaría en ir a decirnos que era hora de dormir.

Me gustaba tener muchas almohadas en la cama para recargarme cómodamente en la cabecera, las acomodamos y nos recostamos una sobre la otra. Tener a Meli nuevamente tan cerca de mí hacía latir mi corazón a mil por hora, de nuevo estaba presente ese algo que me causaba sensaciones extrañas, como cuando subes y bajas en la montaña rusa. Mientras abrazaba a Meli, acariciaba su cabello y continuaba empeñada en entender lo que sentía, todo me resultaba confuso y extraño, sobre todo porque aún no sabía qué era lo que ella sentía y pensaba al respecto.

Estábamos recostadas platicando cuando Melissa abruptamente y sin rodeos me preguntó qué había sentido al ver a Pablo, quería saberlo todo, si me había enojado o si me había emocionado, ella era muy buena para preguntar, pero muy mala para responder. Traté de explicarle nuevamente y lo más claro posible, que mi reencuentro con Pablo había sido de lo más común, sin sobre saltos o emociones, que simplemente me había dado gusto verlo y saber que podía contar con un amigo. Después de responder a su pregunta, cuestioné tanto interés en ello, ella había preguntado muchas cosas y yo me había limitado a responder, ahora le tocaba a ella decirme lo que sentía y no tuvo más que intentarlo.

Nunca había visto a Melissa dar tantas vueltas para decir algo, su practicidad y elocuencia en ese momento no estaban presentes, por el contrario, había una chica nerviosa que no sabía cómo expresarse. Yo me estaba riendo, me parecía chistoso y extraño ver que se habían invertido los papeles, ahora era ella la que hablaba hasta por los codos sin decir nada en concreto. Le repetí tres veces la misma pregunta:

– ¿Por qué te interesa tanto saber sobre el reencuentro con Pablo? –

La tercera vez hizo una pausa y volvió la chica práctica y de pocas palabras para responder:

– Porque al verlo en el colegio me sentí molesta, enojada, incómoda, ¡celosa! –

No dije nada, me quedé callada tratando de encontrar la respuesta adecuada a lo que acababa de escuchar, Meli no había podido encontrar otra palabra que lo describiera mejor, estaba celosa; bajé la mirada hacia ella y al mismo tiempo Melissa dirigió hacia a mí la suya, nuestras miradas se habían encontrado de nuevo. Nos acercamos y repetimos el beso que nos atrapó aquella noche en su casa. Sus labios suaves me encantaban, besaba mejor de lo que podía imaginar, aunado a que cada beso venía con un montón de hormigas que me recorrían el cuerpo y me provocaban sensaciones que jamás había sentido.

Esta vez nuestro beso había sido diferente, nuestra noche fue diferente. Todo comenzó con un beso tierno, suave y apacible; acompañado de caricias que comenzaron en nuestras mejillas y poco a poco se fueron extendiendo por todo el cuerpo. Conforme la exploración avanzaba, la intensidad y nuestro deseo aumentaban, los besos comenzaron a recorrer todos los espacios de nuestra piel, la tensión nos obligó a entrelazar nuestras manos y presionar nuestros cuerpos, nuestro pecho se volvía uno solo y la respiración era imposible de contener. Suavemente me inclinó y dejó caer su cuerpo sobre el mío, unió en un solo compás su respiración y el movimiento de su cuerpo, yo quería gritar, estaba perdida en su geografía, en su aliento, en su olor, éramos como imanes gigantes que se atraen y una vez juntos es imposible separarlos.

Sin pensarlo, y quizá sin estar conscientes de ello, repetimos el compás con nuestros cuerpos una y otra vez, por momentos sentía un impulso incontrolable de arrancarle la ropa y explorar de una vez por todas ese lugar de ensueño en el que me había perdido. La luna casi estaba por irse, pasamos de sudor y saliva a una conexión irrompible con sólo nuestra mirada, me perdí en la profundidad de sus ojos color marrón hasta caer en el fondo de su alma.

La noche estaba por convertirse en día y nos habíamos dejado llevar nuevamente por nuestros sentimientos y deseos sin dar paso a las palabras. Dormimos las pocas horas que nos quedaban y de pronto, tal y como pasó con su mamá, la mía echaba gritos para que bajáramos a desayunar,

teníamos que llevar a Meli a su casa. Nos levantamos, nos abrazamos y nos dimos un último beso antes de que tener que dejarla ir. En ese momento no supe si comenzaba a enamorarme de Melissa o lo estaba desde hacía meses, cada día me resultaba más difícil esperar un nuevo encuentro.

Tuvimos dos semanas de vacaciones antes de regresar al colegio, en esos días nos convertimos en adicción una de la otra, nos veíamos todos los días y hablábamos por teléfono a todas horas, incluso de madrugada tan solo para decirnos te quiero. Ambas sentíamos miedo e incertidumbre, por momentos yo sentía que tenía el valor de hablar sobre lo que estábamos viviendo, pero mi miedo a su reacción era lo que siempre me hacía retroceder. Ninguna tenía clara la forma o las palabras precisas para nombrar lo que sentíamos, lo único preciso era que ambas encontrábamos siempre el momento y el lugar perfecto para darnos uno y otro beso; creo que lo que sentíamos nos daba miedo porque para entonces un te quiero nos parecía insuficiente y la palabra amor sonaba demasiado fuerte para dos adolescentes que se habían entregado casi todo. Ambas sabíamos que nos queríamos, y también que esa no era la forma en la que se quiere a una amiga, entre nosotros había algo más, algo más intenso y profundo que una simple amistad.

El silencio de Melissa me estaba matando, siempre que quería hablar respecto a lo que estaba sucediendo, ella me evadía. Comencé por buscar información sobre relaciones entre chicas, recurrí a revistas, libros e incluso iba al ciber café para buscar información; no me atrevía a hacerlo en casa y mucho menos a preguntarle a alguien de mi familia. No lo verían bien, sabía que ellos me cuestionarían al respecto y en ese momento no estaba lista. Todos esos temores más el peso de las expectativas que mis papás tenían sobre mis hermanos y sobre mí, me atormentaban, quizá yo no era lo que ellos esperaban. Mi desesperación por entender lo que sentía cuando estaba con Meli crecía cada día, así como también mi deseo por ella, todo se trataba de Melissa, no podía pensar en otra cosa que no fuera ella y necesitaba entender por qué me atraía tanto, Melissa se había convertido en un huracán que estaba sacudiendo mi vida y creo que yo también hacía lo mismo con la suya, ambas buscábamos respuestas, pero no sabíamos dónde encontrarlas.

Con el paso de los días y el regreso al colegio, la necesidad de contacto entre nosotras fue creciendo, los sentimientos se fueron intensificando y los días eran demasiado cortos para compartirlos juntas. Lo anterior nos obligó a ser más abiertas para platicar sobre el tema, a Melissa le aterraba que le dijera que tal vez éramos lesbianas, yo sabía ella no sólo era mi amiga, Melissa era algo más. Nuestra cercanía había levantado sospechas, en la escuela algunos compañeros bromeaban con eso, unos cuantos eran crueles con los chicos y chicas de los que se sospechaba eran homosexuales. Nos daba miedo a las dos llegar a eso, a tener que enfrentarnos a tantas personas en la escuela y en la calle, a dar la cara en casa. En una de mis investigaciones, leí que los encuentros entre adolescentes del mismo sexo eran algo común, le llamaban etapa de exploración y experimentación sexual, también que en muchas ocasiones es temporal porque en determinado momento los adolescentes encuentran su identidad y establecen su preferencia sexual. Después de leerlo, pensé que yo encajaba perfecto en esa situación.

Yo quería saber qué pensaba Melissa al respecto, pero ella no cedía. No sé si fue mi insistencia o los comentarios que comenzaban a circular en la escuela, pero había días en los que Meli tomaba cierta distancia conmigo, después volvía y ella misma reactivaba nuestro centro magnético. Eso era mucho más evidente cuando en la escuela algún compañero o compañera se acercaba demasiado a cualquiera de las dos, ambas reaccionábamos como si fuera una propiedad de la otra y naturalmente eso nos distanció, cada una se refugió en otro grupo de amigas. Sin embargo, el intercambio de miradas no cesaba, nos veíamos una a la otra de una manera que solo nosotras comprendíamos (al menos eso pensamos en ese momento). El segundo año de prepa se estaba complicando, me resultaba difícil ir al colegio e intentar guardar distancia con Melissa, yo no sabía si a ella le pasaba igual, su vaivén me confundía demasiado y me sentía perdida en todo sentido.

Por el momento no dije nada más a Melissa, yo seguía dándole vueltas a todo lo que había vivido con ella e intentaba encontrarle respuesta comparándolo con lo que había experimentado con Pablo, las respuestas que encontraba siempre me llevaban a Meli, prefería lo que había compartido con ella, me sentía más feliz, más cómoda, todo era más especial a su lado. Cuando estuve segura de ello, el rumbo de mi

investigación cambió, pasé de los encuentros ocasionales entre adolescentes del mismo sexo a cómo aceptar mi homosexualidad, tenía casi comprobado que lo mío eran las chicas. En esta nueva investigación hice incluso un recuento de mi infancia para ver si encontraba alguna señal de que no me gustaban los niños, aunque honestamente no sabía si algo de lo que recordaba servía como señal o evidencia. Encontré en mis recuerdos que durante la secundaria nunca me interesaron los niños, creo que nunca me fijé en alguno de mis compañeros, hasta que llegó Pablo a mi vida y eso no había resultado muy bien; después llegó Melissa y todo cambió, era ella quien me causaba tal confusión. Tanto pensar en el asunto me tenía agotada, me provocaba ansiedad y no tenía tranquilidad, necesitaba encontrar respuestas cuanto antes porque mi vida era un caos, no me aguantaba ni yo sola, todo me parecía complicado y los días se me hacían eternos.

Era bastante difícil ver a Meli en el salón de clases y en los entrenamientos, nos habíamos vuelto distantes y hablábamos muy poco o casi nada en la escuela, pero por las tardes nos veíamos y los encuentros entre nosotras seguían, eso me confundía aún más. Esas no éramos nosotras, las amigas inseparables que habían viajado juntas, las que compartían todo, nos convertimos en algo más cuando nos besamos de una forma sin igual. Yo estaba dispuesta a olvidar lo sucedido y a seguir con su amistad, lo único que no quería era que continuáramos distanciadas, su ausencia en mi vida pesaba y dolía más que nada, no quería perderla. Una tarde después de entrenar, decidí que no permitiría que eso terminara con nuestra amistad, me acerqué a Melissa y le dije que regresáramos juntas en la motoneta a casa, al mismo tiempo que hice la propuesta, extendí el casco que siempre llevaba conmigo. Meli sonrió, sin decir que sí, se puso el casco y caminó hacia la moto. Nos subimos y me abrazó para sostenerse, aún no le perdía el miedo a la avispa, yo sentí que todo había vuelto a la normalidad, ahí íbamos de nuevo camino a casa, juntas. Durante el trayecto no dije nada, me limité a sentir sus brazos alrededor de mi cuerpo, tratando de creer que ella me sujetaba fuerte para no dejarme ir. Mi corazón necesitaba hablarle, así que pregunté a Meli si quería ir a caminar al parque, me dijo que estaba bien pero que antes debía ir a su casa a pedir permiso, me fui directo a su casa y después fuimos a la mía a dejar la moto; las reglas en casa no habían cambiado.

Una vez en el parque, caminamos hasta encontrar una banca vacía, nos sentamos y Meli me preguntó:

— ¿Cómo estás? —

Para mí esa pregunta sonó tan ambigua, que de ahí podía partir para decir todo lo que sentía en ese momento, en los pocos años que tenía de vida, siempre me costaba enfrentar las situaciones y a las personas, ése día, en ése momento decidí que no lo postergaría más, así que comencé respondiendo que me encontraba mal, no la dejé hablar y continué diciendo que la extrañaba y que esas semanas habían sido las peores de mi vida, porque no estaba ella, le dije que cada día que pasaba, sentía que la perdía. Finalicé mi discurso diciéndole que estaba dispuesta a dejar atrás lo que había pasado entre nosotras para continuar con nuestra amistad. Melissa, como siempre de pocas palabras, me dijo que ella también me había extrañado y que tampoco quería que dejáramos de ser amigas, su respuesta me caló hasta lo más profundo de los huesos, entendí que todas esas tardes de besos y lo que yo comenzaba a sentir por ella, debía dejarlo atrás. No me importó, estaba feliz de haber recuperado a mi amiga.

Aparentemente todo volvió a la normalidad entre nosotras, la escuela, los trabajos las tardes y fines de semana, todo iba bien o al menos eso trataba de hacer ver a Melissa, aunque en el fondo yo me sentía peor que nunca. Me estaba resultando imposible volver a verla como amiga, me refugié en un sinfín de canciones que en sus letras hablaban de lo que sentía por ella, grabé no sé cuántos casetes y cd's con música que me hacía recordarla. A veces era tanta mi debilidad por ella que se los ponía en la mochila con toda la intención que los encontrara, pensaba que si ella escuchaba las canciones volvería a mí, de la forma en la que yo esperaba, a quererme como yo la quería. No fue así, nunca dijo nada sobre la música que misteriosamente encontraba entre sus cosas.

No sé exactamente cuántas semanas estuvimos así, incluso no sé si fueron meses, yo había perdido todo, hasta la noción del tiempo. Cada una mantenía su refugio en otro círculo de amigos y hasta dejamos de compartir la banca, pasé de la música a las palabras y de vez en cuando le escribía una carta para decirle cuánto la extrañaba. Sabía que para las dos era difícil

mantener esa distancia y que nos quemaba por dentro vernos al lado de otras personas, pero ella no cedía y yo no podía hacer más.

Estaba a punto de darme por vencida cuando el universo y la literatura conspiraron a mi favor. En medio de una clase sobre retórica, la maestra dijo que debíamos hacer un ensayo en parejas, ella sortearía los nombres y nos indicaría con quién nos tocaba trabajar. Curiosamente cuando había mencionado a casi la mitad de las duplas, escuché mi nombre, en seguida agregó que me tocaba con Melissa. No quise ver su cara, yo estaba más que agradecida de tener que leer todo un libro para hacer el ensayo, de nuevo teníamos que estar juntas, así que al terminar la clase me acerqué y le pregunté a Melissa dónde y cuándo quería trabajar. Ella, aunque no lo dijo, estaba conforme con su compañera de equipo, así que no tuvo más que decirme que el viernes a las 4 de la tarde nos veríamos en su casa para dividir el trabajo.

Los días que faltaban para que llegara el viernes se me hicieron eternos, yo quería que el tiempo transcurriera más rápido para por fin poder estar a solas con Melissa. Esos días anteriores al encuentro, no sé cómo, pero logre poner la mayor distancia posible entre nosotras, no quería incomodarla y menos a sabiendas de que teníamos un trabajo por hacer. Llegado el día, me acerqué a preguntarle si seguía en pie la reunión, ella respondió que sí y que me esperaba puntual, a las cuatro de la tarde. Para no fallar, salí del colegio y evité entretenerme a la salida con mis amigos, me fui directa a casa para alcanzar a comer y a estar lista para ver a Melissa.

No sabía cómo iba a resultar eso de volver a estar a solas. Aunque yo ya no insistía con ella y en la escuela no éramos nada más que compañeras, por dentro no me aguantaba las ganas de todo, de abrazarla, de sonreírle, de besarla, de decirle que la quería. Así tenía que continuar, cuando llegué a su casa me controlé todita, amarré mis cinco sentidos y con mucha seguridad toqué el timbre; ella salió a recibirme, nos saludamos y entramos. Esta vez no subimos a su recámara, nos sentamos en la sala donde ella ya tenía listo en la mesa de centro, un conjunto de libros del que seleccionaríamos uno para hacer el ensayo. Mientras leíamos la sinopsis de cada uno, nuevamente el cosmos conspiró a mi favor, se soltó una tormenta poco usual en la ciudad, la lluvia era tan intensa que ya se había inundado gran parte de las

calles y avenidas, había árboles caídos y los relámpagos causaron un apagón que duró varias horas. Aunque Meli vivía muy cerca de mi casa, no era seguro salir, así que su mamá llamó a la mía y le dijo que si no tenía inconveniente prefería que me quedara esa noche ahí, la tormenta no paraba y no quería que nos arriesgáramos para intentar llegar a casa, mi mamá consciente de la situación le dijo que estaba de acuerdo y agradeció el gesto, yo hice lo mismo con el universo entero y al instante pregunté a Melissa si tenía algún inconveniente, ella se limitó a decir:

– Ninguno. –

El resto de la historia se cuenta sola, lo que sentíamos una por la otra seguía ahí, más vivo que nunca. Creo que la lluvia, la noche y la falta de electricidad nos ayudaron a traer de vuelta esa mágica atmósfera en la que solo existíamos ella y yo. No pudimos evitar sentir lo que sentíamos, mucho menos ocultarlo, esa noche de tormenta nos lo dejó más que claro, por más que intentamos alejarnos algo nos acercó de nuevo y no precisamente como amigas. La lluvia continuaba cayendo, las gotas golpeaban fuerte en la ventana que se iluminaba con cada relámpago, el agua se escuchaba correr por la calle y yo luchaba conmigo misma para mantenerme alejada de Melissa que se encontraba en silencio al otro lado de la cama.

Ya no podía resistir más, la tenía tan cerca que solo necesitaba un poco de decisión y valor para decirle que no iba a renunciar a ella, aunque estaba determinada a hacerlo, tenía miedo de asustarla y perderla para siempre. Seguíamos sin luz y a pesar de tanta oscuridad, lo que sentíamos una por la otra era tan evidente que nuestro corazón brillaba, creo que una podía sentir a la otra. Necesitaba hacerle saber que lo que sentía por ella aún estaba ahí, estiré un poco mi mano buscando la suya, al encontrarla dejé ir una suave caricia que ella correspondió rozando mi mano, pensaba en mi siguiente movimiento y antes de que pudiera tenerlo claro, las dos nos fuimos una encima de la otra para terminar besándonos. Sus labios me vencieron, los míos la hicieron rendirse, dejamos que en esa habitación se desatara nuestra propia tormenta y terminamos encontrándonos una en los ojos de la otra, consentimos que la noche nos hiciera suyas.

Después de esa noche en la que quedamos indefensas ante lo que sentíamos, aprendimos a amar en silencio, a darnos besos y caricias a discreción, aprendimos que yo no podía vivir sin ella y ella tampoco sin mí. A las dos nos quedó claro que no podíamos estar juntas de otra manera y que eso tendría consecuencias, por ejemplo, que intentar de nuevo ser sólo amigas podría resultar en perdersen para siempre. Aceptamos lo que sentíamos, sin embargo, eso no significó que estábamos listas para contarle al mundo lo que pasaba entre nosotras, además, el mundo, nuestro mundo, tampoco estaba preparado para ello. Meli y yo acordamos que esto quedaría entre nosotras, que nadie podía enterarse de nada, me hizo prometerle que me llevaría a la tumba nuestro secreto y a mí no me importó, no necesitaba que los demás lo supieran, lo sabía ella y lo sabía yo, con eso era más que suficiente, todo eso me resultaba sencillo por una sola razón: me había enamorado de ella.

No teníamos saciedad una de la otra, ante los demás podíamos fingir una estrecha amistad, pero a solas nada de eso era en verdad. La mitad de nuestro tiempo se iba en besos, y la otra mitad en la ilusión de nuestro próximo encuentro. Conforme el tiempo fue transcurriendo aprendimos que la mejor forma de expresar lo que sentíamos, era escribiendo cartas, desechables, por cierto. Nos escribíamos todo, vaciábamos el corazón en un trozo de papel que después de ser leído se iba en pedazos a la basura, en esas cartas éramos libres, a través de palabras podíamos ser y sentir. Con ella mi memoria se hizo, como dicen, de elefante, me aprendí el mapa de su cuerpo, sus expresiones, sus manías, sus gestos y hasta su olor. Sólo me bastaba con cerrar los ojos y podía encontrarla en mi silencio.

Volvimos locos a nuestros papás, todos los fines de semana queríamos estar juntas, a veces en mi casa, a veces en la suya. Cerrar la puerta de nuestra habitación era lo más difícil, después todo era vivir noches y madrugadas de besos y caricias. Con el tiempo, nos resultaba imposible esperar al fin de semana, así que convertimos baños y probadores de ropa en dispensadores de besos. Fueron meses de intensas emociones, no podíamos separarnos, no vivíamos una sin la otra, a todas partes íbamos juntas, pero, tal como lo habíamos platicado desde el principio, habría consecuencias y teníamos que asumirlas.

Mi hermano aún era pequeño y difícilmente se percataba de miradas, arrumacos, abrazos o cualquier otra muestra de afecto entre nosotras. Mis papás querían mucho a Meli y sabían que no se separaba una de la otra. Pero mi hermana Mar... ella era muy observadora y había comenzado a hacerme bromas y comentarios, primero cuestionaba que todo el tiempo estábamos juntas, después que pasaba horas encerrada con ella en mi habitación y bromeaba diciendo que cuando estaba Melissa cerca de mí me brillaban los ojitos, su último comunicado, lo hizo frente a toda la familia:

– Tú y Melissa, parecen novias. –

Ese día me quedé helada y no supe qué responder.

Los comentarios de Mar continuaron, algunas veces me enojaba, otras, reía con ella, aunque sus bromas me hacían sentir incómoda. Al mismo tiempo tenía miedo de que se diera cuenta de que tenía razón sobre nosotras, ya había notado muchas cosas, estaba segura de que, si algo confirmaba su teoría, iría corriendo con mi mamá a decírselo. Afortunadamente nuestros papás se hicieron buenos amigos y ellos nos veían como amigas inseparables. Todo eso me hacía sentir mal, la realidad era que le estaba mintiendo a mi familia, Melissa no solo era mi amiga, no sabía qué era, pero tenía claro que era algo más. Desde un principio, en nuestra historia no existieron etiquetas, nuestra relación no tenía nombre y ninguna asumía un rol, éramos solo ella y yo, dos mujeres que se amaban más que a nada.

Creo que, aunque estaba claro para nosotras lo que sentíamos, en el fondo sabíamos que las amigas no se besaban, no exploraban sus cuerpos y mucho menos sentían tanta necesidad una de la otra; nos aterraba tener que reconocer que lo nuestro no era una simple amistad, que estábamos actuando como cualquier pareja de novios y eso significaba que éramos novias; lo peor de todo, era que no podíamos entender (o aceptar) lo que nos estaba pasando y tampoco nos atrevíamos a acercarnos a alguien para hablar al respecto.

Era tan feliz al lado de Melissa, que había días en los que me olvidaba por completo de mi agobio, de mis cuestionamientos personales e incluso dejaba de pensar en lo que podrían pensar de mí los demás. Estar con ella borraba cualquier cosa que pudiera afectarme, con ella lo compartía todo,

confiaba en ella como en nadie. Tener que guardar el secreto de lo que vivíamos no era para mí un problema, ambas estábamos de acuerdo con ello y lo que sentíamos una por la otra era más grande que nuestros temores, siempre encontrábamos la forma de decirnos en silencio lo que nuestro corazón no podía gritar. Nos apropiamos de casi todas las canciones del mundo y las hicimos parte de nuestra historia, como las cartas desechables, eran perfectas para decirnos cuánto nos queríamos.

Conforme el tiempo pasó, supongo que fue más evidente que algo más sucedía entre nosotras, un par de compañeras del salón a las que no les caíamos del todo bien (y ellas a nosotras tampoco) comenzaron a esparcir el rumor de que Meli y yo éramos lesbianas, en el salón varias personas replicaron las burlas y los rumores, otras nos apoyaron y nos dijeron que no importaba qué había entre ella y yo, que eran nuestros amigos y nos querían independientemente de nuestra preferencia sexual. Al respecto, Meli y yo nunca dijimos nada, ni sí ni no. Incluso un chavo del salón que quería comprobar los rumores llegó a coquetearme y a pedirme que fuera su novia. Al principio los comentarios me hacían sentir mal, sobre todo cuando se burlaban frente a nosotras, a Meli le afectaba mucho porque tenía miedo de que sus papás llegaran a saberlo, sobre todo su mamá, ella tenía el carácter bastante fuerte y había mostrado cierta renuencia al tema de las personas gay. Cuando eso sucedía yo siempre buscaba la manera de protegerla, la abrazaba y le decía que todo iba a estar bien.

Lo que pasaba en ese momento me hacía pensar en el futuro, en si podría enfrentarme a los comentarios que me iban a hacer las personas que eran intolerantes y tenían prejuicios sobre el tema, y que, además, eran importantes para mí como mi familia. Eso me inquietaba bastante y las monjitas de la escuela poco ayudaban, aunque el tema casi no se tocaba en la escuela, ellas, a través de la religión, marcaban lo que supuestamente era permitido o moralmente aceptado por Dios y por la sociedad.

Ambas conocimos a gran parte de nuestras familias, tíos, tías, abuelos, primos; el empeño que teníamos en no separarnos ni un instante nos llevó a ir juntas a todas partes, yo iba con ella a visitar a sus abuelos y ella venía conmigo a visitar a los míos. Muchas veces nuestros papás nos pusieron un alto y no nos daban permiso de andar como muégano, decían que era

importante dedicar tiempo a la familia y que pasábamos demasiado tiempo juntas, que era sano que descansáramos una de la otra. Nosotras nos aguantábamos y nos extrañábamos horrores cuando no podíamos vernos.

En las comidas familiares a las que invitaba a Meli también recibía algunos comentarios de mis primas y de mis primos, decían que yo actuaba extraño, que parecía hombre, que no tenía novio, particularmente mis primas decían que era muy diferente a ellas, entonces entendí por qué un tío se había alejado de la familia y no era muy común verlo en esas reuniones, supongo que al no asistir se evitaba un mal momento.

Meli y yo, alguna vez nos preguntamos una a la otra si nos había sucedido algo similar con otra chica, esta era la primera vez de ambas; también cuestionamos si había algún chico que nos gustara, pero ninguna se fijaba en nadie más, mucho menos en un hombre. Quizá las cosas estaban muy claras y nosotras muy ciegas. Poder platicar con Meli me daba alivio, aunque ella tampoco tenía respuestas, nunca etiquetamos nada, vivimos lo nuestro como lo que era: amor. Cuando mi desesperación llegaba a su máximo nivel, pensaba en llamar a ese tío que pocas veces veía, que se había alejado de la familia o la familia lo había alejado porque era gay. Yo no entendía cómo podían mantenerlo a distancia, era una persona muy inteligente y divertida, vivía la vida y la disfrutaba de una forma muy especial, siempre tenía buena actitud y no se me hacía una mala persona, para mí era alguien normal, a pesar de que lo veía muy poco, me caía bien. Varias veces pensé que él podía ayudarme con mi conflicto existencial, me inspiraba confianza y sabía que no iba a echarme de cabeza, pero no podía faltar a la promesa que le había hecho a Meli.

El cuarto semestre en la prepa fue difícil, estaba viviendo con sentimientos, emociones y experiencias nuevas para mí, me sentía bien con Melissa y aunque los chismes y comentarios en la escuela a veces me afectaban, no sentía vergüenza, tampoco me creía una mala persona por haberme fijado en mi mejor amiga, había respeto entre nosotras y no habíamos hecho nada más que querernos. Afortunadamente, haríamos una tregua con la escuela y con esos compañeros incómodos, por fin se terminaba el semestre y tendríamos un respiro.

De nuevo eran vacaciones para mí, eso era algo que me gustaba de estudiar la prepa, entre semestre y semestre teníamos unos días para descansar, salir, ir y venir sin tareas ni exámenes. Lo malo, que mi papá nuevamente saldría de viaje de trabajo, de tanto que viajaba, creo que ya conocía todo el país y lo había recorrido varias veces de norte a sur, siempre que salía nos traía algo típico del lugar al que iba, así que cuando avisaba que venía de regreso nos emocionaba pensar en lo que traería esta vez. La parte no tan divertida de cuando mi papá viajaba, era que lo extrañábamos mucho, su ausencia se notaba en casa, además de que nos restringían los permisos, él nos decía a mis hermanos y a mí que debíamos cuidar a mi mamá y ayudarla en casa mientras él no estaba; si salíamos, debíamos volver a casa más temprano y mi mamá estaba mucho más alerta de lo que hacíamos, a dónde íbamos y con quién estábamos, además de todo eso, la motoneta estaba prohibida.

Ir a casa de Meli sí estaba dentro de los permisos que me daban en ausencia de mi papá, así que continuamos sin separarnos ni un minuto. Era lindo lo que estábamos viviendo, aunque todo se quedaba entre nosotras, teníamos una complicidad sin igual en la que con tan solo mirarnos podíamos decirnos todo, un roce de su mano en la mía tenía el mismo poder en mí que sus palabras y sus besos. Esos meses juntas habían significado algo muy especial para las dos, al menos para mí eran lo mejor que me había sucedido en mi corta vida. Tan intenso fue desde el comienzo, que nunca supimos la fecha en la que todo inició, así que no había aniversarios ni cumpleaños, nosotras celebrábamos cada que se nos ocurría.

Melissa se llevó el mérito de otra noche importante de mi vida, nuestra historia había comenzado hacía aproximadamente 15 meses, durante los cuales cada día era el mejor día de mi vida; así fue hasta que Meli planeó nuestro inolvidable viaje a las estrellas, ese día cambió mi vida, mi historia y todo lo que hasta el momento había sido maravilloso, desde esa noche no volví a ser la misma. Como estábamos de vacaciones, no teníamos que esperar a que llegara el fin de semana, en pleno martes, Meli me llamó para decirme que fuera a su casa, que pidiera permiso para dormir esa noche con ella, que me esperaba a las 6 de la tarde. Tras varios minutos insistiendo con mi mamá obtuve su consentimiento y me fui volando con Melissa. Llegué a su casa unos minutos después de las seis de la tarde. conseguir el permiso me había costado un poco de trabajo, mi papá seguía de viaje y mi mamá no

quería que durmiera fuera de casa. Después de darle un millón de razones por las cuales no había problema en ello, la convencí y terminó dándome permiso para ir con Meli.

Primero cenamos con sus papás, los 4 estuvimos jugando turista, siempre perdía porque el papá de Meli se encargaba de comprar todas las propiedades para después llenarlas de hoteles, así que pasar por alguna de ellas, implicaba pagar demasiado por el alquiler; la mayoría de las veces que jugamos, fui yo la primera en quedarse sin dinero. Después de casi 3 horas de juego, los papás de Meli dijeron que era hora de dormir; nosotras queríamos jugar nuevamente, pero ya era tarde y ellos trabajaban al día siguiente. Antes de subir a la habitación de Meli para ponernos la pijama, la mamá de Meli la llamó y susurraron en voz baja, alcancé a escuchar que le decía algo sobre regresar a su habitación.

Subimos y nos cambiamos, cuando iba a acomodarme en su cama me dijo que no dormiríamos ahí, me quedé extrañada, ¿Dónde más podríamos dormir si no era en su habitación? Me pidió un momento para dar las buenas noches a sus papás, nos despedimos y tomó mi mano, subimos las escaleras que conducían al cuarto de servicio de la azotea y cuando encendió la luz quedé sorprendida, Melissa tuvo la ocurrencia de acampar en la azotea, como estaba techada, bastaba poner una pequeña tienda de campaña que su papá llevaba cuando vacacionaban. Lo primero que vi fue una cartulina con un mensaje de bienvenida colocado a la entrada de la tienda de campaña, me reí y le pregunté que de qué se trataba todo eso. Melissa lo tenía todo planeado a detalle, desde barrer el piso de la azotea hasta armar esa tienda en la que íbamos a pasar la noche. Ella era muy aventada, así que no le daba miedo dormir ahí, colocó dentro de la tienda unas cobijas, llevó una linterna, una grabadora, un par de refrescos, papas, cacahuates, golosinas y colocó en la entrada de la tienda un letrero que decía: ¡Bienvenida a las estrellas!

Meli respondió que como no sabíamos cuándo celebrar nuestro aniversario, había pensado que ese día sería perfecto para hacerlo, apagó la luz de las escaleras y únicamente dejó encendida la serie de luces que había colgado en el techo sobre nuestro refugio. Yo no estaba segura de querer dormir ahí, jamás había acampado y menos en una azotea. Meli me dijo que no pasaría

nada, que era seguro y que teníamos todo lo necesario, recordó que no me gustaba la oscuridad y sacó la linterna que tenía preparada por si me daba miedo, también me dijo que si quería podíamos bajar a dormir a su habitación. No podía hacerle eso, se había esmerado demasiado, me sacudí el miedo y le dije que estaba encantada de estar ahí.

Conectó la grabadora a una extensión que colocó desde el cuarto de servicio, cerró la puerta hacia las escaleras y comenzó a sonar uno de los cd's que yo le había grabado. Tomó mi mano y me invitó a pasar a nuestro refugio. Junto a mi almohada había una carta y una flor, yo quería llorar, nadie había hecho algo así por mí y estaba emocionada. Ser expresiva y tener ese tipo de detalles no eran la especialidad de Meli, pero cuando los tenía era muy creativa y siempre me robaba el corazón.

Después de ver lo lindo que había quedado nuestro campamento me extendió su mano, la tomé y salí de ahí. Me llevó al borde de la azotea para ver el cielo, estaba lleno de estrellas y la luna se veía hermosa, como si pudiéramos tocarla con solo extender la mano, ella era nuestro único testigo. Me pidió que contara las estrellas, le dije que eso era imposible porque no podía ver todo el cielo, que no sabía dónde comenzaba y dónde terminaba, respondió que así era lo que ella sentía por mí, que no sabía cómo había comenzado y tampoco veía su fin; me dijo que cada estrella era un te quiero y que, como las estrellas, brillaría por y para mí toda la vida. Me dejó sin palabras, ¿qué podía responder ante lo que había escuchado? Ni siquiera sabía cómo explicar lo que sentí desde que subí a la azotea, tomé su mano y la puse sobre mi corazón, le regalé la mirada más tierna que encontré en el fondo de mi alma y le di un beso prometiéndole que siempre estaríamos juntas.

Entramos de nuevo a nuestro refugio, me moría de ganas de besarla en medio de toda esa escenografía que parecía sacada de la película más romántica, además, nadie podía vernos. Me gustaba acariciar su cara mientras la besaba, en ese momento solo éramos ella y yo. No puedo explicar lo que sentía, siempre que la tenía tan cerca de mí era como si todo el mundo desapareciera, y así, sin mundo, continué besándola. Mi corazón comenzó a latir cada vez más rápido, sin separar nuestros labios fuimos recostándonos sobre las cobijas, el cuerpo de Meli estaba sobre el mío.

Nuestro beso se fue extendiendo hacia el cuello provocando que nuestros cuerpos temblaran; sentir el pecho de Melissa sobre el mío aceleró mi respiración; por momentos cruzábamos la mirada y nos hundíamos una en los ojos de la otra, repartiendo besos y mordidas en unos labios que besaban desesperados e inexpertos, pero, llenos de amor. El paso de esa avalancha en nuestros cuerpos arrasó con nuestras ropas, poco a poco y lentamente fui sintiendo su cuerpo desnudo sobre el mío, mis manos encontraron sus pechos y sus labios los míos, cuatro manos luchaban desesperadas por recorrer cada rincón. Exploré todo su ser y ella descubrió el mío, los besos fueron repartidos por igual en ambas pieles hasta hacernos estallar.

Esa noche nos llenamos el cuerpo y el alma de besos, caricias y miradas, habíamos hecho el amor. No podía soltarla, sentir el calor de su cuerpo junto al mío me hacía sentir viva. La abracé mientras ella seguía recostada sobre mi pecho, nuestros cuerpos aún temblaban, acaricié suavemente su espalda y en ese momento supe que jamás iba a marcharme, quería quedarme toda mi vida junto a ella, sin miedo a lo que pudiera ocurrir después. Había sido un momento hermoso, era la primera vez que amaba a alguien con todo mi ser: mi cuerpo, mi mente, mi alma y mi corazón se entregaron desde ese momento y para siempre a ella.

El sol de la mañana me avisó que había tenido la mejor noche de mi vida. Abrí los ojos y ella seguía ahí, calientita, desnuda, abrazada a mí. Le di un beso en la mejilla y jugué con mis dedos sobre su espalda, ella despertó y me miró, las dos nos sonreímos como tontas, como se sonríen dos personas después de haberse entregado el alma. El sol brillaba, pero parecía que las estrellas se habían alojado en nuestros ojos, esa mañana brillaron más que nunca. Si nuestras miradas ya comenzaban a delatarnos, después de habernos recorrido el cuerpo una y otra vez, todo fue más fuerte, más intenso. Decidimos querernos sin culpa y sin permitir el paso a las dudas. También nuestras cartas cambiaron, se volvieron más frecuentes y explícitas, teníamos mucho más qué decirnos y en ellas podíamos expresarnos sin que nos escucharan los demás, sin pudor.

Después de esa primera vez que hicimos el amor llegó la segunda, la tercera y perdí la cuenta... lo mejor de todo es que cada noche continuó siendo mágica. Tanto amor volvió imposible resistirnos a besarnos cuando

estábamos juntas, más cuando nos encontrábamos a solas, el centro magnético había perdido su gravedad. Nuestros corazones desde un principio sintieron con la intensidad de un volcán y teníamos miedo de causar un terremoto.

Desde que conocí a Melissa, la música se convirtió en la mejor forma para expresar mis sentimientos. A través de las canciones y su letra, podía decirle lo que sentía sin que nadie me juzgara, sin que nadie supiera que esas palabras eran para ella. En esas cortas historias, a veces me veía reflejada yo y en otras, la encontraba a ella. Una tarde mientras hacía mi tarea encendí la radio y sonaba una canción, presté atención y escuché:

“Nada tienen de especial

dos mujeres que se dan la mano

el matiz viene después

cuando lo hacen por debajo del mantel

luego a solas sin nada que perder

tras las manos va el resto de la piel

un amor por ocultar

aunque en cueros no hay donde esconderlo

lo disfrazan de amistad

cuando sale a pasear por la ciudad

una opina que aquello no está bien

la otra opina que qué se le va a hacer

y lo que opinen los demás está de más

quién detiene palomas al vuelo

volando a ras del suelo

mujer contra mujer...”

Me quedé paralizada, ¡esa era nuestra historia! La canción había relatado todo eso que estaba viviendo con Melissa y no podía creerlo. Dejé mi tarea para después y centré mi atención en la canción que escuchaba, esperé impaciente a que terminara para que el locutor dijera cómo se llamaba, necesitaba saberlo para agregarla a mi colección. Al terminar la música escuché la voz del presentador:

– Escuchamos a “Ana Torroja” con el tema “Mujer contra mujer”. –

Tenía la impresión de haberla escuchado antes, sin embargo, no había puesto atención a la letra, así que, bajé corriendo al estudio para buscarla en Internet, la descargué y me puse a escucharla una y otra vez. Ésa era mi historia, nuestra historia, ninguna otra canción había podido describirla mejor. Melissa tenía que saberlo, alguien nos la había escrito y aunque no era mía, quería regalársela a ella acompañada de una rosa roja. Arranqué una hoja de mi cuaderno y plasmé cada estrofa, al final firmé con un: Te amo.

Así fue como me apropié para siempre de la canción que contaba nuestra historia:

Nuestra historia...

FECHA

abril 97'

Nada tienen de especial
dos mujeres que se dan la mano
el matiz viene después
cuando lo hacen por debajo del mantel
luego a solas sin nada que perder
tras las manos va el resto de la piel
Un amor por ocultar
aunque en cueros no hay donde esconderlo
" LO DISFRAZAN DE AMISTAD "
cuando sale a pasear por la ciudad
una opina que aquello no está bien
la otra opina que qué se le va a hacer
Y lo que opinen los demás esta de más
quien detiene palomas al vuelo
volando a ras del suelo
mujer contra mujer
No estoy yo por la labor
de tirarles la primera piedra
si equivoco la ocasión
y las hallo labio a labio en el salón
ni siquiera me atrevería a toser
si no gusto ya se lo que hay que hacer
que con mis piedras
hacen ellas su pared
quién detiene palomas al vuelo
volando al ras del suelo
mujer contra mujer...

Te amo

Los semestres restantes en preparatoria repetimos una y otra vez besos, viajes, caricias, noches juntas, cartas, rincones secretos, fines de semana, todo eso que en secreto habíamos construido. Las burlas en la escuela siguieron y a nosotros dejó de importarnos lo que decían o pensaban, mi hermana Mar continuó diciendo que Meli era mi novia y mi mamá siguió regañándola por molestarme con eso, ante los ojos de los demás nuestra amistad era diferente, para unos cuántos, era bastante visible el inmenso amor que había entre ella y yo.

Cuando llegamos al último semestre, ya no éramos ese par de adolescentes que se conocieron hacía 3 años, en unos meses ambas cumpliríamos la mayoría de edad e iríamos a la universidad. A mí eso me emocionaba bastante, me daba la posibilidad de pensar que en algún momento podríamos irnos a vivir juntas, hasta ahora todo para nosotras resultaba posible. Teníamos que empezar por algo, así que comenzamos decidiendo qué queríamos estudiar, Melissa se convertiría en educadora y yo en comunicóloga, estábamos listas para comenzar a construir nuestro futuro.

En nuestros planes no estaba separarnos ni en la universidad, habíamos ido juntas a visitar varias, para seleccionar una en la que ambas pudiéramos estudiar lo que queríamos. Sin embargo, en casa ocurrieron cosas que no tenía previstas, como que mi papá sufriera un fuerte accidente que lo incapacitara por mucho tiempo. Ese suceso complicó mi último semestre y fue muy difícil, mi papá se había destrozado la mitad del cuerpo en ese accidente en el que un auto lo envistió mientras él volvía a casa en la moto. Duró casi 4 meses en el hospital, con fierros, tornillos y placas en brazos y piernas, la recuperación iba a ser lenta y no podría trabajar un largo tiempo, no podía caminar ni moverse. Lo anterior provocó que el dinero comenzara a faltar en casa, Mar salía de la secundaria y Hugo estaba por terminar la primaria, eran demasiados gastos que mis papás no podían cubrir, sumado a que mi mamá estaba agotada y agobiada por la salud de mi papá. Durante esos meses tan complicados Meli no se separó de mí ni un instante, ella y sus papás nos apoyaron en todo para que mi papá pudiera recuperarse pronto.

A un par de meses de terminar la prepa, mi papá seguía recuperándose en casa y mi mamá batallando con todo. Ante la situación, mis papás platicaron conmigo y me pidieron que por nada del mundo dejara de estudiar, que eligiera la universidad que quisiera pero que considerara que estuviera dentro de sus posibilidades, me explicaron que eran muchos gastos y mis hermanos también debían continuar estudiando. Meli y yo optamos por buscar una universidad pública, esa fue nuestra mejor solución. La búsqueda fue en vano, no contamos con que los papás de Meli tenían otros planes, querían que ella estudiara en una de las mejores y más prestigiadas universidades de la ciudad y era privada, dijeron que eso le abriría puertas y facilitaría su futuro. Primer plan fallido: ingresar a la

misma universidad. Nada pude hacer al respecto, no íbamos a estudiar juntas, pero eso no iba a cambiar el resto de nuestros planes.

Decir adiós

Después de esos meses agridulces, mi papá continuaba con su recuperación, mi mamá recobraba la calma y yo terminé la preparatoria, me estaba llegando la hora de dejar la adolescencia para abrirme camino por mí misma, el primer paso: comenzar mis estudios universitarios (sin Meli). Inicié un poco tarde el proceso de inscripción en la universidad por el accidente de mi papá y, aunque fui aceptada, me tocó en el turno vespertino.

Sin tener idea de lo difícil que me iba a resultar al principio, inicié la universidad con todas las ganas del mundo, eso significaba mucho para mí y no podía olvidarme de los planes con Meli. El primer día fue extraño, no conocía a ninguno de mis compañeros, muchos de ellos venían de otros lugares a estudiar y era su primera vez en la ciudad; siendo todos unos completos desconocidos, pasamos la primera semana sin intimar mucho, hablamos solo lo indispensable. Esa primera semana se me hizo eterna, extrañaba mucho a Meli, estaba aprendiendo a estar sin ella, por lo menos no todo el tiempo que solíamos compartir. Nos estaba resultando muy complicado vernos entre semana, ella estudiaba por las mañanas y yo por las tardes, su universidad estaba al norte de la ciudad mientras que la mía quedaba en el extremo sur, ella salía de la universidad y yo apenas entraba. Lo único que nos quedó fue la música, las cartas, el teléfono y los fines de semana.

Como se acostumbra en todas las universidades, una vez iniciado el semestre, el consejo estudiantil organizaba una fiesta de bienvenida, Meli y yo no nos perdimos ni la suya ni la mía, fuimos juntas a las dos bienvenidas y aunque eso fue nuevo para nosotras, nos divertimos y aprendimos algo nuevo: la universidad nos había abierto la puerta de los antros y nos concedía el privilegio de poder comprar una cerveza, nos estábamos convirtiendo en adultos y aprendiendo que eso también implica mayores responsabilidades.

Otra de las consecuencias del fatal accidente de mi papá fue que jamás volví a subirme a una moto, mis papás se deshicieron de lo que quedó de la avispa y tuve que aprender a moverme de un lado a otro de la ciudad en el

transporte público, no imaginé que 5 minutos podían llegar a ser tan valiosos, mis tiempos cambiaron drásticamente, tenía que salir con más anticipación y eso acortaba mi tiempo libre (que podía usar para ir a ver a Melissa). Recuerdo que los primeros dos meses insistí a mis papás para que me prestaran el auto, mi papá ya me había enseñado a conducir y yo quería tener más tiempo (y un auto) para poder ir a visitar a Meli a la universidad donde estudiaba. La respuesta siempre fue la misma: un rotundo; ¡No! Había un solo auto y me advirtieron que únicamente me lo prestarían en situaciones de emergencia (para mí ver a Meli se estaba convirtiendo en eso: una emergencia).

No habían pasado ni tres meses desde que habíamos entrado a la universidad y nosotras encontramos la forma de fugarnos de la escuela un día a la semana, nos escapábamos cuando podíamos y las clases lo permitían, íbamos a cualquier lugar que no fuera la escuela, como decíamos en la prepa: nos íbamos de pinta. Así nuestras semanas no eran tan largas y la llegada del fin no era una espera impaciente.

La universidad era muy diferente a lo que había vivido en la prepa, para empezar, mis compañeros de la preparatoria nunca se acercaron a mí buscando ser algo más que amigos, quizá porque se había corrido el rumor de que yo andaba con Meli. Por el contrario, en la universidad, conforme conocía a mis compañeros e incluso, alumnos de otras carreras, a veces se me acercaba alguno con la intención de salir conmigo. A muchos los bateé, a otros los hice buenos amigos; con el tiempo, todos comenzamos a hacer amistad con alguien y se formaron grupitos. Yo me sentía tranquila, nadie de mi salón me conocía a fondo, por lo tanto, no tenían ni la más remota idea de lo que sentía por Melissa, a ella quizá la había visto por ahí más de una vez, pero difícilmente podrían darse cuenta de algo, además a varios de mis compañeros se les notaba que eran como yo, hombres y mujeres. Hasta ese momento yo seguía sin querer pensar en que tal vez era homosexual, me limitaba a pensar en lo mucho que la quería y evitaba a toda costa las palabras que me retumbaban tanto: lesbiana, gay, homosexual, quise continuar sin etiquetas.

Aunque me llevaba bien con la mayoría de mis compañeros, había días en los que me sentía incómoda, con la convivencia diaria mis amigos e incluso

algunos de mis compañeros comenzaron con preguntas sobre mi vida personal. En una de nuestras pláticas para conocernos mejor, la pregunta fue sobre quién de nosotros tenía pareja, todos nos declaramos solteros a excepción de una chica, en el momento pensé que responder con un sí implicaría dar explicaciones para las cuales aún no estaba lista así que me uní al club de solteros sin compromiso. Esa pregunta me la llevé a casa por varios días, tenía alrededor de 3 de años saliendo con Meli y aún no nos atrevíamos a poner nombre a lo que teníamos, mucho menos habíamos pensado (o aceptado) que a ambas nos gustaban las mujeres. En esos días intenté varias veces hablar con Melissa para de una vez por todas poder llamar las cosas por su nombre, sin miedo, sin culpa, sin temor, sin pena y con libertad; no pude, siempre terminaba sin la valentía que eso requería, además, no quería que la plática fuera motivo de discusión, sabía que a ella no le gustaba hablar sobre el tema. Después de mis intentos fallidos, me dije a mí misma que daría tiempo al tiempo, que no presionaría las cosas, una parte de mí estaba convencida de que no necesitábamos calificativos o etiquetas que nos colocaran en un grupo o en otro, éramos muy felices y eso bastaba.

Entre escapadas y varios días sin vernos logramos terminar el primer semestre de la carrera, ambas habíamos hecho amistad con nuestros compañeros y poco a poco íbamos conociéndolos e integrándonos una en la vida de la otra. Unas veces Meli iba a visitarme cuando salía de la universidad, otras veces pasaba yo a saludarla antes de irme a la escuela, así nos mantuvimos juntas el primero y el segundo semestre, lo que nos sobraba eran ganas, amor y sueños por vivir, solo nos faltaba tiempo.

Entre todos los clientes que mi papá atendía en el banco había uno que era muy importante, era ni más ni menos que el dueño del más reconocido centro de medios de la ciudad. Esa empresa agrupaba a las radiodifusoras y televisoras con más audiencia en el estado. El empresario siempre estuvo atento a la salud de mi papá, desde que se enteró del accidente, no dudó en ir a visitarlo en varias ocasiones para brindarle su apoyo. Es un señor muy agradable y aprecia mucho a mi papá, tiene una personalidad imponente, alto, fuerte y con una voz que pone chinita la piel. Platicando con mi papá, supo que yo estaba estudiando Ciencias de la Comunicación y sin dudarlo, le dijo que contáramos con él para lo que se nos ofreciera, que él

constantemente necesitaba personas para trabajar en el centro de medios. Mi papá me comentó y preguntó si estaba interesada en la oferta. Al principio pensé que sería demasiado trabajar y estudiar, después reconsideré y acepté la propuesta.

Un día por la mañana me llevó con él para presentarme a su amigo, lo saludé y agradecí el gesto, le dije que me encantaría conocer más sobre medios porque se relacionaban mucho con la carrera que estaba estudiando. El imponente empresario me sonrió y preguntó si quería trabajar con él en alguna estación de radio o en un canal de televisión local, yo sin dudarlo le dije que me encantaría, al instante, me proporcionó su tarjeta de presentación y me pidió que volviera pronto para que pudiera llevarme a conocer todas las instalaciones de la central de medios. Obviamente mi papá saltó y me dijo que primero estaba la escuela, su amigo lo tranquilizó y le dijo que podía emplearme medio tiempo, que eso me ayudaría a “tener tablas” y también que me sería de gran utilidad económicamente hablando. Insistí discretamente a mi papá sobre mi interés en la propuesta y me dijo que mientras no descuidara la universidad podía hacer lo que quisiera. Agradecí el gesto y quedé de visitarlo el lunes siguiente, la idea de trabajar no me desagradó, había pasado los años anteriores de mi vida escuchando la radio y me hizo mucha ilusión poder conocer la central de medios. Después de despedirme del amigo de mi papá, fui corriendo a buscar a Melissa a la universidad, tenía que decirle lo emocionada que estaba con eso de trabajar en la radio. Ella se puso contenta al escucharme, sin embargo, no le hizo mucha gracia porque eso implicaba que nuestras escapadas ya no podrían ser, con todo y eso me apoyó y compartió conmigo la felicidad que me había causado la propuesta.

El lunes siguiente acudí puntual a la cita con el amigo de mi papá, cuando me anunciaron con él, salió de inmediato de su oficina para llevarme a conocer las instalaciones de la central de medios. Primero conocí las cabinas de radio y después fuimos a visitar el estudio de televisión donde se grababan algunos noticieros y programas locales. Al conocer ambos, no supe qué me había gustado más, tanto hacer radio como hacer televisión me pareció interesante y, como toda universitaria principiante, quería comerme el mundo de tres mordidas. Después del recorrido, fuimos a su oficina y me contó la historia de su centro de medios, cómo surgió y todo el trabajo que

se había realizado ahí durante 25 años, enfatizó diciendo que ese esfuerzo de tantos años, había sido lo que les había otorgado prestigio y reconocimiento. Continúo diciendo que nuestra profesión era muy noble y que si lograba enamorarme de ella con ética y responsabilidad como él lo había hecho, jamás tendría que trabajar, que simplemente me iba a dedicar a lo que me apasionaba y que él quería ayudarme a encontrar mi camino. Me ofreció empezar a trabajar durante las vacaciones, así podría decidir si continuaba o no cuando regresara a la universidad, por un momento me imaginé como la locutora más joven de la radio, pero no fue así, al día siguiente empecé a trabajar como auxiliar del departamento de promoción.

Con el trabajo en mis manos, dije adiós a mis vacaciones y a Meli, bueno, al principio me pareció dramático eso de no verla, pero no fue tan malo, medio día iba a estar trabajando y por la tarde podíamos estar juntas. Tenía que hacer un esfuerzo, sabía que no iba a ser sencillo, pero no quería perder la oportunidad que la vida, mi papá y su amigo habían puesto frente a mí. Al día siguiente llegué a la radiodifusora ansiosa de saber qué era exactamente lo que tenía que hacer; lo primero fue entrar con el director a una breve reunión en la que enlistaron los eventos y la promoción que tenían que atender esa semana. Yo no entendí mucho en ese momento hasta que nos subimos a la camioneta de la empresa y nos dirigimos a la plaza comercial a la que acostumbraba ir con Meli. Era la premier de una película y la estación para la que ahora trabajaba había regalado boletos porque tenía a cargo la promoción y difusión de la película, ahí los chicos con los que iba, me pidieron que observara todos los procesos que se llevaban a cabo para poder realizar la transmisión y que también estuviera atenta a la entrevista que harían a los asistentes. Mientras ellos alistaban todo, me pusieron a repartir souvenirs con el logo de la radio como vasos, calcomanías y banderines. Mi nuevo trabajo había comenzado a gustarme, ahora estaba del otro lado de la radio, mi primer día de trabajo me había dejado maravillada, no había hecho gran cosa, pero estaba contenta con eso, el que era mi jefe me dijo que con el paso del tiempo iría aprendiendo más cosas. Regresamos a la radiodifusora, firmé en un librito de asistencia que tenía una de las secretarias en su escritorio y me fui volando a ver a Meli.

Ella se reía mientras yo le contaba cómo había sido mi primer día laboral, le hizo mucha gracia que le dijera que me sentía como locutora y que terminé

en la plaza comercial como auxiliar de promoción:

– Por algo se empieza – me dijo.

Esa tarde platicamos sobre nuestros primeros dos semestres en la universidad, y comentamos lo que cada una esperaba en el siguiente, ambas continuamos dando rienda suelta a nuestros planes y sueños. Dentro de todas esas cosas que deseábamos en nuestro futuro yo tenía claro que la relación que había mantenido con Melissa por más de 3 años la quería otros 100 más. A esas alturas llamarla amiga me resultaba insuficiente y reconocerla como mi pareja sonaba demasiado fuerte; las dos teníamos que encontrar la forma de entender y aceptar que estábamos juntas y que había una base, esa base era el amor que una sentía por la otra, ese amor que hasta el momento únicamente podíamos expresar en silencio. No es que yo necesitara etiquetar o poner algún nombre a lo que existía entre nosotras, pero era momento de enfrentarnos a la realidad.

Continué la semana entre trabajo, familia y Meli. Me estaba gustando mi nueva vida y ver que cada día tenía más claro lo que quería a hacer, estaba dejando atrás mis días de preparatoria en los que salía sin rumbo y disfrutaba lo que la vida, Meli, mi familia y la escuela me deparara. Ahora las cosas, el tiempo y todo dependía de mí. El fin de semana Meli vino a dormir a casa, ya no necesitábamos pretextos para estar juntas, los años que habíamos compartido habían dejado claro a los demás que no podíamos separarnos y que nos gustaba compartir cada minuto que podíamos. Mar seguía con sus bromas y comentarios, pero ya no me importaba, había aprendido a escucharlos sin sentirme molesta o desconcertada.

Mi habitación y su habitación se habían convertido desde hacía mucho tiempo en nuestra habitación, al cerrar la puerta creábamos nuestro propio mundo, vivíamos el amor a nuestra manera. Los besos, caricias y nuestros encuentros cobraron un mayor significado, nos convertimos una en la razón de la otra y aunque era un secreto a voces para muchas personas, en nuestra habitación podíamos ser y sentir en voz alta, ahí dentro no había secretos y el silencio hablaba por sí solo.

La noche de ese fin de semana retomamos el tema que por tantos años se había quedado sin concluir, no estábamos listas para enfrentarnos al mundo,

pero era tiempo de enfrentarnos a nosotras mismas, a lo que estábamos viviendo y a lo que queríamos vivir. Meli seguía renuente al tema, así que yo comencé la conversación, conté a Meli que un chico del salón me había invitado a salir porque le gustaba, para nada le agradó y lo externó muy claramente, le pedí que terminara de escucharme. Continué diciendo que eso me había servido para darme cuenta de que nadie más que ella llenaba mi vida, le dije que nadie me inspiraba lo que ella, que no podía pensar en estar con nadie más que no fuera ella; que aceptaba que no me atraían los chavos y que estaba total y completamente enamorada de ella, que no me importaba si me llamaban lesbiana, lencha, gay, homosexual o cualquier otro calificativo que incluso pudiera sonar despectivo, le dije firmemente que si tenía que aceptarme como era lo iba a hacer, que estaba dispuesta a hablar con mis papás sobre lo que sentía.

Hasta ahí pude hablar, Melissa me interrumpió con un rotundo:

— ¡No! —

Me quedé callada sin saber qué hacer, le acababa de decir que estaba enamorada de ella y que aceptaba que los chicos no me interesaban, que quería defender lo que sentía por ella. Pregunté por qué su respuesta había sido tan tajante y me dijo que sus papás jamás lo permitirían, que no tenía el valor de hablar, que estábamos bien así y que dejara que las cosas sucedieran a su tiempo. No pude dar crédito a lo que escuché, no tenía más qué decir, ya lo había dicho todo. Esa noche se nos terminaron las palabras, los besos, las caricias y en ese momento tuvo lugar nuestra primera discusión, no pude entenderla y tampoco ella a mí, nos dormimos sin decir una palabra más. A la mañana siguiente despertamos igual, sin palabras y sin la intención de acercarnos una a la otra, cada una continuaba defendiendo su postura. Meli se cambió y se fue a su casa, yo me quedé desconcertada, nuestros días perfectos se habían terminado.

Dejamos de vernos la mayor parte de los días de vacaciones, continué yendo a trabajar y llegó mi primera quincena, me pagaban por primera vez y yo quería hacer algo especial con ese dinero. Al salir del trabajo fui corriendo a la plaza comercial, comenzaba el boom de los celulares y pensé que podía comprar un par, uno para Meli y otro para mí, ahora tendríamos otra forma de comunicarnos. A pesar de haberlos comprado, y de que

estaba contenta, también me sentía enojada y no la busqué. Así estuvimos hasta que mi mamá se animó a preguntarme si Meli y yo nos habíamos enojado, notó que ese fin de semana ella se había ido molesta y que los siguientes días dejamos de vernos, ¡Ah! también que desde entonces yo estaba insoportable.

Le conté que nos habíamos enojado porque pensábamos diferente, no profundicé en el tema y me limité a un desacuerdo, mi mamá me hizo entender que todos somos diferentes, y que, si realmente éramos amigas, ambas debíamos aceptarnos tal cual éramos, sin pretender que una cambiara la forma de pensar de la otra. Tenía razón, las dos fuimos egoístas y no supimos escucharnos, acepté que quizá yo había retomado el tema abruptamente y que ambas habíamos asumido una postura muy radical. Como siempre, le di las gracias a mi mamá por la sacudida y le dije que iría a disculparme con Meli, sin llamarla o advertirle que iría, llegué a su casa con el par de celulares en mi bolsa. Abrió la puerta y la abracé, le dije que no quería estar un día más sin verla, que no quería perderla, me disculpé por no haber entendido lo que ella sentía, le agradecí que me escuchara y finalicé diciendo que, aunque yo había logrado entenderme y aceptarme, tenía que dar tiempo a que ella hiciera lo mismo. Meli también se disculpó, me dijo que en aquel momento no supo qué hacer con mis palabras, me pidió que fuera más paciente y me regaló un te amo. Esa frase tan corta que en ocasiones es tan difícil de decir, retumbó en mi corazón y me dio la fuerza necesaria para continuar a su lado a pesar de cualquier cosa, no me había equivocado, teníamos algo único y especial. Le di el celular y juntas investigamos cómo funcionaban.

Los poquísimos días que nos quedaron de vacaciones los aprovechamos por completo, cada minuto y cada segundo, a Meli le gustaba que le contara detalladamente lo que hacía en mi trabajo y se interesaba en saber lo que aprendía cada día. El verme trabajando despertó en ella el interés de hacer lo mismo, decidió que también quería aprender más sobre lo que estudiaba. Me dijo que buscaría la forma de colocarse en alguna escuela y que de ninguna manera se iba a quedar sentada esperando a que un amigo de su papá la ayudara a conseguir ese empleo, siempre fue irónica y cada que podía hacía bromas de lo que nos pasaba. Yo no le dije nada en el momento,

pero se me ocurrió que el dueño del centro de medios podía ser una opción para ayudar a Meli.

Él conocía a muchas personas, así que, sin pensarlo, al día siguiente lo busqué y le pregunté si era posible que ayudáramos a mi mejor amiga a conseguir su primer empleo, me dio pena acercarme a él, sin embargo, sabía que la causa valía el momento bochornoso. Lo pensó unos segundos y me dijo que le agradaba ver que pensaba en los demás, pero también fue claro y me dijo que sería la única vez que haría eso, me pidió esperara fuera de su oficina, tomó su celular y llamó a alguien. Tras algunos minutos de espera, salió y me dio los datos de un preescolar, en el papel estaba el nombre del director y su número de teléfono, dijo que se los diera a mi amiga para que concertara una cita. Agradecí la ayuda y le dije que ninguna de las dos le íbamos a fallar, se sonrió y sacudió un poquito la cabeza al mismo tiempo y volvió a su oficina.

Por la tarde pasé por Melissa y la invité a comer a casa, cuando le di la noticia se puso feliz, estaba impaciente por llamar al director. Le dije que lo mejor era que lo hiciera al día siguiente por la mañana, no quiso esperar y le marcó. Al instante ya tenía fecha y hora para una entrevista, sin haberlo pensado y sin esperarlo, las dos comenzamos a trabajar y a aprender de nuestra profesión.

Las clases en la universidad y nuestros empleos nos mantenían muy ocupadas, tuvimos que aprender a organizarnos y darnos tiempo para todo. A veces terminábamos agotadas y no nos veíamos, eso sí, sosteníamos largas conversaciones telefónicas que complementábamos con mensajes de texto, cd's repletos de canciones y al poco tiempo libre que teníamos para vernos, así que jamás perdimos la costumbre de escribirnos cartas. A pesar del trabajo y la universidad, varias veces buscamos un momento para darnos la sorpresa de ir una a la universidad de la otra para entregarlas. Esas hojas llenas de palabras, emociones y amor, continuaron con el carácter de desechables, las leíamos y atesorábamos su contenido en la memoria y en el corazón. Yo nunca le dije a Meli que había conservado una, la que me escribió después de nuestra noche en su azotea, esa fue demasiado especial y no pude deshacerme de ella.

Se acercaba el cumpleaños de Meli y yo quería sorprenderla, así que me di a la tarea de ahorrar porque estaba decidida a llevarle serenata. Un compañero de la universidad había formado un grupo musical con sus amigos, ellos cantaban en bares, fiestas, eventos y en todas las ocasiones y lugares en los que podían hacerlo. Busqué al chico y le dije que mi mejor amiga cumpliría años y que quería saber si podía contratarlo para llevarle serenata, al instante me respondió que por él no había problema, que lo platicaría con la banda y me daría una respuesta. Me pidió que fuera haciendo una lista con las canciones que más le gustaban a “mi amiga” para irse preparando, así que sin dudarlo comencé a hacerla. Estaba muy emocionada, era la primera vez que iba a llevar serenata y sería para Meli. Por un momento dudé en hacerlo, no era muy común que las amigas se dieran serenatas, al final no me importó, me armé de valor cuando mi compañero me confirmó que irían conmigo.

Cuando el tan ansiado día llegó le dije a mis papás que era el cumpleaños de Meli y que iría con unos amigos a llevarle serenata, mis papás se rieron de mi ocurrencia y les pareció un lindo detalle, lo que no sabían era que mis amigos ni siquiera la conocían, era yo la que por amor estaba montando el numerito. Había quedado de verme con ellos en mi casa, ensayarían ahí un poco y a media noche nos iríamos todos en el auto de mi papá a casa de Melissa. En todo pensé menos en los papás de Melissa, de ellos jamás me acordé hasta que el momento llegó. Todos íbamos vestidos de negro, yo llevaba un ramo enorme de flores en la mano para hacer más bonito el detalle de la serenata, llegamos a casa de Meli, ellos se acomodaron y al ritmo de 1, 2, 3... comenzamos con las mañanitas. Ya había iniciado la canción, cuando recordé un pequeño detalle, la ventana de la habitación de Melissa no daba a la calle, por el contrario, era la de sus papás la que ocupaba gran parte del frente de la casa, así que la primera en salir fue la mamá de Melissa. Al verme ahí parada con flores en la mano y rodeada de artistas no pudo contener la risa y corrió a llamar a Melissa, a los pocos segundos, la vi asomarse por la ventana, sonreía como nunca y sus ojos brillaban de felicidad, sin embargo, la más feliz era yo al verla disfrutando y entonando con nosotros su serenata.

Estuvimos como una hora cantándole canciones, al terminar, su mamá nos invitó a pasar, hizo café y chocolate que bebimos para que se nos quitara el

frío, (Melissa cumple años en diciembre y la noche estaba helada). Cuando ella por fin bajó, todos la abrazamos y la felicitamos, después nos sentamos un momento a platicar. Ya pasaba de la media noche así que lo más prudente era que ya nos retiráramos, nos despedimos de Meli y su mamá, agarré a mis cómplices y nos fuimos de ahí. Llegué a casa y en cuanto entré a mi habitación sonó mi celular, estaba segura de que era un mensaje de Melissa y así fue, el texto decía:

– ¡Estás loca! ¡Te amo! –

Así, con todo y mi locura, yo la amaba, nada me importaba más que hacerla feliz y estar con ella. Las vacaciones decembrinas habían llegado a su fin y debíamos regresar a la universidad y al trabajo. Como en los semestres anteriores, asistimos a la fiesta de bienvenida, nos gustaba bailar y brincar al ritmo de la música, además cada que salíamos, el intercambio de miradas era lindo. Con esas fiestas y las idas al antro con nuestros amigos comenzaron las discusiones, chicas y chicos se nos acercaban para pedirnos que bailáramos con ellos, nos invitaban bebidas y nos pedían el número de teléfono.

A la mitad del semestre, el grupo de Meli había organizado su primer viaje de prácticas. Irían a Ciudad de México a visitar un museo que era reconocido por contar con exposiciones orientadas a los niños, en las que se podía interactuar con el arte, la ciencia y la tecnología. Además, el museo ofrece una gran variedad de actividades lúdicas que favorecen al aprendizaje. A esas alturas ambas conocíamos a nuestros amigos más cercanos y a algunos compañeros, por ello, me invitó a ese viaje de prácticas.

En casa las cosas habían mejorado, mi papá ya estaba totalmente recuperado y me animé a pedir permiso, como ya trabajaba, les dije que yo me haría cargo de mis gastos, que no necesitaba más que el permiso, mis papás accedieron y lo siguiente fue pedir permiso en mi trabajo para faltar ese día. El viaje no fue del todo lindo, cuando llegamos al museo, aún no terminaba el primer recorrido y Melissa se desapareció por buen rato, yo continué el paseo acompañada de sus amigos y del guía que les explicaba el objetivo y función de cada estación de arte, ciencia y tecnología. Cuando por fin apareció, la noté nerviosa y evasiva, le pregunté dónde estaba y me

dijo que había salido al autobús porque algo se le había olvidado. No di importancia a lo sucedido, terminó el recorrido y nos pasaron a una sala de conferencias en donde expusieron sobre el proceso de aprendizaje, salimos del museo y nos llevaron a comer para después regresar a la ciudad. En el autobús Melissa no habló, en todo el viaje no cruzamos una sola palabra.

Yo estaba muy contenta con lo que vivía, aunque era pesado trabajar y estudiar, el trabajo me permitía ayudar a mis papás con mis gastos a la vez que aprendía cosas nuevas. Lo que no me hacía tan feliz era que ya no veía a Meli con la misma frecuencia, aunque nos veíamos sólo los fines de semana, nada había cambiado nada entre nosotras, continuamos compartiendo todo, incluso las actividades propias de una vida universitaria como lo fue el viaje de prácticas. El tercer semestre de universidad no había sido difícil, aunque por las noches me desvelaba estudiando y haciendo los trabajos que nos dejaban en las clases, había aprendido a organizarme y a darme tiempo para todo. Meli y yo continuamos asistiendo juntas a los eventos familiares y escolares, la universidad me encantaba y las cosas en casa mejoraban, mis hermanos también crecían y mi vida me parecía perfecta. Hasta el momento nuestra relación había sobrevivido a un año y medio de universidad y nuestros empleos; fue un periodo lleno de retos, los temores que teníamos antes de iniciar la universidad habían desaparecido, conforme nosotras crecíamos y madurábamos, nuestra historia parecía hacerlo a la par.

En mi universidad era muy común compartir clases con alumnos de otros semestres o de otras carreras, así fue que conocí a Mauricio, mi mejor amigo. Él tenía atrasadas algunas materias así que ese semestre nos tocó tomar juntos la clase de Marketing y desde el principio nos llevamos muy bien. Mauricio era mayor que yo, estudiaba por las mañanas y por la tarde trabajaba como mesero en un bar gay del centro de la ciudad. Él era gay y no tenía pena en decirlo, era muy divertido platicar con él, tenía una forma muy peculiar de ver la vida, él no se complicaba, todo era simple; siempre estaba de buen humor, era bromista y muy inteligente, le faltaban unas cuantas materias para terminar la universidad.

Con él aprendí que yo podía aparentar lo que quisiera, pero siempre habría alguien que con un poco de atención podía descubrir la persona que

realmente era, así sucedió. Con el paso de los días y su forma de ser tan desenfadada, me preguntó si me gustaban las chicas y si tenía novia. Su pregunta me desconcertó bastante, era la primera persona que me preguntaba algo así; evadí la pregunta y él no insistió. Después de unos días volvió a querer curiosear en mi vida y esta vez preguntó si alguna vez había ido a un bar gay, eso sí lo respondí y le dije que no. Creo que él ya sabía que me gustaban las chicas y por eso se había acercado a mí, teníamos algo en común y nos entendimos bien desde un principio, él no tenía prejuicios y tampoco me veía de manera extraña como algunos de mis compañeros lo hacían con él.

En poco tiempo, nos hicimos muy buenos amigos, me encantaba su forma de ver la vida, sin tabúes, sin complejos, sin miedo, llamaba a las cosas por su nombre y hablaba sin titubeos, me gustaba platicar con él y reírme de sus ocurrencias. Él fue muy respetuoso conmigo y cuando se dio cuenta de que me incomodaban ciertas preguntas, no volvió a insistir. Muchas veces tuve la intención de platicarle lo que tenía con Meli, pero aún no olvidaba la promesa que había hecho. Mauricio me insistía mucho en que fuera a visitarlo al bar, que yo sería su invitada de honor y que podía ir con quien quisiera. Tenía curiosidad de conocer el lugar, quería saber cuál era la diferencia entre un bar gay y los antros a los que iba con Meli, entonces me decidí a ir, no quería quedarme con las ganas de experimentarlo, le envié un mensaje de texto a Meli y le dije que no hiciera planes el viernes por la noche, nos iríamos de tour por el centro de la ciudad y por la noche a visitar a Mauricio al bar. A Meli no le agradó mucho el plan, no me dijo por qué, pero dejó claro que no le convencía mucho la idea de ir al bar. Yo insistí y le expliqué que todo estaría bien, que Mauricio era buena persona y que cuidaría de nosotras, también quería que ellos se conocieran, pensé que Meli podía relajarse un poco respecto al tema de la homosexualidad si platicaba con él.

Llegamos al bar y Mauricio nos esperaba en la puerta de entrada, lo saludé y muy emocionada le presenté a Melissa, no aclaré si era mi amiga, compañera, pareja u otra cosa, me limité a decir:

– Melissa él es Mauricio. –

Se saludaron y entramos al lugar. Él nos había reservado lugar en la barra, a un costado de la pista de baile. Nos sentamos y nos ofreció un par de bebidas y un plato de botana, yo observé todo el lugar, desde las luces hasta todas y cada una de las personas que ahí estaban, pude ver que algunos platicaban, otros bailaban y otros... se daban besos y caricias, era la primera vez que veía a dos chicos y a dos chicas besarse en público. Meli estaba callada, como asustada, la tomé de la mano y le pregunté si quería bailar; ella retiró su mano de la mía y me dijo que no. Su reacción me había dejado claro que estaba incómoda, le pregunté si quería que nos fuéramos de ahí y respondió que no, que estaba bien. Le dije que no se asustara, que ahí nadie nos conocía a excepción de Mauricio. A ella le preocupaba encontrarse una cara conocida que pudiera esparcir algún rumor y peor, que llegara a sus papás.

Pasamos la noche platicando y moviendo el trasero en la silla, yo quería bailar, Meli no cedía. Mauricio, constantemente se acercó a nosotras para ver si necesitábamos algo y en una de sus vueltas nos tomó la mano a las dos y nos paró a bailar junto a él. Afortunadamente Meli se dejó llevar por el momento y cuando Mauricio vio que se había relajado, nos dejó bailando solas para continuar con su trabajo, nos quedamos en la pista un buen rato. Mientras bailábamos me moría de ganas de besarla, era nuestra primera vez en un antro gay y como veía que las chicas y los chicos lo hacían sin pena, pensé que nada pasaría si yo lo hacía. Respiré y seguí bailando la canción que nos gustaba, la abracé y le planté un beso que Meli respondió, estábamos besándonos en público sin tener que buscar un rincón invisible, en ese lugar todos éramos visibles, iguales, eso me gustó. Meli estaba disfrutando el momento y por primera vez siendo ella misma sin ninguna inhibición. Con el beso y con Melissa a mi lado, me olvidé de Mauricio, me olvidé del mundo entero.

Había llegado la hora de marcharnos, ya no éramos unas niñas y teníamos trabajo, pero aún vivíamos bajo las reglas de nuestros papás, para evitar cualquier regaño, buscamos a Mauricio para despedirnos y agradecer la invitación, le dije que nos la habíamos pasado muy bien y que seguramente volveríamos a visitar el bar, le di un beso y nos acompañó a tomar un taxi para volver a casa. Cuando Meli y yo salíamos por la noche, nos quedábamos juntas en su casa o en la mía, esa noche había tocado la casa de

Melissa. Llegamos a su habitación y como entre Meli y yo nada se daba por sentado, platicamos sobre lo ocurrido, las dos estábamos bien y había sido una noche linda y divertida. Después de tanto baile y emociones, caímos rendidas hasta el día siguiente.

A pesar de que salíamos cuando la escuela y el trabajo nos lo permitía, ambas comenzamos a compartir más cosas con nuestros amigos y compañeros de la universidad, Meli se iba a comer con ellos saliendo de la escuela y yo a cenar al terminar las clases. El trabajo y algunas actividades de la universidad nos demandaban cada vez más atención, nuestros tiempos fueron compaginando menos, hasta que ya no coincidieron. Fueron varias noches y fines de semana en los que no nos vimos. El cuarto semestre no había comenzado muy bien y tampoco estaba siendo sencillo, las dos nos habíamos distanciado un poco y ya no fue tan divertido trabajar y estudiar al mismo tiempo. Muchas veces pensé en dejar el trabajo, quería tener más tiempo para descansar y para ver a Meli, pero mis papás me alentaban a continuar y me decían que eso me haría crecer aún más, también me daban la opción de seguir solo con la escuela, pero al final, a mí me gustaba lo que hacía además de que obtenía dinero extra.

Durante esos días, Mauricio se había dado cuenta de que yo estaba desconcertada, también había visto el beso con Meli la noche que nos invitó al bar. Nunca dijo nada, solo se acercaba a recordarme que siempre podía confiar en él y me recordaba que tarde o temprano se obtiene una recompensa por el sacrificio. Él se había convertido en mi compañía, no sé cómo pero siempre sabía exactamente lo que sentía y tenía las palabras perfectas para hacerme sentir bien, con él podía platicar de todo y él también me contaba sobre su vida, su novio, su familia y su trabajo. Un día, al terminar las clases, me estaba esperando en el pasillo, era su día de descanso. Me propuso cambiar la cara de tristeza y para ello se le ocurrió que buscáramos a Meli para invitarla a tomar un café en la plaza. Nos fuimos en su auto y cuando llegamos a su casa, su mamá me dijo que no estaba, había salido con sus amigos; yo no sabía si esa había sido la primera vez que ocurría, pero teníamos el pacto de enviarnos un mensaje cuando salíamos con alguien más. Ese día no había sido así, yo me sentía fatal, me pregunté en dónde y con quién estaba, habían pasado días sin saber de ella.

Ya no hubo café, nos fuimos a mi casa, se estacionó en la puerta y encendió la radio, nos quedamos un momento escuchando música. Sé que él se quedó conmigo con la intención de acompañarme en ese momento, sabía que algo estaba sucediendo. Después de varias canciones, Mauricio se hartó de mi silencio y me preguntó si quería hablar al respecto, aún no terminaba la pregunta y yo ya tenía lágrimas en los ojos, era la primera vez que Melissa no había compartido conmigo sus planes, o era la primera vez que yo me daba cuenta.

Creo que ese no era el momento de hablar, yo estaba enojada y a punto de romper la promesa que había hecho. Melissa había roto nuestro acuerdo y yo no sabía nada de ella. Mauricio secó mis lágrimas y me dijo que le contara lo que estaba pasando, quería que le dijera lo que me tenía así, aunque él ya lo suponía:

– Se trata de Melissa, ¿verdad? –

Dijo en voz baja.

Le conté nuestra historia. Mauricio me escuchó atento y sin preguntar más sobre lo que escuchaba, dijo que desde el primer día en que me vio supo que el brillo de mis ojos era por una chica y, que cuando llegué al bar con Melissa, había podido suponer que ella era mi chica y que su sospecha la confirmó en el momento en el que vio que la besé:

– Se te nota el amor –

Concluyó.

Antes de bajar del auto para entrar a casa, me dijo que me tranquilizara, le pregunté qué debía hacer y me respondió que no hiciera nada, que le diera tiempo y espacio, me advirtió que, si la presionaba, la iba a perder. La palabra perder me asustó, no podía pensar en perderla, lo abracé y salí del auto, tenía que entrar a casa. Lo hice en silencio y de puntillas, no quería hacer ruido y que me preguntaran por qué tenía los ojos como sapo, no podía dar más explicaciones, no quería. Aunque esa noche me sentí muy mal, una parte de mí recobró la paz al haberlo platicado con Mauricio.

Había encontrado a alguien que me entendía, fue como si Mauricio me hubiera arrebatado el costal de gran peso que llevaba encima.

Traté de seguir el consejo de Mauricio y me entregué por completo a la escuela, al trabajo y a mi familia, a Melissa, la tenía olvidada. No niego que muchas veces lloré y me enojé con el mundo entero, en él iba incluida ella. Algunas veces la llamé y no contestó, no fui insistente, otras, le enviaba mensajes de texto y ella respondía que estaba ocupada, dejaba pasar unos días más y repetía la historia sin tener más noticias de ella. Pasó un mes para que ella me buscara, sus amigos harían una comida el fin de semana y así, sin decir más, me invitó. Era mi oportunidad para verla y saber de ella, no me agradaba la idea de tener que estar ahí, pero si quería verla era la única manera. Con lo desesperada que soy, y como siempre me pasa, me pareció que la semana transcurría lento, quería que ya fuera fin de semana para encontrarme con Meli.

El día de la comida me arreglé más que nunca, quería que ella me viera bien, quería impresionarla. Pasó por mí y la primera sorpresa fue verla llegar a mi casa en el auto de sus papás, salí y me subí al auto, me saludó de beso en la mejilla como si nada hubiera pasado. Me preguntó:

— ¿Cómo estás? —

Yo hice la misma pregunta.

En el trayecto platicamos sobre la escuela y el trabajo, ninguna dijo nada más.

Al llegar a la casa de su amigo pude ver que estaban todos en el jardín, era una casa muy grande, todo estaba listo para una carne asada. Había cerveza, botana y refrescos en las mesas, algo me decía que se veía venir un fiestón incluida la borrachera. Así fue, comenzamos comiendo carne y platicando de cosas triviales, no había un tema central en la conversación, hasta que escuché que Melissa había dejado el trabajo. En ese momento toda mi atención se centró en ella, quería observarla para averiguar lo que pasaba, estaba actuando diferente con sus amigos, no era la misma Melissa que yo conocía. No me equivoqué al pensar que aquella vez que fui a su casa y no estaba, no había sido la primera vez que salía. Ellos estaban haciendo un

recuento de sus salidas al antro, al cine y a comer. Todas coincidían con los días en que no supe de ella. Al escucharlos, sentí el estómago revuelto, no me estaba gustando lo que decían. Por más que buscaba la mirada de Melissa, no lograba encontrarla, ella me evadía.

Comenzó a atardecer, encendieron las series de luces del jardín, conectaron una bocina y pusieron música. Algunos se pararon a bailar mientras yo trataba de digerir la carne y todo lo que había escuchado. Me quería ir de ahí, busqué a Melissa y ella estaba bailando con Iván, no supe qué hacer, me sentía ajena a las personas y al lugar, me levanté y busqué una cerveza, regresé a mi lugar y la bebí mientras la veía bailar. Sentía rabia al verla tan cerca de él, quería huir de ahí, salir corriendo hacia mi casa, pero no podía dejar a Melissa, así que pasé mi coraje con tragos de cerveza y permanecí en el lugar.

Se me acercó un compañero de Melissa para invitarme a bailar, me dijo su nombre (que por cierto olvidé) y estiró la mano, dejé la cerveza a un costado de mi silla y acepté la invitación. En ese momento quería que Melissa sintiera lo mismo que yo: celos. Estuve bailando y platicando con él un momento, de pronto se acercó Melissa y me dijo que nos teníamos que ir, la noté extraña, se había tomado unas cervezas de más, le quité las llaves del auto y la llevé a mi casa. Afortunadamente mis papás y mis hermanos no estaban, la subí a mi habitación, tomé su teléfono y le envié un mensaje a su mamá haciéndome pasar por ella:

– Estoy en casa de Ana, llego más tarde –

Esperé a que se la bajara la borrachera y le di un par de analgésicos. Mientras la veía recostada en mi cama, me preguntaba mil cosas, no conocía a la Melissa que estaba frente a mí. Después de una hora la desperté y me cercioré de que estaba bien, le dije que tenía que irse a casa y sin decir nada se fue. Cuando llegó a su casa, me envió un mensaje dándome las gracias por no haberla dejado ir en mal estado, yo estaba enojada y muy decepcionada de lo que había presenciado, no respondí. Me sentía mal porque quizá ella estaba aprovechando el tiempo y el espacio que a mí me dolía hasta el alma, era la primera vez que no me había encontrado su mirada, la vi bailar feliz con un chico y se le subieron las cervezas. Ese día me sentí fuera de su vida.

Los días pasaron y de nuevo ella no dio señales de vida, yo no sabía si quería buscarla. Mauricio me decía que me olvidara de ella por un tiempo, que saliera, que conociera más chicas, llegó a decirme que incluso podía ser bueno que conociera chicos. Yo me negaba a todo, no podía sacarla de mi vida, no quería. Le escribí un montón de cartas, y le grabé varios cd's con nuestras canciones, se los llevaba a su escuela y otras veces a su casa, tampoco por ese medio obtuve respuesta, varias ocasiones ni siquiera la encontré, no sabía qué más podía hacer y la espera me estaba matando. El fin de semana fui a buscarla, cuando llegué a su casa, justo iba saliendo en el auto de sus papás, le pregunté a dónde iba y respondió que tenía que ir a casa de Iván a hacer un trabajo. Le dije que la extrañaba, me abrió la puerta del auto y dijo:

– ¡Entonces acompáñame! –

No dudé y me subí, otra vez me había equivocado. En casa de Iván volví a ver y a sentir cosas que no me gustaron, mientras hacían su dichoso trabajo se reían y se picaban uno al otro las costillas, esa historia ya la había vivido. Me di cuenta de que mi presencia estaba de más, era como si no existiera, me levanté y me despedí de los dos diciendo que tenía cosas que hacer, a Meli no le importó. Me fui directa al bar, quería platicar con Mauricio, era la única persona que sabía lo que sentía y seguro él podía decirme qué hacer. Le conté lo que había sucedido y me dijo que me olvidara de ella, que Meli seguramente era buga, yo no entendí lo que me decía, supongo que mi cara me delató y Mauricio exclamó:

– Heterosexual –

Después agregó en tono de burla:

– ¡A Melissa no le gustan las niñas! –

Al ver mi cara soltó una carcajada y me dijo que era una ilusa, ese día tuve mi primera clase de orientación sexual incluidos los términos y palabras comunes de la comunidad LGTB, me moría de pena, me sentí ignorante. Después de nuestra plática, pensé que Mauricio tenía razón. Recordé las conversaciones con Melissa y sus constantes evasivas cuando tocaba el tema. Ante eso nada podía hacer, si no se puede cambiar la forma de ser de

una persona mucho menos su preferencia sexual. Además, tenía demasiada información en la cabeza y lo que menos quería en ese momento era descubrir la orientación sexual de Melissa.

Dejé de llamarla, si lo que Mauricio me había dicho era cierto, Melissa tampoco la estaría pasando bien, quizá tenía más dudas que yo, por primera vez no tenía nada más que decir. Ya le había dicho todo, excepto que me dolía en el alma su ausencia y que me sentía perdida sin ella. Continué con mi vida, en casa me preguntaban por Melissa y yo me limitaba a responder que estaba ocupada con cosas de la universidad, evitaba a toda costa las cosas que me hacían recordarla, pero era en vano, la tenía metida en la cabeza y en el corazón, el amor que sentía por ella calaba en lo más profundo de mi ser, no sabía cómo lidiar con eso.

Después de 2 meses sin vernos, un día apareció en la universidad, cuando llegué me estaba esperando. Nos saludamos y cruzamos un par de palabras, me entregó una carta y se fue. Con la carta en mis manos, tuve la esperanza de que también me extrañaba, rápidamente la abrí para leerla, desde las primeras líneas mi corazón ya estaba roto. En la carta me decía que lo que habíamos vivido había sido maravilloso, pero que ella quería vivir y experimentar otras cosas, me escribió que había comenzado a salir con alguien más, que no deseaba lastimarme y que lo único que podía ofrecerme en ese momento y para siempre era su amistad. Era todo lo que decía la carta, la destrocé y la aventé en el primer bote de basura que se cruzó en mi camino, no alcancé a llegar al salón y me fui de ahí. En un segundo se derrumbaron mis sueños, la persona con la que había planeado mi vida se había ido. En ese momento me di cuenta de que ya no pensaba como una adolescente de preparatoria que se conformaba con su amistad, a estas alturas, el amor que le tenía no podía dárselo como amiga, no sabía cómo hacerlo. Durante más de 4 años había aprendido a quererla de otra manera y no sabía cómo alejarme de ella.

Durante los meses que le quedaban al semestre evité frecuentar ciertos lugares para no encontrarme con ella, eso fue imposible, coincidimos varias veces en la plaza comercial. Esos esporádicos encuentros fueron mi perdición, si ella iba en auto, se ofrecía a llevarme a casa o me invitaba a pasar un rato en la suya. Siempre, cada vez que la veía, mi fuerza de

voluntad se desmoronaba hasta volverse inexistente. Caía redondita en esos aventones fortuitos en los que nos estacionábamos en algún rincón solitario para repartirnos besos, que, en muchas ocasiones, nos llevaron a terminar en su habitación. Nada me dolió más que caer en esos encuentros, cada que ocurrían, terminaba sintiéndome peor, sus besos me decían que había vuelto a mí, pero la realidad era que Melissa desaparecía de nuevo a los pocos días.

A pesar de que sabía que estaba con alguien más, mantenía la esperanza de que aún quedaba algo de nosotras en ella. Pasaban días sin verla, que después se convirtieron en semanas sin saber de ella, nuestros encuentros también se fueron a menos hasta que desaparecieron por completo, yo entendía cada vez menos lo que ella quería. Lo único que tenía claro, era que necesitaba alejarme, no verla, no escucharla, tenerla cerca me hacía caer una y otra vez en un pozo sin fin, así que decidí poner distancia entre nosotras por un tiempo. Mauricio estaba bastante enojado conmigo, me decía que todo iría de mal en peor si yo continuaba jugando con fuego, no hice caso y así fue. Supe que ella salía con un compañero de la universidad, eso acrecentó el dolor que sentía, tenía que convencerme de que lo nuestro se había terminado. Había demasiado de Melissa en mí y me era imposible olvidarla.

En mi intento por sacarla de mi corazón, acepté salir con un amigo que teníamos en común: Alex. Eso fue lo peor que pude haber hecho, en primer lugar, porque los chicos no eran para mí y en segundo, porque le rompí el corazón a alguien que me quiso de la manera más honesta y leal, Alex es el ser humano más maravilloso del mundo. Comenzamos a salir, él era muy atento, tierno y respetuoso conmigo, tenía unos detalles increíbles que me hacían sentir especial. Nada disfrutaba más que su compañía y nuestras interminables conversaciones sobre cualquier tema. Con él pasaban las horas con sus minutos y siempre teníamos algo diferente qué hacer, desde ir al cine, al antro o a cenar, hasta pasar todo el fin de semana inmersos en música, juegos de mesa y carreteras que conducían a lindos pueblitos. Al principio me sentí capaz de quererlo como él esperaba, incluso, lo llevé a casa y lo presenté como mi novio. Conforme la relación avanzó, me fue resultando más difícil mantener mi pensamiento alejado de ella, seguía enamorada y la amaba más que a nada. Durante los pocos meses que estuve

con Alex, llegué a quererlo con todo mi corazón, pero nunca como él lo merecía y lo necesitaba.

Me encantaba abrazarlo y tenerlo cerca, pero nuestros besos y el poco contacto físico que se daba entre nosotros carecía de química, siempre supe que nada sucedería entre nosotros. Yo veía en él a mi mejor amigo y él encontró en mí a la mujer de su vida. Antes de cometer un error más grande terminé con la relación, no podía quedarme a su lado sabiendo que tarde o temprano me iba a marchar, Alex no lo merecía. Tampoco le dije la verdadera razón por la cual no podía seguir con él, eso iba a terminar de destruirlo. Sé que siempre voy a lamentar que no esté presente en mi vida, él es de esas personas que valen oro y que son difíciles de encontrar, aunque él no lo sepa, lo llevaré siempre en un lugar muy especial de mi corazón.

Tras tantos errores y decisiones equivocadas, estaba por terminar la universidad. Melissa y yo continuamos sin tener contacto alguno, si nos encontrábamos en algún lugar nos limitábamos a saludarnos. Un par de meses antes de graduarnos la vi acompañada de Rodrigo, esta vez coincidimos en un bar. Yo iba con Mauricio y al vernos, nos saludaron y nos invitaron a tomar una cerveza, Mauricio respondió que sí y nos sentamos con ellos. Después de todo lo que había vivido, estaba aprendiendo a controlar lo que sentía, aunque aún me dolía verla con otra persona, ya no externaba sentimiento alguno. Reconozco que en ese momento hubiera dado todo por poder decirle que mi amor por ella estaba intacto, afortunadamente, Mauricio siempre estaba atento a que yo no hiciera más tonterías y evitó que pudiera meter la pata otra vez. Él desde un principio estaba convencido de que Melissa no era para mí, yo me convencí esa noche al verla con Rodrigo, sus ojos brillaban con él de la misma forma que una vez brillaron conmigo; el amor entre nosotras se había marchado, incluso pensé que no había existido, que Melissa sólo había confundido sus sentimientos hacia mí. Ese pensamiento me torturó durante muchos años, era lo que más me dolía, no saber si Melissa alguna vez había sentido algo por mí y si lo único que le había faltado era valor para aceptarse.

Terminamos la universidad y ninguna estuvo presente en la graduación de la otra, la distancia entre nosotras se fue haciendo cada vez más grande, hasta que las llamadas y los mensajes cesaron. Esta vez fueron muchos

meses sin saber de ella, sin compartir las fechas importantes, como nuestros cumpleaños. Lo único que sabía de ella era que continuaba al lado de Rodrigo y yo permanecía sola, con su recuerdo.

Poco a poco fui creciendo en la central de medios, mi trabajo me gustaba mucho y más cuando tuve la oportunidad de ser locutora. Los meses pasaban en mi calendario y Meli no dejaba de doler, había días en los que su recuerdo estaba demasiado presente y mi mundo se derrumbaba. Yo sola me saboteaba, me pregunté un sinnúmero de veces por qué todo había terminado así, también me cuestioné si yo había hecho algo mal, lo que más me mataba era la duda, no sabía si yo había significado algo para ella o sólo había sido un evento desafortunado en su vida, un experimento de adolescencia.

A un año de haber egresado, Meli se apareció de nuevo, fue a buscarme a la radiodifusora. Al verla, mi estómago se encogió como cada una de las veces que la tuve cerca, con la diferencia de que esta vez ya no tenía ninguna expectativa. Me acerqué a saludarla, ella me abrazó y rompió en llanto, me preguntó si tenía tiempo para platicar y le dije que sí, la conduje hasta mi oficina, cerré la puerta y nos sentamos. Yo no estaba lista para lo que iba a escuchar, Melissa estaba embarazada. Deduje que el papá de ese bebé era Rodrigo, y estuve en lo correcto. Melissa me contó su vida desde el instante en el que dejamos de vernos hasta ese día, la relación con Rodrigo iba en serio y ahora estaba embarazada. Tenía miedo de enfrentar a sus papás y eso la había llevado a mí, ella pensaba que tal vez no iban a tomar de la mejor manera que a sus 23 años estuviera a punto de formar una familia.

Calmé a Meli, le dije que todo estaría bien y que yo la apoyaría en todo lo que pudiera, pero también le dije que, para hacerlo necesitaba que ella tuviera claro lo que quería. Cuando terminó de contarme lo que la aquejaba, le pregunté qué era lo que ella quería, le pedí que dejara de lado los deseos y las expectativas de sus papás y aún las de Rodrigo, le dije que quería escuchar las suyas. Melissa estaba contenta por su bebé y quería formar una familia. La abracé y le dije que no tenía nada de qué preocuparse, que las cosas saldrían justo como ella esperaba. Cuando se fue, volví a lo que tenía que hacer en mi trabajo, pero estaba desconcertada, ya no se trataba de

Melissa y de mí, se trataba de la vida que ella tenía entre sus manos y en la barriga.

Por la noche, sonó el teléfono en casa, era Melissa, ella y Rodrigo habían platicado con sus papás, ambos estaban dispuestos a casarse. Después de escucharla, por fin entendí que la había perdido para siempre, ya no me quedaba esperanza alguna de volver con ella, ahora sí, nuestros caminos iban en sentidos opuestos. El embarazo de Melissa momentáneamente nos acercó un poco, independientemente de lo que había pasado entre nosotras, nos teníamos un cariño muy especial, ¿cómo no estar con ella en esos momentos? Comenzamos a vernos más seguido y platicamos casi todos los días; en una ocasión me dijo que me extrañaba y que, aunque se sentía bien respecto a ser mamá, la había dejado muy acostumbrada a mis detalles, que nadie había sido con ella como yo. No supe qué decir, en ese momento pensé que esas palabras estaban de más y las había dicho demasiado tarde. Yo aún no la olvidaba y la seguía queriendo con toda la fuerza de mi corazón, pero no iba a agobiarme otra vez con lo mismo, además, estaba fuera de mi alcance.

Verla seguía doliendo en el alma, el amor no se acaba de la noche a la mañana y en mi vida parecía ser siempre de noche. Melissa comenzó con los preparativos de la boda, ella y Rodrigo llevaron la invitación al trabajo; cuando la recibí, quise destruirla y al mismo tiempo borrar tantos y tantos recuerdos que a pesar de todo seguían vivos y presentes. Yo había memorizado todo de Melissa, su cuerpo, sus formas, su olor, sus gestos, sabía que le gustaba y que no le gustaba, ella estaba tatuada en todo mi ser.

Yo no quería ir a su boda, no dejaba de pensar en el momento en el que ella uniría su vida a la de Rodrigo, mientras veía la invitación, me preguntaba:

— ¿En dónde carajo quedaron nuestros planes y nuestros sueños? —

Por mi cabeza pasaban muchas cosas, quise irme, desaparecer y borrarla de mi mente y de mi vida, pero por el contrario todo me recordaba nuestra historia, estaba vivo su recuerdo. La había perdido y nada podía hacer, unos días antes de la boda tuve la intención de proponerle que se quedara a mi lado, que su bebé tendría dos mamás, pero Mauricio siempre estuvo ahí para evitar que hiciera una tontería.

El día de la boda fue un día caótico, mis papás estaban listos para ir a la iglesia en donde se celebraría la ceremonia religiosa, yo... seguía ensimismada en mi recámara sin saber qué ponerme. La noche anterior no dormí pensando en ella, llorando y enojándome con el mundo y con la vida porque había perdido a la mujer de la que aún estaba profundamente enamorada. Estuve tan agobiada que ni siquiera recordé que debía comprar un vestido, no tenía ni un solo atuendo decente para la ocasión. Decidí que no iría y les dije a mis papás que fueran ellos que yo me quedaría en casa, sin dudarlos, ambos me dieron un sermón de misa de domingo respecto al respeto y la amistad; me dijeron que no podía ser posible que la mejor amiga de Melissa no asistiera a su boda, que ellos apreciaban a sus papás y que no podíamos hacer eso, no era correcto, de ninguna manera. En ese momento hubiera querido poder explotar y decirles que se casaba el amor de mi vida y que tenía el corazón destrozado, pero no podía, así que después de escucharlos les dije que a la misa no asistiría y que trataría de conseguir un vestido.

Llamé a una amiga de la universidad y le dije que estaba a dos horas de una boda, que si podía prestarme un vestido apropiado para asistir. Mi amiga muy linda me preparó varias opciones y yo me fui volando a su casa en el auto de mis papás, seleccioné el vestido que creí el mejor para la ocasión y regresé a casa para cambiarme e irme a la recepción. Ahí tampoco quería estar, la razón: antes de la fiesta, se llevaría a cabo la boda por el civil así que mis papás estaban preocupados por llegar a tiempo. Antes de salir, llamé a Mauricio para recordarle que prometió estar ahí conmigo, después, me hice un lavado de cerebro, necesitaba engañar a mi mente y a mi corazón, decirles que los tres estaríamos bien. Nos fuimos a la recepción y llegamos justo a tiempo para la ceremonia civil; cada palabra que pronunciaba el juez era un alfiler que se clavaba en mi corazón, no resistía verla ahí, junto a Rodrigo; sentía como si mi vida estuviese siendo sostenida de un delgado hilo que se rompería cuando ellos firmaran el acta, mis ojos se llenaban de lágrimas y mi corazón se partía en millones de pedazos mientras veía como Melissa se casaba con Rodrigo.

El resto de la noche fue un martirio, primero, verlos bailar su canción, después pasaron a las mesas para brindar por su felicidad, todo eso iba debilitando ese hilo que sostenía mi corazón, el cual terminó rompiéndose

cuando llegaron a nuestra mesa y Melissa y Rodrigo me pidieron que nos tomáramos una foto, yo no podía ni siquiera sostenerme en pie, tenía auestas mi mundo derrumbado y el corazón en mil pedazos, debajo de mi vestido, a la altura del pecho, se ocultaba un mar de lágrimas que en cualquier momento podría inundar el lugar. La miré y en ese momento deseé jamás haberla conocido, tomé lo poco que me quedaba de dignidad y me paré ahí, justo en medio de los dos. No supe de dónde saqué la fuerza para hacerlo, al posar para la foto abracé a Meli por la cintura y fue una pésima idea, tocarla multiplicó el dolor que sentía en todo mi ser. Justo después del flashazo tuve que dejarla ir, ellos avanzaron hacia la siguiente mesa y yo me quedé con un montón de sueños, con la vida y el corazón hechos pedazos. Durante el resto de la fiesta, Mauricio estuvo siempre ahí, ayudándome a juntar lo poco que había quedado de mí.

Después de la boda no volví a buscarla hasta que nació su bebé. Compré varias cosas para bebé recién nacido, las puse dentro de una canasta con un montón de rosas blancas y le escribí una última carta deseándole lo mejor. Con eso cerraría nuestra historia, esa sería la última vez que la vería. Lo necesitaba así, no había forma de olvidarla y arrancarla de mi vida y de mi corazón, ella vio nacer una vida y yo no quería ver el final de la mía, la amaba demasiado.

Conforme pasó el tiempo, yo me distancié cada vez más, ella me buscó en varias ocasiones para invitarme al bautizo de la bebé, después a sus cumpleaños y hasta a la primera comunión, a ninguno asistí. Mi ausencia molestó en demasía a Melissa y dejó de buscarme, más de una vez me reclamó la poca o nula intención que mostré para verla y celebrar. Meli nunca pudo entender que yo estaba destrozada, y que alejarme, era la única manera de cerrar ese capítulo de mi vida que ella misma había tatuado a besos en mí. De cualquier manera y aunque me pareciera imposible, tenía que dar vuelta a la última página que escribimos. En nuestra historia quedaron varios espacios vacíos en los que a Melissa le faltó escribir qué era lo que en realidad quería, ahí están y sé que así permanecerán por siempre, en blanco.

Sin rumbo

El tiempo no se detiene, transcurre silencioso sin esperar a nadie, curiosamente, todos en algún momento esperan por él, desean detenerlo, pero no, el tiempo continúa, pasa inadvertido arrebatando de nuestras manos cada minuto con sus segundos y, encima de todo, nos deja cicatrices sin que podamos impedirlo. Se nos escapa cada vez que decidimos dar tiempo al tiempo, lo he aprendido durante estos años en los que he vivido evitando a toda costa mirar atrás, consciente de mi herida y luchando por convertirla de una vez por todas en una desafortunada cicatriz.

A pesar de que habían pasado más de diez años desde mi primer beso con Melissa, mi corazón aún latía por ella como si hubiera probado sus labios ayer. La encontraba en todas partes, se aparecía en mis sueños, se hacía presente en canciones; la nostalgia me invadía durante la lluvia y pasaba noches en vela pensando en ella, todo me hacía caer en lo más profundo de mis recuerdos. Durante varios años me volví una mujer solitaria, necesitaba mucho espacio y ya no tenía tiempo, por ello, decidí que podía ser bueno para mí mudarme de casa, quería estar sola, lo necesitaba. Mis papás se sorprendieron un poco con mi decisión, pero la apoyaron, yo quería experimentar y cambiar mi vida, era un intento más para olvidarla. Mi era una total ironía, por un lado, quería estar sola y al mismo tiempo, me sentía más sola que nunca. Mauricio, mi mejor amigo y confidente, se había marchado; un par de meses después de la boda de Melissa, tuvo que partir de manera inesperada a Monterrey, su mamá enfermó y estaba grave, nunca supe más de él.

Cuando iba a comer con mi familia a casa de mis papás, todos preguntaban por Melissa, cuestionaban por qué había desaparecido de mi vida tan abruptamente, yo siempre respondía que con su nueva vida tenía poco tiempo y habíamos perdido contacto. No me atrevía a contarles nuestra historia, no podía decirles que me había enamorado profundamente de una mujer, de mi mejor amiga y que ella me había roto el corazón cuando se casó.

Además de que Melissa aún dolía, mi temor a aceptar que era homosexual, crecía con los comentarios y las preguntas que continuaba haciendo la familia entera, sumado a que algunas personas a mi alrededor tenían ciertos prejuicios hacia los homosexuales; muchos me preguntaban por qué no

tenía novio y cuándo me iba a casar, sobre todo, cuando en la familia se aproximaba una boda. Yo trataba de no dar importancia a los comentarios y cuestionamientos, siempre respondía que por el momento estaba bien sola. Hugo, por ejemplo, estaba feliz y estable con su novia. Mar por su parte estaba por cumplir un año de casada y en la última comida familiar nos dio la sorpresa de que estaba embarazada. Todo eso me volvía el centro de atención, nadie decía nada abiertamente, pero los comentarios siempre giraban en torno a que ¿Cómo era posible que yo siendo la mayor no tenía ni siquiera novio?

En mi trabajo y en las salidas con mis amigos conocí a muchos chavos que me pretendieron e intentaron salir conmigo, acepté un par de veces, obvio, eso tampoco funcionó. Aunque sabía que me gustaban las mujeres, aún había una pequeña parte de mí que buscaba comprobar si en realidad me gustaban o solo me había enamorado de una persona, de Melissa. Quizá ese empeño en salir con chicos lo provocaba el conjunto de comentarios y conjeturas que habían alrededor de mí, todos mis intentos de salir con un chico fueron fallidos, no me sentía bien con ellos, sobre todo cuando sabía que buscaban algo más que amistad.

En mi último intento heterosexual con Alex, me quedó claro que por nada del mundo podía intentar vivir una vida que no iba a poder sostener, sobre todo, sin que alguien saliera lastimado, no había duda, era homosexual pero no sabía cómo asumirlo, como vivir con eso ni mucho menos cómo enfrentarme a los prejuicios de mis diferentes entornos, en especial, no tenía idea de cómo pararme tal y como era frente a las personas que más quería y que tenía miedo de perder.

Después de todo lo que había pasado decidí que lo mejor era estar sola, no iba a involucrar el corazón con nadie más por el momento, me dediqué a trabajar y a salir con mis amigos y compañeros del trabajo, creo que nunca salí tanto de fiesta como en esos años. También comencé a viajar, cada que podía me iba sola a conocer algún lugar u otra ciudad, me gustaba caminar y conocer lo más que podía, a veces un lugar me ponía melancólica, y me preguntaba cómo hubiera sido ese viaje al lado de Melissa, siempre pensé que me había hecho falta vivir un millón de cosas a su lado, juntas, tal como lo habíamos planeado.

Mis amigos fueron un factor importante para que yo me sintiera mejor y siempre intentara hacer cosas nuevas. Algunas veces, en las que salí con ellos y fuimos a algún antro o a un bar, llegaron a acercarse a mí chavas para invitarme a bailar o para tomar una cerveza conmigo, recuerdo que eso me molestaba, me hacía sentir pena con mis amigos, ellos siempre hacían bromas y decían que tenía pegue con las mujeres. Yo evitaba a toda costa que alguno pudiera darse cuenta de la razón por la cual se me acercaban, creo que a esas mujeres que se me aproximaban les funcionaba a la perfección su gaydar (radar gay), todas o más de alguna, sabía que yo también lo era. En otras ocasiones llegaron flores misteriosas y bebidas de cortesía a nuestra mesa, llegué incluso a recibir servilletas con números telefónicos a los que nunca llamé.

En esa etapa de mi vida tuve pocos amigos, pero muy cercanos. De todos ellos, una muy especial: María. Ella fue la única persona con la que pude compartir casi todo. La conocí en una plaza cercana a mi trabajo, ella era la dueña del restaurante en el que aterrizaba cuando no podía ir a comer a casa. Desde que nos conocimos, ambas nos caímos bien, poco a poco fuimos acercándonos y nos volvimos amigas. Teníamos muchas cosas y gustos en común, eso fue facilitando que compartiéramos tiempo y momentos. Nos veíamos muy a menudo por no decir que casi todos los días. Ella era un poco mayor que yo y tenía tres hijos pequeños que eran lindos, tiernos y divertidos, además de un esposo con el que me llevaba de maravilla. El tiempo y la convivencia nos llevó a construir una amistad que yo nunca había experimentado, una verdadera, en la que había confianza y complicidad, compartimos confidencias, momentos felices, tristes, dolorosos, alegres y siempre nos apoyamos en todo una a la otra.

Muchas veces ella bromeó conmigo diciendo que necesitaba tener novio, que no podía pasarme la vida metida con ella y su familia, que tenía que casarme y tener hijos, decía que cuando eso sucediera serían como sus sobrinos. Yo me reía y le decía que exageraba, que estaba bien sola. María se había dado a la tarea de conocerme a la perfección, siempre me decía que había algo en mi mirada que me hacía ver triste a pesar de mi sonrisa; yo no tenía idea de cómo decirle que quizá era porque Melissa me había roto el corazón y porque me faltaba valor para aceptar abiertamente mi homosexualidad. El lazo entre nosotras era muy estrecho, no había nada que

no pudiéramos contarnos o compartir, excepto eso. La cercanía que tenía con ella y su familia me provocaba cierta necesidad de sincerarme por completo y revelarles esa parte de mí que desconocía. Juro que quería hacerlo, pero por una u otra razón siempre terminábamos hablando de mil cosas y no encontraba el momento adecuado.

Un fin de semana, después de varios días de jornadas intensas de trabajo, necesitaba salir y relajarme. Particularmente, ese viernes había tenido un pésimo día en la radiodifusora así que llamé a María y nos fuimos a tomar una cerveza al bar que estaba cerca de la oficina. Mientras María me contaba sobre un disgusto que había tenido con su esposo, uno de los meseros se aproximó a nuestra mesa y colocó una hielera con varias cervezas dentro para después entregarme una servilleta con un mensaje escrito:

– Esta noche va por mi cuenta. –

María y yo no entendimos nada y le preguntamos al mesero de qué se trataba. Él explicó:

– La señorita de aquella mesa (y la señaló) le envía el mensaje. –

Devolví la servilleta, le dije que se llevara todo y agradeciera a quien la había enviado pero que no podía aceptarlo, María soltó una carcajada y le arrebató la servilleta al mesero diciendo:

– ¡Gracias! –

Después de que el mesero se retiró, me dijo que nunca se rechazaba un gesto así. Volteó a la mesa de la chava que había enviado el mensaje y agradeció a señas. Yo quería que me tragara la tierra y me vomitara debajo de mis cobijas, en mi casa; no quise ni voltear. Lo único que pensé en ese momento fue que, con lo ocurrido, ese podía ser un buen momento para hablar y contarle a María todo sobre mí. Esperé a que ella terminara de hacer catarsis sobre la pelea con su esposo y le dije que tenía algo importante que confesarle, algo que no sabía sobre mí y necesitaba hablarlo, ella respondió que no había nada que ella no supiera de mí. Yo estaba impaciente, por primera vez me había decidido a hablar y no veía el

momento de poder hacerlo. El mal día en el trabajo más mi ansiedad por sincerarme con ella, hicieron que un montón de cervezas pasaran libremente desde mi garganta hasta el estómago (finalmente la cuenta estaba pagada). No sé cuántos litros de alcohol acumulé, pero al final, todos juntos dieron como resultado una borrachera inolvidable, hablé de todo menos de lo que quería.

Ese día del bar, con todo y mi borrachera, recordé que después de lo sucedido con la chica de la otra mesa, María me contó algo respecto a una compañera que tuvo en alguno de sus empleos, a la chica le gustaban las mujeres y eso la había incomodado, también recuerdo que dijo no tener nada en contra de los homosexuales, pero le parecían un poco extraños y a veces incómodos. Creo que ese fue el comentario que me detuvo, a pesar de mi borrachera, tuve claro que, si hablaba, María podría alejarse de mí y yo la quería demasiado, se había convertido en mi mejor amiga y resultaba mejor para las dos no hablar de ese tema. Pasaron los meses y como ese intento tuve 10 más, sin embargo, continué con mi vida, viajaba de aquí para allá, trabajaba casi todo el día, visitaba a María y a sus hijos, tratando siempre de mantener un perfil bajo para no tener que dar explicaciones de nada a nadie.

Un jueves, a eso de las 2:30 de la tarde, salí del trabajo para ir a comer. No tenía nada en casa así que decidí comer en el restaurante de María. En mi camino, justo antes de cruzar la avenida, me pareció ver una cara muy familiar, mi corazón saltó como si quisiera salir de mi cuerpo cuando me percaté de que era Melissa, me detuve y traté de encontrarla, pero ya no estaba, era la hora en la que más gente y tráfico había en la zona, me quedé inquieta y confundida, no sabía si lo que había visto era real o me había traicionado la costumbre de extrañarla tanto.

Entré al restaurante y saludé a María, me senté en una de las mesas y comí con mi amiga; durante nuestra comida, sonó mi celular, lo saqué de mi bolsa y no reconocí el número, contesté y nadie respondía al otro lado del teléfono, a la tercera vez que dije bueno, escuché:

— ¿Ana? —

Inconfundible voz, era Melissa. En el momento en el que me dijo quién era casi me atraganto, apenas me recuperaba del instante en el que había creído verla y ya estaba llamando por teléfono, traté de no exaltarme y de mantener la calma, había vuelto a mi vida y quería verme, acordamos reunirnos en nuestro viejo café de la plaza comercial. Ni siquiera terminé de comer, se me fue el apetito; quise pagar la cuenta a María, pero no aceptó, me preguntó si todo estaba bien y yo respondí:

— Eso creo. —

Me despedí de ella y llamé a la oficina para decirles que había surgido un contratiempo, que me era imposible regresar el resto de la tarde. Comencé a caminar como espíritu vagabundo hacia el café mientras pensaba sobre qué podía platicar con Melissa, tenía años sin verla y sin hablar con ella, lo único que sabía era que aún la quería. Al llegar al café la vi sentada y una parte de mí se paralizó y la otra se abalanzó hacia ella. Melissa volteó a verme, ambas sonreímos y nos dimos un abrazo muy largo y fuerte, no podía creer que la tenía nuevamente frente a mí.

Nos sentamos, yo no sabía qué decir, esperaba que ella iniciara la conversación, pero tampoco se animó a hablar. Decidí romper el hielo preguntándole cómo estaba, ella se frotó la frente y me dijo que se encontraba bien. Aún la conocía, su gesto y la forma en la que respondió me decían que algo no andaba bien; lo primero que pensé fue en sus papás, le pregunté cómo estaban y respondió que ellos estaban bien, entonces reconoció que la que no estaba bien era ella. Estaba obligada a preguntar el por qué, una pequeña parte de mí no quería escuchar las razones porque pude intuirlos, así que sin tener opción hice la pregunta y ella comenzó a relatarme su vida durante estos últimos años.

Las cosas entre ella y Rodrigo no estaban bien, así que decidieron darse un tiempo para valorar y pensar las cosas. Melissa había vuelto con su hija a vivir a casa de sus papás. Me sentí mal por Melissa, odiaba verla triste y agobiada, hubiera preferido escuchar que era muy feliz y no saberla en problemas. Platicamos por horas, hasta que llegó la noche, le pedí que me acompañara por mi auto al trabajo y me ofrecí llevarla a su casa. Cuando llegamos, la primera en salir a recibirla fue su pequeña hija, estaba idéntica a ella, cuando la vi, me recordó el momento en el que conocí a Melissa, era

una niña muy linda y risueña. Melissa me invitó a pasar y saludé a sus papás, me dio gusto volver a verlos. Lo más lindo de todo había sido ver que, aunque pasaron algunos años Melissa seguía luciendo hermosa. Tomamos café con sus papás y conversamos un momento, más tarde me despedí y le dije a Melissa que si necesitaba algo no dudara en llamar, que me había alegrado verla.

Subí a mi auto y cuando ella cerró la puerta me sentí perdida, la había vuelto a ver, Melissa estaba de nuevo en mi vida y yo no quería volver a ser un completo desorden de pensamientos y sentimientos. Mientras conduje hacia mi casa, pensaba en cómo era posible que a pesar de los años yo no había olvidado a Melissa, ya no sentía ese amor impaciente e impulsivo, pero tenía claro que algo de él se había quedado en mí. O tomé el camino más largo hacia mi casa o conduje muy lento, el trayecto fue suficiente para recordar todos y cada uno de los días a su lado.

Al día siguiente me levanté con convicción, segura de mí misma, dispuesta a seguir mi vida tal y como la había llevado hasta antes de su llamada. Me fui a trabajar y evité a toda costa pensar en ella, me ocupé en todo lo que pude y al finalizar el día pasé a visitar a María, necesitaba tranquilidad y ella era la compañía perfecta. Esa noche volví a tener la intensión de hablarle sobre Melissa, mi corazón estaba confundido, obviamente no lo hice, tomamos café y eso fue suficiente, regresé a casa para intentar dormir.

Durante esa semana Melissa no llamó y yo tampoco a ella, fue hasta el viernes que me envió un mensaje de texto preguntándome si estaba libre el fin de semana, quería llevar a su hija al zoológico y yo estaba invitada. No pude negarme y pasé por ellas el sábado en la mañana, recorrimos el parque y después fuimos a comer, a pesar de que para mí era extraño volver a estar con ella, fue un día lindo y tranquilo. Debo reconocer que, durante el paseo, varias veces sentí el impulso de abrazarla, sobre todo cuando la tenía muy cerca; cabe mencionar que ella nunca dijo o hizo nada que pudiera darme una falsa señal. Finalmente estábamos actuando como el par de amigas que nunca debimos dejar de ser.

Después de comer, las llevé de vuelta a casa, me invitó a pasar y sacó un par de cervezas del refrigerador, me dio un destapador y subió a acostar a la pequeña en su cama. Era extraño estar ahí, como si nada hubiera sucedido,

como amigas entrañables a las que la distancia y el tiempo no afectó. Mientras bebimos la cerveza, Melissa me platicó los problemas que tenía con Rodrigo y las dudas que tenía respecto a continuar con él, le preocupaba el futuro de su hija. En ese momento quise decirle que yo estaba ahí y que las iba a cuidar, pero no debía, así que me amarré el corazón y me limité a ofrecerle mi amistad incondicional, le dije que no podía sugerirle nada, que era su decisión y que finalmente Rodrigo siempre sería el padre de su hija. Después me preguntó qué había sido de mi vida, agregó que quería saberlo todo, yo no quise ser muy específica y me centré en el trabajo y en algunos de los viajes que había hecho. No sé cuántas veces me apreté el corazón y me mordí la lengua para no decirle que la había extrañado cada minuto, en cada canción y en cada lugar al que había ido, a la segunda cerveza preguntó por mi familia y se armó de valor para preguntarme si tenía pareja.

Con la pregunta mi alerta sísmica se activó y al instante respondí que no, ella no había dejado de ser curiosa e insistió:

— ¿Estás saliendo con alguien? —

Yo estaba tratando de evitar cualquier palabra que pudiera echar abajo la muralla que había construido durante esos años. Fui muy cauta con mi respuesta y le conté que había salido con alguien hacía unos meses y no especifiqué nada más, ella se agachó y en voz baja dijo:

— Me alegra escucharlo. —

No supe cómo interpretar su comentario ¿le alegraba que saliera con alguien más o le alegraba saber que, en ese momento no salía con nadie? Terminé la cerveza y le dije que debía irme. Esa breve conversación había sido demasiado para mí, ya no quería desempolvar el amor que le tenía, pensé que lo mejor era guardar todos los años junto a ella en un rincón inaccesible en el que no pudiera escarbar más. Ese paseo en el zoológico lo tomé como un día cotidiano, como aquellos que compartía con María y sus hijos. El domingo lo reservé para mí, quería quedarme en casa sin hacer nada, apagué el celular y me desconecté del mundo, no quería ver a nadie, estaba agotada del trabajo y el huracán Melissa me había sacudido una vez más.

La semana siguiente continué aislada del mundo, iba a trabajar y regresaba a casa, afortunadamente en la oficina se cargó el trabajo y no tuve tiempo de pensar en nada, María y mis amigos me escribían preguntando por qué me había perdido y no sabían de mí, yo no quería verlos para no tener que dar explicaciones. Estuve evitando ver a María, sabía que ella se iba a dar cuenta de que algo me ocurría y yo no tenía aún el valor para hablarle de Melissa. ¿Por qué volvió a mi vida? yo estaba bien sin ella y ella estaba bien sin mí; tontamente el saberla separada de Rodrigo, revivió en mí una pequeña esperanza.

Nos vimos tres veces más y fueron suficientes para que se derrumbara mi muralla y en consecuencia retomáramos la amistad. Fue como si nada hubiera sucedido entre nosotras, me odiaba por no haber sido firme y fuerte, casi cometo un error, cada vez que veía a Melissa esperaba el momento en el que pudiera volver a besarla y como no sucedía, regresaba a casa vacía, triste, como si lo hubiera perdido todo una y otra vez. Cada día fue igual hasta que Melissa me llamó para decirme que se divorciaba de Rodrigo, ese día sí que volvió a mí la esperanza de recuperarla, pero debía ser prudente, ella ya había derrumbado mi muralla y podía terminar derrumbándome yo. Mi mundo de nuevo estaba entrando en caos, sentía que todo lo que había logrado en esos años se había reducido otra vez a ella, una mañana me levanté nuevamente con la firme decisión de seguir con mi vida tal y como era hasta antes de que ella apareciera. Necesitaba tranquilizarme, estaba permitiendo de nuevo que desequilibraba mi mundo, ya no quería pasar por lo mismo.

María cada que llamaba me preguntaba qué pasaba, por qué ya no nos veíamos; estaba preocupada por mí, le dije que estaba en medio de un mal momento y que en unos días iría a verla. Su amistad y su cariño eran incondicionales, por lo tanto, invaluable, ella sabía que algo no estaba bien conmigo. Esa noche llegó a mi casa con botana, cerveza y algo para cenar, me dijo que no iba a dejar que me ahogara en lo que me estuviera pasando, que estaba ahí para apoyarme como siempre lo había hecho, la abracé y comencé a llorar. De verdad quería decirle lo que pasaba, necesitaba hacerlo, me estaba ahogando en ese necio e imposible amor que aún sentía por Melissa, le pedí que me diera tiempo, que le diría lo que estaba sucediendo pero que ése no era un buen momento. Con justa razón, María

se molestó y me dijo que cómo era posible que no confiara en ella, que llevábamos bastante tiempo siendo amigas, que no creía que después de tantas confidencias y complicidad yo aún no podía confiar en ella, discutimos y yo le dije cosas horribles de las cuales me arrepiento, como que ella no era nadie para meterse en mi vida y que no podía exigirme que le dijera lo que me sucedía y otras de las cuales no me acuerdo, estaba tan enojada con el mundo, con Melissa y conmigo que perdí los estribos y lastimé injustamente a la única persona que me había ofrecido una amistad sin igual.

Desde esa noche nos distanciamos y jamás nos volvimos a hablar, yo intenté disculparme varias veces, pero lo que dije la había lastimado demasiado. La única vez que me respondió fue para decirme que no le interesaba escuchar nada, que por favor dejara de buscarla. Me equivoqué y solo me quedó respetar su decisión, no volví a buscarla. Lamenté profundamente haber perdido su amistad por falta de valor, me hubiera gustado poder decirle lo que pasaba en mi vida en lugar de haberme comportado como una cobarde. Perder la amistad de María me dolió igual o más que Melissa, María me había regalado la mejor amistad del mundo, una amistad sincera y un cariño desinteresado que sé jamás volveré a encontrar.

Me costó mucho recuperarme de mis dos pérdidas, por un lado, Melissa era el amor de mi vida, María, representaba para mí la amistad y lo más honesto y leal que tenía. No estaba dispuesta a perder más, así que me quité de encima recuerdos, añoranzas, experimentos fallidos y en general mi historia pasada para comenzar a escribir una nueva, quería reinventarme, ser diferente, quería vivir en paz. Aunque no sabía muy bien cómo iba a lograrlo, estaba decidida a vivir sin ataduras y a no perder nada más que mi miedo y mi inseguridad, nuevamente me alejé de Melissa, ella me facilitó las cosas cuando supe que a su vida había llegado alguien más, el profesor de fútbol de la escuela de su hija.

Querida Melissa:

El amor es una maravillosa flor, pero es necesario tener el valor de ir a buscarla al borde de un horrible precipicio.

- Stendhal -

Coincidencias

E staba cansada de ir por la vida luchando conmigo misma, peleando batallas que quizá estaban perdidas desde su inicio y que tal vez, ni siquiera eran mías. Me empecé en mantener un amor que no era más que un recuerdo. Al final, entendí que no había perdido a nadie, me había perdido a mí misma y aunque no sabía cómo, quería encontrarme y salir del hoyo al que yo sola me aventé, la cosa no fue sencilla.

Me concentré en mi trabajo y busqué la forma de llevar a cabo nuevos proyectos en mi vida, dediqué todo el tiempo posible a mi familia, amigos y a mí misma, cambié por completo mi actitud y dejé de victimizarme por lo que había sucedido en el pasado. Mi esfuerzo en el trabajo, me valió convertirme en directora de la central de medios, en todo sentido, comenzaba a obtener una recompensa por haberme sacudido de encima todo eso que no me permitía ser feliz. Eso me motivó a continuar haciendo cosas nuevas en mi vida y en mi trabajo. Lo siguiente que hice, fue decidirme a estudiar una maestría, sin pensarlo tanto, investigué y me inscribí a un posgrado en Comunicación y Medios Audiovisuales de una reconocida universidad en la Ciudad de México. Aunque volver a estudiar implicaba idas y venidas por carretera, estaba dispuesta a todo, ya me había mentalizado para viajar cada viernes y pasar allá el fin de semana durante dos años. Todo eso que tendría que hacer para lograrlo no me importó, necesitaba aprender algo nuevo y, sobre todo, ocuparme de mí, los últimos años me había olvidado de vivir, de realmente disfrutar todo lo bueno que había a mi alrededor.

Mi primer fin de semana como estudiante fue cansado pero emocionante, disfruté todo, desde que inicié el viaje hasta el momento en el que llegué a las instalaciones de la universidad. Para no perder costumbre, primero me

perdí en la ciudad y después dentro del campus, no encontraba el salón y llegué tarde el primer día de clase. Uno de mis defectos que siempre está presente, es que nací sin brújula, perderme en todos lados es mi especialidad y en Ciudad de México resultó muy sencillo, pero perderme en la universidad, fue el colmo.

Al llegar al salón tomé asiento, traté de hacerlo en silencio porque interrumpí el momento en el que mis compañeros se presentaban diciendo lo clásico: su nombre, de dónde venían y cuál era su profesión. Cuando llegué, la palabra la tenía una chica de la que no pude escuchar el nombre, entré justo cuando decía que era de provincia, me sentí aliviada cuando lo escuché; no la conocía, pero el hecho de que fuera del mismo lugar que yo me alegró el día, por lo menos una persona tenía algo en común conmigo. Llegó mi turno y sonrojada como era mi costumbre, me presenté. La chica que me había provocado alivio volteó a verme en cuanto escuchó mi lugar de origen, de inmediato nos sonreímos.

Éramos aproximadamente diecisiete personas, entre mis compañeros, había chavos que acababan de terminar la universidad, empresarios y profesionales del diseño y la comunicación. En el primer descanso que nos dieron, me acerqué a la chica que también venía de provincia. Primero me disculpé por haber interrumpido su presentación y le pregunté su nombre, ella respondió:

– Sofía –

Estaba muy apenada con ella, había irrumpido en el salón mientras ella se presentaba, así que en señal de disculpa le invité un café. Ella aceptó y mientras caminamos hacia la cafetería, le platiqué que mi retraso se había debido a que había nacido sin brújula y, por lo tanto, me perdí, primero en la ciudad y después en el campus. Sofía se rio y entramos a comprar el café. Mientras lo tomamos y fumamos un cigarrillo, le pregunté dónde trabajaba, me dijo que tenía algunos años viviendo en Ciudad de México y que acababa de renunciar a su empleo. Yo no entendía por qué entonces había dicho que era de provincia si vivía ahí, entonces me explicó que al terminar la preparatoria obtuvo una beca para estudiar la carrera en el extranjero. Cuando la terminó, regresó al país y logró entrar a trabajar a una agencia de publicidad en Ciudad de México.

El primer día de clase en la maestría no fue tan malo, necesitaba un reto, hacer cosas nuevas y conocer otras personas. Al salir de clase, Sofía muy amablemente se ofreció a darme un aventón, yo acepté con pena, después me preguntó si me hospedaba en algún hotel y le conté que mis abuelos vivían ahí y que estaría quedándome los fines de semana en su casa. Durante el trayecto me explicó las formas y rutas que podía tomar para ir y venir de casa de mis abuelos a la universidad. Ella no vivía muy lejos de la casa de mis abuelos, su departamento estaba a unos 10 minutos de ahí, por lo que le quedaba de paso. Al llegar a casa de mis abuelos me propuso pasar por mí a la mañana siguiente para evitar que me perdiera en el metro o en el autobús, ni siquiera nos conocíamos y yo ya andaba con confianzas de aventón, le dije que aceptaría pero que cooperaría con la gasolina del auto, Sofía se sonrió y dijo que estaba bien.

Tal como lo dijo, a la mañana siguiente llegó puntual por mí y durante el camino a la universidad reanudamos la plática que habíamos iniciado el día anterior. Le pregunté qué haría ahora que había renunciado a su trabajo y me dijo que ya tenía una propuesta en provincia. Sofía continuó explicándome que la vida en la Ciudad de México era a veces caótica y estresante, que un día se quedó atorada en el tráfico a causa de una marcha y no pudo llegar a tiempo a una reunión importante. Después ella me preguntó a qué me dedicaba y le conté que trabajaba en una radiodifusora.

Al terminar la sesión de la maestría agradecí su ayuda y me despedí, ella me preguntó si el próximo fin quería quedarme hasta el domingo para ir a tomar algo antes de que ella volviera de nuevo a ser toda una provinciana, me pareció una excelente idea y le dije que sí, intercambiamos números de teléfono y quedamos de confirmar durante la semana. Me dirigí al sitio de taxis y tomé uno para llegar a la terminal de autobuses. Llegué exhausta, el inicio de la maestría me volvió loca, me costó un poco organizarme en el trabajo para poder viajar sin dejar pendientes en la oficina.

La semana posterior al inicio de la maestría fue aún más intensa, en la central de medios se estaban implementando demasiados cambios, principalmente en la radiodifusora, tuve que trabajar bastantes horas extra durante esos días. Entre el exceso trabajo, el sentido de urgencia de mis jefes y las lecturas de la maestría, olvidé confirmar a Sofía que sí me

quedaría el fin de semana en Ciudad de México. Lo recordé hasta que el viernes nos encontramos de nuevo en la maestría.

Durante el receso, caminamos por las instalaciones de la universidad, platicamos sobre lo que haríamos el fin de semana y me dijo que tenía ganas de irse de fiesta, estaba nostálgica porque le quedaban pocos días para dejar atrás su vida en Ciudad de México, al mismo tiempo, Sofía estaba emocionada porque el cambio le permitiría regresar con su familia. Al salir me dijo que iniciaríamos con una visita obligada a los tacos al pastor, me llevó a cenar a su lugar preferido. Mientras cenamos, me contó un poco sobre su familia, sus papás, sus sobrinos y sus dos hermanos; ambos eran mayores que ella, trabajaban en una constructora que habían emprendido juntos desde hacía bastantes años. Uno de ellos era arquitecto y el otro ingeniero civil. Después yo también platiqué sobre mi familia y lo feliz que estaba de haber comenzado la maestría. Al terminar nuestros tacos me llevó a casa de mis abuelos y de nueva cuenta pasaría por mí a la mañana siguiente.

Los sábados en la maestría no era tan pesados como los viernes porque solo asistíamos medio día a clase. Al terminar la sesión Sofía me dijo que me tocaba decidir a dónde íbamos a comer, yo le dije que no conocía nada de la ciudad pero que unos mariscos no me caerían nada mal. Me llevó a un restaurante que estaba cerca del Zócalo, pedí un pulpo adobado que me supo delicioso. Mientras yo peleaba con el molusco, Sofía me comentó que la siguiente semana visitaría a sus papás, debido a una cita en la empresa donde iba a trabajar. Yo le pregunté si conocía bien la ciudad pues tenía muchos años fuera de ella, me dijo que no, que sólo la ruta de la terminal de autobuses a su casa. Le dije que cuando estuviera ahí le daría un tour tal como ella lo estaba haciendo conmigo en Ciudad de México, se rio y aunque al principio dijo que no era necesario, acabó aceptando.

Cuando terminamos de comer, la tarde comenzaba a convertirse en noche; no sé en qué momento pasó el tiempo tan rápido. Sofía me dijo que no había nada mejor que caminar por el centro de la Ciudad de México mientras veíamos cómo se ocultaba el sol. Caminamos hasta llegar al Palacio de Bellas Artes y después nos dirigimos a un bar, yo temía que Sofía continuara con la plática y que ésta se encaminara hacia temas más

íntimos y personales, como siempre me pasaba, no tenía idea de lo que iba a decirle si eso sucedía.

El lugar me encantó, la música más, sobre todo que estaba a un volumen razonable para poder conversar sin gritos, yo quería seguir conociendo a Sofía. Un mesero se acercó a poner un plato de botana en el centro de la mesa y después, preguntó qué íbamos a tomar, Sofía pidió un tequila reposado derecho, yo como siempre, una cerveza clara. En cuanto llegó el servicio, con tequila y cerveza en mano, brindamos por habernos conocido y por haber sobrevivido a la segunda sesión de la maestría, chocamos las bebidas y dimos un trago riéndonos por el brindis tan tonto que acabábamos de hacer, encendí un cigarrillo y cuando me disponía a expulsar la primera bocanada de humo, Sofía soltó la primera pregunta:

– Oye Ana, y a todo esto, ¿Eres soltera, casada, viuda, divorciada, gay, mamá soltera o algo así? –

Yo casi me ahogo con el humo, estaba descubriendo que Sofía era directa y clara, respiré, di un trago a la cerveza y respondí:

– Soltera. –

Antes de que ella hiciera otra pregunta, di un trago más a la botella y sin previo aviso devolví la pregunta:

– ¿Y tú? ¿Eres soltera, casada, viuda, divorciada, gay, mamá soltera o algo así? –

Ella se tomó el tequila que le quedaba de un solo trago y respondió sonriéndome:

– Reincidente de soltería. –

Me reí, eso de reincidente quería decir que acababa de terminar una relación. Por su respuesta y la expresión de su cara, supuse que había sido algo reciente, no supe si profundizar, mientras pensaba cómo continuar la conversación, ella se me adelantó y me dijo que había dado fin a una relación hacía un mes y que esa era otra razón para irse de Ciudad de

México. Yo, para hacer una pausa y ganar tiempo para pensar en qué decir, llamé al mesero y pedí una ronda más. Sofía se quedó pensativa, así que le pregunté si estaba bien y si quería hablar al respecto, ella respondió que estaba bien y que no quería arruinar la noche hablando de eso. El mesero se apareció oportunamente, tomé el tequila y se lo di, tomé mi cerveza y le dije:

– ¡Salud por las solteras! –

Nos reímos y me preguntó si hacía mucho tiempo que yo había tenido una relación; ella había compartido conmigo un poco de su vida personal y quería estar a su altura, así que le conté que hacía algunos años había existido alguien en mi vida pero que no había funcionado y eso me había dolido mucho. Ella levantó de nuevo su bebida y dijo:

– ¡Por las relaciones que no funcionaron! –

Dimos un trago y volvimos a reímos. Las rondas de tequila y cerveza se repitieron no sé cuántas veces, las dos terminamos mareadas por no decir otra cosa, la música seguía y ella cantaba las canciones. Pactamos una ronda más y nos iríamos a descansar, ella debía terminar de ordenar sus cosas para la mudanza y a mí me esperaba al día siguiente el viaje de regreso. Pedimos la cuenta y me llevó a casa de mis abuelos, nos despedimos y le dije que me avisara cuando estuviera sana y salva en su departamento, la verdad bebimos bastante. Unos minutos después recibí el mensaje de que ya estaba en casa y que se iba a dormir, también escribió que se la había pasado muy bien y que esperaba que esa noche pudiera repetirse.

Dormí sin saber nada de mí, hasta que sonó el despertador, cuando abrí los ojos sentí una resaca terrible de alcohol y cigarrillo, además de la desvelada. Me metí a bañar, desayuné con los abuelos y me despedí de ellos, había llegado el momento de regresar. Cuando iba camino a la terminal de autobuses, envié un mensaje a Sofía para preguntarle cómo había amanecido, pensé que seguramente ella también tendría una resaca terrible, no fue así, ella estaba bien, sin ningún síntoma de la noche anterior, se rio cuando le dije que yo sí había sufrido los estragos del alcohol y el cigarrillo, quedamos en buscarnos cuando estuviera de visita por la ciudad.

El comienzo de mi semana en el trabajo fue estresante, tenía que entregar un sinfín de reportes, resultados de proyectos, evaluaciones y la planeación mensual; la central de medios había crecido considerablemente y ya no nos dábamos abasto con el trabajo. Todo tenía que estar listo a más tardar para el martes al medio día, el miércoles nos habían convocado a junta con el consejo administrativo. El lunes me desvelé casi como la noche del sábado, pero en lugar de cerveza tomé café y pasé la noche intimando con un montón de documentos e informes.

El martes por la mañana recibí un mensaje de Sofía diciéndome había llegado y que estaba más que lista para otra ronda de cerveza y tequila, que si ya había preparado el tour que le había prometido. En lugar de responder el mensaje la llamé y le expliqué que no podía verla porque se me había acumulado el trabajo, pospuse el tour para los próximos días. Me dijo que estaba bien y que seguiríamos en contacto, estaría en la ciudad el resto de la semana porque venía en camino su mudanza, el fin de semana debía entregar el departamento que alquilaba en Ciudad de México.

Las juntas de consejo eran tediosas, duraban horas, el miércoles me levanté muy temprano y me fui a trabajar, la reunión comenzaba a las nueve de la mañana en punto. Llegué a la oficina, dejé mis cosas y me dirigí a la sala de juntas, ya habían llegado algunos de mis compañeros. Todo inició con la presentación del análisis financiero de la empresa, el consejo decidió que era necesario hacer algunos ajustes en las áreas para mantener la eficiencia en la operación. Entre los directivos, estaba el dueño de la central, aquel amigo de mi papá que me había dado la oportunidad de aprender y quien me había ayudado a crecer profesionalmente durante todos estos años. Después del rollo sobre las finanzas y la operación, dijo que a partir de ese momento se incorporaba con nosotros una profesionista muy competente que tendría a su cargo el área de mercadotecnia y relaciones públicas de la central de medios, pidió que la llamaran para que todos pudiéramos conocerla, yo casi me desmayo de la impresión, se trataba de Sofía, ella también se sorprendió al verme ahí. Cuando terminó la junta, el dueño de la central de medios nos presentó, nosotras nos reímos y le contamos que estudiábamos juntas la maestría en Ciudad de México, ninguno de los tres dábamos crédito a tal coincidencia.

Después de la junta, me ofrecí a darle un recorrido por las instalaciones, la llevé a los estudios de radio y televisión, a las oficinas y a cada uno de los rincones de la central de medios. Mientras le mostraba el lugar, ambas nos preguntamos cómo fue que nunca salió en nuestra plática el nombre de la empresa. Ahora no solamente éramos compañeras de escuela, sino también de trabajo. Ante tanta emoción, quise devolver el amable gesto que Sofía tuvo conmigo en Ciudad de México y la invité a comer, además teníamos que ponernos de acuerdo en un montón de cosas relativas a la central de medios, así que nos fuimos a uno de mis restaurantes favoritos.

Puse al corriente a Sofía en lo que al trabajo se refería, después dejamos de lado la central de medios y le pregunté qué pasaría ahora que ella ya no tendría el departamento en Ciudad de México. Me dijo que tenía varios amigos allá y que no le preocupaba mucho dónde quedarse, en el peor de los casos, pagaría una noche de hotel. Le propuse que ahora que ella también tenía que viajar cada ocho días, podíamos hacerlo en mi auto o en el suyo para compartir gastos y que, si quería, mis abuelos podían hospedarla en la habitación que tenían disponible. A Sofía le agradó la idea y me dijo que lo del viaje en un solo auto le parecía una excelente idea pero que del hospedaje no estaba segura porque le daba pena.

El resto de la semana pasó rápido, había mucho que hacer en la oficina y Sofía debía conocer la empresa lo más pronto posible para poder presentar su plan de trabajo; me platicó que el puesto lo había obtenido presentando una propuesta de comercialización de los servicios de la central de medios, pero esa propuesta necesitaba un sustento. Llegado el viernes, quedamos de vernos en la oficina para viajar a Ciudad de México, de ida manejaría yo y al llegar le cedería el volante para llegar a tiempo a la universidad y sin perdernos. Ese fin de semana, Sofía entregó el departamento y pasó la noche en casa de una amiga. Para que ella pudiera desplazarse, le dejé mi auto después de que me llevó a casa de los abuelos, el sábado pasó por mí y después de la maestría nos regresamos a casa. Fue divertido viajar con Sofía, durante el viaje, platicamos sobre lo increíbles que estábamos ante tantas coincidencias: primero la maestría, luego resulta que éramos de la misma ciudad y, por último, el trabajo. A pesar de que no conocíamos mucho de nuestras vidas nos llevábamos bien y fuimos descubriendo que teníamos muchas cosas en común.

Conforme transcurrieron los días, Sofía comenzó a adaptarse a su nuevo empleo, y yo me encargué de que volviera a hacerlo con la ciudad, poco a poco logró reconocer las calles, el tránsito, los olores y hasta los sabores de la ciudad. No le costó trabajo adaptarse a su nueva vida, aunque a veces me decía que extrañaba su caótica vida en Ciudad de México, le estaba tomando tiempo volver a adaptarse a la tranquilidad de provincia. Convivir juntas todos los días de la semana, nos permitía conocernos cada vez más, algunas cosas nos quedaban claras y otras podíamos suponerlas. Yo estaba sorprendida con Sofía, en el trabajo es enérgica y clara con lo que pide, no le gustan los rodeos y tampoco que las cosas se postergaran; en el plano personal, es la persona más calmada y paciente del mundo, todo para ella tiene solución, es práctica y ligera, siempre bromea y disfruta lo que hace; aunque yo tenía la impresión de que Sofía era una persona bastante reservada.

Desde conocí Sofía, vivía todo el tiempo feliz, mi trabajo me gustaba cada vez más, dejé de trabajar horas extra para tener más tiempo para mí, para mi familia y amigos. Tanto había cambiado mi vida, que volví a darme el tiempo de desayunar antes de ir a trabajar. Ese ir y venir a Ciudad de México cada ocho días no me resultaba tedioso, a veces viajábamos en su auto y otras en el mío; cuando no teníamos ganas de manejar nos íbamos en autobús.

Así sucedió ese fin de semana, Sofía y yo acordamos no viajar en auto. Quedamos de vernos en la terminal de autobuses para viajar hacia Ciudad de México. Durante el viaje aproveché para preguntarle cómo se sentía con su nueva vida, Sofía estaba contenta y hasta el momento no tenía ninguna queja. Bueno, solo una, dijo que en Ciudad de México tenía más opciones para salir a divertirse, pero que lo aceptaba con tal de estar tranquila, sin tanto estrés, personas y tráfico. Después de responder a mi pregunta, se colocó sus audífonos y la mayor parte del viaje, se dedicó a escuchar música y a ver el paisaje, yo puse una película en la pantalla del autobús y también me coloqué mis audífonos.

Estábamos por llegar a Ciudad de México cuando Sofía recibió una llamada que la incomodó bastante. Al contestar, lo primero que dijo fue que en ese momento no podía atender, que ella llamaría más tarde, se despidió y colgó.

Se quitó los audífonos y suspiró como un toro de lidia cuando está a punto de entrar al ruedo. Nunca la había visto así, parecía estar enojada o al menos, demasiado molesta, le pregunté si pasaba algo, me respondió que todo estaba bien y que al llegar debíamos darnos prisa si no queríamos llegar tarde a la sesión de la maestría, después de eso no dijo nada más.

Durante todo el día estuvo callada, participó poco en clase y cuando nos dieron el acostumbrado receso me dijo que tenía que atender un asunto personal, tomó su bolso y salió del salón. Yo como cada fin de semana, fui por mi café y me senté en una de las mesas que estaban afuera de la cafetería, encendí un cigarrillo y por primera vez en mucho tiempo, no pensaba en nada. Últimamente andaba como en modo avión, me tomaba las cosas con calma y nada me quitaba tranquilidad, incluso mi hermana Mar decía que algo me había ocurrido, que le habían cambiado a su hermana. Mientras soplab a humo y tomaba café, pude ver a lo lejos, en uno de los jardines de la universidad, que Sofía estaba hablando por teléfono, caminaba de un lado a otro cual león enjaulado. Movía las manos como si tuviera a alguien enfrente y le estuviera reclamando algo, yo continué tomando mi café y mejor aparté la mirada, no quería que se diera cuenta de que la estaba observando. Al terminar el receso, regresé al salón, ella no volvió a clase. Casi para finalizar la sesión, me envió un mensaje pidiéndome que la disculpara con el maestro por haberse retirado, que ella después hablaría con él.

Estaba en casa de mis abuelos decidiendo con ellos qué íbamos a cenar y sonó mi celular, era Sofía, llamó para preguntarme si aún seguía en pie lo del hospedaje, me dijo que solo sería por esa ocasión. La escuché todavía alterada, sin dudarle respondí que no había problema, que la esperaba. Me dio las gracias y dijo que llegaría en unos 30 minutos. Terminando la llamada con Sofía fui con mis abuelos y les pregunté si había algún inconveniente en que se quedara mi amiga esa noche con nosotros, ellos eran lindísimos y por supuesto aceptaron, me dijeron que mis amigos eran siempre bien recibidos en su casa.

Tal como lo había dicho, llegó exactamente pasados los 30 minutos. La noté diferente, la delataba una extraña expresión en su cara que no conocía. Le ofrecí algo de cenar y me dijo que sólo quería un café, preparé uno para

cada quién y la invité a sentarnos en el corredor. Ahí había un jardín y mis abuelos se sentaban en una mesita junto a las escaleras a escuchar música y a tomar el fresco. No sabía si debía preguntarle qué había sucedido, teníamos poco tiempo de conocernos y no sabía gran cosa sobre ella, le llevé el café y yo encendí un cigarrillo, me pidió que le diera uno. No sabía que Sofía fumaba, le dije que me resultaba raro verla fumar y me dijo que habitualmente no lo hacía, pero, que en días como ése solía fumar uno o dos; le acerqué el fuego y pregunté:

– ¿En días como éste? –

Ella agachó la cabeza y dijo:

– En días como éste. –

Mientras tomábamos el café, se disculpó por dar molestias, me dijo que había visto a su ex y que se le fue el día en discusiones, que esa era la razón por la cual se había ausentado de la maestría y comenzó a relatar detalladamente lo sucedido. Durante la conversación, en ningún momento mencionó el nombre de su ex, quien se había molestado porque Sofía se mudó de ciudad sin avisarle y sin despedirse, sin decir una palabra. Fue muy breve su plática, tampoco me dio detalles de nada más; preguntó por lo que vimos en la sesión de la maestría y me dijo que era la primera y última vez que eso sucedía, yo le dije que siempre que quisiera podía quedarse en casa de mis abuelos, que no se preocupara en lo sucesivo por buscar dónde dormir, que mis abuelos le habían abierto las puertas de su casa, me dio una palmada en la espalda y terminamos el café. La llevé a su habitación y yo me fui a dormir a la mía, teníamos que levantarnos temprano para llegar temprano al campus.

A la mañana siguiente había vuelto a Sofía esa expresión familiar y conocida por mí, ya no estaba enojada, molesta o como sea que haya estado el día anterior. La llevé al comedor y la presenté con mis abuelitos, antes de desayunar la fruta y las quesadillas que nos preparó el abuelo. Durante el desayuno, mis abuelos y Sofía platicaron un poco, ella agradeció sus atenciones y ellos le ofrecieron de nuevo su casa, nos despedimos, tomamos nuestro equipaje y nos fuimos a las clases de la maestría.

El viaje de regreso estuvo exactamente igual que de venida, Sofía se colocó los audífonos y esta vez puso una película en la pantalla del autobús para después quedarse profundamente dormida a los pocos minutos. Debo confesar que Sofía me causaba bastante curiosidad, nunca había conocido a una persona tan reservada y poco expresiva cuando de algo personal se trataba, era buena persona y al mismo tiempo, me parecía misteriosa y muy inteligente. Todo el camino de regreso pensé si debía preguntarle algo sobre lo sucedido, si ya se sentía bien, si podía ayudarla en algo; no quería parecer entrometida y tampoco incomodarla, sobre todo porque trabajábamos en el mismo lugar y nos veíamos los 7 días de la semana. Al final, decidí que si las circunstancias y su sueño lo permitían preguntaría (ella continuaba dormida), de lo contrario, esperaría otro momento para hacerlo. Llegamos a la terminal y tuve que despertarla, le dije que teníamos que bajar del autobús, ella estaba apenada por haberse perdido todo el camino y se disculpó; tomamos nuestras cosas y nos despedimos, cada quien tomó un taxi hacia su casa. La oportunidad no se dio y honestamente, yo tampoco me animaba a hablar más sobre mí así que estábamos prácticamente en igualdad de condiciones, en total reserva.

En mi papel de directora de la central de medios, acostumbraba convocar a junta los días lunes, lo hacía con la finalidad de retroalimentar y sincronizar el trabajo de cada una de las áreas, trabajar en conjunto me había funcionado bastante bien, así que a primera hora coincidimos en dicha junta. Al finalizar, Sofía me pidió un momento para platicarme los proyectos que tenía en su área, tratamos varios puntos relacionados a eso y quedamos en reunirnos algún día después del trabajo para tomar algo, Sofía sentía que me debía una por lo sucedido el fin de semana, me dio la impresión de que quería compensarlo.

Prácticamente no conocía a Sofía y tampoco ella a mí, teníamos pocos meses de conocernos y sabíamos a cuentagotas una de la otra; compartíamos clases, trabajo y viajes de fin de semana, pero nada más, era muy pronto para dar detalles o demasiada información. Yo ni siquiera sabía cuántos años tenía, por su apariencia, podía calcular que era de mi edad, unos 27 o 28 años. El miércoles por la mañana Sofía acudió a mi oficina para preguntarme si me parecía bien ir a tomar algo al salir del trabajo, acepté la invitación y le dije que la llevaría a conocer un nuevo lugar para

que pronto se familiarizara con la ciudad y dejara de pensar que aquí no había muchas opciones para salir. Soltó una risa entre sarcástica y burlona y me dijo que por esa ocasión iba a olvidar que venía de la capital, que se comportaría como si nunca hubiera estado aquí. Era la primera vez que bromeaba conmigo en el trabajo, generalmente no lo hacía y se conducía con demasiada seriedad, así que me agradó su sarcasmo y quedamos de vernos al final del día.

Nada es coincidencia

Ya tenía pensado a dónde íbamos a ir. Elegí un lugar que me encantaba, era una mezcla extraña entre bar y cantina, tenía un estilo peculiar y la gente acudía por su extensa carta de bebidas, principalmente cerveza, había de todo tipo y de cualquier parte del mundo, eso sin contar su excelente música, así que, sin dudarlo la llevé ahí. Cuando llegamos, Sofía volteó a verme y exclamó:

— ¡Wow, sí que tienes buen gusto! —

Le encantó el lugar, así que elegimos una de las mesas del fondo y ordenamos la tradicional cerveza de la casa, la de barril, ella prefirió oscura y yo como siempre, clara. Extrañamente me preguntó si tenía cigarrillos, yo recordé lo que me había dicho el fin de semana pasado y le pregunté si hoy también había sido un mal día, respondió que no, que hoy de puro gusto se iba a fumar uno conmigo. La plática comenzó, Sofía quería saber dónde vivía pues estaba buscando un lugar para vivir sola, no se sentía cómoda con sus papás; le dije que vivía en un edificio de departamentos pequeños y modestos, pero bastante cómodos, además de céntricos y económicos, le di detalle de la ubicación y traté de describírselo lo mejor posible, me dijo que si se desocupaba alguno le avisara. Apenas habíamos bebido la mitad de la cerveza cuando su primer pregunta llegó:

— ¿Vives sola? —

Yo respondí:

— Sola, solín, solita. —

Con esa pregunta dio inicio una extraña noche de confesiones y descubrimientos. Después de escuchar mi respuesta y sin darme tiempo a nada me preguntó:

– ¿Alguna vez has vivido con alguien? –

Recordé que en la oficina había notado que era un poco bromista y sarcástica, así que decidí que le respondería con una broma:

– Sí, con mis padres. –

Soltó una carcajada y me dijo:

– A ver Ana, hablo en serio. Me refiero a que si has vivido en pareja o con amigos. –

Di un trago a mi cerveza y le dije que no, me puse a su altura y no la dejé respirar:

– ¿Y tú, has vivido con alguien más que no sean tus papás? –

Su respuesta fue que muchas veces, y empezó a contarme que en el extranjero había vivido con más compañeros de la universidad, después, continuó con el relato de que consiguió empleo en Ciudad de México, situación que la llevó a rentar un departamento con varios amigos y amigas porque las rentas por allá son costosas, lo mejor era compartir gastos. Después me dijo que con el paso del tiempo se dio algo con su “roomie” y unos meses después dejaron el departamento. Noté que mientras platicaba, nunca daba nombres, hablaba de forma neutra, cuidó no hacer referencia a una mujer o a un hombre, la curiosidad me ganó y le pregunté:

– ¿Roomie mujer o roomie hombre? –

Sofía se rio, tomó mi cajetilla de cigarrillos, sacó otro cigarrillo y lo encendió. En lo que se acomodaba volví a preguntar:

– ¿Mal momento de nuevo? –

– ¡Para nada! (sacó el humo del cigarrillo), roomie mujer –

Respondió y contraatacó:

– ¿Te incomoda? –

– En lo absoluto. –

Respondí.

Al escuchar que su roomie era una mujer supe que no andaba nada perdida y esa era la razón por la que Sofía me causaba tanta curiosidad, coincidíamos en algo más, pero eso ella no lo sabía. Ahí encontré la oportunidad de preguntar por la misteriosa llamada que la había sacado de sus casillas el fin de semana, así que, sin dudarlo, pregunté si había sido ella quien la había inquietado tanto en Ciudad de México. Su respuesta lo confirmó y comenzó a contarme. Se conocieron mientras estudiaban la universidad en el extranjero, se hicieron amigas y al terminar la carrera, como su roomie era de Ciudad de México regresaron juntas. Después, consiguieron empleo y compartieron departamento con otros amigos; ahí fue donde comenzó la relación que había terminado hacía alrededor de cinco meses.

Al terminar de contarme, me dijo que era mi turno. Yo no estaba segura de querer decirle que también había salido con una mujer. Para comenzar, le dije que tenía dos historias, una antigua y otra reciente. Comencé por la antigua, sintetice lo más que pude; le dije que cuando estudiaba la preparatoria, me había enamorado perdidamente de una persona con la que viví un cuento de hadas que terminó a mitad de la universidad. Pasé a mi historia reciente, que también resumí; mi última relación no fue un cuento de hadas, sino una novela de William Shakespeare, lastimé injustamente a una persona que me quería de verdad. (Así de ágil resulté para contar en minutos lo que viví durante años).

Obviamente, ella no se quedó conforme con lo que le conté y me pidió más detalles, comenzó con sus filosas preguntas:

– ¡Hum! Cuentos y novelas... ¿Persona hombre o persona mujer? –

Me hizo reír con la pregunta y respondí de manera irónica:

– ¿La del cuento o la de la novela? –

Se llevó las manos al rostro y me dijo que no podía creer que le hubiera dado esa respuesta. Volvió a intentarlo de nuevo:

– Emm... me gustan más las novelas ¿Persona hombre o persona mujer? –

– Hombre –

Respondí.

No conté con su astucia, ella se carcajeó y me dijo:

– ¡Ah, entonces el cuento de hadas fue con una mujer! Por eso lo de “hadas”. –

En ese momento me bebí de un trago lo poco o mucho que quedaba de cerveza mientras ella se seguía riendo. No pude esquivar ese gancho que lanzó, ella se había sincerado conmigo y aunque no esperaba ese repentino juego de preguntas no me sentí incómoda. Además de nuestras raras sesiones de preguntas y respuestas había algo en ella que me inspiraba confianza. Así que entre cerveza y cigarrillo le conté mi compilación de historias completa. Desde mi cuento de hadas hasta mi experiencia heterosexual con Pablo y con Alex. Cuando terminé, ella me dijo en un tono muy serio:

– Tu problema es que estás del lado equivocado. –

Sacó un lapicero de su bolso y tomó una servilleta, dibujó una línea justo en medio y de un lado puso el símbolo masculino, del otro el femenino; a mí me dibujó justo en medio de la línea con signos de interrogación a los costados. Después agregó:

– Estás del lado equivocado, lo único que tienes que hacer es cruzar la línea. –

Sofía me había dejado sin palabras, eso había sido lo más claro, fuerte y cierto que me habían dicho en muchos años, yo tenía la respuesta y sabía de qué lado quería estar, efectivamente: el problema era que no lo aceptaba, me perdí en la imagen de esa servilleta durante varios minutos.

Después de reaccionar y olvidar por un momento la lección de dibujo, la tomé y la guardé en mi bolsillo. Seguía intrigada con Sofía y le pregunté si sólo había tenido una pareja en toda su vida, me respondió que no, que habían existido otras personas, pero que siempre fueron mujeres, ella desde pequeña tenía claro de qué lado estaba y que no tenía ningún problema con ello. En ese momento envidié su seguridad y la forma en la que hablaba de ello, sin pena ni temor; supongo que se dio cuenta de que a mí me costaba trabajo y me dijo que no pasaba nada, que lo dejara al tiempo y que de ahora en adelante podía confiar en ella y contar con su amistad, para platicar o para lo que yo quisiera. Me sentí bien, fuera de Mauricio (y su gran intuición), con nadie había podido hablar sobre Melissa y, por otro lado, me había gustado compartir nuestras historias, sobre todo, con humor y sin desgarrarme el alma.

Esa noche estuvo genial, no sé cuántas cervezas tomamos ni cuántos cigarrillos fumamos, fue una noche diferente y extraña, desde que entramos al lugar todos se nos quedaron viendo, nunca supe qué fue lo que tanto llamó la atención de todos los ahí presentes, durante toda la noche, ambas sentimos las constantes miradas dirigidas hacia nuestra mesa. A partir de esa noche, las cosas con Sofía fueron diferentes, por alguna razón me sentía cómoda cuando platicaba con ella, aunque era reservada y no andaba por ahí diciendo que era lesbiana, tampoco tenía problema con serlo, vivía su vida sin dar tanta vuelta a las cosas, sin dar explicaciones, era libre. No como yo que, como dicen por ahí: vivía en el closet.

Se acercaba el fin de semana y como ya se había vuelto costumbre, debíamos ir a las sesiones de la maestría, Sofía me preguntó si quería viajar con ella en su auto, a mí me pareció excelente. El jueves por la noche me llamó para que le diera mi dirección y la madrugada del viernes pasó por mí para irnos a Ciudad de México. Ese viaje fue diferente, más relajado y sin tanto silencio, todo el camino platicamos sobre lo que nos gusta, lo que no nos gusta, de música, política, religión, lugares del mundo, los planes que

teníamos por hacer, incluso, sobre nuestros miedos. Yo creo que esa noche de confesiones en el bar derribó cualquier barrera que pudiera haber existido entre nosotras, platicamos como si nos conociéramos de toda la vida. Ninguna de las dos mencionó algo respecto a la plática de aquella noche en el bar, tampoco nos hicimos preguntas incómodas, lo que hicimos fue disfrutar el viaje y las clases, ni si quiera hablamos del trabajo.

El sábado, ya de regreso, a Sofía se le ocurrió que nos fuéramos por la carretera libre, hicimos parada en dos pueblitos que quedaban de paso y los conocimos. Cuando llegamos a mi casa, ya era muy tarde, así que dimos vuelta al auto y nos fuimos a cenar. Eran casi las 11 de la noche y nosotras andábamos por la ciudad como si nada, después de la cena, la invité a pasar a mi departamento para que lo conociera, así que la última parada fue ahí, llegamos y le di un recorrido por mi majestuoso y pequeño hogar, a Sofía le gustó mi espacio. Hice café y se nos fue la noche platicando, a las tres de la mañana Sofía me dijo que se iba, yo le dije que era tarde y que si quería podía quedarse, ella respondió que tenía 29 años y que eso le daba la libertad de decidir dónde pasaba la noche. Por un momento me asustó su respuesta, me quedé viéndola fijamente y entonces entendí que había recurrido de nuevo a su buen sentido del humor, me sonrió y agradeció que me preocupara por ella, terminó dándome la razón y se quedó en el sofá de lo que era mi intento de estudio.

Aproximadamente a las 10 de la mañana abrí los ojos, era la primera vez en mucho tiempo que despertaba a esas horas, para mí era tarde. No escuché ningún ruido, así que me levanté y toqué la puerta, Sofía aún estaba dormida. La desperté y le dije que la invitaba a desayunar, que probaría el desayuno más delicioso de su vida, y ella, sarcásticamente me preguntó:

– ¿A dónde vamos a ir a desayunar? –

Me reí y le dije que yo misma iba a prepararlo, de nueva cuenta se atacó de risa y dijo que eso estaba por verse, acepté el reto y le preparé un omelette de champiñones con queso, serví fruta, hice café y tosté pan. Nos sentamos a desayunar y las dos estuvimos de acuerdo en que sería un domingo de completa flojera, al terminar me dijo que no había sido el desayuno más delicioso de su vida pero que estaba cerca de serlo, considerando su sarcasmo, asumí que le había gustado. Le dije que viéramos una película, al

principio su cara fue de desconcierto, imagino que no esperaba que yo continuara extendiendo la invitación del día anterior. Me dijo que ya había sido suficiente molestia, que quería ir a casa a darse un baño y a descansar, tomó sus cosas y se marchó.

Yo estaba contenta, Sofía era una persona con la que había coincidido en bastantes cosas y quien sabe cuántas más encontraríamos en común; lo que poco a poco iba conociendo de ella me gustaba, era una persona con la que podía pasar horas platicando, debatiendo, viajando, estudiando, riendo, trabajando e incluso en silencio, nada a su lado me había resultado incómodo, molesto o aburrido. En esos meses compartiendo juntas casi todos los días nos fuimos acercando cada vez más, en ocasiones, cuando viajamos a Ciudad de México, salíamos de fiesta y visitábamos algunos lugares de la ciudad. También nos reunimos con sus amigos que viven ahí y pude conocer más de lo que había sido su vida en Ciudad de México. Los fines de semana con ella eran agotadores pero muy divertidos, conforme iba descubriendo a Sofía, fui percibiendo que algo extraño comenzaba a suceder entre nosotras. Ella nunca insinuó nada y yo menos, me sentía bien con su compañía y cada vez ponía más atención en ella para seguirla conociendo.

Ya no sentía que mi vida era caótica, Melissa poco a poco dejó de atormentar mi mente y mi corazón, aunque había días en los que la recordaba y sentía nostalgia al pensar en ella, había concluido que nuestros corazones latían en paralelo y que jamás iban a lograr encontrarse, ya no me inquietaba, sobre todo, ya no dolía. Tenía casi todo en orden en mi vida, mi familia estaba bien, mi primer sobrino estaba por nacer y eso me emocionaba bastante, mi trabajo era maravilloso y lo disfrutaba al máximo, en la maestría estaba aprendiendo muchas cosas interesantes y estaba en contacto con gente nueva.

En otro de nuestros tantos viajes de fin de semana para ir a la maestría, Sofía de la nada, me dijo que le gustaba quedarse conmigo en casa de los abuelos, que si no tenía inconveniente le gustaría pedir asilo de manera formal. A mí me causó gracia su comentario y la propiedad con la que lo hizo, le dije que no creía que eso fuera necesario, ella insistió en que tenía que hablarlo con mis abuelos. Repetí que no había problema, que ellos eran

muy lindos y no necesitaba realizar ningún contrato, acuerdo o algo por el estilo. Cuando llegamos fue lo primero que hizo, se sentó a platicar con ellos, el resultado: obviamente mis lindos viejitos estuvieron encantados de recibirla en su casa y no aceptaron el pago que Sofía les ofreció, le dijeron que lo único que podían aceptar de ella era un abrazo a su llegada y otro a su partida. Ella aceptó el trato y les dio las gracias, se comprometió a cumplir en cada visita. Fue divertido verlos negociar, ojalá más cosas pudieran arreglarse en el mundo con un simple contrato de abrazos, seguro tendríamos un mundo mejor. Ya negociado el hospedaje, continuamos yendo y viniendo cada fin de semana, para mí también resultó lindo que ella se quedara en casa de los abuelos.

Al comienzo de la semana, me llamó Andrea, aquella vieja amiga que había estudiado conmigo en el colegio de monjas desde la primaria hasta la preparatoria. Con ella nunca perdí contacto, aunque vivía en otra ciudad, nos escribíamos a menudo y si nos era posible, nos veíamos cada vez que estaba de paso por aquí. Su llamada me alegró mucho, fue para decirme que estaba en la ciudad porque toda la generación de la prepa iba a reunirse y que no podíamos faltar. Al principio estaba negada a ir, sabía que podía encontrarme con Melissa y no quería verla, tampoco revivir recuerdos. Después de mucho pensarlo, me decidí a ir, a los dos días ahí estaba sentada con todos mis excompañeros y excompañeras de la prepa contando anécdotas de adolescencia.

Mientras todos platicaban lo que habían hecho durante estos años, Andrea me preguntó por Melissa, yo le respondí que no sabía nada de ella, que hacía bastante tiempo no hablábamos. Sorprendida, dijo que cómo podía ser eso posible si en la prepa éramos inseparables, después me lanzó un inesperado discurso y finalizó con una pregunta muy directa:

– A ver Ana, hemos sido amigas por muchos años, estuvimos juntas toda la vida en la escuela, compartimos travesuras, borracheras, mi pedida de mano, mi boda, el nacimiento de mis hijos y muchas cosas más. Yo nunca me atreví a hablar contigo de esto, pero... ya somos adultas, han pasado bastantes años y hoy no sé por qué demonios lo voy a hacer, pero... Bueno, si te incomoda me dices y cambiamos de tema ¿vale? –

– Cuando estábamos en la prepa, sucedieron muchas cosas que a mí me sacaron de onda, a veces, Melissa y tú no se separaban y otras, pasaban días sin hablarse. Cuando eso sucedía, ella iba y me decía cosas que yo no entendía, por ejemplo, recuerdo varias ocasiones en las que Melissa me dijo que ya no te aguantaba, que eras muy celosa y que no entendía tu forma de ser, porque te enojabas si ella hablaba con alguien más. Sin embargo, yo veía lo contrario, como que ella se molestaba si Sara y yo te buscábamos; además, Melissa siempre nos veía feo, ustedes eran como muy intensas y... siempre... emmm.... Bueno, ¿Qué había exactamente entre ustedes? –

Cada una de sus palabras me dejaron perpleja, sin mencionar que también me lastimaron. Siempre estuve casi segura de que Andrea se había percatado de lo que pasaba entre Melissa y yo, ella siempre ha sido una persona muy cercana a mí, sobre todo, cuando Melissa y yo nos distanciábamos, además, Andrea me conocía muy bien, éramos amigas desde hacía bastantes años. Después de escucharla, sentí dolor y coraje, esperé cualquier cosa menos que Melissa se hubiera expresado así de mí, sobre todo, porque se suponía que en ese momento teníamos una relación especial y era más que una amistad. Conocía a Andrea de toda la vida, así que, estaba segura de que jamás mentiría sobre algo así.

En ese momento, pensé que ya no tenía nada que perder, así que alentada por el enojo que me causaron las palabras de Melissa, acepté que entre nosotras se había dado algo más que una amistad, Andrea comenzó a hacer un montón de preguntas y las respondí todas, entre un cuestionamiento y otro, terminé contándole la historia de principio a fin. Andrea me dijo que siempre lo había sospechado, agradeció mi franqueza y lamentó que esa plática no se hubiera dado antes, me abrazó y terminó diciendo que nada, ni la historia que le acababa de contar, podía hacer que cambiara nuestra amistad y mucho menos el cariño que me tenía.

Después de la plática con Andrea, me puse a pensar en muchas cosas, una de ellas, que lejos de perder a una amiga, la conversación ratificó nuestra amistad y confianza. A mí también me hubiera gustado poder compartir con ella en aquel momento lo que sucedió entre Melissa y yo. Dejé pasar el mal rato y me divertí con nuestros recuerdos, sobre todo, con la curiosidad de Andrea, después me dijo que, ya que había tanta confianza, quería saber si

actualmente salía con alguien más, solo le dije que había conocido a Sofía y que me gustaba estar con ella. Andrea dijo que me exigía que la mantuviera informada con ese asunto. La intuición de Sofía y Andrea, me dejó claro que el sol no se puede tapar con un dedo, es muy cierto eso de que el amor y el dinero son dos cosas que no se pueden ocultar.

La compañía de Sofía me hacía bien, a ella no le gustaba estar encerrada en su casa, así que, cada que se le ocurría íbamos de lugar en lugar. Una tarde después del trabajo, me dijo que hacía bastante tiempo no iba a un bar gay, me preguntó si sabía de alguno; le conté que cuando estaba en la universidad había conocido uno. Ella dijo que era hora de divertirnos y nos fuimos directas al bar. Cuando llegamos, pudimos constatar que aún existía, el lugar estaba exactamente igual que aquella vez que fui a visitar a Mauricio, buenos recuerdos llegaron a mí y extrañé a mi amigo, ojalá algún día pueda volverlo a ver.

Sofía estaba incrédula, los bares gay que conocía en Ciudad de México eran mucho más grandes y eran más un antro que un bar, le dije que, aunque tal vez era pequeño, yo me la había pasado bien y que el espectáculo que tenían a media noche era bastante bueno, no le quedó más que quedarse a ver si lo que le decía era verdad. Entramos y llamamos a un mesero para pedir lo de siempre: un tequila reposado derecho y una cerveza clara. Mientras esperamos a que se ambientara el lugar, Sofía me preguntó si ya me había decidido a cruzar la línea que ella había dibujado en la servilleta. Como siempre, su pregunta me agarró desprevenida, la diferencia fue, que ya no me apenaba hablar del tema con ella. Le respondí que estaba en eso y que casi estaba lista para dar el paso, sonrió y dijo:

– ¡Entonces eso lo vamos a celebrar! –

Creo que estaba comenzando a volverme adicta a la compañía de Sofía, pero esta vez, sin manías, impulsos y tensiones, no tenía impaciencia o alguna sensación rara en el estómago. Por el contrario, Sofía me daba paz. Seguimos escuchando la música y platicando, mientras la escuchaba reconocí que me gustaba, solo un ciego hubiera pasado por alto lo bonita que es. Tiene el cabello negro, largo, por debajo de los hombros; la piel blanca y unos seductores y cautivantes ojos de color entre café y aceituna, sin mencionar su coqueta sonrisa y el par de hoyitos que se le hacen en las

mejillas. Entre más la observaba, más caía en la cuenta de que en cualquier momento podía comenzar a pasar algo entre nosotras. Yo aún no estaba lista, así que tomé las cosas con calma; no quería enviar señales equivocadas, mucho menos recibirlas.

Seguimos platicando, fumando, bebiendo y cantando canciones, por un momento, nos quedamos mirándonos fijamente una a la otra y la presencia de una chica interrumpió nuestro momento, con toda la confianza del mundo se acercó a la mesa y preguntó si éramos pareja, Sofía, que era la persona más directa que conocía, le devolvió la pregunta:

— ¿Que si somos pareja? —

La chica notó la molestia de Sofía y dijo que no quería causar problemas porque estaba a punto de sacarme a bailar. Esa chica se había plantado ahí con la misma bravura que tenía mi acompañante, yo me sentí apenada y un poco incómoda. Sofía seguramente lo notó, así que al instante le dijo a la chica que no había problema, que si yo quería ir a bailar con ella estaba bien. Yo no quería bailar, así que le dije que tal vez más tarde, ella me sonrió y dijo:

— ¡Te lo aseguro! Será más tarde. —

Dio la vuelta y se fue. Sofía comenzó a darme todo un sermón sobre disfrutar de la vida y de cada momento, me dijo que, si me había gustado la chica, nada tenía de malo que fuera a bailar, yo le dije que prefería seguir platicando con ella, tomó su tequila y comenzó sus acostumbradas consagraciones con las bebidas:

— ¡Por Ana! La que en un ratito se va a ir a bailar. —

Tomé mi cerveza y le seguí la corriente sin estar muy conforme con lo que había dicho. Después de estar un buen rato platicando, le dije a Sofía que fuéramos a bailar, yo no quería que la chica atrevida volviera y me llevara a rastras a la pista. Sofía me extendió la mano y la jalé. ¡Qué manera de bailar! Disfruté cada uno de sus movimientos, cantaba las canciones que se sabía y por momentos tomaba mis manos para que siguiera su ritmo. Nos estábamos divirtiendo bastante y yo estaba descubriendo otra de sus facetas.

Seguimos bailando y cuando acordé, la chica que había ido a la mesa, estaba parada bailando con nosotras, éramos 3 brincando al ritmo de la música. Pocos minutos después de la abrupta invasión, Sofía se acercó a decirme que iría al baño, que siguiera bailando, se dio la vuelta y desapareció; yo me quedé ahí con la chica atrevida, rubia y delgada quien tal vez tenía unos cuantos años más que yo. Ella me bailaba de manera provocativa, me rozaba, por un lado, por el otro, hacia adelante y hacia atrás. Entre un paso y otro se presentó:

– Me llamo Alejandra, tengo 32 años, soy química y trabajo en un laboratorio. –

Le seguí los pasos tomando mi distancia, dije mi nombre y que trabajaba en la radio. La chica no paraba de pegarme su cuerpo al bailar y Sofía no aparecía, comencé a sentirme incómoda y la busqué, la vi sentada en la mesa fumando un cigarrillo. Le dije a Alejandra que quería volver a la mesa, que había dejado sola a mi amiga mucho tiempo, ella me dijo que eso significaba que la estaba bateando, yo me reí, me pidió mi número telefónico, y como la vi muy enfiestada y sin algo en dónde anotarlo, se lo di lo más rápido que pude, me despedí de ella y volví con Sofía.

Cuando llegué a la mesa, ella ya había pedido otra ronda de bebidas, me dijo que seguro estaba sedienta; así fue, me tomé media cerveza de un trago. Después de sentarme, me preguntó qué tal había estado mi baile, dije que bien pero que me había incomodado tenerla casi encima de mí. Le conté sobre el bateo y el número de teléfono y también que se lo había dado porque con la fiesta que traía seguro no iba a poder memorizarlo. Sofía se rio y no dijo más. El resto de la noche nos quedamos en la mesa, le pregunté a Sofía si su familia conocía su preferencia sexual, me dijo que sí, que todos quienes la conocían lo sabían o al menos lo intuían. Me contó que cuando habló con su familia sus papás y uno de sus hermanos la apoyaron, el otro, aún no podía aceptarla del todo, no estaba de acuerdo con la vida de Sofía.

Después cambió el tema y me dijo que estaba feliz de haberme conocido, que aún no podía creer que con tan poquito tiempo de conocernos mis abuelos y yo habíamos tenido muchas atenciones con ella. Finalizó diciendo que yo me estaba convirtiendo en alguien muy especial. Yo no quise dar

interpretación a sus palabras, las escuché tal cual las dijo y no di vueltas a nada, nos miramos, sonreímos y bebimos. Continuamos con la música, la cerveza y el tequila, de repente, Alejandra apareció de nuevo en nuestra mesa, me dijo que le gustaba y se fue. Me sentí incómoda, no supe que hacer, Sofía repitió de nuevo que viviera el momento y lo dejara pasar, que no me enganchara, que si Alejandra me había gustado estaba bien y si no me había gustado, también estaba bien:

– ¡No pasa nada! – me dijo.

Esa noche me divertí mucho, ir a un bar gay con Sofía había sido toda una experiencia.

La siguiente semana, Sofía llegó a mi oficina contenta y dando brincos, había encontrado por fin un departamento, ya quería mudarse. Me pidió que la acompañara a firmar el contrato de arrendamiento y a recibir las llaves, tomé mis cosas y nos escapamos del trabajo. El departamento ya estaba amueblado, por lo que para Sofía la mudanza sería algo sencillo, bueno, relativamente, porque estaba en el último piso del edificio. El lugar estaba lleno de luz y con una vista maravillosa, firmó el contrato y nos regresamos a la oficina. Sofía me dijo que me debía una tarde juntas y que había llegado la hora de pagar deudas, acordamos que en cuanto se instalara estrenaríamos su departamento, por supuesto, le dije que contara conmigo para lo que necesitara.

Ese fin de semana Sofía no viajó conmigo a Ciudad de México, se quedó arreglando todo para instalarse lo más pronto posible, así que me fui en autobús y confieso que fue el viaje más aburrido y tedioso que tuve. Eso sí, antes de irme, Sofía me llevó a la terminal de autobuses y me dio una canasta de dulces regionales para mis abuelos; me pidió que no olvidara darles un abrazo de su parte. En esa ocasión volví el sábado a casa, ir sin Sofía no me había gustado y no quise quedarme, saliendo de la maestría tomé el autobús de regreso; además, era cumpleaños de mi mamá y le haríamos una comida para celebrarla. Mientras viajaba en el autobús, envié

un mensaje a Sofía para saber cómo estaba y cómo iba con lo de la mudanza, aproveché también para invitarla al cumpleaños de mi mamá, mi familia no la conocía así que me pareció una buena ocasión para presentarla. Recibí respuesta, Sofía estaba exhausta, casi terminaba de desempacar todo y aceptó la invitación. Yo no había comido, tomé un taxi y pasé a comprar una pizza para compartirla con ella, quería darle la sorpresa y ayudarla a desempacar lo que faltaba.

Cuando llegué a su departamento y abrió la puerta, se sorprendió al verme ahí, noté que disimuladamente trató de acomodar su cabello. Me encantó verla en fachtas, vestía unos jeans ajustados, una camiseta negra, tenis y gorra del mismo color de la camiseta. Aunque ella insistía en disculparse por estar hecha un desastre, a mí me pareció que se veía muy atractiva sin la ropa formal con la que siempre llegaba a la oficina. Le dije que seguramente no había comido y acerté, así que nos sentamos entre las cajas que aún quedaban en la sala y comimos pizza. Mientras la ponía al corriente con la sesión de la maestría, sonó mi celular; como no reconocí el número del que llamaban tardé un poco en decidir si contestaba o no la llamada. Al responder, con solo escuchar el melodioso timbre de voz, supe que era Alejandra. Honestamente había olvidado cómo se llamaba, así que me reí y la saludé como Dios me dio a entender:

– ¡Hola chica del bar! –

Cuando dije eso, Sofía volteó a verme de manera instantánea, sabía quién era la chica del bar. Se levantó y me hizo señas para tomar un cigarrillo de mi bolsa, abrió la ventana de la sala y comenzó a fumar. Esa era la segunda vez que la veía encender un cigarrillo, la primera fue en el bar, mientras yo bailaba con Alejandra. Me acordé de eso que me había dicho, solo en malos momentos encendía un cigarrillo, así que supuse que no le había caído muy bien la llamada. No tardé mucho conversando con Alejandra, sólo llamó para saber si podía ir esa noche al bar, le dije que estaba ocupada, que sería en otra ocasión. Colgué y registré su número por precaución; me acerqué a Sofía y le dije que continuáramos comiendo, ella no dijo una sola palabra respecto a la llamada y yo tampoco. Seguí su consejo y en ese momento pensé que era mejor dejar pasar el momento.

Cuando terminamos de comer, desempacamos las pocas cajas que quedaban en la sala. Después de los meses que había compartido con Sofía, el tiempo junto a ella transcurría inadvertido, las horas pasaban y pasaban y yo no me daba cuenta, cuando vi el reloj era la una de la mañana, le dije que debía irme y que la vería en la comida de mi mamá. Pasaría por ella a las dos de la tarde en punto, agradeció la pizza y la poca ayuda que pude darle, llamamos un taxi para que me llevara a casa. Antes de irme, Sofía me pidió que le avisara cuando llegara, quería cerciorarse de que había llegado bien.

Así lo hice, al llegar a casa dejé la maleta en la entrada de mi habitación y le envié un mensaje para darle las buenas noches, me puse la pijama y me alisté para ir a dormir. Estaba demasiado cansada y me esperaba un día ajetreado; apagué la luz y justo cuando iba a acostarme llegó su respuesta:

– Gracias por tu visita y por la pizza. –

– Eres un ángel, inocente, pero eres un ángel. –

– ¿Pensaste que tu compañera de baile olvidaría tu número? jajaja ¡Buenas noches! –

Ya no respondí, Sofía tenía razón y había sido muy inocente. Me puse a pensar en lo que estaba pasando: por un lado, Alejandra no me desagradaba, era atractiva y bailaba muy bien. Por el otro, Sofía era todo un misterio para mí, pero de ella, me gustaba todo, aún no sabía de qué manera, solo sabía que me sentía bien a su lado y la había extrañado ese fin de semana, eso era todo lo que tenía claro hasta el momento. No llegué a ninguna conclusión, me venció el sueño.

A la mañana siguiente, desperté a las ocho de la mañana, me levanté y desayuné, arreglé el regalo que tenía para mi mamá y le escribí un pequeño mensaje en una tarjeta; me bañé y estuve lista justo a tiempo para pasar por Sofía. Al llegar a su departamento la llamé para avisarle que estaba ahí, me estacioné frente a la puerta del edificio y esperé a que bajara, cuando salió me quedé boquiabierta; nunca la había visto así, estaba guapísima, traía un ramo de rosas rojas en la mano que obviamente eran para mi mamá, cuando se subió al auto percibí un aroma delicioso que para nada era el de las flores, ella jamás había usado ese perfume, en cuando se subió le dije:

– ¡Estás guapísima Sofía! Y hueles delicioso. –

Me dijo que no fuera exagerada, que sólo se había arreglado un poquito más, me devolvió el cumplido y nos fuimos a casa de mis papás. Llegamos puntuales, mi mamá siempre me decía que yo debía aprender de la puntualidad de los ingleses, a todos lados llegaba tarde. Entramos a casa y felicité a mi mamá dando brincos sobre ella para darle un fuerte abrazo, le presenté a Sofía y ella le dio las flores que llevaba, mi mamá agradeció el detalle y llamó a mi papá para que la conociera, después, todos nos sentamos en la sala mientras llegaban mis hermanos, la familia y los demás invitados. Nosotras mientras tanto, les platicamos cómo nos habíamos conocido y el montón de coincidencias que se habían dado entre nosotras, a los pocos minutos llegó Mar con tremenda barriga y después Hugo con su novia, los presenté y poco a poco fueron llegando todos.

Mar no había cambiado nada, en cuanto estuvimos solas, comenzó a bromear sobre Sofía y a decirme que ahora entendía porque me había desaparecido por semanas, yo como siempre me reía y le sobaba la tremenda panza que parecía que iba a reventar, me dijo que en un par de semanas tendría un guapo sobrino, yo me emocioné como nunca, era mi primer sobrino y estaba ansiosa por conocerlo. A pesar de que Mar a veces hacía sus comentarios raros, teníamos una relación muy especial, al igual que con Hugo, sin importar nada, ni siquiera los años, seguíamos siendo los mismos cómplices que éramos de niños. Yo me sentía mal por no poder abrirme del todo con ellos, tenía miedo de decirles que era homosexual, temía que me rechazaran. De mis papás no tenía idea de qué esperar, así que continué sin decir nada. Además, no había nada que contar, estaba sola y Sofía era una amiga que de entrada les había caído muy bien. Pasamos una tarde muy amena, esperamos hasta que el último de los invitados se fue. Le dije a Sofía que la llevaría a su casa porque quería regresar y ayudar a recoger el desastre que había quedado, como siempre, ella se solidarizó y me dijo que también se quedaría a ayudarnos con la condición de que le diera un aventón.

El lunes siguiente fue un día extraño, cuando llegué a mi oficina encontré un ramo de flores sobre mi escritorio y una tarjeta sin remitente que decía:

– ¡Que tengas un hermoso día, como tú! –

No tenía idea de dónde habían salido esas flores, salí a recepción y pregunté quién las había llevado, me dijeron que las había entregado un mensajero en motocicleta. Regresé a mi oficina y recordé que Sofía le había llevado unas muy parecidas a mi mamá, mi corazón se alteró y me emocionó pensar que tal vez ella había sido quien las había enviado. La tarjeta me hizo dudar, no era su estilo. Marqué a su extensión y después de saludarla, sin rodeos le pregunté si ella había enviado las flores. Sofía, completamente desconcertada dijo:

– ¿Flores? ¿Cuáles flores? ¡No entiendo de qué hablas! –

Le dije que viniera a mi oficina para que viera de lo que le hablaba, cuando llegó se puso ambas manos en la cara, tomó la tarjeta y la leyó para después exclamar:

– ¡De veras que eres inocente! –

– ¿En serio no sabes quién te las pudo haber enviado? –

– ¡La química Ana, la química! –

Se dio la vuelta y se fue.

Yo no sabía si llamar o escribirle un mensaje de texto a Alejandra, aún tenía la duda de que fuera ella, yo no recordaba haberle dicho dónde trabajaba, así que cabía la posibilidad de que no fuera ella. Tenía bastante trabajo así que dejé las flores para después, me enfoqué en lo que debía hacer, no le di importancia al asunto porque cuando me pongo obsesiva con algo, no hay quien me saque de ahí, me dediqué a trabajar y a terminar los pendientes que tenía. Al final del día, tomé mis cosas y me fui a casa, ahora tenía que estudiar y hacer los proyectos que debía entregar en la maestría.

Ya en casa me puse cómoda, preparé café y saqué el material de mi proyecto, me acosté en sillón de la sala a leer los artículos para escribir mi ensayo. Estaba muy concentrada tomando notas sobre lo que leía cuando sonó mi celular, era Alejandra. Sonó varias veces, antes de que contestara, no sabía si quería escuchar que ella había enviado las flores; pensé que, aunque la curiosidad mató al gato, murió sabiendo, así que contesté.

Alejandra me saludó con su peculiar tono de voz, alocado e irreverente, como si nos conociéramos de años, después me preguntó si me habían gustado las flores. Su pregunta me recordó lo que había dicho Sofía, yo era muy inocente. No necesité más para saber que Alejandra era decidida, le di las gracias por las flores y también le pregunté cómo fue que supo a dónde enviarlas. Alejandra dijo que yo misma le compartí que trabajaba en una radiodifusora, como en la ciudad no había muchas opciones, buscó en Internet e intuyó que era en la central de medios. Consultó la página de la empresa y ahí vio mi nombre, esa fue la forma en la que dio conmigo.

No me quedaba duda de que Alejandra estaba interesada en mí, nadie se toma la molestia de investigar y enviar un ramo de flores. A leguas se le notaba que hacía lo que quería y no le tenía miedo nada, durante la llamada lo volvió a dejar claro: me dijo que le gustaba y que quería conocerme; que esperaba no haberse equivocado y en lugar de impresionarme me hubiera molestado, antes de despedirse me pidió que saliéramos a tomar algo y que le permitiera acercarse a mí. Fueron muchas declaraciones para una sola llamada, así que yo, primero agradecí las flores y después le dije que estaba un poco complicada con algunos trabajos, casi abruptamente, terminé con la llamada.

Ya no pude continuar leyendo, no me concentraba. Alejandra me había inquietado primero con las flores, y luego con sus palabras. De nuevo, recordé lo que Sofía me había dicho en el bar: tenía que disfrutar y vivir la vida. Sin embargo, me preocupaban varias cosas, por un lado, Alejandra y sus flechas directas, Sofía y sus reacciones extrañas; lo que más me daba vueltas en la cabeza era que hacía muchos años yo no salía con una mujer. Melissa rondaba a veces mi pensamiento y no quería volver a pasar por lo mismo, ni si quiera tenía el valor para salir del closet, me angustiaba todo lo que eso implicaba; me preocupaba mi familia, mis amigos, mi trabajo y debo reconocerlo, también Sofía. Al día siguiente en la oficina, la llamé para reconocer mi inocencia y darle un punto más a su intuición, otra vez tenía razón, las flores las había enviado Alejandra. Ella volvió a decirme que me pasaba de inocente y que ahora tenía que decidir si le daba entrada o no, que más claro no lo podía tener. Esos días ya no le di vueltas al asunto, tenía mucho qué hacer y aún no terminaba el ensayo para entregarlo el fin de semana, dejé a Alejandra para después.

Llegado el momento nos fuimos a Ciudad de México. Esta vez me tocó a mí el volante. Ella sólo se dedicó a cantar canciones, todo el viaje mantuvo encendido el estéreo del auto y no platicamos como lo habíamos hecho en los viajes anteriores. Yo tampoco hablé mucho, iba pensando en Alejandra. Desde la conversación sobre las flores estuvo constantemente llamando y enviando mensajes para saludarme o desearme un buen día, en algunos preguntaba sobre mi color favorito, qué me gustaba hacer y todo tipo de preguntas, supongo que solo quería saber más de mí. No me molestaba responder sus llamadas o sus decenas de mensajes, pero, Alejandra era una mujer que nunca descansaba, como si tuviera todo el tiempo la pila al 100%. Con todo y su sobre carga de energía, decidí en medio de la carretera que saldría con ella. Otra vez el gato, lo mató la curiosidad, pero murió sabiendo.

Otro de los mejores momentos de mi vida sucedió esa semana, nació mi sobrino y desde su llegada, todas las tardes visité a Mar, me tenía loca ese bebé. Después de llenar de besos al pequeñito, regresaba a casa porque necesitaba estudiar, escribir ensayos y leer. A media semana, Sofía me invitó a su departamento para ver una película, ya había terminado de instalarse y quería cumplir la promesa que yo creí olvidada. Antes de llegar a su casa, pasé a comprar una botella de vino tinto, quesos, carnes frías y aceitunas, no quería llegar con las manos vacías. Tenía muchas ganas de verla, esa semana estuvimos en medio de mucho trabajo, y no coincidimos ni en la oficina.

Ese día, Sofía extravió su cordura. Estábamos viendo la película y abrió la botella de vino, cuando estaba por entregarme la copa, esperó a que yo la sujetara, puso su mano sobre la mía y me jaló hacia ella. Nuestros cuerpos quedaron pegados uno al otro con la copa de vino en medio, me sostuvo la mirada y sonrió, después me soltó y regresó a sentarse frente al televisor. No entendí lo que había pasado, continuamos viendo la película y cuando terminó le dije que me iba. Al despedirme de ella volvió a sujetarme y me dio un abrazo con mucho afecto, nunca lo había hecho, es más, creo que no recordaba que antes me hubiera abrazado. No entendí por qué actuó así. Los siguientes días volvió a comportarse como normalmente lo hacía.

Los viajes continuaron puntuales, cada 8 días; en ellos, platicábamos y filosofábamos, pero ya no le contaba lo que estaba sucediendo con Alejandra, ella tampoco preguntaba. Alejandra me atraía mucho, no sé exactamente de qué manera, pero intuía que lo nuestro era más físico que nada. La única forma que encontré de averiguar lo que sentía fue continuar saliendo con ella, pero me comporté diferente; así como ella no tenía filtro, yo comencé a dejarme llevar por mis impulsos. Nos vimos muchas veces, la mayoría de ellas fuimos a bailar, me parecía que a Alejandra no disfrutaba nada más que salir al antro y la verdad, yo estaba bien con eso, ahí nadie me conocía. Cada vez que salíamos, ella era más atrevida conmigo, siempre dejaba muy claras sus intenciones; al principio fui evasiva con ella y me alejaba cuando se ponía romántica, después me dejé llevar y ya no me resistí cuando intentó besarme. Esa vez no salí huyendo como quizá lo hubiera hecho en otro momento, me gustó besar a Alejandra y lo repetimos una y otra vez.

Llevaba semanas saliendo con ella y continué sin contarle nada Sofía. Aunque nunca tocaba el tema, supongo que ya se había dado cuenta, Alejandra entraba y salía de la central de medios como si trabajara ahí. Yo no sabía si quería que Sofía supiera lo que estaba pasando, ni siquiera yo sabía que había entre Alejandra y yo. Ella actuaba todo el tiempo por impulso, nuestros encuentros se reducían a bailes, besos y toqueteos, nunca sostuvimos una conversación seria, así que no tenía muy claro si eso era lo que quería. Con Alejandra no sabía a qué atenerme, ella vivía el momento y en muchas ocasiones, ponía a prueba mi límite con su imprudencia y su excesiva espontaneidad, nada ni nadie podía pararla. Eso me hacía detenerme un poco, a mí me gustaba un ritmo de vida más tranquilo, pausado, suave, con subidas y bajadas, pero no todo el tiempo con el acelerador a fondo, me resultaba agotador tratar de seguirle el paso.

El fin de semana tenía que ir de nuevo a la maestría, así que fui a buscar a Sofía a su oficina para ponernos de acuerdo sobre el viaje. Primero la saludé y le dije que la había extrañado durante la semana, ella me dijo que también me había echado de menos y que proponía que pasáramos todo el fin de semana en Ciudad de México, era cumpleaños de uno de sus amigos e iban a celebrarlo. Organizamos el viaje y dejamos todo listo para partir muy temprano a la mañana siguiente.

Esta vez tocaba ir en el auto de Sofía, pasó por mí al departamento y me aventó las llaves, me dijo que me tocaba manejar, colocamos la maleta en la cajuela y partimos. Los trayectos en carretera se prestaban para que Sofía y yo platicáramos de todo, así que pensé que era el momento de contarle lo que había sucedido entre Alejandra y yo, a esas alturas tenía las cosas más claras. Mientras pensaba en como comenzar, Sofía me ganó y preguntó cómo había estado mi semana, así que comencé por platicarle que me seguía viendo con Alejandra. Sofía escuchó atenta lo que yo decía y al mismo tiempo tarareaba las canciones, cuando llegué a la parte del beso, Sofía subió el volumen del estéreo y antes de continuar cantando a todo pulmón me dijo:

— ¡Te tardaste! —

De nuevo, no supe cómo interpretar su comentario, ya no pude decir más porque ella no paró de cantar, así que me sumé al coro y cantamos. Llegamos a Ciudad de México y antes de incorporarnos a Reforma, me detuve para que ella se pasara al volante, a mí nunca me ha gustado conducir por ahí. Cuando se subió del lado del conductor me lanzó una mirada extraña, acompañada de una sonrisa de incredulidad para después rematar:

— ¡Así que ya cruzaste la línea! —

Yo me quedé callada, no había pensado en eso, quizá tenía razón, me había besado con Alejandra en repetidas veces y eso me ponía de un lado de esa línea que ella había dibujado. Llegamos al campus y entramos a clase; yo no tenía nada que decir y ella tampoco, me dejó pensando en la dichosa línea, ese día estuve ausente. Al salir de clases, fuimos a casa de mis abuelitos y los invitamos a cenar. Cerca de su casa había un pequeño restaurante al que les gustaba ir, así que Sofía y yo quisimos consentirlos un poquito en agradecimiento a la posada que nos daban cada fin de semana. Durante la cena Sofía y mis abuelos se dieron vuelo con la plática, comenzaron hablando sobre un libro y terminaron haciendo reseñas de lugares, artistas, música y algunos sucesos históricos; para la historia mi abuelito se pintaba solo. Me dio gusto verlos así, ellos se habían encariñado mucho con Sofía y cuando los visitábamos eran felices.

El sábado por la mañana nos fuimos de nuevo a la maestría, teníamos todo el fin de semana para disfrutar de la ciudad, yo estaba tranquila porque había bastantes kilómetros entre Alejandra y yo, lo que era bueno, porque así podía pensar con más claridad y no se me iba a aparecer intempestivamente como solía hacerlo. Estábamos en clase y escuché que mi celular vibraba, lo saqué de la bolsa y era ella, ¡tenía doce llamadas perdidas! Por la cantidad de intentos, pensé que podía ser importante, así que salí del salón y la llamé. Lo que Alejandra quería era saber a qué hora regresaba porque quería ir conmigo a bailar, le dije que aún estaba en clase y que me iba a quedar el fin de semana con mis abuelos porque tenía un compromiso. Ella se molestó y me preguntó:

– Ana, ¿Así serán todos los fines de semana? –

Le dije que, si se refería a ir y venir a Ciudad de México cada ocho días, así sería por un largo tiempo, escuché que respiró como dragón furibundo y me colgó. Guardé mi celular y regresé a clase, no quise dar demasiada importancia a su llamada, la verdad su tono, su pregunta y la actitud también me habían molestado.

Al salir de clases nos fuimos directas a casa de mis abuelos, teníamos que arreglarnos para ir a la fiesta del amigo de Sofía. Cuando la vi salir lista para la noche, me quedé nuevamente pasmada, estaba endiosada con ella, últimamente Sofía se arreglaba demasiado y llamaba mi atención de sobremanera. Dejamos el auto en casa de mis abuelos y nos fuimos en taxi para no manejar a altas horas de la noche, más a sabiendas de que íbamos a una fiesta, cuando nos dirigíamos a casa del amigo de Sofía ella me preguntó si me había gustado el beso con Alejandra, yo le respondí tratando de no profundizar en la pregunta y dije que no me había desagradado. Una parte de mí no quería hablar al respecto por dos razones: la primera, estaba molesta con Alejandra después de la llamada y la segunda, había notado que Sofía últimamente se comportaba extraña cuando de Alejandra se trataba, no quería precipitarme y alejarla. Tal vez me había gustado el beso, lo que no me gustaba eran sus impulsos, su efusividad y la explosividad que en la llamada había mostrado, tampoco me agradaba saber que lo único que había entre nosotras era pura atracción física. Con Sofía todo era diferente, ella me hacía sentir algo más.

Llegamos a la fiesta y entregamos al cumpleaños su regalo además de un pastel que llevó Sofía. Saludamos a todos y nos integramos a la conversación sentándonos en unos taburetes que estaban alrededor de la sala. Mientras todos platicaban y se ponían al día, yo seguía pensando en lo mismo: Sofía estaba celosa de Alejandra y eso me hacía cuestionarme por qué si tanto le molestaba verme con ella, actuaba conmigo de lo más natural sin mostrar algún tipo de interés, o sin dar una clara señal de que yo le gustaba, lo único que tenía presente en ese instante, era que cuando estaba con ella todo era distinto, incluso el mundo y la vida, me parecían diferentes. Después de unos minutos ensimismada, reaccioné y me di cuenta de que ése no era ni el momento ni el lugar para dar rienda suelta a mis dudas y monólogos internos, así que puse pausa a mi torrente de pensamientos y me dediqué a disfrutar de la fiesta, de la compañía de Sofía. Cenamos riquísimo y en cuanto comenzó la música, nos paramos a bailar, estuvimos bailando juntas toda la noche. Así como un día hice con Alejandra, en esa fiesta decidí dejarme llevar por mis impulsos, por lo que sentía y por lo que quizá quería; la observé cuidadosa y delicadamente durante toda la noche y ella a mí, intercambiamos miradas que nos envolvieron en algo muy especial. Por momentos, el ritmo de la música nos dominaba y perdíamos el control de nuestros cuerpos, permitiéndoles que se encontraran uno pegado al otro, nuestras caras quedaban muy cerca una de la otra y por un instante no anhelé más que besarla, justo ahí, en ese momento, caí en la cuenta de que Sofía me encantaba, estaba enganchada a ella de diferentes maneras, con todo mi ser, con todos mis sentidos; con ella no sólo era deseo y diversión, había algo más que me hacía rendirme ante su mirada, y sí, reconozco también el deseo que me provocó con en el movimiento de sus caderas.

Al terminar la fiesta, uno de los amigos de Sofía nos llevó a casa de mis abuelos, cuando llegamos, entramos en silencio para no despertarlos y cada quien se fue a su habitación. Como de costumbre, no podía dormir; había estado soñando despierta con Sofía toda la noche y algo me sucedió. Siempre que algo o alguien me inquietaba, el insomnio se hacía presente, hoy tenía nombre y se llamaba Sofía. Me cansé de dar vueltas en la cama y mejor me levanté, quité la colcha y me envolví en ella para salir a sentarme en la mesita del corredor, quería fumar y dejar volar mis pensamientos con el humo. Caminé despacio y sin hacer ruido, no quería despertar a nadie;

abrí cuidadosamente las compuertas de madera y salí al corredor, encendí un cigarrillo y de la nada comencé a llorar. Estaba cansada de tantas dudas, de no ser yo, de querer vivir mi vida y no saber cómo hacerlo. Ya no quería sentirme constantemente abrumada por el temor de lo que los demás pudieran esperar, sentir, pensar, o decir respecto a mí, tenía que hacer algo y estaba decidida a hacerlo ya. Hacía bastante frío, pero quería resolver en ese instante mi vida; encendí otro cigarrillo y pensé que lo primero que tenía qué hacer era dejar de hacer drama por todo y enfrentar las cosas, podía empezar aceptando lo que sentía por Sofía.

No me importó la hora, tomé el celular y llamé a Alejandra, estaba segura de que no iba a despertarla, sabía que estaría bailando en algún lugar. Cuando contestó, para nada estaba tranquila, aún seguía enojada y efectivamente dando brincos en un bar, le dije que la llamaba porque tenía algo importante qué decirle. Comencé por explicarle que nuestros tiempos eran diferentes, y que no quería que eso fuera un problema, le dije que para mí era muy importante estudiar la maestría y que era algo que no iba a dejar; continué diciéndole que me gustaba mucho y antes de que pudiera terminar de hablar, Alejandra me interrumpió diciendo que estaba en lo cierto, que nuestros intereses eran muy diferentes, que la había pasado muy bien conmigo y que prefería que no nos viéramos más. Nunca estuve tan de acuerdo con ella y no dije más, nos dimos las gracias por lo compartido y así terminó lo que en ningún momento comenzó. Fue mucho más sencillo de lo que esperaba.

Al terminar la llamada me sentí aliviada, rematé la noche estando segura de lo que quería sin sentimientos de culpa y sin prejuicios. Aún no sabía cómo iba a resolver lo que me sucedía con Sofía, lo que me había quedado claro fue que quien estaba detrás de la línea era ella y nadie más. Necesitaba encontrar la manera de llegar a Sofía, ella me estaba dando una lección: todo sucede por alguna razón, algunas veces hacemos caso a esas señales y otras, las perdemos de vista o nos negamos verlas. No importa qué hagamos, las alertas siempre aparecerán esperando que las descubramos. Sofía era mi alerta, mi señal y estaba esperando que yo me diera cuenta.

Cruzando la línea

Después de una noche de fiesta y revelaciones, Sofía y yo teníamos que regresar. Ese domingo desperté sintiéndome diferente; nadie se había levantado aún, me metí a bañar y después fui a la cocina a prepararles el desayuno. Mientras esperaba a que Sofía y mis abuelos aparecieran, me hice un café y salí a sentarme a mi acostumbrada silla del corredor, tomé mi bolso y saqué de mi cartera la servilleta arrugada en la que Sofía me había dibujado esa línea que tanto me inquietaba.

La observé durante varios minutos y reflexioné sobre lo que había pasado la noche anterior, no podía dar marcha atrás, tenía que mantener el valor de cruzarla, al otro lado me esperaba Sofía. En ese momento se me ocurrió que con la misma servilleta yo podía darle ahora una señal. Me levanté y la coloqué en su lugar con los cubiertos encima. En cuanto escuché que estaban de pie fui corriendo a saludarlos y les dije que el desayuno estaba listo, llevé a la mesa los hotcakes, la mantequilla, la miel, la mermelada y por supuesto el café.

Todos nos sentamos a la mesa, durante el desayuno, estuve atenta a que a Sofía no se le ocurriera tirar la servilleta después de limpiarse los bigotes de miel, a veces era muy despistada y no quería que mi señal se fuera directa a la basura, ella tenía que saber que estaba lista para encontrarla. Después de un hotcake y medio, Sofía por fin tomó la servilleta, al abrirla, se percató de que era la misma en la que ella, aquella noche extraña del bar, me había dibujado sobre una línea. Sonrió extrañada y me miró, la guardó en su bolsillo derecho de la chamarra y tomó otra del servilletero. A mí me cosquilleó el estómago, también le sonreí y le guiñé un ojo.

Después de desayunar, mis abuelos nos invitaron a caminar un poco por el vecindario antes de irnos. Entre Sofía y yo recogimos la mesa y lavamos los platos, después subimos el equipaje al auto. Ya teníamos todo listo para nuestro regreso. Mientras caminábamos mi abuelito nos relataba la historia del teatro que estaba en la esquina de su casa e hizo un recuento de todas las obras y artistas que por ahí habían pasado desde que se construyó el recinto. Al compás de cada palabra que él pronunciaba, yo detenía mis pasos para lograr la distancia perfecta que me permitiera observar a Sofía completita. Una vez frente a mí, no pude apartar la mirada de ella, mi corazón me estaba diciendo que la espera había valido la pena. Todos esos años que se

fueron, no transcurrieron en vano, hoy estaba lista para volver a amar, esta vez con libertad, sin ataduras ni restricciones, sin complejos ni prejuicios. Sofía había llegado a mi vida en el momento preciso, no antes, no después. Con el alma llena de certeza, comencé a caminar para alcanzarlos, me coloqué a un costado de Sofía y sutilmente recorrí su brazo con la punta de mis dedos hasta tomar su mano, le sonreí. Pegadas una a la otra terminamos el recorrido por las calles cercanas a la casa de mis abuelitos y nos despedimos de ellos.

Ya de regreso, Sofía conducía el auto. Llegamos a Santa Fe y eso indicaba que nos aproximábamos a la primera caseta de cobro para ingresar a la autopista. Buscó el dinero en bolsillo derecho de su chamarra y lo que encontró fue la servilleta que la había sorprendido en el desayuno. La puso entre sus piernas y sacó el dinero; mientras esperábamos nuestro turno en la fila de autos, me preguntó qué había significado la servilleta. Yo me reí al recordar su cara cuando la abrió frente a mis abuelos y le pregunté:

— ¿Realmente quieres tener esa conversación ahora?

Esperé su respuesta, pagamos el peaje y continué conduciendo, no daba crédito a su silencio, ella siempre tenía listas las frases y preguntas que anulaban por completo mi argumento, Sofía no decía nada. De manera inesperada, dio un volantazo para detenerse abruptamente en un paradero de autobuses, apagó el auto, puso el freno de mano y sin más, me besó. Además de haberme robado un beso, me dejó sin habla, yo quise decirle que ella también se había tardado como alguna vez ella me dijo a mí, pero no pude. Cuando cayó en la cuenta de que su beso me había enajenado preguntó:

— ¿Te parece bien aquí Ana? —

Yo aún no recuperaba el habla, pero ya tenía la respuesta a su pregunta, en cuanto recobré el juicio respondí con otra pregunta:

— ¿Te refieres al beso o al lugar? —

Ambas estallamos en risas y ya con mi sensatez de vuelta, le dije que el lugar era perfecto. Que ahora me explicara qué había sido ese beso, Sofía

respondió:

– ¡Pues un beso! ¿No te quedó claro? Para repetirlo –

Cada que yo le hacía una pregunta, me tropezaba con su respuesta, así que solo le dije que necesitaba saber por qué lo había hecho. Ella acertó nuevamente con su respuesta:

– A ver, la que quería hablar eras tú, así que primero dime lo que me tienes que decir y luego vemos cómo te explico lo que es un beso. –

Me rendí, después de todo eso, no quedaba mucho por decir. Sin embargo, tenía que intentarlo, quería que Sofía supiera cómo había logrado llegar hasta ahí. Comencé a hablar:

– Sofi (porque después del beso ya estábamos en confianza) ¡Tenías razón!, me he empeñado en permanecer sobre una línea que no me lleva a ningún lado, así que anoche en la fiesta, decidí que iba a dejarme llevar por lo que me haces sentir, eso fue lo que me llevó a... y... –

Me quedé trabada ahí. Sofía me imploró como nunca:

– Continúa, ¡Por favor!, no vayas a empezar a darle vueltas ¿llevó a...?–

Y yo sin dudarle, ni por un solo segundo continué:

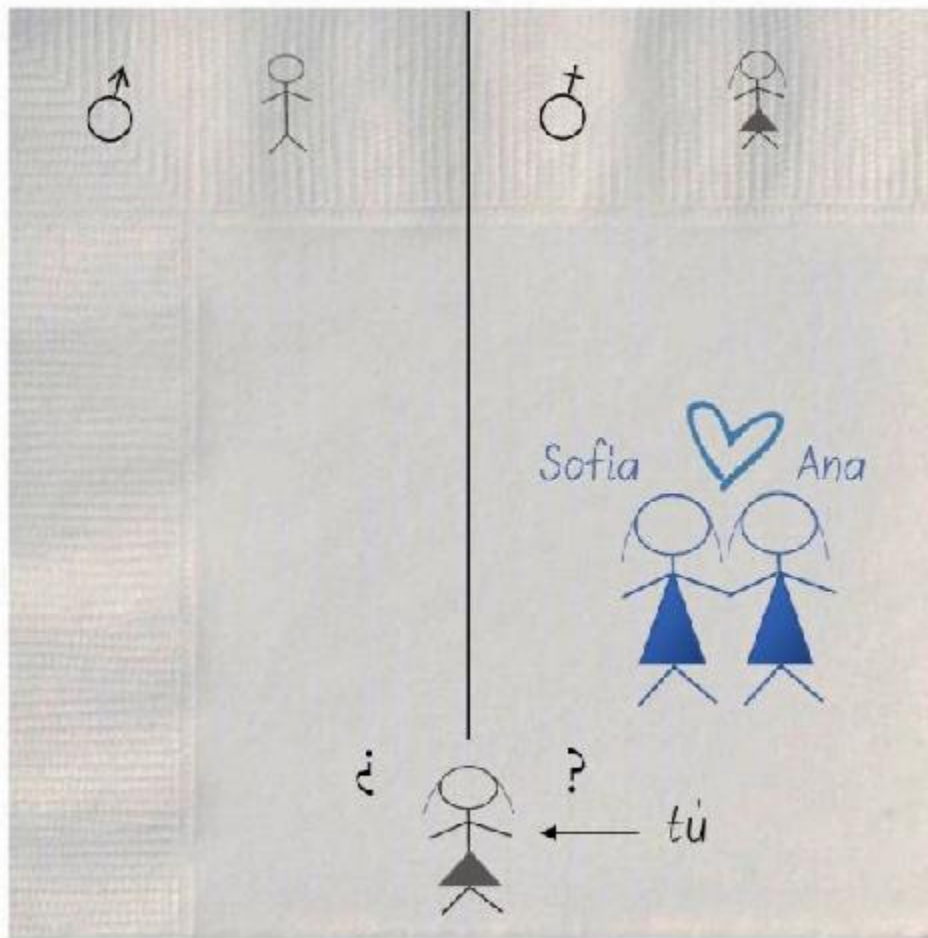
– ...eso fue lo que nos llevó a bailar como bailamos en la fiesta, ¿no te diste cuenta de lo que pasó? Días antes, cuando salía con Alejandra decidí que me dejaría llevar por la vida a punta de impulsos, tal cual ella lo hacía conmigo todo el tiempo y resultó. Me liberé de cierta manera, aunque después, supe que no era a ella a quien quería en mi vida, ¿Cómo lo supe? Haciendo lo mismo contigo, me dejé llevar anoche por lo que sentía al verte, al estar a tu lado. Cuando llegamos de la fiesta a casa de mis abuelos yo estaba convencida de que eres tú a quien quiero en mi vida, una vida que estoy decidida a vivir. Entonces llamé a Alejandra, sin importarme que fuera de madrugada, y todo lo que sea que existió con ella, terminó. –

Después de escucharme decir todo eso, durante varios minutos ninguna se atrevió a hablar, yo trataba de ordenar mis ideas y Sofía tenía cara de no estar entendiendo lo que le decía. No podía detenerme, tenía que decirle todo. Nuevamente, sin pensarlo más, reanudé mi discurso:

– Después de hablar con Alejandra me quedé mucho tiempo pensando en el corredor, al bailar contigo supe que, desde hace algún tiempo, algo entre nosotras ha comenzado a surgir, por ti me estoy arrancando los miedos, esta sensación que me invade cuando estoy contigo me grita a que te diga de una vez que me encantas y que es contigo con quien quiero estar. –

Sofía continuó callada, era la primera vez que la dejaba sin argumentos, ella no hablaba y yo necesitaba escucharla, saber que realmente estaba ella del otro lado de la línea. No sabía qué más podía decirle y si debía seguir hablando o esperar a que ella dijera algo. Acababa de mostrarle con el valor que jamás había tenido, lo que sentía mi corazón. Busqué en el auto un lapicero, tomé la servilleta que aún seguía sobre su pierna y dibujé dos mujeres a un costado de la línea que ella había trazado. A una le puse su nombre y a la otra el mío, en medio de ellas, un corazón. Puse la servilleta en una de sus manos y la otra la entrelacé a la mía diciendo:

– ¿Entiendes lo que quiero decirte? –



Sofía observó la servilleta y tampoco dijo nada, sus ojos se llenaron de lágrimas, antes de que una pudiera derramarse alguna, encendió el auto y retomó el camino. Estuvimos varios minutos circulando por la carretera, cuando de nuevo, de forma inesperada y abruptamente, se detuvo en seco a un costado de la carretera, prendió las intermitentes, apagó el auto, puso el freno de mano y volvió a besarme. Un millón de sensaciones me invadieron, de nuevo me sentía flotando con ella, pude escuchar cada uno de los latidos de mi corazón, me olvidé de la carretera, de las personas y de cualquier otro testigo que pudiera estar presenciando el momento, nuestro momento. Ese beso me pareció la continuación del anterior, era como si Sofía estuviera diciéndome lo que sentía en partes, a besos. Nos besamos sin prisa y sin pretensiones, con nuestros labios libres de pudor, nos desnudamos el alma y entregamos el corazón. Después de eso, Sofía me

abrazó, yo la apreté con fuerza, en ese beso me entregué para siempre a ella, no me hicieron falta más palabras.

Antes de que se le ocurriera hablar tenía que recordarle la pregunta que había dejado kilómetros atrás sin responder:

– Ahora sí Sofía, puedes explicarme ¿Por qué te la has pasado besándome en medio de la carretera? –

Sofía respondió:

– El primer beso fue porque me dio la gana, y el segundo, porque ambas merecemos una oportunidad. Desde que te conocí supe que estabas del lado equivocado por una simple y sencilla razón: tu lugar es aquí, conmigo. –

Bajó del auto y me dijo que mejor condujera yo, porque si ella seguía al volante jamás llegaríamos a nuestro destino, me advirtió que estaba encontrando muchos motivos para besarme, me reí y cambiamos de lugar. Al llegar a su departamento, me pidió que me quedara con ella esa noche, para mí habían sido demasiadas emociones en un solo fin de semana así que decidí que era mejor hacer una pausa, tenía muchas cosas que procesar y quería ir despacio, sin apresurarme. A pesar de que por un momento sentí el impulso de dormir con ella, me mantuve firme en lo que había decidido; bajé del auto y saqué mi equipaje de la cajuela antes de que me vencieran mis ganas de estar con ella, me acerqué y la abracé; le dije que la vería al día siguiente, ella me dio un beso en la frente y respondió:

– ¡Nos veremos el que sigue, y el que sigue y el que sigue...! –

Nos soltamos muy a pesar de lo que ambas sentíamos en ese momento, nos dimos otro beso tratando de aprovechar los poquísimos segundos que quedaban antes de que yo entrara a casa. Antes de terminar nuestro beso, sentí como salieron de mí las mariposas que sentía antes de que ella llegara a mi vida, se fueron para siempre, las dejé ir. En su lugar, di paso a la paz y a la tranquilidad que Sofía daba a mi vida, ella llegó y con solo un beso dispersó cualquier sombra que se hubiera podido posar sobre mí.

Me conozco perfectamente, así que estaba claro que esa noche sería larga, tenía de nuevo, muchas cosas dando vueltas en mi cabeza y a Sofía palpitándome en el corazón. Al llegar a casa lo primero que hice fue deshacer la maleta, puse todo en su lugar y me metí a dar un regaderazo, quería relajarme. Ya en pijama, me preparé un café, puse música, encendí un cigarrillo, apagué la luz y dejé caer mi humanidad sobre el sillón de la sala. No quería perder a Sofía y mucho menos la oportunidad de vivir lo que ciertamente ambas merecíamos, mucho menos reprimir lo que comenzaba a sentir por ella. Todo eso lo supe en el instante en el que me besó, ese beso me dejó dispuesta a todo, con el corazón encendido.

Cuando digo dispuesta a todo, es porque esa noche encontré el valor y el coraje que necesitaba para salir del closet, por lo menos con mi familia, ya lo había hecho con Sofía y con Andrea; ya no estaba dispuesta a seguir buscando más rincones secretos o tener que esperar a cerrar la puerta de una habitación, Sofía no sería un secreto a voces, ella representaba mi más hermosa realidad.

Imprudentemente tomé mi celular y llamé a mi mamá, era bastante tarde, pasaba de la una de la mañana y obviamente la desperté. Cuando respondió el teléfono, de inmediato me preguntó si estaba bien, supongo que por la hora pensó que se trataba de una emergencia, aunque para mí sí que lo era. Le dije que todo estaba bien, que solo quería platicar con ella, mi mamá preguntó si nuestra conversación podía esperar a mañana y le dije que no, ella, aún adormilada me pidió que entonces comenzara a decirle qué era eso tan importante que no podía esperar. Respiré hondo y profundo, me aferré al valor de las últimas horas y tartamudeé:

— Ma-mmá, hoy... hoy en... durante... cuando regresaba de... Mamá, es que... bueno... ¡Mamá hoy besé a una chica y me encantó! Soy gay. —

Así, sin más pausas que todas las que provocó mi tartamudeo, le dije a rajatabla lo que me había guardado por tantos y tantos años. Mi mamá se quedó callada, su silencio momentáneo me hizo sentir un profundo hoyo en el estómago, al no escuchar nada creí que me había colgado el teléfono y dije:

— Ma, ¿sigues ahí? —

Supongo que ella estaba tratando de digerir mis palabras y de reponerse del golpe que recibió con lo que acababa de escuchar. Mi mamá, muy linda y sin hacerme esperar más, respondió que ahí seguía y que lo estaría siempre, que no le importaba qué era o a quien elegía para compartir mi vida, que sólo quería que fuera feliz. Su respuesta me dejó absorta y llena de alegría, le dije que quería contarle todo y ella me respondió que casi estaba segura de quien se trataba:

– Es tu amiga, ¿Sofía verdad? –

Sin titubeos respondí:

– Sí ma, Sofía –

No me pidió más explicaciones, me dijo que nada cambiaría su amor por mí, que sólo me pedía que fuera feliz, que nunca volviera a pretender ser alguien que no era y que jamás olvidara quien soy, su hija. Ante su respuesta no supe qué más podía decir, por primera vez en la vida no sentía la necesidad de más palabras, lo que dijo había sido suficiente para mí, le di las gracias y le pedí que no lo comentara con mi papá y mis hermanos, quería hacerlo yo, de frente, como lo había hecho con ella, le dije que me disculpaba por haberlo dicho tan bruscamente y por llamarla a esas horas, que regresara a dormir, que pronto la vería para platicar, nos despedimos y antes de colgar le dije:

– ¡Te amo ma! –

Después de la llamada me sentí libre, aunque también estaba angustiada porque me faltaba hablar con mis hermanos y con mi papá, él era quien más me preocupaba, era tan tradicional que no tenía idea de cómo iba a reaccionar. Tenía miedo, pero estaba dispuesta a todo, ya no quería vivir pretendiendo ser lo que quizá ellos esperaban que fuera, quería ser yo, sin tener que dar explicaciones sobre lo que sentía y por quién lo sentía. Antes de tomar la decisión de hablar con ellos, estaba consciente de que quizá más de una persona a mi alrededor podía no reaccionar como yo esperaba, lo que más me preocupaba, era distanciarme de mi familia, o tal vez de mis amigos y quizá hasta dejar mi trabajo, pero, a pesar de esos temores, estaba decidida a ser tal y como era, sin máscaras, sin apariencias, sólo quería ser

yo y si algo o alguien tenía que dejar de formar parte de mi vida estaba dispuesta a ello.

La noche transcurrió, para mí muy lentamente, yo seguía sin poder pegar el ojo, tenía muchas emociones encima, temores y hasta recuerdos. Mi inquietud se acrecentó cuando Melissa apareció en mis pensamientos, en ese momento me pregunté:

– ¿Qué sería de nosotras si ambas hubiéramos asumido de esta manera lo que sentíamos? –

Mil “hubieras” invadieron mi mente, y todo porque siempre permitía que el recuerdo de lo que había vivido a su lado estuviera presente, estaba a punto de caer nuevamente rendida a mi pasado, pero reaccioné a tiempo, me dije a mí misma:

– El “hubiera” no existe. –

Era tiempo de dejar todo atrás, de vivir sin miedo, sin preguntas, incluso, sin respuestas. Esa noche me propuse no volver a enredarme en situaciones que no me llevaban a ningún lado y que quizá, ni siquiera tenían respuesta, lo único que iba a hacer era dejarme sorprender por la vida, por Sofía. Entre tanta reflexión, recuerdos y pensamientos, no supe en qué momento me quedé dormida, al día siguiente me levanté con la misma convicción: estaba dispuesta a todo, tenía que buscar la forma de hablar con mis hermanos y decirlo de una manera más sutil, no como lo hice con mi mamá. A mi papá decidí dejarlo al último, él representaba para mí todo un reto y, además, estaba de viaje, así que tenía tiempo para pensar.

Me levanté de la cama, me bañé y me preparé un rico desayuno, era tiempo de consentirme. Después llamé a mis hermanos para invitarlos a comer, les dije que tenía algo importante que decirles. Eso sí, les pedí que vinieran solos, quería compartirlo primero con ellos, al principio los dos se sorprendieron y bromearon haciendo una hipótesis sobre lo que iba a decirles, ninguno atinó ni siquiera un poquito, estaban tan curiosos por saber de qué se trataba que no tomaron a mal mi descortesía de ir solos.

Tenía unas ganas inmensas de llamar a Sofía (entre otras cosas), pero ella tampoco había llamado, así que después de pensarlo por un momento, tomé mi celular y, ¡carajo! Tenía un mensaje del día anterior que no vi porque había estado ensimismada en mi sillón. Sofía escribió:

– Una línea, la carretera, un beso y tus ojos solo fueron el comienzo. –

– ¡Buenas noches! –

Yo quería darme un tiro, ¡No había visto su mensaje! Así que rápidamente respondí:

– La línea, la carretera, un beso y tus ojos no tendrán final. –

– ¡Buenos días! –

De inmediato sonó mi celular, era ella. Al contestar lo primero que me dijo fue que apostaba a que me había quedado dormida, así que no quise sacarla del error y mucho menos contarle por teléfono todo lo que había sucedido, me reí, le dije que había acertado y me disculpé. Propuso que comiéramos juntas, estuve a punto de posponer todo con mis hermanos, pero no podía hacerlo, no quería que se me fuera el valor que hasta ese momento estaba teniendo. Entonces, le conté que había quedado de verme con mis hermanos para comer, le pedí que lo cambiáramos por una cena o un café. Me emocionó mucho saber que por la noche saldría con Sofía, tanto, que me puse en un tono demasiado romántico, todo, porque saldría con ella, pero ya no como amigas, esa sería nuestra primera cita.

Esas pocas horas antes de la comida estuve pensando en cómo decírselos, fue una larga espera. Me arreglé y tenía todo listo para mi magistral confesión, excepto, que no había ordenado las pizzas, tomé mi celular y en la pantalla había una notificación; tenía un correo electrónico de mi papá, el estómago se me encogió, él nunca enviaba nada, así que supuse que mi mamá ya había hablado con él. Nunca le pregunté a mi mamá por qué se anticipó con mi papá, siempre he pensado que lo hizo porque sabía que podía ser difícil que él lo entendiera. El correo de mi papá decía que estaba al tanto de todo, que no le quedaba nada más que desearme que fuera feliz:

– Esto es todo lo que te puedo decir. –

– Te ama: tu papá. –

Así terminó el breve correo al que adjuntó una canción: “El privilegio de amar” de “Lucero y Mijares”. Lloré cuando escuché la canción, aunque sus palabras habían sido pocas, sabía que tenía su apoyo y que, aunque no de la forma que esperaba, todo había salido bien con él. Ahora sólo faltaban mis hermanos.

Cuando ellos llegaron a casa, yo estaba con la emoción del correo de mi papá a flor de piel, nunca imaginé que las cosas me resultarían tan bien y en el fondo de mi corazón, deseaba que con mis hermanos no fuera diferente. Ellos eran mi apoyo, mis cómplices y por lo tanto lo más importante en mi vida, no quería que las cosas salieran mal. No sabía cómo empezar, así que comenzamos abriendo una cerveza y platicamos sobre lo que cada uno había hecho esos últimos días. La verdad no recuerdo nada de lo que me dijeron, estaba en mi planeta pensando cómo decírselos, llegado mi turno, comencé contándoles que había regresado de Ciudad de México y que me había aventado un viaje de película, ellos pensaron que tuvimos algún incidente, así que comenzaron a hacer preguntas sobre autos, policías, multas y cosas por el estilo. Yo me reí, les dije que nada de eso había sucedido, que se trataba de una historia de amor, ellos soltaron una carcajada y Mar, como siempre, comenzó a burlarse al recordar que los viajes a Ciudad de México eran con Sofía, entonces cayó en cuenta y gritó:

– ¡Aaaaah, no lo puedo creer, ya sé! –

Hugo no sabía qué pasaba y sólo nos volteaba a ver a las dos desconcertado, yo me reía de nervios hasta que Mar le dijo a Hugo:

– ¿De verdad no entiendes la historia? –

Hugo se rio y dijo:

– No sé si estoy en lo correcto. –

Yo me apresuré y les dije a ambos:

– ¡Sí! Están en lo correcto. –

Mar me dijo que siempre lo había sospechado, que desde que conoció a Melissa notó que algo pasaba entre nosotras y preguntó:

– O... ¿Me equivoco Ana? –

Yo me sentí completamente expuesta, Mar siempre había hecho comentarios y ya no tenía caso que evadiera el tema, le respondí que no se equivocaba, que estaba en lo correcto y que no quería que eso siguiera siendo un secreto entre nosotros. Hugo me abrazó y me dijo que siempre pensó que yo actuaba extraño y que varias veces le había pasado por la mente. Los tres nos abrazamos y me dijeron lo mismo que mis papás:

– Te amamos y no nos importa con quien te beses, cada uno hace de su trasero un papalote. –

No paramos de reír y comimos la pizza más rica de nuestras vidas, al menos para mí, fue la mejor. Esa tarde de comida se convirtió en una épica borrachera con mis hermanos, tantas emociones nos hicieron olvidar el tiempo y pasadas las 2 de la mañana terminamos nuestra fiesta. A la mañana siguiente tenía una resaca de muerte, incluida también una moral, me sentía fatal. Con la borrachera improvisada, olvidé que había quedado de ver a Sofía, ¡nuestra primera cita! Me sentí una tonta, corrí por todo el departamento buscando mi celular, que seguramente estaba con la batería igual o peor que la mía, en cero. Después de voltear el departamento logré encontrarlo, efectivamente estaba sin batería. Lo conecté y en cuanto me fue posible llamé a Sofía, creo que mi voz me delató sobre lo que había pasado la noche anterior, al escucharme dijo:

– ¿Ana estás bien? –

Yo estaba más que apenada, tragué saliva y di un trago al agua con hielo que estaba desayunando:

– Sí, estoy bien Sofi. –

Esa era la segunda vez que se me salía lo cursi con ella, así que más avergonzada estaba porque al instante pensé que había sonado como una tonta con resaca. Le expliqué que la tarde anterior había sido una tarde de confesiones y revelaciones, que al final, terminaron en borrachera. Sofía reaccionó en el instante:

– ¿Confesiones? –

Yo volví a beber del vaso y respondí:

– ¡Más que eso! –

Soltó una carcajada y agregó:

– Ana, ¿Hiciste lo que estoy pensando? –

Estoy segura de que me imaginó confesándome cual feligrés devoto, acudiendo a soltar la carga moral en el confesionario del templo, murmurando mis pecados en la oreja del sacerdote. La dejé reír a gusto, cuando por fin terminó y descargó su alma burlándose de mí, me pidió que le contara todo. Le dije que me diera un par de horas para recuperarme y darme un baño, le propuse que comiéramos juntas. Sofía no podía, iría a visitar a sus papás, quedamos nuevamente de vernos por la noche para ir a tomar un café, esta vez sin fallas.

Durante casi medio día estuve recostada, recuperándome del estrago que me causaron las confesiones, la pizza y la cerveza. A eso de las 5 de la tarde me sentía mucho mejor así que me metí a bañar y me arreglé y, ahora sí, ¡tendría mi primer cita con Sofía! A las 7 en punto tomé mi bolso y bajé las escaleras del edificio para pasar por ella a casa de sus papás, antes de subirme al auto corroboré que mi reflejo en la ventanilla se viera perfecto, acomodé de nuevo mi cabello, giré levemente hacia la derecha, luego a la izquierda y una vez aprobado mi outfit, me subí y me fui más que feliz a encontrarme con Sofía.

Decidimos que no íbamos a sentarnos esta vez en una cafetería, así que compramos el café en el autoservicio y pensé que sería lindo llevar a Sofía a al mirador del asta bandera. El mirador es una explanada que se encuentra

en la parte más alta de la ciudad. Desde ahí puede admirarse toda su belleza, desde la catedral en el centro, hasta los foquitos de las avenidas y los edificios. Nos estacionamos y permanecemos en el auto, puse música y comenzamos a platicar.

La atmósfera entre nosotras era increíble, eso sin contar que la noche estaba hermosa y se prestaba para la ocasión, como si alguien la hubiera arreglado justamente para nuestro primer encuentro. Mientras tomábamos el café, comencé a platicarle todo lo que había sucedido, primero la llamada de madrugada con mi mamá, el correo de mi papá y su canción. Finalicé describiendo la tarde de pizza con mis hermanos. Mientras relataba a Sofía con detalle, ella rozaba mi mano con la punta de sus dedos, la noche continuaba perfecta por el simple hecho de estar junto a ella, aunque sus cariños comenzaban a ponerme muy nerviosa.

Dentro del auto, había un exquisito olor a café, la noche era fría así que la humedad del exterior y el calor de nuestras bebidas (no sé si también mis nervios) provocaron que los cristales se empañaran, la plática y esa emoción que ambas sentíamos en ese momento, nos hicieron perder la atención en la vista de la ciudad y nos centramos en nosotras. Después de unos 30 minutos de haber llegado, escuché que alguien tocaba mi ventanilla, me asusté porque estaba oscuro y no podía ver por la opacidad del cristal. Sofía me dijo que bajara la ventanilla, que era un policía, mi corazón se aceleró.

Más nerviosa que cuando llegué, bajé la ventanilla y al instante el policía me pidió que bajara del auto, sorprendida le pregunté por qué debía hacerlo, él alegó que estábamos cometiendo faltas a la moral. Yo refuté y le dije que eso no era verdad, él defendió su argumento diciendo que hasta los cristales estaban empañados. Sus falsas acusaciones me hicieron enojar y ya molesta, en un tono más fuerte, le dije al oficial que no tenía prueba de lo que aseguraba. Él insistió, también molesto, en que bajáramos del auto, a mí me temblaba todo.

En ese momento pude imaginar rápidamente, cómo sería que mis papás o mis hermanos tuvieran que sacarme de la estación de policía por faltas a la moral, eso me aterró. Volteo a ver a Sofía y ella estaba al borde de la risa, no decía nada, así que me armé de valor y le expliqué al oficial que lo único

que estaba sucediendo ahí era una plática acompañada de café; le mostré ambos vasos y enfaticé con mi dedo índice en el logo de la cafetería, le pedí que revisara si alguna de nosotras se había despojado de su ropa y para terminar le dije que lo que él estaba cometiendo era un abuso de autoridad sumado a un notable acto de discriminación. Al terminar mi discurso en defensa propia, todo me sudaba, respiré y tanto Sofía como el policía se comenzaron a reír. El oficial terminó diciéndome que estaba bien, que iba a creer en lo que le había recitado en legítima defensa, así que al uniformado no le quedó de otra más que dejarnos en paz. Eso sí, me dio un ultimátum:

– O se van, o las remito a las dos por desacato a la autoridad –

Acepté el trato y no dije nada más, subí la ventanilla, encendí el auto y sin más, nos retiramos del lugar. Sofía se reía a carcajadas y me aplaudió, me dijo que jamás me había visto actuar de tal manera, que me felicitaba por la experiencia que en materia legal que había mostrado para resolverlo todo, y al final, me dijo que estaba segura de que lo que había impulsado mi reacción, fue que me había sentido expuesta y, por lo tanto, apenada porque el policía se había percatado de que estábamos romántiqueando en el mirador. Yo no dije nada, pero Sofía acertó, aún no estaba lista, no para todo.

Para evitar otro momento incómodo, Sofía dijo que era mejor que nos fuéramos a su casa, ahí podríamos platicar tranquilas sin policías, así que después de lo ocurrido, supuse que esa era nuestra mejor opción, mi mejor opción. Llegamos y nos sentamos en la alfombra de su sala, ahí continué relatándole que por fin había salido del closet con mi familia, ella se alegró por ese gran paso que había dado, y también me dijo que aún me faltaba mucho por hacer y aprender, de eso, yo estaba segura.

Como era costumbre, las pláticas con Sofía eran interminables y como siempre, se nos había ido el tiempo sin que nos diéramos cuenta de la hora. Cuando vimos el reloj, Sofía me pidió que me quedara en su casa, después de lo que había pasado con el policía podía ser peligroso. Sofía tenía razón, ya era tarde, me quedé ahí y mientras platicamos, ambas nos mantuvimos con cierta distancia una de la otra, creo que ninguna de las dos se atrevió a invadir el espacio de la otra, así que creo que lo que pasaba, era que no

quería dejarme ir, tal vez porque faltaba que sucediera algo más entre nosotras, yo sentía lo mismo, así que, simplemente: acepté.

Nos fuimos a su habitación, Sofía sacó una playera y me dijo que la usara de pijama, yo me quedé como estatua porque nuevamente dormiría al lado de una mujer, para empezar, no sabía si cambiarme ahí frente a ella; abracé la camiseta y le sonreí, ella es tan asertiva que seguro intuyó que yo no sabía qué hacer así que comenzó a desnudarse para ponerse la pijama. Mientras ella iba quitándose la ropa, primero la chamarra, después el pantalón y al final la blusa, yo la observaba, no perdí detalle de cada parte de su cuerpo. Inhalé y exhalé, comencé a quitarme la ropa, me puse la camiseta que olía a ella y me recosté. Ella se tiró del lado izquierdo de la cama y no dudó en extender su brazo para que me acostara más cerca de ella, me acurruqué a su lado. Nos quedamos las dos calladas por varios minutos, Sofía y yo no necesitábamos hablar tanto, a su lado, no hacer nada era increíble, ella me daba paz y tranquilidad, me sentí segura entre sus brazos.

Como ya era su costumbre, rompió ese dulce silencio:

– ¿Sabes Ana? Cuando te conocí supe de inmediato de qué lado de la línea estabas, no me preguntes cómo, pero lo sabía. Debo confesarte que al principio no tenía ninguna intención contigo, pero después, al irte conociendo, llamaste mi atención de otra manera, yo no quise hablarte sobre lo que me hacías sentir porque te veía dudosa y desorientada, no quise complicarte más. –

– Después apareció Alejandra y, en ese momento me decidí a no dejarte ir, pensé que era el momento de acercarme a ti. Cuando estaba a punto de hacerlo, iniciaste algo con ella, no tienes idea de lo enojada que me sentí por no haberlo hecho a tiempo. A pesar de que tú no me dijiste nada, yo sabía que salías con ella, pero al mismo tiempo, algo me decía que no permanecerías ahí, con ella. Nunca dejaste de ser una linda posibilidad en mi vida, así que decidí esperar, y entonces, tuve razón, resolviste el misterio de la servilleta. –

– Quizá antes de mí existió alguien que te rompió el corazón, y eso lo ha vuelto temeroso e inseguro, así que seré cuidadosa; también sé que tienes

miedo de volverte a enamorar, así que seré paciente. No me iré de tu vida porque como te dije en el auto, ambas nos merecemos esta oportunidad. –

Al terminar de hablar, me abrazó y me dijo que estaríamos bien, que las coincidencias no existían y que, por algo, la vida, el destino o quien quiera que haya sido cruzó nuestros caminos. Yo le di un beso, muy tierno, de esos que valen más que la pena, la vida y se quedan para siempre en la memoria y en el corazón, nos abrazamos y dormimos profundamente. A partir de esa noche, se acabó mi insomnio, poco a poco comencé a dormir sin despertar por la madrugada, ya no vivía agobiada por lo que pensaba o sentía, sin embargo, sabía que la línea que Sofía había trazado en esa servilleta no era la única que tenía que cruzar, la vida me estaba dando la oportunidad de volver a comenzar sin tener que cumplir más que con mis propias expectativas. Ahora tenía a mi lado a alguien con quien construir de nuevo una vida, a alguien que me llenaba de paz, de sueños y que me inspiraba a ser la mejor versión de mí.

Querida Sofía:

Te amo por encima de todo aquello que no podemos ver, por encima de lo que no podemos conocer.

- Federico Moccia -

De luces y sombras

Una sombra es esa imagen oscura que proyecta un cuerpo en una superficie cuando es interceptado por un rayo de luz. Estamos hechos de luces y también de sombras, ambas están presentes en nuestro alrededor, incluso, están dentro de nosotros mismos. A veces somos sombra, a veces somos luz, todo depende de lo que queremos o podemos ser, o de aquello

que no queremos y no podemos ser. Estamos siempre vulnerables a ser cegados por una intensa luz o, de vernos perdidos en una oscura sombra que nos oculta el camino o nos extravía en él. Todo lo que vemos no es más que el reflejo de nosotros mismos, de nuestras acciones, de nuestros pensamientos, de nuestros sentimientos y entonces, podemos siempre ver que somos sombra o somos luz.

Mi vida había transcurrido mayormente entre sombras, y claro, provocadas por mí misma, esto, antes de encontrar a Sofía. Hoy es todo luz, ha pasado un mes y soy inmensamente feliz, vivo consciente de lo que soy y lo acepto cada nuevo día, cuando me encuentro frente al espejo sé quién soy, me alegro de verme y saber que soy una mujer libre, en paz conmigo misma, que ama, vive y deja vivir. Estos días con sus noches, han sido maravillosos, pero intensos, como lo ha sido la mayor parte de mi vida, la diferencia es que esta intensidad ya no me cansa, ya no me desgasta, por el contrario, me llena de vida y de sueños. Nos hemos vuelto una complemento de la otra, de manera bonita, sana; al salir del trabajo vamos de un lugar a otro; cines, cafés, restaurantes, caminatas por calles y callejones, pasamos horas enteras en su departamento o en el mío planeando un futuro que al día siguiente se vuelve una realidad; cada conversación nos sumerge en besos y caricias que nunca son iguales, pero que mantienen el mismo amor. Un par de labios que, se desean y al encontrarse, hacen estallar nuestros cuerpos de deseo y éste nos obliga a explorar nuestros cuerpos de norte a sur.

Debo confesar que tanto deseo aún no ha encontrado a su destino final, he decidido llevarlo todo con calma, nos amamos sin prisas y con todo y mis calmas, Sofía ha sido muy paciente, todo entre nosotros ha sido espontáneo y lleno de magia. Cada palabra, cada beso y cada caricia han surgido en el momento preciso. Esta última semana, he estado a punto de decirle que estoy enamorada de ella, no sé si ya se ha dado cuenta de que mi cuerpo la desea con locura, pero también mi corazón, ese se ha enamorado como nunca antes.

Hoy iremos a visitar un pueblo que se encuentra a 3 horas de la ciudad, pasaré por ella y juntas iremos a festejar nuestro primer mes. Como ya es costumbre para nosotras, manejamos bastante tiempo, nos tomó más de 3

horas llegar. Nada ha cambiado, mantenemos la vieja costumbre de detenernos a la orilla de la carretera, pretexto perfecto para compartir besos, sonrisas, abrazos y por primera vez en mi vida, para tomar fotografías de todos y cada uno de nuestros momentos. Por fin llegamos al hotel, el lugar está de ensueño, una vieja casona que ha sido acondicionada como hotel, la decoración tiene un estilo rústico pero moderno. Sus pasillos son largos y bastante acogedores, de las habitaciones ni qué decir, la nuestra está ubicada en el tercer y último piso con una vista increíble hacia una pequeña pradera en la que puede observarse un ojo de agua.

Las chicas que nos recibieron en la recepción fueron muy amables, nos dieron un pequeño recorrido por el hotel para orientarnos y después nos ayudaron a instalarnos. Dejamos nuestras cosas en la habitación, tomamos nuestra chamarra, la cámara y nos fuimos a conocer cada uno de los rincones del pueblito, buscamos un lugar para comer y después tomamos café. La comida nos dejó con pesadez así que decidimos caminar y seguir conociendo el lugar. Mientras recorríamos ese pintoresco lugar lleno de casitas de colores y calles empinadas, Sofía rozó mi mano con la suya, de manera sutil la entrelazó sus dedos con los míos y nuestros pasos se acompañaron tomadas de la mano. En aquel instante yo sentí cómo mi corazón se aceleró y sin darme cuenta le di un apretón, Sofía sonrió y me guiñó un ojo, ella perfectamente supo que me había sobresaltado, me relajé y disfruté el momento. Esa era la primera vez que caminaba de la mano con la mujer que amo. Algunas personas, como era de esperarse, nos vieron extrañadas y otras, escandalizadas, pero no me importó, en otro momento hubiera pensado en soltarla, en vez de hacer eso la sujeté con más fuerza, como anclándome a ella segura de que de su mano nada me iba a suceder.

Así pasamos toda la tarde, recorriendo cada una de las calles del colorido pueblo, irreverentes y rebeldes, despreocupadas de quien pudiera juzgar lo que con sus ojos veía, por momentos, me daban ganas de gritarles ¡estamos enamoradas! Yo sabía que me había perdido en ella y ella en mí. El sol comenzaba a ocultarse, sentadas y en un dulce silencio, lo vimos esconderse tras la montaña dibujando el cielo de tonos rosados y naranjas. No escatimamos ningún instante, ambas permitimos que fluyera lo que cada una estábamos sintiendo, fotografiamos cada momento compartido. El sol ya se había ido y la noche nos trajo a la luna, ambas estábamos perdidas en

nuestros pensamientos, no tengo ni la menor idea de lo que en ese momento pasaba por la mente de Sofía, pero yo pensaba en que el mundo se veía diferente junto a ella, a su lado estaba aprendiendo a volver a comenzar, a intentarlo una y otra vez sin rendirme. No sé si Sofía estaba consciente de lo que me provocaba, pero cada minuto que pasaba junto a ella significaba para mí el principio de toda una eternidad.

Encendieron las farolas de la plaza y al instante comenzó a llover. Nos levantamos y decidimos caminar para disfrutar de las pocas gotas que nos caían encima, dos minutos después, tuvimos que acelerar el paso porque la lluvia se había convertido en un intenso aguacero. Por más que corrimos, no pudimos evitar llegar empapadas al hotel. Las chicas de la recepción se rieron al vernos entrar, nuevamente se portaron muy lindas y se apresuraron a proporcionarnos un par de toallas para que nos secáramos, nos dieron la llave de la habitación y fuimos directas a quitarnos la ropa mojada.

Sofía abrió la puerta y me pidió que entrara primero, en ese momento me encontré frente al más hermoso de los detalles, la habitación estaba llena de velas y flores blancas, la chimenea encendida y sobre la cama, una botella de vino tinto con un par de copas y una tarjeta que decía:

– El mejor viaje de mi vida deseo hacerlo contigo, para siempre, sin más equipaje que nuestros sueños y nuestro corazón. –

Yo no pude con tanta felicidad, abracé a Sofía, le dije que nada me haría más feliz que emprender juntas el viaje, nos besamos y bebimos esa botella de vino que para mí significó el comienzo de toda una vida a su lado. Nunca había sentido lo que en ese momento ella me provocó, estaba más que segura de que éste y todos mis viajes, los emprendería al lado de Sofía. Chocamos nuestras copas y agradecemos estar una en la vida de la otra, bebimos un sorbo de vino e iniciamos la celebración del primer mes de toda nuestra vida juntas. Entre velas y flores, nos fuimos perdiendo lentamente sobre el tapete de lana que estaba frente a la chimenea, todo comenzó con un beso, y así, de la misma manera en la que ardía la leña en el fuego de la chimenea, comenzamos a arder nosotras. Aún con la ropa mojada y pegada a nuestros cuerpos, pude ver que los ojos de Sofía estaban llenos de amor y deseo, yo me sentía igual; me tomó de los hombros y me besó, suave y lentamente; acarició mi rostro con la punta de sus dedos y me dijo que ya

no podía esperar más, sin dudarlo, se arrancó la camiseta húmeda que dejaba entrever sus pechos provocados por el deseo, me jaló hacia ella y se deshizo de mi camisa de mezclilla. Continúo besando mi cuello, yo estaba a punto de estallar; me quité la blusa que pegada por el agua a mi cuerpo me impedía sentir el calor que comenzaba a emanar del suyo, Sofía me presionó fuerte hacia ella y pude sentir el su piel, entre besos y caricias que recorrían nuestros cuerpos, nos deshicimos de lo demás. A esas alturas yo ya no podía pensar en nada, la deseaba. El vaivén de nuestros cuerpos y el roce de su piel con la mía me hizo percatarme de que me estaba entregando por completo a ella. Me hizo suya y yo la hice mía, me dejé llevar, me dejé amar. Esa noche, del fuego de la chimenea escaparon un par de sombras que danzaron hasta el amanecer, brilló aquel reflejo de dos mujeres enamoradas que por primera vez hacían el amor. Nada podía ser más perfecto, juntas encontramos el momento preciso para entregarnos el alma.

Hace 4 años y un mes que encontré en sus ojos un mar de amor. Es en su mirada en donde deseo navegar y descubrir el mundo. Nunca agradecí tanto a la vida, a Dios, al destino o a quien quiera que sea, que nos hayan dado la oportunidad de compartir nuestras vidas. El amor, en cualquiera de sus formas, demanda responsabilidad y compromiso para aprender, compartir, aceptar y, sobre todo, para superar esos retos que a veces nos ponen a prueba. Cada día a su lado es una oportunidad para descubrirla y a aprender de ella; estar juntas no significa ser o tener propiedad, ella no es mía, yo tampoco soy suya. Conservamos nuestra individualidad, respetamos y contribuimos una a los planes, metas, objetivos y sueños de la otra; somos complemento, Sofía es ese imán que mantiene mis pies en la tierra y yo soy para ella la fuerza que la arranca del piso y la lleva a volar; ella es parte de mí y yo de ella, Sofía no es mi todo y yo tampoco soy el mundo para ella (aunque quizá sí lo seamos).

Después de todo lo vivido durante estos años, aprendí que las personas entran en nuestra vida por alguna razón, algunas permanecen y otras, aunque cueste y duela aceptarlo, solo están de paso y se cruzan en nuestro camino por un instante, porque así debía ser. Algunas se convierten en experiencias maravillosas, y otras representan una lección. Pablo, por ejemplo, me mostró el valor de la amistad. Y aunque no lo veo con mucha frecuencia, sé que vamos a ser amigos toda la vida, entre nosotros hay

lealtad y un cariño auténtico que, si fue capaz de sobrevivir a los intensos vientos de Chicago, seguro podrá sobrevivir a cualquier cosa.

María me mostró que un alma gemela es casi siempre, esa amiga con quien encajas en todo sentido de una manera perfecta. Me enseñó que la confianza es la base de toda relación, no sólo del amor. Y también, que somos dueños de nuestras palabras y esclavos de nuestro silencio. Me dolió perderla y no poder recuperarla, en el fondo sé que ella me tiene presente de la misma forma que yo jamás la olvidaré.

Mauricio apareció para rescatarme cuando estaba perdida. Con él aprendí que no existe mayor libertad que poder ser tal y como eres. Me enseñó que el ser humano como el amor, nacen sin etiquetas y para que funcionen, debe ser recíprocos, uno no puede amar por la otra persona para rescatar la relación. Él siempre fue tan libre, que jamás pude encontrarlo, aún tengo la esperanza de volverlo a ver y presentarle a Sofía.

Alex fue para mí una gran lección. De él aprendí que el amor sólo es amor si es incondicional. Estuve muchos años en deuda con él, le prometí algún día darle la razón por la cual no pude corresponderle. Cuando tuve el valor de darle la respuesta, lo busqué y cumplí mi promesa, después de esa conversación, desapareció de mi vida y nunca lo volví a ver. Lo extraño y siempre va a tener un lugar especial en mi vida.

Aún no logro descifrar si Melissa fue una casualidad o una causalidad, una experiencia o una lección. Ella llegó a mi vida hace más de 15 años y continúa presente de cierta manera, mejor dicho, a su manera. Aparece y desaparece, llega y se va, está y no está. Ella me enseñó que poseo una brillante memoria. Con ella aprendí que puedo perder la cordura si me empeño en buscar significados donde solo hay espacios vacíos, y, que de recuerdos es imposible vivir. Creo que ella y yo siempre andaremos caminos paralelos, esos que van uno al lado del otro, pero que jamás se encontrarán.

Sofía representa mis sueños y me mantiene en mi realidad, es mi presente, mi pasado y mi futuro, ella llegó y transformó mi mundo, me enseñó que la vida tiene matices y me mostró lo que es realmente el amor. Y así, llena de luces y sombras, conservo todos y cada uno de mis recuerdos, ellos son el

más crudo antecedente de lo que hoy soy. Me perdí y tuve que recorrer un largo camino para encontrarme, me enfrenté a esa del espejo, a la que cada día veía y no entendía, me enfrenté a mí misma, a mis temores. Aunque fue duro encontrarme y aún más aceptarme, al final entendí que mi esencia es eso de ser un manojo de emociones e impulsividad, pero al mismo tiempo, pude entender que lo que me ha mantenido cuerda es precisamente carecer de razón. Hoy con Sofía a mi lado, me he prometido nunca vivir bajo la sombra de mi corazón, ella cambió mi mundo, cuando creí que por fin tenía los pies sobre la tierra, giró mi vida 180 grados para mostrarme que también podía volar. No la busqué, no me buscó, éramos simplemente una el destino de la otra; quizá no puedo borrar o cambiar mi pasado, pero sí vivir el presente y construir mi futuro, a su lado.

– ¡Mila despierta! ¡No puedo llegar tarde a mi fiesta de cumpleaños! –

Se me fue el tiempo recordando cómo es que llegué hasta aquí. Sofía organizó una fiesta para celebrar mi cumpleaños y tengo algo muy importante que hacer. En mi vida se ha encendido otra luz y fue ella quien presionó el interruptor, así que hoy, mientras apago la vela del pastel, mi mayor deseo se lo pediré a ella:

– Sofía, ¿Te quieres casar conmigo? Quiero vivir el resto de mis días: “Bajo la sombra de tu corazón”. –

P.D. Esto no es el fin, es un nuevo comienzo en mi historia, es nuestra historia.

“Siempre tuya, siempre mía, siempre nuestro”.

Querida Ana:

El tiempo saca a luz todo lo que está oculto y encubre y esconde lo que
ahora brilla con el más grande esplendor.

- Horacio -

¡Gracias!

Has llegado al final, así que no me queda más que agradecerte que hayas
sido parte de este, mi primer sueño de letras. Si te ha gustado y si no,
también, regálame un último momento para dejar tus comentarios, así, otros
lectores tendrán una guía y yo retroalimentación que me permitirá continuar
con la mejora de mi trabajo.

Mientras tanto, yo estaré creando otra historia.

¡Te agradezco con todo el corazón!

Paola Olvera